



Aracena

ARLETTE
GENEVE

Aracena

Arlette Geneve

Aracena

PRÓLOGO

Santo Domingo de Guzmán, 1806

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Ciudad de Sevilla, 1824

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

Convento de los Terceros Franciscanos

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

Palacio de Zújar, ciudad de Córdoba

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

Whitam Hall, Inglaterra

Palacio de Oriente, Madrid, reino de España

CAPÍTULO 5

Sierra de Neila, Burgos

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

Redtower, Inglaterra

CAPÍTULO 10

Villa de Madrid

Convento de Santa Marta, Sevilla

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

Monasterio de Valvanera, La Rioja

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

EPÍLOGO

PRÓLOGO

Santo Domingo de Guzmán, 1806

El joven capitán de fragata, Rodrigo de Velasco y Duero, seguía mirando con profunda satisfacción el estuche de terciopelo azul que contenía el anillo de esmeraldas y rubíes. Aunque la joya le había costado una pequeña fortuna, el resultado merecía la pena por su exquisitez. El anillo iba a adornar la mano de la mujer más hermosa de la isla. Rodrigo había tomado una decisión firme y estaba decidido a ser consecuente con ella.

Descendió las escaleras del Palacio de los Capitanes rumbo a la casa de Dávila, situada en la misma calle de las Damas, a una distancia de no más de cuatrocientos metros de donde se encontraba el grueso del contingente militar de la fragata Armonía, perteneciente a la Armada española y construida en El Ferrol. Rodrigo se sentía satisfecho con su destreza y habilidad en las aguas bravas del Caribe, ya que su principal misión consistía en proteger el tráfico mercante ultramarino. Su participación era crucial en la lucha contra corsarios debido a la velocidad que alcanzaba. La fragata estaba equipada con treinta y cuatro cañones y podía atacar el tráfico enemigo en caso de guerra e incluso combatir en auxilio de los navíos de línea. A menudo, desempeñaba la importante misión de exploración adelante, así como en los flancos de otros buques de la Armada. Su nombramiento reciente como capitán había sido propiciado por la captura, dos años atrás, de una fragata inglesa, la María, apresada por el Ligero y capitaneada por Domingo Oñate. Rodrigo era el segundo oficial de un total de siete.

La cincelada boca masculina seguía sonriendo gratamente. La sorpresa que pensaba darle a Isabelle la guardaría en su memoria por el resto de su vida. La hermosa viuda de treinta y cinco años le había robado el corazón por completo. Tras varios meses de encuentros secretos, había decidido hacerla su esposa sin importarle la diferencia de edad que los separaba; los veinte años de Rodrigo no lo amilanaban en absoluto, todo lo contrario, lo decidían con más tesón a tratar de superar ese pequeño escollo tras el cual ella se escudaba con ahínco.

La calle arbolada seguía tranquila a esa hora de la tarde. Varios viandantes paseaban a sus mujeres cogidas del brazo con solemne caballerosidad y demostrada elegancia. Algunos hacían los correspondientes saludos sin quitarse el sombrero del todo; otros, con una leve inclinación de cabeza. Rodrigo detuvo sus pasos ante un puesto de flores y golosinas, donde compró un pequeño ramo de nomeolvides con el que pretendía sorprenderla, y una caja de chocolate.

Sus pasos lo llevaron hacia la casa de Dávila, que había pertenecido a esa misma familia cuando formaba parte de las personalidades que llegaron en 1502 a Santo Domingo, junto al gobernador Nicolás de Ovando. Actualmente, se encontraba habitada por el capitán estadounidense William Dorian Jefferson y su adorable hija. Rodrigo cruzó el portón sin titubear, ya que siempre se mantenía abierto para él; este detalle lo complacía sobremanera, ya que mostraba a las claras la amistad de la que gozaba con la familia Jefferson. Atravesó el jardín exterior que daba al río Ozama. Las arquerías del patio cuadrado, que se elevaba en dos plantas, no le restaban luz a las dependencias superiores donde estaban ubicadas las diferentes alcobas. Cuando alzó la vista hacia el corredor superior, la vio asomada sobre la barandilla de madera con una sonrisa en la boca y una promesa en sus ojos azules. El ligero titubeo y la sombra bajo sus ojos lo desconcertaron por un momento.

—Bajo en seguida —la voz melodiosa detuvo sus pasos cuando se encontraba en medio del patio.

Rodrigo se guardó el estuche en el bolsillo de su pantalón y cruzó las manos a la espalda.

Isabelle lo observó mientras descendía los escalones suavemente inclinados. Rodrigo, vestido con su uniforme, le quitaba el aliento con su espléndida apariencia y masculinidad abrumadora. Notó el bicorne trenzado en oro que cubría su cabello castaño. La casaca azul turquesa, también trenzada en tonos dorados en el cuello, solapas y puños, hacía juego con el tono besado por el sol de su piel, ahora acentuado por el sol caribeño. Las vueltas, el cuello y las solapas eran de un rojo carmesí intenso. Rodrigo llevaba las solapas de la casaca abiertas hasta la mitad del pecho y vueltas hacia afuera, siguiendo la moda de los oficiales generales en tierra. Su rango estaba indicado por las dos charreteras doradas en los hombros. Isabelle bajó la mirada hacia el cinturón que sostenía el sable del oficial. La hebilla llevaba el ancla distintiva de la Armada. Los pantalones blancos se ceñían a sus piernas musculosas como una segunda piel, y las botas altas de montar completaban el impecable conjunto. Isabelle se mordió el labio inferior al sentir el nudo que se formaba en su estómago, consciente de la virilidad de él: cada poro de la piel de Rodrigo exudaba confianza y determinación. Un suspiro de placer escapó de su interior antes de que pudiera ocultarlo bajo el velo de sus labios entreabiertos; sin embargo, cerró los ojos ante el incómodo ramalazo que la azotó por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Me has extrañado, *mon âme*? —La hermosa mujer de pelo rubio y ojos claros se colgó de su brazo sin que la sonrisa abandonara su boca al mismo tiempo que asentía con entusiasmo ante las palabras cariñosas de su amante.

—Cada aliento que exhalo es un pensamiento hacia ti que guardo en la memoria de mi afecto. —Isabelle acarició el mentón firme con un gesto suave tras esa declaración.

—¿Hacia dónde me conduces, *petite*? —Isabelle sujetó la tela de la falda de su vestido de muselina verde y lo instó a no hacer preguntas.

—Pienso raptarte durante un momento. —Rodrigo la miró con una ceja alzada.

—Imagino que a tu padre no le gustaría la noticia de nuestra fuga, aunque ello me llene de expectativas. ¿Has mencionado que será solo un momento? —A Isabelle se le ensombrecieron los ojos antes de reprenderlo con la mirada.

—Quizás una hora... nada más. —Rodrigo no la dejó continuar.

—No me conformaré con una hora y lo sabes.

—Eres un muchacho demasiado impetuoso. —Esa recriminación cariñosa consiguió provocarle un cierto malestar. A menudo, ella solía recordarle la diferencia de edad que los separaba, y esas palabras habían sonado como una crítica que le resultó inesperada.

—Y tú una mujer bellísima que me vuelve completamente loco. —Rodrigo detuvo sus pasos y la obligó a aminorar la marcha, la volvió y le dio un beso de enamorado en los labios que ella aceptó con avidez. Con una risa cantarina lo siguió guiando a través del patio.

—¿Vamos a rezar, pequeña? Te recuerdo que no eres católica. —Isabelle negó con la cabeza ante su sagacidad. Lo dirigía hacia la Capilla de los Remedios, uno de los tres complejos que comprendía la hermosa casa.

—Es el sitio más indicado para conversar sin que nos molesten. —Rodrigo miró hacia la fachada de ladrillo con doble arco rebajado. El campanario doble estaba rematado por uno más alto en arco, y una cruz que coronaba la espadaña. Cuando ambos cruzaron el interior, la bóveda de medio cañón con arquerías les ofreció la suficiente intimidad para conversar de forma tranquila.

Tanto Rodrigo como Isabelle ocuparon uno de los bancos adosados a la recia pared. Rodrigo le robó otro beso antes de que ella abriera la boca.

—Tengo que volver a Luisiana —Rodrigo la miró con excesiva seriedad ante la noticia

inesperada.

—No tienes necesidad de irte. —Ella frunció la boca ante el comentario.

—Aquí no tengo nada que me retenga. —Rodrigo tensó los hombros ante las palabras que lo habían molestado profundamente, porque acababa de erigir una barrera entre los dos y desconocía el motivo.

—Creía que me tenías a mí. —Isabelle bajó los ojos con pesar porque sabía que sus palabras anteriores lo habían herido.

—Mi padre ha sido de nuevo destinado, y yo... —Isabelle hizo una pausa un tanto incómoda—. No deseo quedarme sola en La Española —Rodrigo sabía que ella se refería a su inmediata partida hacia Buenos Aires, ciudad que había sido atacada por una flota británica al mando del almirante Home Riggs Popham sin autorización del gobierno británico.

Tras la victoria frente al cabo de Trafalgar, Inglaterra pretendía proyectar sus intereses políticos en el nuevo continente intentando dominar el Río de la Plata. Rodrigo sabía que el poder naval español había sido considerablemente mermado tras la batalla y que las colonias tenían un sentimiento de vacío al tener que defenderse solas.

—Podrías esperarme en España, yo te conseguiría un pasaje en el *Santo Cristóbal* como mi esposa. Te acompañaría la protección de mi apellido. —Isabelle jadeó porque no se esperaba esa declaración repentina.

—¿Tu esposa? —el oficial asintió con la cabeza a la vez que sonreía creyendo que la había complacido con su proposición—. Te recuerdo que ya he estado casada —la espalda de Rodrigo se tensó de nuevo.

—Pero no conmigo, amor. —La mujer lo miró de forma cariñosa.

El joven capitán español era toda una caja de sorpresas, sabía del enamoramiento que sufría por ella, pero nunca creyó que le propondría matrimonio con tanta despreocupación. Su corazón comenzó una cabalgata sin control, aunque logró sujetar sus sentimientos antes de que se desbocaran. Miró los ojos dorados y que le habían dado tanta paz en los meses que habían compartido como amantes y amigos. Rodrigo había llegado a su vida cuando se sentía vacía, acomplejada por un matrimonio que solo le había reportado amargura y desesperación. El noble español había conseguido con su dulzura hacer que su corazón comenzara a latir de nuevo. Ella lo amaba con toda su alma, con cada fibra de su ser...

—Es imposible un matrimonio entre los dos. —Rodrigo abandonó la postura sentada en el banco y la miró con aplastante seriedad.

—Nos amamos, es un motivo más que suficiente. —Isabelle bajó los ojos al suelo incapaz de sostenerle la mirada.

—Soy mucho mayor que tú, Rodrigo. —El aludido la miró de forma intensa y penetrante. Las palabras de ella le hicieron observarla con un ardor que no podía esconder. Ante el deseo de enterrar sus manos en los brillantes bucles dorados, las cerró tras la espalda con fuerza. Volvió sus ojos al rostro de ella, a pesar de la penumbra de la capilla, relucía con una serena belleza que lo conmovía siempre. A cada momento.

—Solo sé que te amo... —Rodrigo calló antes de continuar—. Por eso no trates de ponerle puertas al campo —Isabelle suspiró de forma intensa y cruzó sus manos sobre el regazo de su falda. Alzó la vista y clavó sus ojos en él con amoroso escrutinio.

Rodrigo había separado levemente las piernas para afianzarlas mejor al suelo en actitud beligerante, su uniforme le daba una apariencias aún más osada. Isabelle deslizó la mirada por su vientre liso, sus hombros anchos y se detuvo en su pelo castaño claro ondulado que se le rizaba a la altura de la nuca, lo llevaba demasiado largo para un militar, pero ella adoraba asir los gruesos

mechones entre sus manos. Miró de forma apasionada el fuerte mentón, la recta nariz y los hermosos ojos dorados de pestañas demasiado largas para un hombre, lo cual le confería una apariencia aún más juvenil. El vuelco en su estómago la pilló por sorpresa.

Los veinte años de él le pesaban como ruedas de molino.

—Soy estéril, Rodrigo... —Él quiso interrumpirla, pero Isabelle no se lo permitió—. El condado de Ayllón necesita un heredero. —Rodrigo masculló de forma ostensible ante el recordatorio de sus deberes como primogénito y único varón.

—Renunciaré a mi título si con ello consigo que no te separes de mí, mi hermana melliza, Inés, puede dar el heredero que necesita la casa Velasco. —Isabelle intentaba contener las ganas de echarse en sus brazos para abrazarlo con furia y desesperación, pero la conversación mantenida con su padre le había dado las fuerzas que necesitaba para desligar el lazo que lo unía a ese noble y apuesto español.

William Dorian Jefferson no entendía de nobleza ni linaje, para él los títulos no tenían importancia, pero ella, que había estado casada con un barón francés, sí comprendía la importancia de la herencia y los títulos. Amaba a Rodrigo, y ese amor es el que debía impulsarla a no atarlo a su futuro: un futuro que se encontraba cercenado por la aridez de su útero, por la imposibilidad de su matriz de concebir vida.

Le debía por lo menos eso.

Aún recordaba con nítido entusiasmo el día que lo vio aparecer de uniforme por la puerta del Palacio de los Capitanes. Le pareció el hombre más apuesto y masculino que había contemplado nunca. Su desastroso matrimonio con Louis Denise Moliere le había reportado más angustia que felicidad, y, tras enviudar cuatro años atrás, jamás pensó en casarse de nuevo o en enamorarse con esa pasión loca y desmedida.

Si su amante no tuviera veinte años... ¡Dios bendito!

—Mi decisión es firme.

—La mía también —contestó él e Isabelle comprendió.

Con esa frase determinante él se posicionaba, pero ella debía asestarle un golpe a su orgullo para decidirlo y quebrar su voluntad de seguir unido a ella. Entendía que los años que los diferenciaban no le hacían mella, tampoco la amenaza de su esterilidad. Era consciente de que tenía que mutilar los sentimientos que sentía él, pero iba a dejarse el corazón en las palabras que comenzaron a salir de su boca, y que la iban a cubrir de escarnio merecido.

—Me tentaría la posibilidad de un nuevo matrimonio si estuviese enamorada, pero no es el caso. —El jadeo de Rodrigo se lo esperaba, pero no esa mirada de hombre herido que la observaba desde el abismo de la decepción.

Isabelle había cruzado la línea, y ya no podía retractarse. Rodrigo se acercó un paso a ella y le alzó la barbilla con la mano para perderse en sus ojos.

—No creo en tus palabras... —Ella suspiró de forma larga y profunda, estaba a un paso de ceder, pero se mantuvo firme.

—Has sido un amante maravilloso —comenzó ella—, no el mejor, pero sí el más entusiasta. —Rodrigo retrocedió dos pasos y soltó la barbilla de ella como si le hubiese quemado los dedos—. Deseo volver a Luisiana con mi padre —siguió—, ya estoy cansada de esta isla. —El oficial cerró los ojos ante lo que dejaban traslucir las palabras de ella: estaba cansada de él. Todas esas noches en las que había permanecido abandonada en sus brazos, no servían ya. Las emociones contradictorias se pasearon por el rostro de Rodrigo a voluntad.

Isabelle conocía la impetuosidad de su amante y juzgó usarla en su beneficio sin que él se percatara.

—Me gusta la libertad que me otorga la viudez... —Rodrigo retrocedió un paso más antes de mirarla con ojos brillantes de ira por las palabras hirientes, y que se habían clavado en su corazón con certera puntería.

—Te amo, Isabelle. —Ella entornó los ojos para que no se diese cuenta de lo que sus palabras significaban para su alma desierta. Las iba a atesorar en la soledad que le esperaba en su amoroso destierro voluntario.

—Pero yo no —su voz era determinante—. Me gustan lo que me haces sentir cuando me besas y me acaricias. Cuando me llenas de tu esencia en esas noches aburridas y monótonas, pero tengo que decirte la verdad... no te amo. —Rodrigo iba a avanzar, pero la mano de ella lo detuvo en seco—. Cuando te acepté en mi lecho fue sin promesas, sin obligaciones, no hagas que me arrepienta de los momentos tan hermosos que hemos compartido, por favor.

Rodrigo seguía en la misma postura tensa desde que ella le había anunciado su decisión, incapaz de decidirse entre enfadarse o tomarla en sus brazos para demostrarle lo equivocada que estaba.

—No harás que cambié de opinión —siguió firme—. Se terminó, acéptalo.

Rodrigo admitió que sus palabras podían ser ciertas, y el deseo que sentía por ella se volvía contra él. Había sido el causante, por su insistencia tenaz, de la relación íntima iniciada entre los dos. Si ella deseaba terminarla, debía complacerla, pero algo lo retenía de pie mirándola, como esperando que cambiase de opinión.

Debatiéndose amargamente entre irse o suplicarle.

—Es hora de despedirnos —dijo ella. Rodrigo vaciló—. Te ruego que te comportes como un hombre y no como un chiquillo caprichoso. —Entrecerró los ojos para que ella no advirtiera de qué forma lo había herido.

Según sus palabras todo había acabado, y ahora comprendía el por qué lo había llevado a la capilla para despedirlo sin más. Le agradeció el detalle de ahorrarle la humillación de no desairarlo delante del servicio de la casa de su padre. De echarlo como a un mozo de cuadra cansada de sus atenciones. Su mano tocó el pequeño estuche cuadrado y apretó los labios con furia, lo sacó y se quedó mirándolo como si no comprendiese qué hacía en su bolsillo o cómo había llegado hasta allí.

De nuevo la miró y, tras un segundo doloroso, se lo lanzó al regazo en una actitud de insulto deliberado.

—Considéralo un pago —le espetó amargamente—, en cierta manera me has complacido mucho —Rodrigo se dio la vuelta y salió de la capilla con paso marcial.

No volvió la cabeza ni un segundo, y por ese motivo no pudo ver que la mujer había perdido el color del rostro. Isabelle subió la mano hasta su boca para ahogar el gemido de dolor que se quedó atascado en su garganta. Miró el estuche que apretó con sus dedos hasta dejarse los nudillos blancos. Después de varios minutos, cuando el temblor de su cuerpo había aminorado lo suficiente para tener de nuevo el control sobre su persona, abrió la cajita de terciopelo y admiró la hermosa alianza. Las lágrimas comenzaron a brotar y ya no pudo parar la angustia que la sacudió sin piedad.

Había apartado de su lado al único hombre que le había importado de verdad.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Ciudad de Sevilla, 1824

La mujer se llevó la mano al cuello en un intento de sofocar un gemido, que de todas formas salió con voluntad propia del encierro de su garganta. Miró con ojos angustiados a la persona que se mantenía de pie frente a ella con una carta en la mano y una sombra de pesar en el rostro.

—¿Dónde están las muchachas? —El hombre de tez morena y pelo rubio mostró una sonrisa vacilante antes de alzar los hombros en un interrogante.

—Baronesa... ¿Quién lo sabe?

—Por favor, no me llames así. —El hombre se quitó el sombrero y lo lanzó sobre el canapé de tejido rojo que había cerca de una enorme ventana. Las espuelas de sus botas hicieron un sonido metálico que le hizo a ella dar un sobresalto.

A Isabella no le gustaba el título de su difunto marido porque la hizo en el pasado muy desgraciada.

—Me tomaría un brandy doble, me lo merezco —dijo el hombre con voz candente.

—Son las cinco de la tarde, Raphael, es la hora del té, y sabes que detesto el ruido de las espuelas dentro de la casa. —El hombre de cuarenta años la miró con la sorpresa pintada en el rostro.

—Solo los estirados cangrejos pueden tomar té en una tarde sumamente calurosa en Sevilla —dijo citando el apodo con el que los españoles se referían a los ingleses.

Isabelle se lamió el labio inferior con duda sin poder objetar una respuesta, a pesar de que él no había hecho ninguna referencia a las espuelas y su crítica sobre ellas.

—Hablas igual que mis hijas —Raphael volvió a sonreír complacido por la observación—, y no está bien que te refieras a los ingleses como cangrejos porque es un apodo despectivo de mal gusto —Raphael chasqueó la lengua, molesto por la corrección.

Los españoles llamaban así a los ingleses desde la guerra con Napoleón por el color rojo de sus uniformes.

—Te estás desviando del tema y lo sabes —la recriminó él.

Isabelle lo miró de forma censurable antes de formularle la pregunta.

—¿Podemos ayudarlo? —Raphael negó con la cabeza reiteradamente.

—La acusación está sostenida por el Duque de Alcázar. —Ahora sí que lanzó un gemido estrangulado.

Don Alonso de Lara era un hombre muy poderoso y con sobrados motivos que lo inducían a perseguir a todo aquel que fuese contrario a la opinión de la corona española.

—El conde de Ayllón no se ha pronunciado sobre sus inclinaciones políticas —alegó contrariada.

—El rey sabe que hay un traidor a la corona en la casa Velasco. Es lo único que le importa y que persigue. —Isabelle volvió a fruncir el labio con impotencia.

Raphael solo le traía noticias nefastas.

—Rodrigo es un hombre íntegro, jamás dudaría de su lealtad. —Raphael entrecerró sus ojos oscuros ante la declaración defensiva de ella.

—Sigo sin comprender por qué motivo te mantienes en la sombra con respecto a su vida. Les haces un flaco favor a tus hijas.

Isabelle bajó los ojos al suelo incapaz de sostener la mirada masculina.

—Tomé una decisión hace veinte años. Juré que no entorpecería el rumbo de su vida, y me enorgullezco de haber podido mantener mi promesa hasta el día de hoy. —Raphael balanceó la pierna mientras la escuchaba.

—Esa decisión se volverá contra ti tarde o temprano, lo sabes. —Isabelle asintió con la cabeza.

—Esa decisión la estoy purgando desde el mismo momento que tuve a mis hijas en los brazos —respondió con voz aguda.

Los recuerdos atormentaron a Isabelle con fuerza. Parecía que no había pasado ni un solo instante desde que despidió a Rodrigo en La Española. Su elección había sido acertada, pero con cada amanecer, la pregunta de si había tomado la decisión correcta la asaltaba con intensidad. Lo había amado tanto que, después de despedirlo y descubrir que estaba embarazada, los remordimientos la acosaron emocionalmente hasta dejarla mentalmente agotada. Siempre se había creído estéril. Su malévolo esposo francés la había culpado cada día amargo que tuvo que soportar a su lado. Doce años de matrimonio y ningún hijo había sido concebido en su vientre, como si fuera una premonición de que algo mejor la esperaba en la vida. Y así fue. En su retiro emocional en La Española, conoció al apuesto capitán español que le robó completamente el corazón. Con una sola mirada de sus ojos ámbar, del mismo color que los ojos de sus hijas, se dio cuenta de que había cometido un error imperdonable. Sus hijas fueron un regalo inesperado y precioso que llenó por completo su vida, y siempre le estaría agradecida en lo más profundo de su alma. Sin embargo, Isabelle no podía revelarle la verdad, aunque sus sentimientos la instaran a hacer lo contrario.

Inspiró profundamente y miró a Raphael con determinación.

—Tenemos que hacer algo. —Raphael asintió con lentitud premeditada.

—La madre del conde y su sobrina llevan tiempo viviendo en Inglaterra. —Isabelle entrecerró los ojos con sorpresa porque desconocía esa información. Sabía que la hermana melliza de Rodrigo había muerto tras el parto de su única sobrina muchos años atrás.

—Me parece realmente inaudito que el conde permita que su familia se refugie en Gran Bretaña —dijo ella, que conocía la animadversión que sentía el conde español hacia los ingleses.

—El padre de su sobrina es inglés —reveló Raphael.

Isabelle aún se sorprendió más.

—Compruebo que te mantienes bien informado de todo. —Raphael hizo un asentimiento de cabeza a modo de respuesta.

—Soy tus ojos y tus oídos en los diferentes asuntos que conciernen a la familia Velasco, y me sorprende una respuesta así por tu parte. —Isabelle fue incapaz de responder la pulla merecida—. Tienes que regresar a Luisiana —le informó el otro.

La mujer se colocó un mechón plateado detrás de la oreja pues se le había soltado de la sujeción del moño.

—Soy consciente de que no puedo descuidar la herencia de mi padre. —Afirmó ella.

Raphael asintió nuevamente con gesto adusto.

—El banco reclama los pagarés y solo aceptará que lo hagas en persona. Es un inconveniente, pero tienes la obligación de ir.

Isabelle pensaba que los asuntos se complicaban por momentos. Las tierras de su padre en Luisiana estaban hipotecadas desde hacía varios años y la economía familiar se mantenía en un precario equilibrio. Su estancia prolongada en Sevilla únicamente lo empeoraba.

—Tendrás que vender la mina para hacer frente a la deuda —siguió aconsejándole

Raphael de forma implacable.

Isabelle lo sabía, pero no quería dejar España sin saber la suerte de Rodrigo de Velasco. El amor de su vida.

—No puedo marcharme sin hacer nada por él. —Confesó ella.

Raphael la miró con sorpresa.

—Estás a punto de quedar en la más completa ruina —le recordó—, si no te marchas tendrás que echar mano de la dote de tus hijas. —Isabelle negó con la cabeza.

—¡No! —La exclamación salió por su garganta como un graznido—. Ese dinero fue el regalo de mi padre para sus nietas antes de morir, jamás lo tocaría, aunque la ruina me asolase por completo. —Raphael no podía comprender la postura de ella, aunque la respetaba.

—Te he comprado un pasaje en el *Liberty* que sale desde la ciudad portuaria de Lisboa. —Isabelle suspiró con sorpresa—. Yo me quedaré cuidando de tus pequeñas y sin perderle la pista al Duque de Alcázar.

—Puede llevarme más tiempo del que pensamos —dijo ella. Raphael alzó los hombros en un gesto descuidado—. Quizás tarde más tiempo en regresar de lo que esperamos.

—Te mantendré informada de todo lo que sucede aquí. —Le ofreció el hombre.

Isabelle meditó las palabras de Raphael y terminó aceptando.

—¿Cuándo sale el *Liberty*?

—El próximo jueves —respondió él.

Isabelle suspiró consternada porque era demasiado pronto.

—¡Pero eso es dentro de cuatro días! —Exclamó ella. Raphael no respondió—. Está bien, comenzaré los preparativos del viaje enseguida.

Isabelle pensó que tendría que ir en un carruaje de alquiler hasta Lisboa, y de allí hasta Estados Unidos. Iba a ser un viaje muy largo.

—Yo seguiré indagando en los asuntos privados del Duque de Alcázar por si encuentro algo que ayude a tu conde.

El suspiro de la mujer fue notorio.

—Eres maravillo —dijo con suavidad—. Y sé que mis pequeñas estarán a salvo contigo. Nunca podré agradecerte todo lo que haces por nosotras.

Raphael la miró sincero, jamás podría agradecerle a esa admirable mujer que le ofreció su apoyo y comprensión cuando más lo necesitaba. Había sido acusado injustamente de asesinato y, para salvar su vida de la horca, tuvo que huir y refugiarse en España.

—Amo a tus hijas de corazón, lo sabes. —Isabelle sonrió de forma tierna y afectuosa, pero no pudo responderle por la entrada intempestiva de sus dos hijas. Mirarlas era como besar el pasado que le sonreía—. Las quiero como si fueran mías.

—¡Mamá!

Las dos caminaron hacia la mujer madura al mismo tiempo y la besaron con ternura, cada una en una mejilla. Tras el beso, se volvieron hacia Raphael con una clara intención que logró una respuesta inmediata.

—Os arrancaré los ojos si lo intentáis. —La amenaza detuvo a Isabel, no así a Aracena, que le mostró unos hoyuelos pícaros mientras seguía acercándose a él con una promesa en sus ojos y una determinación en sus labios.

—Se lo prometí a doña Elvira. —Raphael no pudo evitar el beso que le dio la muchacha con afecto genuino.

Aracena se dejó caer en el sofá sin delicadeza.

—Haz el favor de comportarte como una dama. —La regañina de su madre no le hizo

mella en absoluto, a pesar de que esas palabras se las repetía a conciencia una y otra vez.

—Mamá, una dama educada no disfruta de la vida, y yo me he propuesto agotar cada aliento que exhale. —Isabelle masculloó ante la respuesta impertinente de su primogénita.

Aracena se bebía la vida con una ansiedad que la preocupaba de veras.

—Sin lugar a dudas me merezco tus respuestas por educarte con tanta libertad y tan poco sentido común. —Dijo la madre.

Isabel le lanzó a su gemela una mirada de advertencia para que contuviera su ímpetu.

—Pronto obtendré los resultados sobre mis esfuerzos —presumió Aracena.

Raphael la miró con sorna.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo —le aconsejó el hombre con mirada llena de humor, no obstante, sus palabras no la molestaron.

—Tu actitud es muy peligrosa, hija. —La amonestó la madre.

Aracena hizo una inclinación de cabeza a modo de aceptación, pero siguió sonriendo con excesiva prepotencia.

—Soy amiga de Rosa de Lara. Las puertas del Palacio de los Silencios están abiertas para mí. Pronto tendré la oportunidad de conocer cada detalle de la familia aristocrática más importante de Sevilla.

Isabel suspiró ante la soberbia de su hermana mayor, mayor por quince minutos.

—Afortunadamente para ti, serás invisible para el duque. —Esas palabras dichas por su gemela sí la molestaron.

—Eso es lo que pretendo, hermana, ser invisible, y así poder hacer mejor mi trabajo: desbaratar sus planes. Sería muy divertido jugar al gato y al ratón con él.

Isabelle se tapó la boca al escuchar a su primogénita. ¿Qué había hecho para que fuera tan díscola e impulsiva? Nada la detenía en su afán por conocer y saborear el mundo.

—Serías una necia si pretendieras algo así —contraatacó la otra—. No puedes divertirte con un hombre tan poderoso. En realidad, no puedes divertirte con ninguno. Olvidas que eres una señorita respetable, y que debes honrar el buen nombre de nuestra madre.

Aracena miró a su hermana sin creer el comentario quisquilloso. Don Alonso de Lara era uno de los hombres más influyentes de la corona española. Un hombre intocable en todo el sentido de la palabra, y ese detalle lo volvía mucho más interesante a sus ojos.

—No temáis —les dijo a los tres—, solo busco entorpecer un poco sus planes.

Isabelle se llevó una mano a la garganta, pues temía comunicarles el viaje que tenía que realizar de inmediato. Suspiró y las miró a continuación.

—Tenéis que hacerme una promesa. —Las dos gemelas miraron a la madre con interrogación después de despellejarse mentalmente con la vista la una a la otra—. Una promesa solemne. —Tanto Isabel como Aracena no despegaron los ojos de la madre tras esas palabras enigmáticas—. Tengo que volver a Luisiana, pues es necesario liquidar unas cuentas que dejó pendientes vuestro abuelo antes de morir, y ya no puedo demorarlo más.

Isabel entrecerró los ojos ensimismada. Un momento después miró a su madre con atención.

—Tenemos abogado, mamá. Puede encargarse de las diversas diligencias que tengas que solventar allí. —Isabelle negó con la cabeza varias veces.

—El banco se niega a facilitarme los pagarés si no es en persona. —Aracena miró a su gemela con interés. De las dos, era la más pragmática.

—¿Te acompañará Isabel? —Preguntó Aracena.

Isabelle giró los ojos hacia su primogénita con suspicacia.

—No puedo llevar a Isabel conmigo porque necesitas su sentido común para controlar ese temperamento impulsivo que tienes y que me desespera.

Raphael terminó por soltar una carcajada que empañó los ojos dorados de Aracena.

—Entonces me volveré loca de tedio y me moriré del aburrimiento. Cuando regreses, estaré maniatada a una camisa de fuerza.

Isabel iba a interrumpirla, pero la madre paró en seco la broma de su primogénita.

—Cuida tu lengua, jovencita, cuando hables de tu hermana. —La regañina tuvo el efecto adecuado de moderación—. Raphael evitará que os metáis en problemas, sobre todo tú.

Aracena soltó el aire de forma poco femenina, e Isabel la conminó con los ojos a que se mantuviera callada.

—Antes de partir necesito que me hagáis una promesa de honor. —Isabel no pudo evitar la sonrisa que asomó a sus labios, esa palabra la llevaba grabada con fuego desde que tenía uso de razón—. Pase lo que pase... —Ninguna de las dos se esperaba esas palabras que les parecieron agoreras—, juradme que no buscaréis la forma de contactar con el conde de Ayllón.

La exclamación de queja de Isabel no pasó desapercibida para ninguno de los tres.

—¿Isabel? —La mujer esperó la promesa de su hija más sensata.

Las amaba a las dos con locura, pero Isabel, con su carácter dulce y apacible, controlaba las travesuras de su gemela con un tesón que la fascinaba. Hacía un perfecto contrapeso en las decisiones de la mayor, que se mostraba la mayoría de las veces impredecible. Se guiaba por impulsos que terminaban en desastre un día sí y otro también.

—No quiero prometerte algo así. —Le pidió Isabel. La madre comprendía su negativa—. No me lo pidas, por favor.

Lamentaba profundamente haberlas separado de su padre, pero la decisión tomada en el pasado no admitía variaciones de sentimientos en el presente.

—Yo te lo prometo, mamá. —Respondió Aracena.

Isabelle miró a su primogénita con cierta vacilación. Había ofrecido la promesa demasiado deprisa. Sin meditar, como la mayoría de decisiones que tomaba.

Les había enseñado desde niñas todo lo referente al padre. Las había mantenido informadas de cada paso dado por él, aunque estuviese separado de ellas. Isabel nunca había aceptado su decisión de mantenerlo ignorante sobre su paternidad, sin embargo, comprendía los motivos ulteriores que mantenía Isabelle con respecto a ello. Aracena había aceptado su bastardía con bastante más naturalidad que su gemela, y respetaba la decisión de su madre de no mantener contacto con Rodrigo de Velasco y Duero.

Isabelle se levantó y cruzó los pasos de la estancia hasta sentarse junto a su hija menor, tomó las manos de ella entre las suyas y la miró directamente a los ojos.

—Los motivos que tengo para solicitarte una promesa de tal magnitud son muy importantes. —Le dijo.

Isabel seguía en un terco mutismo.

—¡Mi padre no tiene más hijos! —exclamó al fin dolida.

Isabelle aceptó la acusación implícita. Esa circunstancia la abanderaba Isabel con tesón inusitado, e ingenuamente creía que la haría flaquear en su determinación de mantener la distancia, pero qué equivocada se mostraba. Ya no se podía dar marcha atrás en la vida. Una vez que las horas pasaban, no se podían recuperar.

—Ignoro por qué no ha formado una familia hasta el día de hoy, aunque no pienso preguntárselo —respondió la madre con voz queda.

Isabel apretó los labios con enfado.

—Tiene derecho a saber que existimos —afirmó la hija con rotundidad.

Isabelle meditó las palabras antes de decir las.

—Mírame, hija. —Isabel la complació—. Tengo cincuenta y cinco años, no puedo presentarme ante un hombre mucho más joven con una sonrisa fresca y actuar como si no hubiese ocurrido nada en el pasado, porque no es así. —Isabel volvió la cabeza porque las palabras de su madre la molestaban.

Ya no era la mujer hermosa que fuera antaño, su rostro arrugado mostraba el deber pesado de sus decisiones, no obstante, le parecía tan injusto para ella y su hermana.

—Quizás, el motivo de que mi padre no se haya casado es que sigue amándote como en el pasado.

Isabelle había soñado durante muchos años con esa remota posibilidad, aunque no se engañaba. Rodrigo era ante todo un soldado de pies a cabeza, entregado al ejército y a sus responsabilidades.

—Estuvo prometido a Ana Blanca Sofía de Guzmán y Sainteny —dijo la madre—. Pero se enamoró de mí y rompió el compromiso. Lo supe tiempo más tarde. La que fuera su prometida terminó casándose con Alonso Miguel de Lara y Arenas, padre del actual Duque de Alcázar.

Isabel miró a su madre con dolor.

—No estás exenta de culpa con respecto a esa decisión, y nunca sabremos con seguridad los motivos para que no la llevase a cabo. —Isabelle lamentaba haber sido tan explícita en las revelaciones a sus hijas sobre sus sentimientos, y su implicación tácita para la marcha de Rodrigo.

Ella era la única culpable, y su hija se lo recordaba con agria determinación.

—El compromiso entre ambos se pactó cuando eran unos niños, pero Rodrigo no la amaba, me lo confesó —reveló la madre.

—Entonces eres más culpable todavía por echarlo de tu lado —le recriminó dolida Isabel—. Por ocultarle que es padre dos hijas...

Isabelle había sido siempre sincera con las dos. Les había explicado el motivo para alejar a Rodrigo de su lado. Del honor. De la responsabilidad, pero para Isabel nada de sus motivos le parecían suficiente disculpa.

—Necesito la promesa, hija. —Isabel seguía en un orgulloso silencio. Segundos después alzó la barbilla con soberbia, la madre se llevó la mano al estómago ante el gesto tan familiar y querido: Rodrigo alzaba el mentón de la misma forma—. Pase lo que pase. —Solo había silencio—. Ocurra lo que ocurra, debéis mantener el juramento de no buscar a vuestro padre por más que creáis que lo exigen las circunstancias.

Los ojos de Isabel se anegaron en lágrimas, pero finalmente asintió.

—Tienes mi promesa —concedió al fin la muchacha.

Isabelle tenía que desviar la tensión del momento a temas más banales o de lo contrario no podría mantener la compostura por más tiempo. La promesa arrancada a sus hijas eran jirones de piel desprendida de su corazón.

—La condesa de Ortuño ha tenido la amabilidad de invitarnos esta noche al Palacio de los Geranios. —La condesa era esposa del marqués de Cayetano. La mujer había decidido conservar su rango y su nombre como hacían muchas nobles españolas.

Isabel entrecerró los ojos ante el cambio brusco de conversación.

—No deseo asistir —afirmó Isabel.

La baronesa le soltó las manos y la miró con cierta acritud.

—No puedes mantenerte toda la vida encerrada. —Isabel miró a su madre, aunque sin

sorpresa porque sus palabras resultaban ciertas.

Ella detestaba las reuniones sociales y las evitaba todo lo que podía.

—Es hora de buscarte un excelente prometido. —Dijo la madre. La carcajada de Aracena la molestó profundamente, si bien no le correspondió como merecía. Se mantuvo tercamente callada, pero mirándola de forma censurable—. No tienes apenas amigos, no sales de casa, esa actitud eremita ha de terminar de una vez. Nuestros amigos dudan en ocasiones de que tenga dos hijas, pues apenas te conocen.

—No me gustan los bailes ni la hipocresía que los acompañan —respondió con un tono de voz seco.

Isabelle no podía refutar el argumento que esgrimía su hija la mayoría de las veces.

—Los bailes son el medio adecuado para que una debutante como tú encuentre un esposo apropiado —Isabel le rebatió con altanería.

—Es el lugar menos indicado para encontrar al marido adecuado.

Aracena rio tras escucharla. Isabelle volvió la cabeza hacia su hija mayor para recriminarle.

—Y esas palabras te incluyen a ti. Es hora de disipar esos humos que te llenan la cabeza y que te hacen dar saltos mortales.

Ahora fue Raphael el que rio al ver la cara decepcionada de la hija mayor.

—El matrimonio no se ha hecho para un espíritu libre como yo —recitó Aracena como si fuese una frase aprendida de memoria—. Deseo ver, viajar, aprender...

Isabel resopló ante la afirmación inútil, pues una mujer no tenía la potestad de elegir ser un espíritu libre, pero su hermana iba por delante en todos los sentidos. Le gustaba la política. La esgrima, y que Isabelle no le permitía practicar. A Aracena le gustaba competir en las carreras, y lo hacía en innumerables ocasiones de forma clandestina. Le gustaba coquetear con los mozos. Bailar hasta altas horas de la madrugada. No tenía miedo a nada, y ese detalle convertía su impulsividad en un peligro constante.

—Cuando regrese de Luisiana volveremos a hablar sobre este tema referido a los compromisos, y ahora comenzad a arreglaros para la cena.

Ambas hermanas asintieron a la vez con tal de que su madre se olvidase del tema del matrimonio y los esposos adecuados.

CAPÍTULO 2

El Palacio de los Geranios se erigió a orillas del río Guadalquivir. El hermoso palacete fue encargado a petición de la condesa de Ortuño como residencia de verano. Aracena frunció el ceño ante lo que le pareció ilógico. Sevilla era una ciudad maravillosa, pero, ¿residencia de verano? ¡Hasta los insectos huían en verano para evitar morir abrasados en la tórrida y bulliciosa ciudad! Sin embargo, ella adoraba Sevilla: sus callejuelas alegres, sus fuentes y parques. El aroma inconfundible de las tortas de anís y aguardiente. Un suspiro escapó de su garganta ante el olor del galán de noche, y lo buscó con la mirada hasta encontrarlo. El arbusto solanáceo de hojas alternas y flores amarillas de cinco pétalos estaba estratégicamente plantado en una de las esquinas del amplio balcón; su penetrante aroma debía llegar hasta la ribera del río.

Siguió asomándose por la barandilla de piedra con cuidado, ya que los maceteros de geranios podrían ser un arma mortal si caían sobre algún viandante que paseara por la vereda del río. Dado que los jardines del palacio estaban llenos de esas hermosas flores de variados colores, el nombre le venía como anillo al dedo.

Aracena se irguió y se reajustó el corpiño, intentando aflojarlo sin conseguirlo. Su madre se había vengado lo suyo al apretarlo porque no podía respirar.

—No he conseguido ponche, pero sí una copa de limonada de vino. —Aracena se volvió con rapidez hacia la voz de Rosa de Lara, que le tendía una copa con el líquido oscuro y fresco.

—Me encanta —respondió Aracena con una gran sonrisa.

—Deberías probar el champán, amiga mía.

Aracena negó repetidamente a la vez que vaciaba la copa de un trago y se relamía el labio superior. El refresco elaborado a partir de vino, limones, azúcar y canela, le gustaba especialmente.

—No bebo nada gabacho. Tengo principios —matizó con voz solemne.

Rosa rio al escucharla.

—Hace años que le ganamos la guerra a Napoleón.

La hermana del duque y ella habían coincidido por primera vez en el teatro. Un hombre había cercado a Rosa antes del comienzo del primer acto para robarle un beso, Aracena acudió en su ayuda y empujó al atrevido con furia desatando un pequeño altercado que fue la comidilla de toda la ciudad durante semanas. Desde aquel día, muchos meses atrás, Aracena se había convertido para Rosa en su única y leal amiga. No había evento al que no fuera invitada. Aracena podía codearse con la más rancia aristocracia sevillana gracias a la noble influencia de su amiga.

Aracena dejó la copa encima de la balaustrada y le dio la espalda a Rosa.

—Necesito que sueltes un poco los lazos del corsé. No puedo respirar.

Rosa dejó su copa también y se acercó más hacia ella.

—No te hace falta corsé porque tienes una cintura pequeñísima, casi podría abarcarla con las manos. —Aracena meneó la cabeza ante la observación.

—Doy fe de que casi no tengo cintura de lo apretadas que llevo las cintas —se quejó la joven.

Rosa terminó por reír.

—¿Por qué te has puesto un vestido con tantos botones? —le preguntó curiosa.

Aracena rio ante lo obvio.

—Es cosa de mi madre. Lo escogió a propósito para que no pudiera quitármelo como pretendía en el momento que sentí la tortura del corsé. Mi madre sabía lo que hacía al elegir la

ropa que llevaría al baile de esta noche. —Rosa no comprendió la crítica que advertía en las palabras de su amiga.

—Me encanta el gusto exquisito de tu madre a la hora de elegir tu vestuario. —El tono de reproche de la amiga lo entendió Aracena a la perfección.

La madre de Rosa había muerto muchos años atrás, y como iba a dedicar su vida a Dios mediante el voto sagrado, su ropa era austera y espartana. La compadeció de veras. Una muchacha tan hermosa de rostro y de corazón no se merecía ser encerrada en un convento.

—¡Llevas los lazos del corsé rojos! —Exclamó la amiga incrédula.

Isabel no salía de su asombro al escuchar el tono escandaloso de su amiga.

—Es una historia que gustosa te contaré otro día. —Rosa negó con la cabeza, aunque Aracena no pudo verla porque se encontraba de espaldas.

—Si no lo haces de inmediato te dejaré el vestido sin abotonar. —Aracena se volvió de pronto ante la amenaza.

El rostro de Isabel seguía sonriendo cómplice, pero había soltado los lazos y ella podía respirar al fin.

—Me avergüenza confesar que soy supersticiosa —Rosa abrió aún más la boca por la sorpresa—. Siempre tengo que llevar algo rojo encima, y como mi madre dice que es un color escandaloso para una debutante, suelo llevarlo escondido donde no se ve. —Isabel seguía asombrada, ella continuó—. Llevo el color rojo en las cintas del corsé y en las ligas.

—¿Llevas las ligas rojas? —preguntó Rosa estupefacta. Aracena asintió—. ¿Y dónde las consigues?

Aracena no podía decirle que se las conseguía La Cañí, la bailaora.

—¡Por favor, enséñamelas! —En ese momento fue Aracena la que negó de forma efusiva.

—¿Nunca has visto unas ligas rojas? —preguntó a su vez.

Rosa cerró los ojos y alzó el rostro hacia el cielo.

—Es pecaminosamente atrevido. Una muchacha de buena familia debe vestir con recato y decoro. —Aracena entrecerró los ojos al escucharla—. Pero solamente tú podrías llevar una prenda de un color tan escandalosamente lujuriosa.

—Se te ha debido de subir la limonada de vino a la cabeza, o te ha debido de picar un mosquito borracho de anís porque te aseguro que no es algo tan inusual en muchachas de nuestra edad —respondió algo molesta—. Estoy convencida de que no soy la única muchacha que lleva las ligas de otro color que no sea blanco.

Rosa abrió los ojos como platos.

—¿Cuántas muchachas de nuestra edad crees que llevarán las ligas rojas?

Aracena meneó la cabeza ante la pregunta.

—No voy por ahí preguntando ni levantando las faldas de nadie para comprobarlo.

—Necesito verlas, por favor. —Suplicó la amiga. Aracena negó con la cabeza. Sería el colmo de la desfachatez que ella se subiera la falda y algún invitado a la fiesta observara el espectáculo que ofrecería, aunque sin ser consciente—. No podré despegar los ojos de tus piernas si no me las enseñas, y eso te va a resultar incómodo mientras bailas porque la gente pensará que llevas el vestido manchado o roto, y todas las miradas se dirigirán ahí.

Aracena entrecerró los ojos con suspicacia, Rosa tenía la mima sonrisa bobalicona desde su confesión sobre el color de sus ligas. Miró hacia derecha e izquierda, vio una zona bastante oscura y apartada del jardín, solo tendrían que bajar seis escalones.

—Ven, curiosa, para que te muestre mi vena pecaminosa.

La frase con rima hizo que Rosa sonriera todavía más. Ambas alcanzaron el rincón

deseado entre risas y juegos. Las luces del salón de baile eran claramente visibles desde ese lugar, y Aracena se llevó el dedo a los labios para pedirle silencio a su amiga.

—Resulta divertido saltarse las normas —admitió Aracena en voz baja.

Rosa asintió de inmediato, pero ella estaba muy lejos de saltarse ninguna.

—Yo sería incapaz de hacerlo —confesó la hermana del duque.

Aracena meditó en esas palabras que le habían dicho mucho sobre la personalidad de su amiga. Su encumbrado apellido debía de pesarle como una rueda de molino. De pronto y sin previo aviso, Aracena se subió la falda de su vestido hasta el vértice de sus piernas y le mostró una de sus ligas doblando la rodilla como si fuese a dar un golpe con ella.

—¿Me dejas que la toque? —Si Aracena se sorprendió de la pregunta no lo demostró.

Se inclinó sobre su muslo y deslizó la liga de forma lenta sobre la piel hasta el tobillo, la sacó por su zapato y se la tendió. Rosa la cogió como si se tratara de una reliquia.

—Te la cambio por una de las tuyas. —Rosa no se esperaba el ofrecimiento, pero aceptó de inmediato, alzó su falda de forma mucho más recatada que Aracena y se deslizó una liga blanca y virginal que le tendió con un titubeo. Aracena no hizo ningún comentario al respecto, ambas se colocaron sendas ligas diferentes sin dejar de bromear.

—¡Qué diantres haces aquí! —Las dos dieron un respingo ante la voz gélida.

El gemido de su amiga la llenó de auténtica preocupación.

—¡Alonso! —exclamó Rosa llena de pánico.

Aracena lamentó la falta de luz porque no tenía el gusto de conocer en persona al temible, huraño y déspota Duque de Alcázar.

—¡Regresa ahora mismo al baile! —Le ordenó a su hermana.

Rosa ni se lo pensó. Con una excusa ininteligible volvió sobre sus pasos dejándola sola, también atónita.

Aracena era incapaz de comprender la pedantería del duque para desairar de esa forma a su amiga. Dejó caer la falda de su vestido que no había soltado aún azotada como estaba por la sorpresa. No se había percatado que el individuo en cuestión había tenido una visión perfecta de parte de sus piernas.

—Mi hermana no puede mezclarse con mujeres de su condición —le espetó el duque de forma altanera—. Su reputación puede verse seriamente comprometida. En lo sucesivo, le agradeceré que no reclame su compañía.

La muchacha tensó los hombros ante el insulto desmerecido. Seguía sin pronunciar palabra, miró con cierta curiosidad y aprensión el rostro de su enemigo, bueno, enemigo de la casa Velasco.

Nunca había estado tan cerca de él, y por ese motivo le sorprendió su juventud. Debía de rondar los treinta años e incluso menos, aunque el cinismo esculpido en sus labios estaba bien definido y parecía perpetuo. Los ojos, con el brillo exacto de una persona que no se amilana ante nada, le hicieron sentir un escalofrío, y ese detalle le hizo ser consciente de que tenía la espalda al descubierto. Rosa le había reajustado el corsé, pero no le había abrochado el vestido porque las dos se habían enredado con las ligas que sostenían las medias de seda. En parte se sintió agradecida porque podía inspirar tan profundo sin temer que la ira que sentía por las palabras despectivas del duque reventara las costuras de la tela de su vestido.

—Solo un cobarde insultaría a una mujer y evitaría una respuesta apropiada dándole la espalda y huyendo como un acoquinado. —Le soltó Aracena.

Alonso de Lara ya volvía hacia el salón de baile cuando lo detuvieron las palabras de la muchacha. Se giró y la miró con tanta frialdad que Aracena creyó que había llegado de repente

una ola de frío intenso a Sevilla procedente del Ártico.

—Solo una estúpida provocaría a un desconocido con tanto desatino.

La sonrisa de ella lo desconcertó por lo inesperada, aunque ocultó enseguida cualquier muestra de calor en sus ojos oscuros.

—Es cierto, solo una estúpida provocaría a un cerdo pomposo con tanto desatino, admito mi desliz. —Siguió ella.

Alonso entrecerró los ojos. Ella seguía sonriendo de oreja a oreja, aunque con cierta suspicacia. ¿Lo había llamado cerdo pomposo? ¿Cómo se atrevía? Se preguntó.

—No tengo el gusto de conocerla —le dijo de pronto él.

Aracena sujetó las manos a la cintura y las dejó descansar en arco.

—¡Ja! Ni lo va a tener, puedo asegurárselo.

Una inspiración profunda le dio la indicación a Aracena de que estaba obteniendo la atención del escurridizo duque... ¡al fin!

—Solo asegure aquello que pueda cumplir —le aconsejó él.

Alonso comenzó a darse la vuelta despacio. Se escabullía de nuevo. Era el hombre más frío e inalcanzable de cuantos nobles había conocido.

—Necesito un pequeño favor. —Sus palabras lo detuvieron de nuevo, pero en esta ocasión no mostró desagrado—. ¿Podría abrocharme el vestido?

Aracena era consciente de que lo estaba provocando con sus palabras, no obstante, él no podría rechazar un desafío como el que le estaba lanzando.

Los consejos de La Cañí la estaban ayudando bastante.

—¿Cuántos reales me va a costar? —Le preguntó el duque.

Aracena no se enfadó por sus palabras a pesar del peligro que mostraron sus ojos. Pretendía acercarse lo suficiente para intrigarlo, atraparlo en una telaraña donde pudiese sorprenderlo después con un figurativo corte transversal a su aristocrática garganta.

—Le costaría más desabrocharlo, puedo asegurárselo —respondió burlona.

Alonso se fue acercando lentamente hacia ella sin abandonar la mirada de la sensual boca, y con un brillo de lo más extraño paseándose por el iris de sus ojos.

—¿Por qué me costaría más desabrocharlo? —preguntó interesado cayendo en la trampa de ella.

Aracena meditó un solo momento en la respuesta que iba a ofrecerle.

—Porque desabrocharlo sería para iniciar un contacto íntimo. Abrocharlo es cuando ese contacto ya se ha realizado y, como podrá apreciar, usted no ha tenido ese placer.

Alonso pestañeó ante la provocación de las palabras que no inducían a error alguno.

—¿Han acabado ya sus servicios? —inquirió el noble con una voz que quemaba.

Aracena pisaba un terreno escurridizo, pero tras varios bailes donde el duque no le había prestado la más mínima atención, había recurrido a La Cañí para tejer una estrategia donde pudiera atraerlo hacia ella. Su madre moriría de la impresión si supiese que pretendía seducir al Duque de Alcázar: el más arrogante, pendenciero y codiciado noble del reino. Sin embargo, ella sabía que para poder llegar hasta sus documentos tenía que pasar por su colchón, y estaba decidida a hacerlo.

—Para un cerdo pomposo, sí —respondió ella con ojos brillantes.

A los labios rígidos de Alonso asomó algo parecido a una mueca que podría tomarse como el inicio de una sonrisa.

—Confío en que no se acercará más a mi hermana —dijo de improviso.

El insulto ahora sí que le escoció. Rosa debía estar fuera de toda discusión.

—Su hermana y yo solo hemos hecho un intercambio sin importancia. Y para su tranquilidad debo informarle que solo hemos coincidido en algunos bailes, nada más.

Alonso no picó el anzuelo que le lanzaba, pues conocía los avatares que hacía Rosa para que incluyeran a esa deslenguada en cada baile que se organizaba en la ciudad. La había visto pasear por el parque. Asistir al teatro, y desaprobaba por completo una amistad que solo la perjudicaba.

—Mi hermana es una mujer sensata y conoce sus deberes como una Lara.

Las palabras del duque hicieron que Aracena compadeciera aún más a su amiga. Ser vigilada constantemente por ese hermano intransigente explicaba el retraimiento y la timidez de su amiga.

—La señorita Lara entenderá que no se acerque más a ella en lo sucesivo pues, afortunadamente, es una mujer vestida de sentido común de los pies a la cabeza.

Aracena resopló llena de enojo ante el insulto velado.

—Y yo me alegro de que su hermana esté vestida con tanta flema aristocrática de pies a cabeza, pero lamentablemente mi espalda sigue al descubierto. —Alonso no se esperaba ese comentario insolente, y entrecerró los ojos intuyendo por qué motivo ella se mostraba tan descarada en su presencia. Le sorprendió su juventud y su desfachatez. Se acercó aún más hasta casi estar pegado a la voluptuosa figura—. He tenido un problema con las cintas del corsé, y su hermana me estaba ayudando con ellas hasta su estelar aparición.

Alonso redujo los ojos a una línea.

—Muchas lo han intentado con ardides más elaborados. —Le susurró el duque entre dientes. Aracena sentía que resbalaba hacia el precipicio de lo indecoroso, lo sabía, y no podría aferrarse a nada, e iba a caer con la venganza divina golpeándole figurativamente la espalda con el látigo de la sensatez. Había quedado como una auténtica furcia—. Aunque ninguna tan hermosa, he de admitirlo.

Las manos de Alonso se deslizaron por el interior de sus brazos y, sin previo aviso, inclinó la cabeza hacia ella y atrapó la delicada boca con un beso que la dejó aún más perpleja. Cuando sintió la lengua de él que se abría paso entre sus dientes sintió un acceso de pánico. La Cañí le había explicado cómo debía actuar en caso de llegar a ese punto, sin embargo, sus consejos seguían perdidos en su memoria, ahora llena por las sensaciones que el duque le transmitía con su contacto. Sentía un cosquilleo en el estómago y un nudo que le subía desde el vientre hasta la garganta. La lengua de él seguía profundizando y ella no entendía a qué estaba sujetándose porque no caía al suelo conmocionada a pesar de no sentirse las piernas.

¡Madre de Dios! ¡Le estaba acariciando la espalda desnuda! Por eso sentía esas cosquillas en todo el cuerpo. Y ahora, ¿hacia dónde iba esa mano curiosa? Se estaba deslizando por su cintura y subía por sus costillas hasta su seno. Sintió la necesidad de gemir, pero era incapaz de pronunciar sonido alguno salvo grititos entrecortados e incoherentes. La mano seguía subiendo impenitente, y ella tomó una decisión de inmediato: quería llegar hasta su caja de caudales y para ello necesitaba hacer un sacrificio: renunciaría a su reputación con tal de atraparlo.

Se dejó caer sobre el pecho del duque con absoluto abandono, Alonso entonces la separó de sí con cierta brusquedad. La miró con tal desprecio en sus ojos oscuros que Aracena fue incapaz de tragar el nudo de su garganta ante la incapacidad que sentía de descifrar la mirada de él.

—Definitivamente, no me interesa su oferta.

La dejó clavada al suelo completamente horrorizada por el insulto lleno de escarnio. Alonso se dio la vuelta, y entonces Aracena fue consciente de que había perdido toda

oportunidad de ganarse su confianza. ¿Qué había hecho mal? La Cañí le había asegurado que, si actuaba como una mujer de mundo... Arrugó la nariz especulando, ¡ella no era una mujer de mundo! Debería haber meditado en ese pequeño detalle antes de lanzarse al ataque. ¿Cómo se adquiriría sofisticación? Y dedujo que las mujeres obtenían experiencia con un amante. Debía buscarse un amante rápido, pero los amantes no crecían como los champiñones, algo había hecho mal y no sabía el qué.

—Permítame abrocharle el vestido, al menos yo no soy un cerdo pomposo.

La cimbreante voz con marcado acento le hizo darse la vuelta con rapidez.

CAPÍTULO 3

Aracena miró la figura del hombre pues nunca había visto a ninguno ataviado con tanta elegancia y con colores tan llamativos. Era extranjero, lo sabía por el acento y la apariencia. La sonrisa socarrona le hizo alzar las cejas extrañada. No recordaba haberlo visto en la fiesta, pero con sus ojos persiguiendo al Duque de Alcázar a cada momento era del todo imposible que se pudiera fijar en otro hombre, aunque este resultara bastante singular.

¡Con la pasión que sentía ella por todo lo raro!

—Me seducen las mujeres que llevan las ligas rojas. —Le escuchó decir. Las mejillas de Aracena se incendiaron como una pira. ¿De dónde diantres había salido el extranjero? ¿Había observado la escena entre Rosa y ella?—. Estaba sentado en el banco gozando de un poco de paz cuando las escuché, sin pretenderlo —explicó con una sonrisa que le incendió el alma. Aracena seguía en el más absoluto asombro e incapaz de articular palabra—. Permítame.

No esperó su negativa, se acercó con celeridad hacia ella y le dio la vuelta con delicadeza. Comenzó a abrocharle el vestido con eficiente desenvoltura.

—Solo hace falta que se apague un poco el fuego de sus ojos y el calor de sus mejillas —le dijo de pronto—, y podrá regresar al baile como si no hubiera ocurrido nada.

Aracena inspiró profundamente y se sorprendió porque le había ajustado el corpiño sin apretárselo de forma excesiva: como si supiera el grado de sujeción que toleraba una mujer.

—¡Gracias! —pudo articular al fin.

—Mi nombre es Ian Malcon. A sus pies, señorita. —La exagerada reverencia la dejó aún más atónita—. Las normas de etiqueta dictan que debemos corresponder a la presentación, ¿lo desconoce? —Ella salió al fin de su estupor, hizo un gesto afirmativo y le mostró una tímida sonrisa.

—Aracena Denise. —Ella usó el mismo desenfado para presentarse. Ian aceptó la presentación de su nombre con un ligero movimiento de la cabeza—. Tenía que haberse hecho notar, señor —le recriminó sin mucha convicción.

—Y me habría perdido un espectáculo sumamente divertido. —A los ojos ambarinos de Aracena acudió un brillo de remordimiento que la abatió por un instante—. Su secreto está a salvo conmigo —le confió él.

Los ojos de ella lo observaron con cautela.

—¿Secreto? —preguntó sin comprender.

Ian la tomó de la mano y se la llevó a los labios.

—Es un necio despreciable por rechazar una invitación así.

¡Madre de Dios! Creía que ella... ella... Aracena alzó el mentón aún con más soberbia que su hermana gemela. Ese desconocido tenía sobrados motivos para creerla una ramera, pues se había ofrecido al Duque de Alcázar como una furcia borracha de ego, pero no podía impedir que le molestara que se lo recordara.

—Soy una señorita, espero que nunca lo olvide.

Los ojos azules de Ian sonrieron ante su inesperada timidez.

—No soy yo quien lo ha olvidado hace un momento. —Aracena sentía las mejillas ardiendo y no supo distinguir si era por la furia o la humillación—. Se le va a incendiar el cabello si sigue mirándome así.

La muchacha respiró tan intensamente que casi se ahoga con su propio aire. Encontrarse una lengua tan suelta como la suya era toda una sorpresa, y además le resultó demasiado grato.

Los hombres normalmente tropezaban en sus adulaciones hacia ella, detalle que la exasperaba profundamente.

—¡Gracias por recordarme mi descarado comportamiento de hace un momento!

Aracena ya se daba la vuelta, sin embargo, una mano grande la detuvo por el hombro.

—No ha sido mi intención ofenderla, señorita Denise. —Ella no estaba alarmada, sino muerta de vergüenza—. Le ruego disculpe mi impetuosidad, pero no estoy acostumbrado a ver una belleza semejante, ni unos ojos tan calurosamente vivos y acompañados de una lengua tan afilada. —Aracena entrecerró los ojos con mucha cautela—. Soy un invitado del marqués de Cayetano pues compartimos intereses navales comunes. —Los ojos juveniles lo miraron con cierto alivio. Era de sobra conocido los negocios que sostenía el marqués con británicos, aunque dudaba de que el extranjero fuera inglés porque su acento no le pareció nativo de Inglaterra—. Mi padre luchó en España contra Napoleón bajo las órdenes del general Emerson —matizó el hombre que le había leído el pensamiento—. Soy de Escocia —concluyó.

Aracena amplió la sonrisa y relajó los hombros. Si su padre había luchado contra Napoleón en España, entonces era un aliado.

—Es la primera vez que escucho su acento —le dijo ella.

Ian le devolvió la sonrisa.

—Eso es porque soy escocés, bonita muchacha, y no le tengo demasiada estima a los ingleses. —La sonrisa se le borró a ella de golpe. Ian trató de tranquilizarla—. No tiene que temer de mí, soy un hombre de confianza.

—¿Y eso lo dice un hombre que se esconde entre los arbustos como un delincuente facineroso? —le recriminó ella, pero el tono de voz desmentía la seriedad de sus ojos.

—Estaba tomando un poco de aire, sin embargo, ha resultado toda una sorpresa contemplar su frustrado desvarío amoroso. —Aracena volvió a sonreír, se lo tenía bien merecido por no pensar antes de actuar—. ¿Lo ama? —Ella no debía de haber entendido la pregunta. ¿Le estaba preguntando si amaba al Duque de Alcázar?—. Me refiero a ese cerdo pomposo.

Acababa de ganarse su simpatía por completo con la repetición de sus palabras anteriores.

—Está insultando a un Grande de España —le informó con voz candente.

Ian silbó por lo bajo. Conocía que esa palabra equivalía a «miembro del grado más alto de la nobleza española».

—¡Aracena! ¡Maldita sea! —Las dos cabezas se giraron un tercio hacia la voz enfadada—. No puedes estar tanto rato en el jardín sin compañía. Tu reputación se resentirá.

—¡Raphael! —exclamó ella con júbilo—. Estaba conversando con un amigo llegado de Gran Bretaña.

—Escocia —la rectificó Ian en voz baja.

Raphael avanzó con paso enojoso hacia ella.

—Tu madre está como loca buscándote.

Había llegado hasta donde estaban los dos, y le ofreció un brazo con galantería.

—Don Ian Malcon, le presento a Raphael. —Aracena hizo las oportunas presentaciones sin apartar los ojos del extranjero.

—Ya nos conocemos. —El cáustico comentario de Raphael hizo que frunciera el ceño.

No llegaba a comprender si el tono había sido seco o desinteresado.

—Me alegra volver a verlo de nuevo, señor. —La actitud amigable de Ian hizo que se disipase la incipiente desconfianza de ella, pero Raphael no respondió al saludo.

—Vamos, es hora de que bajes de las nubes donde siempre andas de paseo. —La risa cantarina de Aracena logró que el escocés sonriera sin darse cuenta.

Su alegría resultaba contagiosa.

—Confío en que me reservará un baile —le dijo mientras ella se alejaba.

Aracena giró su rostro hacia él y le respondió con una sonrisa llena de humor.

—Tengo mi libreta vacía de solicitudes.

Ian alzó una ceja burlón, sin creerse del todo que esa belleza no estuviese reclamada por todos los hombres de la fiesta.

—La reservaba para mi caballero de brillante armadura... —Aracena calló un momento para observarlo. El pañuelo dorado tenía un lazo bastante voluminoso. Los pantalones azules de terciopelo debían de provocarle un calor horrible, y la chaqueta amarilla era indescriptible. El extranjero parecía vestido con el arco iris—. Aunque la armadura tenga una apariencia tan original.

Raphael no se esperaba la carcajada auténtica que soltó el extranjero sin molestarse en absoluto por el insulto de la joven dado a su indumentaria.

—Acepto su invitación, señorita, y reclamo todos sus bailes desde este momento.

Alonso miraba subrepticamente a la muchacha que le había respondido en el jardín de forma descarada, también impertinente momentos antes. Sus risas espontáneas y seguidas le hicieron arrugar el ceño sin ser consciente del escrutinio al que la sometía. Apoyó el hombro derecho sobre la columna de la planta superior mientras bebía un trago largo de su copa. Se fijó en el atuendo recatado de ella, que hacía un contraste evidente con la impresión que le había dado en el transcurso del primer encuentro entre ambos. Se le había insinuado de forma descarada. Él sabía que era un blanco claro para las muchachas en edad casadera. Su título le precedía como un verdugo en el cadalso, pero le había gustado el sabor de la muchacha cuando la besó, aún sentía en la mano su piel suave. La muchacha carencia de la frivolidad innata en las mujeres que conocía y con las que se solazaba. Alonso negó con la cabeza ante ese pensamiento, él no se implicaba con muchachas de vida alegre, sin embargo, viéndola bailar con ese desenfado, lograba despertar por completo su interés, y cuando había visto a su hermana Rosa con ella, casi se le sale el corazón del pecho. Le había costado horrores controlarse y no empujar a Rosa de nuevo hacia el salón de baile.

—Sabía que te encontraría aquí. —Alonso volvió sus ojos hacia su amigo y confidente: Enrique de Palacios.

—Es el único lugar tranquilo en este bullicioso baile. —Respondió el duque.

Los ojos de Enrique observaron la zona de baile y escudriñaron a los participantes con recelo.

—Ha resultado toda una sorpresa ver que asistías cuando no sueles prodigarte mucho en visitas sociales. —Alonso siguió bebiendo de su copa.

—Tenía entendido que iba a acudir el conde —dijo el duque.

Enrique cruzó los brazos al pecho.

—Don Rodrigo de Velasco no es amante de asistir a fiestas, y hace poco que ha llegado a Sevilla. —Alonso ya sabía la certeza de esa afirmación.

Tenía tantas ganas de verle la cara a su enemigo que no le importaba sacrificarse él mismo asistiendo a algunos eventos sociales. Enrique observó con cierto estupor que los ojos de Alonso seguían a una de las debutantes que bailaba con un extranjero. Su falda color celeste hacía cabriolas en los pasos.

—Es demasiado joven, amigo mío. —Le susurró.

Alonso lo miró con ojos de sorpresa.

—¿Conoces algo sobre ella? —Preguntó el duque.

Enrique asintió con la cabeza.

—Es hija de viuda. Madame Isabelle Denise, baronesa de Aryndee. Tiene su casa a orillas del Guadalquivir. —Alonso fue grabando la información dentro de su mente—. Su marido fue un barón francés afincado en Santo Domingo.

—Me parece inaudito que una francesa fije su residencia en España después de la guerra. —Enrique asintió de nuevo con la cabeza—. ¿Es hija única?

—Alguna hermana más, creo, pero es menos conocida ya que no suele asistir a bailes o eventos. —Las cejas de Alonso se alzaron con un interrogante—. Puedo hacer que te la presenten —le ofreció el amigo.

A los finos labios de Alonso acudió una sonrisa. Si Enrique supiera que ya se había presentado ella sola... rectificó, la muchacha no se había presentado, se le había insinuado de forma descarada, aunque inútil.

—Me gustaría saber dónde se encuentra el conde de Ayllón en estos momentos.

—Según mis informadores, en el café Tarantos, conoces que le gusta encontrarse allí con Montaraz y Veracruz. —Alonso sabía que Montaraz era el mejor diestro de Sevilla y un gran amigo del conde.

—Entonces, vamos a ver a La Cañí. —Aceptó el duque.

La mujer era la mejor bailaora de flamenco de la ciudad, y la amante de Montaraz. Solía actuar en Tarantos, donde se reunían algunos nobles amigos de toreros y poetas. Era el lugar perfecto para conspiraciones y tramas políticas. Alonso ya se frotaba las manos pensando en pillar in fraganti al conde. Soñaba con ver cumplido su sueño de despojarlo del favor del rey.

Alonso de Lara odiaba con todas sus fuerzas al conde de Velasco. El peor enemigo de su padre, y amante de su madre.

CAPÍTULO 4

La librería Pelayo estaba abarrotada como de costumbre. Isabel mantenía la cabeza erguida, buscando a Raphael, quien había ingresado según su solicitud. Le encantaban los libros del poeta e historiador andalusí Aben Aní. Su obra cumbre, "Diwan", estaba considerada una de las mejores obras poéticas en lengua árabe. Isabel ansiaba tener en sus manos ese ejemplar codiciado. Se quitó uno de los guantes para sostener mejor las bridas de la calesa, que se movía precariamente debido al nerviosismo de las monturas. Los caballos estaban acalorados, y ella también. El día soleado y la bulliciosa calle repleta de tiendas dificultaban el transporte de personas en los diferentes carros. Isabel observaba a los mozos que llevaban grandes paquetes de un lado a otro, encargados en sastrerías y otros comercios que proliferaban en la calle principal.

Moverse a esa hora en Sevilla resultaba toda una odisea.

—Así que nos encontramos de nuevo. —Los ojos de Isabel se apartaron de la entrada de la librería para fijarse en la voz grave que se dirigía a ella.

Se topó con un rostro desconocido que medio le sonreía, bueno, si a esa mueca torcida se la podía llamar sonrisa.

—¿Perdón? —dijo ella.

Alonso se quedó aturdido un segundo al contemplar con sus propios ojos la indiferencia que mostraba la muchacha ante su presencia. La observó detenidamente y se amonestó por el instante de debilidad que había sentido al acercarse y saludarla. Estaba realmente hermosa sujetando las bridas llena de impaciencia.

—¿Hoy no necesita mi ayuda, muchacha? —Le preguntó.

Isabel lo miró tan llena de aprensión como de cautela.

El hombre, elegantemente vestido, la miraba con sus penetrantes y peligrosos ojos. Ella dudaba de haberlo visto alguna vez porque una cara tan masculina, severa y aristocrática, no se podía olvidar fácilmente.

—Debe de confundirme con otra persona —respondió sin pensar.

Alonso alzó una ceja con incredulidad. La moza seguía en su empeño de tratarlo como un desconocido y, ese detalle, en vez de ofenderlo le divirtió.

—¿No va a decirme cómo se llama? —Isabel irguió la espalda ante la pregunta provocadora. ¿Si decía que la conocía, cómo ignoraba su nombre?

—No suelo decir mi nombre a desconocidos... —calló un momento antes de continuar de forma cortante—, aparentemente, caballeros. —Alonso creyó que la mujer estaba jugando con él y le dio más cuerda.

Le pareció sumamente interesante esa forma de insulto a su pulcra y distinguida apariencia.

—Puedo ser un cerdo pomposo como me llamó la última vez que nos vimos, o caballero aparente, si bien no un desconocido. —Respondió el duque.

Isabel entrecerró los ojos con horror al sospechar. ¿Cerdo pomposo? Ese adjetivo descalificativo solo podía provenir de Aracena. ¿En qué estaría pensando su hermana para comparar esa apariencia varonil y masculina con un puerco? Sin embargo, no podía retractarse.

—Pues creo que me quedé corta con mi apreciación a su persona, y sigue siendo un desconocido, aunque lo llamara cerdo pomposo. —Respondió ella.

Alonso acarició la fusta entre sus manos de forma insinuante, pero el detalle no fue captado por ella, que seguía sin separar el iris de sus ojos del rostro de él. Alonso separó las

piernas para afianzarse mejor al suelo sin decidirse a continuar una conversación tan extraña. Si no fuese tan sumamente hermosa y atrayente...

—Aún recuerdo su oferta.

Isabel abrió la boca y la volvió a cerrar demasiado ofendida, ¿qué había querido decir con su oferta? ¡Maldita Aracena! ¿Qué diantres le había ofrecido?

—Mi oferta, si hubo alguna oferta, porque permítame que lo dude, caducó el mismo momento que terminó de salir por mis labios.

Isabel no se esperaba que el hombre se acercara tanto a ella ni que se inclinara sobre su cuerpo y la oliese de forma descarada, como si fuese a comprobar si el tendero le vendía un pescado fresco o no. Ella no tenía modo de saber que su negativa lo excitaba porque ninguna mujer se le había resistido y provocado al mismo tiempo.

—Entonces, ¿no me permitirá retractarme de mi negativa?

Isabel se sofocaba. No tenía ni idea de quién era ese hombre arrogante, ni qué le había ofrecido su hermana.

—La palabra, cuando se da —le dijo, aunque le costaba respirar—, ya no se puede recuperar. —Alonso la taladró con fijeza.

Un instante después asintió con la cabeza, aunque continuó mirándola de forma intensa. La saludó de forma breve y volvió sobre sus pasos. Isabel se quedó momentáneamente aturdida, pues el intercambio de palabras la había dejado confusa.

—¿Te ha molestado el duque? —Le preguntó Raphael.

Isabel se volvió hacia Raphael, que la miraba con un brillo divertido en los ojos. Ni se había percatado de que ya había salido de la librería.

—¿Duque? —inquirió.

Raphael asintió.

—Creo que lo has ofendido de alguna manera.

—¿Qué yo...? —Isabel siguió los pasos enérgicos que daba el mencionado duque hasta alcanzar su montura que cuidaba un muchacho. El chico sonrió cuando el noble depositó en su sucia mano unas monedas—. No lo había visto en mi vida, pero creo que me ha confundido con Aracena. —Raphael hizo una ligerísima inclinación con la cabeza.

—Es posible, aunque dudo que tu hermana haya tenido la oportunidad de conocerlo. El duque es muy esquivo, sobre todo con muchachas casaderas.

Isabel meditó en las palabras de Raphael.

—¿Estamos hablando del Duque de Alcázar? —El hombre volvió a asentir con un leve gesto—. Aracena sí debe de conocerlo porque el individuo me ha confundido con ella. —Raphael le quitó las bridas del carruaje y dejó el paquete en sus manos.

—Si don Alonso de Lara te ha abordado es porque te creía tu doble, espero que no hayas echado a perder el trabajo a tu hermana, sea cual fuere. —Isabel entrecerró los ojos con algo de ofensa.

Desde niñas habían sufrido la burla de que las llamaran dobles por ser gemelas, ella odiaba esa palabra en particular.

—No puedo creerme que asistas al entierro moral de su reputación con ese gesto complacido. —Le recriminó Isabel.

Raphael atizó a los dos caballos para que emprendiesen la marcha.

—Ahhh, pero la vigilo muy de cerca, puedes creerme, para que no cometa un error imperdonable. —Respondió. Isabel bufó tras la explicación—. Tienes mi palabra de que no permitiré que haga ninguna tontería.

—¿Cuando está a solas también la vigilas? —Raphael le mostró una sonrisa de oreja a oreja mientras guiaba el carruaje con soberbia maestría—. Mi hermana tiene una actitud natural para atraer los problemas —afirmó Isabel.

Esa era una verdad indiscutible.

—¿Estamos hablando de Aracena?, porque, si hay que temer por alguien, compadece al duque, tu hermana es de armas tomar... —Isabel soltó una risa ante la verdad aplastante, si alguien necesitaba protección, ese sería Alonso de Lara.

—Me desespera, Raphael, Aracena tiene un talante belicoso imposible de sujetar, mucho más ahora que madre no está. —Se quejó Isabel.

Raphael maniobró de forma cuidadosa para dejar la avenida y tomar el camino del río.

—Tu hermana es demasiado inquieta, impulsiva, necesita canalizar su energía en proyectos. Ayudar al conde de Ayllón se ha convertido en el eje principal de su vida en este momento. —Contestó el hombre.

Isabel meditó las palabras de Raphael antes de responderle.

—Por ese motivo no me ha vuelto loca todavía. —Reveló. Raphael apretó la mano de ella, que sostenía el paquete de forma distraída—. Porque está entretenida con otro asunto.

—Doña Rosa de Lara vendrá a tomar el té esta tarde —le anunció él—. Uno de sus lacayos trajo a casa la tarjeta de visita.

Isabel asintió de forma queda. Raphael se encargaba personalmente de cada visita que acudía a la casa. Era como el mayordomo, guardaespaldas, vigilante.

—Lástima que no pueda asistir, los niños del coro me esperan. —Dejó caer Isabel.

Raphael chasqueó la lengua contrariado.

—Es muy difícil para mí cuidaros a las dos cuando no estáis juntas. —Respondió serio.

Isabel le sonrió amorosa.

—Puesto que Aracena estará en casa acompañada por todo el servicio, es justo que tú me acompañes a la iglesia. —Lo animó.

Raphael masculló ostensiblemente.

—Confío que esa docilidad para aceptar mi compañía no se deba a planes urdidos en secreto con doña Elvira. —Respondió Raphael.

Isabel abrió los ojos con inocencia, pero no lo engañó en absoluto.

CAPÍTULO 5

—No puedo creer que me hayas convencido para que te acompañe a un lugar tan sórdido como este —afirmó el extranjero que la acompañaba.

Aracena sonrió al mismo tiempo que observaba la taberna. El café Tarantos cumplía todas sus expectativas, también su feroz curiosidad.

—La Cañi es amiga de mi madre y una artista única. —Reveló la joven.

Ian la miró extrañado arrugando el ceño, pero así eran la mayoría de mujeres españolas: intensas y apasionadas en todo lo que emprendían. Y él estaba sumamente complacido de haberse convertido en la sombra de Aracena desde aquella noche en el baile cuando le abrochó el vestido. Se había aprovechado del desplante de un hombre para ocupar el hueco de sus pensamientos, pero no le importaba lo suficiente como para desistir. Tenía planes para ella, y estaba dando los pasos necesarios para alcanzar la meta.

—Aquí solo vienen traidores, renegados y conspiradores —dijo Ian que conocía muy bien la gente que se reunía en Tarantos.

Aracena sujetó la mano de él y le conminó a que guardara silencio, pues acababa de salir La Cañi por el telón de terciopelo granate. Siempre que la miraba, la envidia tintaba su rostro. La idolatraba porque ella no podía gozar de la misma libertad y amigos de los que disfrutaba la cantaora: toreros, bandoleros, anarquistas...

—No imagino cómo a una muchacha de tu posición le gusta tanto este ambiente tan sorpresivamente masculino. —Afirmó Ian.

Aracena acercó su silla a la mesa antes de responderle. Sabía que el café estaba considerado un antro lleno de personas de mala vida por las familias aristocráticas, sin embargo, a ella no le importaba. Era el mejor lugar de Sevilla para oír cantar de verdad, beber vino y contemplar a esos toreros tan guapos que se dejaban querer por las mozas de la taberna.

—¡Aquí se respira libertad! —Exclamó ella—. Uno puede mostrarse tal y como es sin que nadie lo mire con censura. —Concluyó. Ian alzó sus manos en señal de rendición—. Ya verás cuando la escuches cantar, te va a parecer un ángel del cielo que te susurra palabras hermosas al oído.

Los ojos de ella se entrecerraron con placer en el mismo momento que empezaron las notas desgarradas de la guitarra, puesta estratégicamente a un lado del escenario para no desviar el aire dramático que transmitía la cantaora con su vestido azul oscuro y su mantón rojo.

—Escapa a mi entendimiento la comprensión de esta música —continuó diciendo el extranjero.

Aracena miró hacia Ian e hizo un chasquido con la lengua, impaciente.

—Nuestro pueblo odia el afrancesamiento de sus clases altas, es normal que deseen rehabilitar nuestra cultura enterrada entre usos gabachos.

Ian le mostró una sonrisa ante la defensiva patriótica que esgrimía ella con tanto fervor, y siguió atizándola con sus afirmaciones:

—En España reina la dinastía de los Borbones franceses, es normal que hayáis adquirido parte de sus costumbres.

Ella carraspeó incómoda porque las palabras del escocés eran bien ciertas.

—Por eso el pueblo vuelve a sus orígenes, porque ya no soportamos el *ballet de cour*, es anodino e insustancial. —Aracena se refería al género de baile que había nacido en la corte de Francia y triunfado en todas las cortes europeas, incluso en España—. ¡No tiene vida! —Ian optó

por guardar silencio—. ¡Válgame Dios! —Ian desvió sus ojos del escenario hacia el rostro de Aracena ante el sonido agudo de su exclamación, y dirigió la mirada un segundo después hacia donde la dirigía ella.

Acababa de entrar a la taberna el mismo conde de Ayllón, don Rodrigo de Velasco y Duero, seguido de uno de sus hombres de confianza.

—¿Lo conoces? —Le preguntó él.

Aracena negó con la cabeza, aunque mentía. Lo conocía, pero no en persona. Fue consciente en todo momento de las miradas cómplices que se dedicaban la cantaora y el conde, y, por un momento, Aracena perdió el hilo de la canción que entonaba La Cañí, pues seguía de forma intensa los movimientos de Rodrigo sin emitir un parpadeo. Se fijó en su apostura soberbia, en su mirada penetrante y en esa sonrisa que nunca le había prodigado a ella ni a su hermana. Un suspiro amargo brotó de su ser ante el vacío de sus ojos cuando recorrió levemente la sala. Sus pupilas no se habían detenido ni un breve instante en su persona, y durante un segundo odió a su madre por el silencio al que las condenaba. Había esperado, como por arte de magia, que el parentesco de sangre le hubiese indicado a él que ella estaba allí, suplicando en secreto que reparase en el hilo fraternal invisible que los unía. Que rompiese la cadena de silencio con un reconocimiento por su parte.

Rodrigo centró su atención de nuevo en el escenario.

—No es raro ver al conde por aquí. Es sabido por todos la gran amistad que lo une a Montaraz. —Le dijo Ian.

Aracena sabía todo eso y más. Nada que tuviese que ver con la familia Velasco era ignorado por la suya.

Rodrigo tomó asiento en una mesa cercana al escenario, probablemente reservada en exclusiva para él. Aracena e Ian estaban sentados en la parte del fondo, donde la luz era mucho más tenue. El propietario de la taberna puso en la mesa del conde una jarra de vino y tres vasos, Aracena supo que esperaban a Montaraz. Rodrigo agradeció la atención del tendero, y sintió un vuelco en su estómago ante la figura de su padre. La palabra maldita se le había enredado en la lengua, y no podía escupirla para que no siguiese envenenándola por dentro. Qué poco valía la palabra «padre» cuando no iba acompañada por una mirada y una sonrisa de reconocimiento.

—¡Dios del cielo! —Volvió a exclamar ella.

Ian alzó sus cejas con curiosidad al escucharla de nuevo.

—No estás en el lugar indicado para rezar. —Bromeó él.

Aracena estaba muy lejos de prestarle atención a su acompañante, pues sus ojos seguían la figura del Duque de Alcázar, que se había instalado en una mesa paralela a la de Rodrigo.

Ella ignoraba si Rodrigo se habría percatado de la entrada del noble, pero por la tensión que observó en sus hombros dedujo que sí.

—¿Hemos venido a escuchar cante o tus plegarias? —Siguió Ian con su bromas.

Aracena lo miró intensamente, con esa mirada capaz de volver loco a un hombre. Hizo un gesto con la mano a Raphael, quien acababa de entrar por la puerta y se dirigía directamente hacia su mesa cruzando por detrás. Ian lamentó la llegada puntual del perro guardián. Siempre iba ataviado con su arma y su gabán largo hasta los tobillos, que se ondulaba con cada paso, dándole un aire misterioso y extraño a los ojos de los españoles. Sin embargo, acostumbrados como estaban a los extranjeros, no mostraban desdén ni desagrado en su presencia. Lo aceptaban entre ellos con silenciosa complicidad, como a muchos ingleses y escoceses.

Cuando Aracena vio quién acompañaba a Raphael, entrecerró los ojos. El marqués de Cayetano lo seguía de cerca, aunque acabó instalándose en una mesa cercana a la pared que

conducía a los camerinos. Le hizo una inclinación de cabeza a Ian y fijó sus ojos en el escenario sin reparar en ella, al igual que el duque y el conde momentos antes. Aracena sabía que su vestido de campesina borraba cualquier indicio de que fuera una dama, lo cual no le importó, ya que era lo que pretendía al vestirse así para asistir a la sesión de cante y baile en Tarantos sin que el buen nombre de su madre se viera afectado.

—Me parece que hoy Tarantos se va a llenar de la flor y nata de la sociedad sevillana, cuando no del reino. —Aracena no replicó el comentario acertado de su acompañante.

Con pesar, volvió su interés hacia el escenario, pues nada importaba más en ese momento que escuchar a La Cañí. Ni la presencia fuerte de su padre, ni del vacío emocional que la sacudía cada vez que lo miraba.

La voz, de exquisita sensibilidad, comenzó a llenar de notas el silencio consensuado del público reunido en el café y, cuando terminó, el suspiro contenido que siguió fue ensordecedor. La Cañí había expresado con su garganta a viva voz lo que su corazón decía bajito.

—¡Maravillosa! —Exclamó Ian.

Aracena inspiró hondo y asintió con la cabeza. Escuchar a la cantaora dejaba sus miembros laxos, y sus sentidos exaltados.

—Quien pudiera tener esa voz... —expresó ella.

La Cañí, entonces, miró hacia la mesa donde estaba sentada ella y le dedicó una sonrisa antes de abandonar el escenario. Dirigió sus pasos hacia donde estaba sentado el conde.

—Tenemos que irnos. —Dijo de pronto. Tanto Raphael como Ian la miraron con sorpresa, pero Aracena pretendía evitar que la cantaora llegara hasta ellos y los invitara a compartir la misma mesa con el conde de Ayllón, cosa que podía ocurrir si se quedaban un momento más en el café.

—¿No piensas brindarle tu felicitación por tan soberbia actuación? —preguntó Raphael sorprendido.

La muchacha asintió de forma enérgica a la misma vez que recogía su chal con gracia. Su movimiento atrajo la atención del duque, que la escudriñó de forma intensa, no así la de Rodrigo que seguía mirando embelesado los ojos negros como moras de La Cañí.

Aracena se giró y se quedó paralizada.

Alonso la miró y el mundo se detuvo para ella, pues entendió todo lo que le decían sus ojos. Fue consciente de su propia respiración, que se volvía incontrolada. El aire del establecimiento se había vuelto denso e irrespirable. El noble la desnudaba de pies a cabeza y un cosquilleo la recorrió por entero. Aún recordaba su beso y su insulto, pero el brillo de deseo que por un instante se paseó por los iris del duque no escapó a su atención. ¡Había visto el deseo en él! Y sonrió secretamente porque sus planes iban encauzándose. Había obtenido al fin su atención, y ahora tenía que procurar que no disminuyera. No tenía ni idea de cómo lo lograría, pero lo más difícil ya estaba logrado.

Aracena le sostuvo la mirada con valor, sin titubear, y lentamente le fue ofreciendo una sonrisa coqueta.

Alonso se sorprendió al verla. Jamás podía haberse imaginado que la encontraría en la taberna, aunque recordó con vívida incomodidad que la mujer estaba muy bien acompañada por dos hombres que se mostraban demasiado protectores con ella: como si conocieran sus más íntimos secretos. Un segundo después, chasqueó la lengua con desdén, no podía permitirle esos juegos que se traía con él: ora lo provocaba, ora se mostraba indiferente.

—Hace mucho calor esta noche... —Fue el simple comentario de Aracena antes de emprender la salida hacia los camerinos de la mujer que ocupaba su atención.

Su visita a la taberna tenía un propósito definido, y la inesperada aparición del Conde de Ayllón y del Duque de Alcázar no podían variarlo.

Aracena había visto el gesto de La Cañí para que la acompañara detrás de los bastidores, ella pensaba seguirla, pero Rodrigo no soltaba la mano de la cantaora. Decidió adelantarse. Caminó con seguridad por los estrechos pasillos hasta el camerino. Raphael la siguió con la mirada y percibió que el duque se levantaba para salir a su encuentro, decidió que la dejaría quince minutos sola en su compañía, ni uno más. Ian hizo ademán de levantarse, pero Raphael, con una mano apoyada en su antebrazo, negó con la cabeza.

—Dejaremos que felicite a La Cañí a solas, luego iré a buscarla para traerla de regreso.

Ian entrecerró los ojos extrañado, pero Raphael seguía reteniendo su brazo. Un momento después, uno de los bailarines comenzó un zapateo incesante.

CAPÍTULO 6

Empujó la puerta del camerino que cedió a la presión de la mano, y entró en un mundo desconocido para ella: vestidos de colores chillones, diferentes collares y abalorios, también peinetas altas y bajas, de coronilla, frontal...

Todo le resultaba fascinante.

—Creí que encontraría a la cantaora, y sin embargo tropiezo con una gitana desmemoriada.

Aracena se giró de golpe hacia el hombre que entraba en ese preciso momento en el camerino. Ella no tenía modo de saber que Alonso había dado órdenes de que entretuvieran a la cantaora. Tenía mucho interés en conversar con ella a solas desde que la había visto dirigirse hacia los camerinos.

—¡Qué sorpresa, cerdo pomposo!

Alonso no se resintió por el insulto. Era uno de los aristócratas con el mejor vestuario de toda la nobleza andaluza.

Cerró la puerta tras de sí y Aracena entrecerró los ojos.

—Hoy no va a ignorarme, ni va a decir que no me conoce.

Ella no lo había visto desde aquella noche en el baile cuando la besó.

—¿Y cuándo he tenido el gusto de verlo otra vez? —Le preguntó.

—Cuando nos vimos en el centro de la ciudad y simuló no conocerme —respondió envarado.

A ella se le iluminaron los ojos al comprender. El noble debía de haberse tropezado con su hermana gemela. Casi no pudo disimular una sonrisa, porque Isabel, con su actitud, había logrado algo importante para ella: que se sintiera desairado.

Alzó el mentón con orgullo.

—Un caballero no me hubiera dejado el vestido sin abrochar —le reprochó.

Alonso se fue acercando muy lentamente hacia ella.

—Quería disculparme por mi descuido involuntario. —¡Ja! ¿Acaso la tomaba por una tonta?—. Mi hermana Rosa tuvo a bien explicarme que usted sufrió un accidente con las cintas del corsé, y lamentó profundamente no haberle servido de ayuda.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó a bocajarro—. Porque está claro que si La Cañí me ha invitado a su camerino, con usted no lo ha hecho.

Alonso hizo una mueca bastante significativa.

—No tengo por costumbre relacionarme con gitanas.

Aracena lo miró un segundo, atónita, otro después, con falso enojo.

—¿Le parezco gitana?

Alonso la miró de arriba abajo con una intensidad que lograba ponerla nerviosa. Era de complexión delgada, pero con curvas muy seductoras que el estrecho corpiño realzaba. Con senos adecuados para las manos ansiosas de un hombre como él. Vestía de forma muy diferente a la noche del baile cuando la conoció. Con un vestido campesino que no lograba ocultar sus encantos. Pero si había algo que atrapaba por completo su atención eran esos increíbles ojos dorados que no miraban, sino que acariciaban con una seducción que le ponía sus partes íntimas duras como una piedra.

Aracena no reculó en su postura firme ni en la provocación que le ofrecían sus ojos mientras él la devoraba con la mirada.

—Hoy una gitana, la otra noche una mujer de vida alegre... —susurró él.

—¿Busca provocarme? —Le preguntó ella.

Había siseado la pregunta con una promesa en sus ojos que Alonso aceptó sin dudar. La sujetó por el cuello y la atrajo hacia él al mismo tiempo que ya inclinaba la cabeza al encuentro de la boca femenina. Intercambiaron alientos y vehemencia por besarse.

—Es pura provocación.

El beso apasionado los sumergió en una nube de vapor tóxico que les impidió pensar con lógica. Alonso no besaba, hacía propia la boca de ella. La tenía tan bien sujeta que Aracena apenas podía respirar. Sintió la mano firme en su cintura y la otra tras su nuca mientras la lengua caliente recorría cada recoveco de la suya. La estrechó tan fuertemente que los senos femeninos quedaron aplastados en el torso duro. Alonso subió la mano hasta la coronilla y enroscó los dedos bajo el moño como si quisiera deshacerlo.

—¡Aracena! —La voz de La Cañí la despertó del dulce letargo en el que estaba sumida.

Pero Alonso no la soltó ni se permitió el lujo de girarse. Había cesado en el beso, pero no en consumirla con los ojos.

—¿Qué sucede aquí? —Preguntó la bailaora. Cuando Alonso se giró un tercio, la bailaora bajó el rostro al suelo—. ¡Duque! —Por el tono de su voz, Aracena supo que estaba muy impresionada.

—Quería felicitarla por su excelente actuación, pero esta mozuela me desvió de mi propósito.

Aracena abrió los ojos como platos. Tenía los labios hinchados y la respiración agitada, por ese motivo no pudo responder a su insulto como merecía.

—No es correcto, Su Excelencia, que esté aquí a solas con una señorita, y besándola —le expresó la mujer.

El duque hizo una mueca de desprecio.

—No estaba besando a una señorita, sino a una gitana bien dispuesta.

—¡Señor...! —exclamó la bailaora que conocía muy bien quién era Aracena: era la hija no reconocida del Conde de Ayllón.

Pero La Cañí ya no pudo decir nada más porque Rodrigo de Velasco y Duero acababa de hacer su entrada en el camerino.

La mirada entre ambos hombres era de auténtico desdén.

—De Lara...

—De Velasco...

Aracena y La Cañí quedaron relegadas a un segundo plano. Los dos hombres las ignoraban por completo.

—Si hubiera sabido que estabas aquí me habría ahorrado la molestia de venir para no tener que verte. —Rodrigo no se andaba por las ramas al expresar su desprecio por el duque.

—Y yo había olvidado lo que te gusta visitar antros repletos de bandidos y anarquistas.

La Cañí se temió lo peor porque la tensión antagónica entre los dos hombres aumentaba de forma vertiginosa, sin embargo, Montaraz apareció de improviso para susurrarle algo al conde. Este le hizo un gesto afirmativo, miró por última vez al duque, y salió por la puerta sin mirar atrás.

Alonso hizo lo propio sin despedirse de ninguna de las dos mujeres.

—Pensé por un momento que llegaban a las manos —murmuró La Cañí.

Aracena medio sonrió por la expresión atribulada que tenía en el rostro la bailaora.

—El conde es un hombre sensato —dijo la muchacha con un brillo extraño en los ojos.

Dudaba de que Rodrigo la hubiese visto porque el recio cuerpo de Alonso la tapaba por entero cuando el conde apareció en el camerino.

—Haces mal en relacionarte con un hombre tan poderoso como el duque, y me haces lamentar mucho los consejos que te di.

—No me relaciono —se excusó—. Te esperaba cuando apareció él, y no soy mujer de darle la espalda a un reto.

La Cañí sabía a qué reto se refería Aracena.

—No tienes la experiencia ni la madurez para lidiar con un hombre como él.

Aracena sonrió especulativa.

—De él solo busco una cosa, y está en su caja de caudales.

La Cañí resopló con un gesto desabrido al mismo tiempo que caminaba hacia el tocador. Rebuscó entre sus pertenencias hasta que encontró la misiva cerrada. Se giró hacia ella y se la tendió.

—Kiko Peña te espera mañana en la calle Ancha. El sobre va dirigido a Agustín Saperes, y se lo hará llegar Álvaro Belmonte.

Aracena asintió levemente. Kiko Peña era un conocido comerciante que mantenía negocios con el marqués de Cayetano. Juntos, compartían varios emprendimientos. El marqués de Cayetano era un firme partidario del Infante Carlos María Isidro, hermano del rey Fernando, quien se vislumbraba como el futuro sucesor del trono de España. Desde el año 1823 hasta la fecha, el país había experimentado una represión severa, acompañada por el cierre de algunos periódicos y universidades. Se prohibieron las sociedades masónicas y otras consideradas críticas hacia la monarquía. Un numeroso grupo de ciudadanos y nobles liberales se alzó contra el rey, fragmentando la hegemonía absolutista de la corona y del clero. Los diversos levantamientos, instigados tanto por la Iglesia como por los partidarios del Infante Carlos María Isidro, crearon un ambiente enrarecido en la población, que estaba claramente dividida.

—Si tu madre se entera de tus andanzas sufrirá un ataque —le dijo la cantaora.

Aracena hizo una mueca divertida.

—Está de viaje —le informó—, tiene asuntos legales que resolver en Luisiana.

La Cañí entrecerró los ojos.

—Ahora me explico el motivo por el que has venido a verme.

—Adoro verte bailar, lo sabes —afirmó la joven con una sonrisa—, y me encanta rodearme con este mundo.

—Este mundo no es para ti, pequeña —apuntó la mujer.

—Son las personas como yo las que logran grandes hazañas: pasito a pasito.

La Cañí sabía que Aracena se refería a la política del reino, y le costaba entender que una muchacha tan joven se interesara por las leyes que no favorecían a los ciudadanos pobres.

—Me pregunto una y otra vez por qué Álvaro Belmonte te alistó para sus ambiciones políticas —susurró la mujer madura.

Aracena se guardó la misiva en la ropa interior.

Isabelle Denise había encargado un retrato de sus hijas al célebre pintor Belmonte, quien además había sido su amante en el pasado. Durante una de las sesiones de pintura, había surgido una discrepancia entre Isabelle y el pintor respecto a la política de la corona. Aracena escuchó con verdadero interés la disputa entre su madre y el pintor, y una cosa llevó a la otra. En las sesiones siguientes, ella tomó partido y el pintor terminó por incluirla en los debates. Su interés y disposición fueron tales que, en la actualidad, actuaba como mensajera entre el Marqués de Cayetano, detractor del rey Fernando y su política actual, y algunos comerciantes que sufrían la

represión de la corona. Sin embargo, Aracena se había propuesto una causa aún más importante: robar documentación relevante que estaba en poder del Duque de Alcázar y que afectaba al Conde de Ayllón, su padre

—¿Es cierto que vendrá a Sevilla el Infante don Sebastián de Borbón?

La Cañí se llevó el dedo a los labios para que guardara silencio. La situación en la corte madrileña era muy tensa, pero antes de que la mujer respondiera, Raphael hizo su aparición en el camerino. Aracena respiró hondo, se despidió de la bailaora y se marchó con él.

CAPÍTULO 7

Isabel había quedado con Raphael en la Alameda de Hércules, pero llegaba tarde. La visita al convento de los Terceros Franciscanos le había llevado más tiempo del que había calculado. El amplio jardín de la Alameda era muy extenso, un espacio público en el interior del centro antiguo de la ciudad. Estaba ubicado en el extremo norte de la zona amurallada, muy cerca del río Guadalquivir por un lado y próximo al barrio de la Macarena.

Isabel se detuvo junto a una de las dos columnas mientras desataba el ajustado lazo de su sombrero. Estaba un poco acalorada y se sentía impaciente. Aracena pasaba muchos días fuera de casa y estaba realmente preocupada por ella. Tampoco tenía noticias de su madre y el viaje que había emprendido al otro lado del mundo. Raphael le decía a menudo que se preocupaba en demasía, pero ella intuía que algo malo había sucedido. No era normal que su madre mantuviera silencio sobre su llegada ni sobre las gestiones que tenía que realizar.

Observó el sol que ya comenzaba a ponerse y suspiró porque pensó que Raphael se habría cansado de esperarla, y seguramente había regresado a la casa. Giró la cabeza hacia la derecha y una ráfaga de aire se llevó el sombrero del que ella había desatado la cinta. Dio dos pasos hacia adelante sin pensar tratando de agarrarlo al vuelo. No escuchó el galope del caballo, y cuando quiso apartarse, fue demasiado tarde. La cabeza del semental la golpeó, e Isabel cayó hacia atrás golpeando con su espalda el duro suelo. Cerró los ojos al sentir el rebote de la cabeza y soltó el aire de golpe. Oyó una maldición y se dijo que la tarde empeoraba todavía más.

—¡Está loca! —Escuchó decir a un hombre.

Isabel no quería abrir los ojos. Trataba de valorar qué le dolía más, si la cabeza o su orgullo por intentar atrapar el sombrero sin prestar atención a los diversos jinetes y carruajes que circulaban por la vía principal del parque.

—¿Se encuentra bien? —El tono de voz se había suavizado, y ella se decidió a abrir los ojos.

El Duque de Alcázar estaba inclinado sobre ella a la vez que la sujetaba por los hombros y la miraba fijamente.

—Estoy un poco mareada —admitió con sofoco.

—Puede dar gracias que ha tropezado con la cabeza de mi caballo y no con sus patas.

—No quería perder el sombrero y no presté atención a los sonidos del galope.

Isabel trató de reincorporarse, pero el noble se lo impidió. Alrededor de ellos comenzaban a congregarse algunos curiosos.

—¿Sigue mareada?

—Estoy bien, de verdad.

Alonso la tomó de las manos y la ayudó a reincorporarse.

—Tendría que verla un médico. Se ha dado un buen golpe.

Isabel tenía prisa y se sacudió la tela de la falda con ambas manos.

—Muchas gracias por su ayuda.

La gente comenzó a dispersarse. Isabel dio un paso para marcharse, pero el noble se lo impidió. La sujetó por el hombro y la obligó a girarse hacia él.

—La otra noche no me despedí. —Le dijo él. Isabel lo miró sin comprender—. Estaba un poco alterado y cometí una falta imperdonable.

—No ha cometido ninguna falta —respondió ella—, al menos conmigo.

La muchacha era en verdad esquivia, se dijo el duque. Y esa tarde vestía como una recatada

muchacha de sociedad.

—También le pido disculpas por insultarla.

Isabel lo miró perpleja, también aturdida por el golpe.

—Debe de confundirme con otra, señor.

Nuevamente se giraba para marcharse y Alonso la miró boquiabierto, pero se lo impidió otra vez. Era la misma muchacha que había besado dos veces, y lo trataba como si fuera un completo desconocido.

—¿Está jugando conmigo? —Le preguntó.

Isabel lo miró con frialdad. Alzó el mentón y tensó la espalda.

—No suelo jugar con desconocidos, y no pienso permitirle un trato así de familiar.

Alonso estaba completamente superado.

—¡Ah!, pero yo no soy un desconocido, ¿verdad, gitana?

El duque dio un paso hacia ella e Isabel retrocedió dos. Volvió a sujetarla de la mano para atraerla hacia él, y ella la manoteó con ira.

—¿Cómo se atreve...? —Apenas podía hablar de lo indignada que se sentía.

—¿Es porque estamos en la vía pública? —Se burló él.

Isabel se atragantó con la saliva. El hombre que tenía frente a sí era un completo maleducado.

Alonso la sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí. Se acercó tanto a la boca femenina que se tragó el aliento que exhalaba. Ninguno de los dos se percataba del espectáculo que estaban dando a los viandantes que se cruzaban con ellos.

—¡Suélteme! —Le ordenó en voz baja y con los dientes apretados.

El duque inclinó la cabeza para besarla y ella hizo algo completamente lógico, lo abofeteó con fuerza.

Parpadeó atónito, pero Isabel logró separarse de él.

—No vuelva a acercarse a mí —le escupió enojada—. No vuelva a tocarme ni a dirigirme la palabra.

Alonso se preguntó en qué diablos estaba pensando para tratar de besarla en un parque público. ¿Y qué tenía esa muchacha que le encendía la sangre y le nublaba el juicio?

Entrecerró los ojos con la arrogancia propia de su género y la miró de arriba abajo.

—Quédate tranquila, gitana, que no volverás a embaucarme —la insultó mordaz, y tuteándola por primera vez.

Isabel lo observó dirigirse al caballo, que en ese momento se estaba comiendo su hermoso sombrero. Y lo lamentó de veras porque había sido un regalo precioso de una persona a la que quería y admiraba.

El hermoso semental resopló cuando el jinete sujetó las bridas y montó sobre su grupa con un salto ágil. Segundos después carraspeó por la polvareda que provocaron los cascos del caballo al emprender la marcha.

Alonso se encontraba inquieto. Paseaba de un lado a otro de la sala ensimismado, tomando y descartando opciones. Sus hombres mantenían un silencio oportuno. La casa Velasco era traidora a la corona, y él estaba a punto de conseguir que el rey se pronunciara. No obstante, había otra cuestión mucho más acuciante y que había demorado su acusación directa sobre el conde de Ayllón.

—¿Sigue el rey posponiendo la acusación particular de la casa Lara y el posterior juicio sobre el conde?

Alonso se paró de golpe y se giró hacia su hombre más leal: Enrique de Palacios.

—El rey tiene varios frentes abiertos —respondió con la mirada fija en el rostro de Enrique—. Y los movimientos de Agustín Saperes es el que más le preocupa.

Agustín Saperes era un soldado de la Marina que había desertado. Al rey le habían llegado rumores de que estaba organizando una partida de Voluntarios Realistas.

—Con el precedente de la revuelta de Jorge Bessiéres hace dos años, es normal que el rey desconfíe de aquellos que le seguían.

Jorge Bessiéres, militar francés que había servido en los ejércitos napoleónicos durante la guerra, se había pasado en los últimos momentos a las filas españolas donde había alcanzado el grado de teniente coronel. Había participado en un intento de sublevación republicana, y fue condenado, pero se suspendió la ejecución gracias a la enérgica protesta del pueblo, sin embargo, el odio hacia los liberales moderados le llevó al bando absolutista. Finalmente, fue fusilado en Molina de Aragón.

En la actualidad tenía demasiados seguidores que querían llevar a término sus proclamas.

—Entre ellos algunos militares influyentes —concluyó Alonso.

—El Infante, Carlos María Isidro, también considera que el rey es demasiado complaciente con los liberales, y que no los castiga como se merecen.

—Tampoco premia a los apostólicos —intervino el militar Alejandro de Martín y Villanueva—. Es lógico que los seguidores de Bessiéres se pronuncien.

—El rey tiene todavía muy presente el Manifiesto de la Federación de los Realistas puros a los españoles, que se firmó en Madrid el año pasado, en el que se pedía el derrocamiento de Fernando en favor de su hermano —apuntó Enrique.

—Yo no olvido —dijo Alonso—, que los absolutistas son alentados precisamente por el Infante Carlos María Isidro.

—Sus quejas son legítimas —defendió Enrique.

—Son ridículas —contestó Alonso—. El Infante jamás tendría que haberse posicionado.

—No llevan bien que el rey se relacione tanto con los afrancesados. —Alonso miró duramente a su hombre de confianza tras ese comentario hiriente pero cierto.

Iba a responderle en el preciso momento que escuchó la risa de dos mujeres. Entrecerró los ojos y caminó directamente hacia el vestíbulo. Abrió la puerta con brusquedad.

—¡Alonso! —exclamó su hermana Rosa al verlo aparecer de pronto—. No sabía que estabas en palacio.

Rosa no estaba sola, iba acompañada precisamente con la mujer que había conocido en el baile semanas atrás. La que un día lo desdeñaba, y al siguiente actuaba como si no fuera la misma. La miró tan fríamente que Aracena se estremeció de forma involuntaria.

—Despide a tu visita, tengo que hablar contigo. —El tono de su voz era frío como el hielo.

Rosa se puso seria de inmediato. Observó tras la espalda de su hermano a sus hombres de confianza, y supo que hablaban de política.

—¿Es urgente? ¿No puede esperar? —Le preguntó la hermana. Alonso hizo un gesto negativo con la cabeza de forma muy significativa—. Al menos dime el motivo.

Alonso no podía dejar de mirar el rostro de la mujer que lo observaba de forma provocativa. Tenía un brillo apasionado en sus ojos dorados, y se le encogió el estómago. No llevaba muy bien que lo desairaran, y ella lo había hecho en dos ocasiones.

—No es algo que necesite conversar en presencia de extraños.

Aracena ahogó un gemido porque, aunque el duque hablaba con su hermana, no dejaba de mirarla a ella.

—No se preocupe, ya me marchaba —dijo Aracena de pronto.

Rosa se giró hacia su amiga y la miró boquiabierta.

—¡Pero si acabas de llegar!

Alonso caminó hacia donde estaban las dos mujeres. Sujetó a su hermana por el codo y la dirigió hacia el salón donde se encontraban Enrique y Alejandro.

—Yo despediré a tu invitada —le dijo sin miramientos.

Rosa protestó con energía.

—Tus asuntos privados no me harán ser grosera con una amiga a la que he invitado porque tengo intereses que tratar con ella —le informó Rosa.

Alonso apretó los labios con enfado y miró a su hermana con los ojos reducidos a una línea. Esa vena rebelde le parecía insufrible.

—Espérame en el salón —le ordenó mientras la introducía dentro de la estancia, aunque ella se resistía.

Cerró la puerta tras de sí y miró a Aracena fijamente. La muchacha irguió el mentón de forma altanera porque le parecía impropio de un hombre como él tratar así a su única hermana. Rosa era una bellísima persona.

—En lo sucesivo, tienes prohibida la visita a Silencios —le ordenó el noble.

Aracena ladeó la cabeza porque le parecía increíble que el duque fuera tan veleidoso. Un día la besaba y al otro la despedía como si fuera una criada insolente.

—Rosa no ha hecho nada para merecer su enojo. —Respondió ella. Alonso la observó cauto. La joven seguía plantada frente a él sin un gramo de temor en su seductor cuerpo—. Ni yo tampoco.

Alonso cruzó los brazos al pecho y la miró con insolencia.

—Mi hermana está fuera de esta discusión.

—¡Ah! ¿Pero estamos discutiendo, o simplemente me está poniendo en el sitio que cree que me corresponde? —Lo provocó ella.

El duque había sido descuidado en su vocabulario. Y la sagacidad de la moza le resultó increíble.

—Se acabaron los juegos, gitana. —Era la primera vez que la palabra gitana se le atragantaba porque había sido pronunciada con un desprecio malsano.

—¿También se acabaron los besos que nunca le he pedido y que sin embargo me ha dado? —Le preguntó insolente.

Alonso dio un paso hacia ella de forma lenta.

—Eres una insensata por recordarme mi debilidad.

Aracena sonrió al escuchar la declaración de él, que no había sido dicha de forma intencionada, y que mostraba que el duque no era tan indiferente como aparentaba.

—¿Soy su debilidad, Duque de Alcázar? —La pregunta femenina le escoció en lo más hondo porque sus palabras anteriores podían ser tomadas de una forma muy distinta a su intención original.

—Eres seductora —apuntó él mirándola de arriba abajo con insolencia—, una buena hembra para retozar un rato. —Aracena respiró hondo varias veces porque el insulto había sido infamante—. Una amante con la que uno podría acostarse todas las noches, una mujer de la que sería imposible enamorarse, y una hiena a la que tendría que matar porque de no hacerlo acabaría devorándome.

Aracena dio un paso hacia atrás porque las palabras del hombre abrasaban. Sus ojos despedían fuego inquino, y la mueca de su boca era tan cruel que el estómago se le encogió de aprensión.

—Le cuesta ser amable, ¿verdad? —Le preguntó ella.

—Me cuesta decir mentiras. —Respondió seco.

Esa afirmación le inyectó ánimo y valentía. Aracena se jugaba mucho, pues pretendía seducir al duque para hacerse con su caja de caudales, y lo que en ella celosamente guardaba. Pero su actitud le parecía inconstante.

—Haré que se trague esa última. —Le advirtió ella.

Alonso rio de forma despectiva.

—He de admitir que me haces reír los primeros cinco minutos y que me hastías el resto del tiempo, y como hombre ocupado, por favor, no me hagas perderlo.

Aracena se acercó muy lentamente hacia él y se quedó parada a solo un paso del fibroso y alto cuerpo. Alzó la mano derecha y le acarició la mejilla. Alonso no hizo ningún gesto para impedirlo.

Era tan osada que lo dejaba sin capacidad de actuación.

—Sus palabras no hacen mella en mi ánimo porque sus ojos expresan otro sentir muy diferente, Su Excelencia. —Aracena calló un momento—. Y hoy le ofrezco mi palabra de que haré que se trague las tuyas.

En un acto reflejo, Alonso sujetó la mano que ella retiraba del mentón fuerte.

—No me gustan las amenazas —le advirtió.

—Nunca amenazo —aseveró ella sin dejar de mirarlo—. Es una advertencia para que esté preparado. —Alonso no sabía qué pensar sobre ella. Hacía lo indecible por molestarla, hierirla, pero la muchacha parecía indemne a los insultos—. Despídame de Rosa, por favor.

Ya se daba la vuelta cuando Alonso la detuvo con una frase tan arrogante como todo él.

—Nunca vuelvas a Silencios, porque no responderé de mis actos.

Aracena soltó el aliento poco a poco.

—Acepto su reto, Duque de Alcázar.

CAPÍTULO 8

Rosa miraba a su hermano completamente abatida. Se sentía herida porque había quedado delante de su única amiga como una pusilánime, pero era incapaz de enfrentarse a él. El Duque de Alcázar era temible, no solo para sus enemigos, sino también para ella.

Alonso maldijo con voz grave mientras observaba a su hermana. Su padre, fallecido en la batalla de Tolosa, había permitido que la herencia de la madre de ambos pasara íntegramente a manos de su hermana, y él creía firmemente que ninguna mujer debía poseer tanta riqueza, ya que eso le otorgaba una influencia que podría resultar peligrosa. Rosa había sido educada como un hombre; incluso había estudiado bajo la supervisión de un profesor y tutor francés designado por su padre. Este la había enviado muy lejos de él, y aunque Alonso había intentado por todos los medios anular los arreglos hechos por su padre para controlar el patrimonio y la riqueza de su hermana, no lo había logrado. Luego, la muy insensata había regresado a Sevilla, y a él no le gustaba en absoluto la gente con la que se relacionaba.

—No deseo que asistas a la cena que ofrece el Infante Carlos el próximo viernes.

Rosa seguía sentada en actitud sumisa. Los hombres de confianza de su hermano habían abandonado el palacio momentos antes, como Aracena.

—No sería correcto desairar a la corona —afirmó la hermana.

Alonso apoyó las manos en la larga mesa del salón y la miró con atención.

—No te ha invitado la corona —espetó con dureza.

—Me ha invitado el hermano del rey —afirmó rotunda—, y no pienso comenzar una disputa de obediencia entre la casa Lara y la corona porque te disgusten algunas de mis amistades.

Alonso apretó los labios con cierto enojo.

—Una de ellas es inapropiada para el rango que ostentas —le recordó.

—Es la única amiga que tengo. La única que no muestra su desprecio porque he sido criada en Francia.

Alonso no quería seguir por ese camino.

—Estábamos hablando sobre la cena...

—Cierto, y tengo la intención de asistir —lo contrarió ella.

—¿Acaso ignoras quienes asistirán? —El duque no podía olvidar a la muchacha que constantemente se introducía en sus pensamientos, y que le había lanzado un reto sorpresivo: ignorar sus advertencias de no relacionarse con su hermana.

Rosa era consciente de los nombres de los invitados a la cena, pero no podía admitirlo.

—La flor y nata de la nobleza sevillana —respondió serena.

—Una novicia como tú no puede asistir a eventos que en nada están relacionados con el rezo y el voto de obediencia. —Le espetó su hermano.

Rosa lo miró con un brillo de dolor en sus pupilas.

—Mi conducta siempre ha sido ejemplar, y en nada te perjudica que asista a algunos eventos sociales antes de comenzar mi destierro religioso.

—Te informo de que sor Teresa ha aceptado tu ingreso en el convento de la Encarnación de religiosas agustinas. —Le informó el hermano.

Rosa inclinó la cabeza a modo de aceptación. Sabía cuál era su lugar, y lo había asumido con una docilidad sorprendente. Su hermano no soportaba su presencia. Desde el mismo momento que regresó de París, mostraba su rechazo a todo lo que ella emprendía, pero lo único

que Alonso podría reprocharle era su manifiesta lealtad a los ideales de su padre: un noble bonapartista.

—Entonces, ¿para cuándo está previsto mi ingreso en el convento de Santa Marta? —Le preguntó con voz queda.

Alonso la observó con censura ante el nombre popular del convento de la Encarnación, solo la gente de clase humilde se refería al convento de ese modo, y él detestaba la familiaridad con la que hablaba su hermana.

—Tu ingreso está previsto para este próximo otoño. —Respondió el hermano. Rosa lo miró fijamente. Alonso pudo apreciar la palidez que cubría sus mejillas, y un cierto remordimiento lo sacudió—. Es lo mejor para ti. —Siguió insistiendo.

Rosa volvió a taladrarlo con una sonrisa seca.

—Sé perfectamente por qué deseas alejarme de Sevilla —le dijo con los puños crispados a sus caderas—. Recluírme para tu conveniencia.

Alonso apretó los labios con enorme disgusto. La corona tenía constancia de las reuniones de ella con uno de los hombres del marqués de Cayetano: Rafael Maroto, un Voluntario Realista que obedeció antaño las órdenes del militar Jorge Bessières.

—Trato de hacer lo mejor para ti —le reveló él tras una meditación profunda.

Rosa sabía perfectamente lo que pensaba su hermano sobre ella y su forma de ver la política del reino, pero ella había crecido con la libertad. Su padre había muerto por esos mismos principios que ella defendía. Además, detestaba la posición absolutista de su hermano. Si él creía por un momento que podría silenciarla por encerrarla en un convento, estaba muy equivocado.

—No soy un peligro para tus ambiciones —confesó dolida—. Trato de honrar la memoria de nuestro padre.

—Tus ideales son equivocados —replicó molesto—. Padre era un traidor a España. ¡Un maldito bonapartista! ¿Lo has olvidado?

Preocupada, Rosa clavó sus pupilas negras en las de su hermano. Alonso Miguel de Lara y Arenas había sido uno de los muchos nobles que apoyaron a Napoleón Bonaparte, y pagó con su vida esa elección.

—Padre defendía unos ideales que el rey Fernando se encargó de destruir y amordazar. ¿Acaso te deja indiferente ver lo que ha hecho con el pueblo? ¿Su tiranía? ¿Su absolutismo?

Las aletas de la nariz de Alonso se dilataron al escuchar a su hermana. —Tenías meses de vida cuando estalló la guerra con Francia; padre no pudo influirte para que adoptaras su postura y sus ideas políticas —le espetó el hermano con furia—. Piensas así porque te has criado en el país enemigo que quiso someternos, que nos masacró para lograrlo, ¡maldita sea!

—Nuestra abuela materna era francesa —le recordó ella amargamente—, pero que yo me criara en Francia no significa nada. Las tropelías son siempre abusos, arbitrariedad, y por ese motivo me declaro contraria a la política que tú defiendes.

Alonso la taladró con una mirada acerada ante la defensa de sus ideas. Rosa era una mujer, y las mujeres no se metían en política ni negocios.

—Nuestro padre obtuvo lo que merecía... —le recordó.

Rosa contuvo un suspiro ante los recuerdos que las palabras de su hermano desataron. Después de la batalla de Somosierra, su padre la envió a Francia con la familia materna de su esposa. Alonso Miguel de Lara y Arenas comprendió que la situación en España iba a empeorar y quiso poner a su familia a salvo. Sin embargo, su esposa se negó a marcharse y dejarlo solo. Finalmente, su primogénito también se quedó en Sevilla con ellos, por lo que Rosa se educó sin su familia más cercana y creció con su abuela materna en un país odiado por los españoles. Ella

misma fue objeto de la aversión y el rechazo de la nobleza sevillana a su regreso, excepto por Aracena.

—Tengo que anunciarte que viajaré la próxima semana a Barcelona por asuntos de la corona. —Le informó el hermano. Las cejas de Rosa se alzaron con un interrogante—. Al rey le preocupan los movimientos de Agustín Saperes.

—¿Teme otra revuelta como la de años atrás? —Preguntó ella.

—Hay mucho descontento entre la nobleza, y el rey piensa estar preparado—apuntó el duque.

Rosa meditó durante un momento en las palabras de su hermano.

—El Cuerpo de Voluntarios Realistas fue un tremendo error por parte del rey —le expresó ella.

Ese Cuerpo fue creado como una milicia que el rey Fernando había organizado tras la caída del gobierno liberal en 1823. Tenía como principal objetivo evitar el restablecimiento del gobierno constitucional y luchar contra los elementos liberales.

—Ese Cuerpo está integrado por los elementos más intransigentes del absolutismo, y te recuerdo que son muchos. —Rosa ponía palabras a los pensamientos de su hermano—. Doscientos mil hombres es un número nada despreciable si deciden revolverse contra su creador —continuó diciendo la mujer.

—Por ese motivo tengo que marchar unos días a Barcelona.

Rosa entrecerró los ojos de forma especulativa.

—El paladín del rey de nuevo al rescate —se burló ella.

Alonso miró a su hermana mientras tensaba el mentón de forma amenazante.

—Olvidas que el rey me estima y aprecia.

—¡Cómo voy a olvidarlo! —Exclamó dolida.

—El rey confía en mí, y yo agradezco esa distinción —afirmó el duque.

—¿Deseas que te acompañe? —le ofreció la hermana.

Alonso hizo un gesto negativo, aunque había valorado esa posibilidad. No le gustaba nada dejar a su hermana sola en Sevilla, pero debía resolver unos asuntos del rey y no podía acompañarlo.

—Por ese motivo no deseo que asistas a la cena del Infante Carlos, ni que te relaciones con mujeres de dudosa reputación.

Rosa pensó que volvían a la misma cuestión del principio.

—Aracena Denise es una muchacha honrada y decente.

La defensa de su hermana sobre su amiga se la esperaba, pero la muy ilusa ignoraba que él había catado la moralidad de la moza, y en modo alguno era una buena influencia para ella.

—Te prohíbo que tengas tratos con ella, y con cualquier otra en mi ausencia —le advirtió.

Rosa apretó los labios hasta reducirlos a una línea.

—Eres demasiado injusto, Alonso.

—Esa muchacha honrada que defiendes a capa y espada es amiga de La Cañí, y suele visitar antros de bandoleros y anarquistas, como Tarantos.

Si Alonso pretendía sorprender a su hermana, lo consiguió.

—Imagino que hablas con conocimiento de causa —lo acusó ella. Alonso tomó aire de golpe—. Aunque se me antoja increíble que el todopoderoso Duque de Alcázar se digne a visitar tal lugar de corrupción y delincuencia.

—Mi visita al lugar tenía un propósito definido —aceptó él.

—El conde de Ayllón, ¿no es cierto? —Preguntó la hermana.

—Otro traidor a la corona. —Afirmó el duque violento.

A Rosa le temblaron las manos porque al decir «otro», también la había incluido a ella en la apreciación.

—¿Se ha pronunciado el rey sobre tus acusaciones? —Se interesó.

—¿Crees que te lo diría a ti? —Respondió seco.

—Soy tu hermana.

—Una hermana bonapartista y afrancesada —le recordó.

Rosa bajó los ojos ante la intolerancia que desprendían las palabras de su hermano.

—Mis ideas políticas no interfieren en mi afecto fraternal —confesó dolida.

Alonso optó por guardar silencio. Durante largos minutos ambos hermanos se miraron, uno con pesar, otra con dolor. Finalmente, el duque volvió a ordenarle:

—No asistirás a la cena del Infante don Carlos.

Ya no se dijeron nada más.

CAPÍTULO 9

La cena organizada por el Marqués de Cayetano en honor al Infante Carlos María Isidro resultó un rotundo éxito, ya que entre los invitados no se encontraban leales al rey Fernando. El palacio del Marqués, situado en una de las calles más concurridas del centro de la ciudad, era una muestra impresionante de diversos estilos arquitectónicos. Las paredes exhibían arcos de inspiración árabe, detalles platerescos, zócalos de azulejos especialmente traídos desde Portugal y un artesonado que alguna vez perteneció a un monasterio.

La planta inferior del palacio constaba de varios salones y patios, siendo el central el que capturó por completo la atención de los presentes. En este espacio destacaban las hermosas yeserías que adornaban múltiples arcos con columnas de mármol, así como el impresionante mosaico romano. El medallón central representaba a Dios Pan con su flauta, enamorado de Galatea, a quien dedicaba sus melodías y cantos. Ocho medallones adicionales mostraban escenas de las aventuras amorosas de Zeus, mientras que en las esquinas se encontraban representaciones de las estaciones del año.

—¡Estás aquí escondida! —Aracena se giró al escuchar la voz de su amiga—. Te traigo un vaso de limonada de vino.

Ella lo tomó con una sonrisa. Podía disfrutar de ese ambiente rico y opulento gracias a que Rosa había logrado que la incluyeran en la cena.

—En verdad tenía sed —aceptó con una sonrisa.

—El verano está siendo implacable en Sevilla —admitió Rosa mirando hacia el salón—. ¿Te diviertes? —Le preguntó.

Aracena hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras le sonreía.

—Salvo por Montaraz, porque es un poco acaparador —respondió Aracena mientras trataba de ahuecar el corpiño que le había sujetado su hermana. Sentía las costillas aplastadas.

—Lo tienes encandilado. —Le dijo Rosa.

La muchacha hizo un gesto de hastío bastante elocuente.

—Es un hombre al que una negativa no detiene en absoluto.

—Es un torero muy afamado —explicó Rosa—. Tiene a cuanta dama desea a sus pies.

Aracena se moría por inquirir sobre el duque. Desde la última vez que lo vio en el Palacio de los Silencios, no había vuelto a saber nada de él, pero contuvo su impulso.

—Tienes que hablarme sobre ese extranjero tan atractivo que siempre te acompaña —inquirió la noble.

Un instante después, Rosa parpadeó como si se hubiera sofocado con sus propias palabras.

—Ian es un buen amigo —respondió la otra, sincera.

—Es extraño verlo tan lejos de su tierra —apuntó pensativa.

—Mantiene negocios con el marqués de Cayetano —le informó Aracena.

—¿No te sientes atraída por él? —Quiso saber Rosa. Aracena negó con énfasis—. Me parece tan atractivo.

—Lo que te atrae de Ian es su carácter, tan diferente a los hombres sevillanos —afirmó Aracena.

Rosa tenía que darle la razón a su amiga. Los ademanes suaves y medidos del extranjero actuaban como un imán para ella que no soportaba el exceso de celo y pasión de la mayoría de hombres del sur que conocía.

—Sin embargo, no me ha prestado ni un minuto de atención cuando nos has presentado —

recordó ofendida.

Aracena rio mientras daba un sorbo a su limonada de vino.

—Temo decirte que Francia te ha echado a perder, querida amiga.

Rosa la secundó en la risa.

—Es cierto, en París los hombres son mucho más comedidos y reservados, también finos y elegantes. Nunca dicen lo que piensan realmente. Son muy diplomáticos.

—Témpanos de hielo, querrás decir —apuntó Aracena.

Rosa continuó:

—Quizás por ese motivo te sientes atraída por mi hermano, porque te gustan los hombres apasionados y duros de carácter.

—Tu hermano es como un río de lava —terminó aceptando.

—Somos tan diferentes...

Los ojos de Rosa se empañaron durante un instante.

—Así no tendremos el problema de que nos gusten los mismos hombres —afirmó Aracena llena de lógica.

—Mi hermano puede hacerte mucho daño —le advirtió sincera.

—Lo sé —admitió sin azoro alguno—. Pero nunca he conocido a nadie que desprenda ese magnetismo sensual, no solo cuando mira, sino en cada gesto —las mejillas de Aracena se ruborizaron.

—¿Mi hermano, magnetismo sensual? ¡Calla, por Dios! —La exclamación de Rosa amplió todavía más su sonrisa—. Alonso es el hombre más arrogante, soberbio e intransigente que existe en el mundo.

—Y muy seductor...

—No sé lo que te ha hecho mi hermano, pero sin lugar a dudas no ha sido nada bueno.

—Me divierte su altivez —reconoció la joven.

—Nació con ella, créeme —afirmó la hermana.

—Es un hombre que exuda peligro por cada poro de su cuerpo —siguió alabando Aracena.

—Me cuesta asimilar que te guste mi hermano. Me niego a creer que estés dispuesta a sufrir por alguien que no lo merece.

Aracena dejó la copa de cristal sobre el banco de mármol y sujetó las manos de su amiga. Rosa estaba en verdad apenada por ella.

—Créeme Rosa, soy consciente de que no puede existir nada entre tu hermano y yo —admitió con mirada franca—, pero ello no quita que me parezca el hombre más irresistible de cuantos he conocido.

—Que por supuesto han sido un montón para que puedas valorar y comparar —se burló la amiga.

—Cuando tu hermano aparece en escena —continuó ella—, todo se oscurece para mí, y solo él brilla con un resplandor que me ciega. Me sudan las manos. Se me encoge el corazón, pero sé que es un hombre que nunca será para mí.

—Aun sabiendo todo eso, ¿cómo estás tan segura? —preguntó Rosa y Aracena optó por guardar silencio.

Rosa no podía imaginar que el motivo que tenía ella para cercar a su hermano era con el propósito de sustraerle algo que pertenecía a otra persona. Aunque no había medido las consecuencias de su decisión porque estaba de verdad interesada por Alonso. Era verlo y las piernas se le convertían en gelatina. El corazón se le aceleraba, y cada palabra desdeñosa no hacía sino incrementar el interés que le despertaba.

—Puedo asegurarte que soy la única mujer en el mundo en la que tu hermano nunca se fijaría —aceptó Aracena sin medias tintas.

—Se siente atraído por ti, no tengo la menor duda —aceptó Rosa.

Aracena también lo creía, pero guardaba demasiados secretos, el más importante... ser la hija ilegítima del hombre que él odiaba con toda su alma, y al que había jurado destruir.

—Aquí está la flor más bella del jardín.

A la voz de Montaraz, Aracena resopló. Las dos mujeres miraron hacia el otro extremo del patio por donde venía el torero con una sonrisa bobalicona.

—Mi bella rosa sin espinas, me debe un baile a la luz de la luna.

Rosa apretó los labios para ahogar una risa. El rostro de Aracena era de resignación absoluta.

—Le recuerdo que no le he prometido ningún baile, y menos bajo la luz de la luna —se defendió Aracena, que mantenía las manos ocupadas con el vaso de limonada de vino para que el torero no se las besara.

—Sus desdenes no hacen sino incrementar el interés que siento sobre su persona —afirmó el hombre .

Aracena miró a su amiga pidiéndole ayuda. De ningún modo pensaba bailar con ese botarate. Solo de pensarlo podría enfermar de tedio.

—Maestro —Montaraz se giró hacia la mujer más influyente de toda Sevilla—. Isabel de Osuna me ha pedido el honor de serle presentada si no tiene inconveniente. Adora su estilo al torear y desea transmitirle su admiración.

Montaraz seguía sin dejar de observar a Aracena, pero no podía desairar a la hermana del Duque de Alcázar.

—¿La baronesa de Osuna? —preguntó interesado.

Rosa hizo un gesto afirmativo mientras Aracena soltaba el aliento poco a poco.

—¿Nos acompañas, Aracena? —Le preguntó a la amiga.

Estaba encantada. Rosa era el culmen de la diplomacia, siempre sabía cómo hacer que la gente a su alrededor se sintiera complacida. Aunque la cena estaba orquestada para el Infante, ella brillaba con luz propia.

Cuando regresaron al salón principal, Aracena buscó con los ojos a Ian, que conversaba animadamente con el Nazareno, un joven torero de Dos Hermanas que luchaba por hacerse un hueco. Rosa se disculpó con ella mientras dirigía a Montaraz hacia un extremo del salón, donde un grupo de mujeres empezó a reír y abanicarse cuando el torero les hizo una manida reverencia. Al girar la cabeza en busca de un refresco, se encontró con la presencia de unos ojos que no la miraban a ella, sino a Rosa. Aracena se apoyó en la pared y llevó la mano al pecho porque el corazón le latía desbocado. ¡Era el conde de Ayllón, su padre! Iba acompañado por un oficial de Marina que ella no conocía. Se preguntó qué hacía en Sevilla cuando su residencia habitual estaba en Málaga. Una vez recuperada de la impresión de verlo, carraspeó, ya que se le había resecado la garganta, algo que siempre le ocurría cada vez que lo observaba desde la distancia.

—Parece que has visto un fantasma.

Las palabras de Ian la devolvieron al presente.

—No esperaba ver en la cena al conde de Ayllón.

—Por lo que me ha contado Cayetano —Ian se refería al marqués—, el conde ha sido requerido por la corona.

Aracena parpadeó porque comprendía muy bien qué significaba eso: problemas para la casa Velasco.

—Estoy convencida de que estar en la misma estancia con Belmonte, Maroto y el Infante don Carlos, no es bueno para él —dijo en voz baja.

—Te olvidas del marqués de Cayetano y Agustín Saperes.

—¿Sabes algo que ignoro? —preguntó mientras lo observaba con fijeza.

Ian no la miraba a ella, sino a Nazareno, que le sonrió de una forma extraña. Le hizo un gesto con la cabeza que el escocés correspondió. El joven torero abandonó el salón e Ian puso su atención en responderle.

—Sevilla arde en conspiraciones —respondió.

Aracena se lo temía. Ella había entregado varios correos a personas comprometidas.

—Lo sé —respondió cauta—. Muchos están descontentos con la política del rey.

—La corte sevillana se ha convertido en un polvorín. —Ella lo miró seria—. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

El conde de Ayllón se dirigió directamente hacia Rosa de Lara. La mujer se ruborizó ante la imponente presencia. Rodrigo le murmuró algo y ella hizo un gesto afirmativo. La vio despedirse de las damas y de Montaraz, que se quedó a cargo de ellas. El conde y su amiga salieron del gran salón hacia uno de los patios. Aracena se moría de ganas de saber sobre qué conversarían. Un revuelo repentino distrajo su atención de las dos personas que habían salido un momento antes y de la que entraba en ese instante: era el Duque de Alcázar.

—Se complica la noche. —El comentario de Ian le provocó un estremecimiento.

Alonso de Lara buscaba con la mirada a su hermana, pero no la vio. El marqués de Cayetano fue a su encuentro para darle la bienvenida, a pesar de que no había sido invitado. Ambos hombres mantuvieron unas palabras, y Alonso terminó por entrar al salón para presentar sus respetos al Infante don Carlos.

—¡Tengo que advertir a Rosa!

Aracena emprendió una huida para buscarla. Tenía que comunicarle que su hermano acababa de llegar y que la buscaba. Recorrió el patio principal, la biblioteca y algunas salas, pero no la encontró. Subió a la primera planta donde se encontraban las estancias privadas del marqués. Tuvo que esconderse para sortear al mayordomo que se dirigía en ese momento a la alcoba privada de Cayetano, y cuando ya se daba la vuelta, la voz de Rosa le llegó en un susurro. Se había parado justo en la estancia donde estaban el conde y ella. Aracena no se lo pensó, abrió la puerta con cuidado y dos cabezas se giraron a la vez. El conde la tenía abrazada y Rosa lloraba. Como la luz era tenue, ni el conde ni su amiga la vieron bien, aunque Rosa la reconoció.

—Tu hermano acaba de llegar y te está buscando —soltó de sopetón.

Rosa dio un respingo y el conde la soltó.

—¡No puede encontrarme aquí! —La voz sonó aterrada.

—Yo te llevaré a Silencios —se ofreció el conde.

—Y yo lo entretendré —dijo Aracena.

—Me encontrará. —El miedo era claramente visible en el rostro hermoso a pesar de la poca luz.

—Descenderemos hacia la zona de los criados y saldremos por las caballerizas.

—Sabe que estoy aquí, no me dejará marchar.

Aracena sintió tanta pena por su amiga que contuvo un impropio. Ninguna mujer se merecía temerle tanto a un familiar, y por un momento deseó hacerle pasar al duque tan mal trago como él le hacía pasar a su hermana.

—Bajaré y lo vigilaré, si abandona el salón, trataré de entretenerlo para que os de tiempo a

salir por detrás.

No les ofreció la oportunidad al conde o a su amiga de decir nada. Bajó tan rápido a la planta inferior como rápido había subido hacia la primera, pero el duque no estaba en el salón principal y Aracena se encontró recorriendo una estancia tras otra tratando de dar con él.

—Señorita Denise... —Se paró de golpe y se giró un tercio.

Montaraz avanzaba rápido hacia ella. Suspiró impaciente porque no tenía modo de huir ni de perseguir al Duque de Alcázar.

—Discúlpeme, señor Montaraz, pero tengo prisa.

El diestro llegó hasta ella y la sujetó de la mano. Le costó un esfuerzo sobrehumano no manotear la del hombre para soltarse.

—La veo acalorada.

—Busco a mi acompañante que... —No la dejó terminar.

—¿Busca al extranjero amante de toreros?

Aracena lo miró atónita un segundo, otro después, con ira mal contenida. ¿Qué había querido insinuar con esa pregunta insidiosa? Ni quería ni se atrevía a especular, pero sintió rabia por esa afirmación tan maledicente.

—¿Cómo se atreve? —Preguntó ofendida.

—No he dicho nada que no se sepa —continuó el torero.

—Es una injuria que no pienso tolerar —afirmó ella alzando la babilla.

Montaraz le había dado la excusa perfecta para marcharse, pero se sentía en verdad herida por su amigo y por la falsa acusación de la que había sido objeto.

—No pretendía ofenderla —intentó disculparse el hombre.

Y tanto que sí, se dijo Aracena.

—Pues lo ha hecho, y me siento indignada —respondió observándole con mirada acusatoria.

Montaraz trató de sujetarla por la cintura, pero Aracena lo empujó con los ojos reducidos a dos ascuas que abrasaban.

—Ni se atreva —siseó al punto de abofetearlo.

El torero inspiró profundamente sin dejar de mirarla con hondo desprecio.

—Que disfrute lo que queda de fiesta.

Y sin decir nada más se dio la vuelta y se marchó por el mismo lugar por donde había llegado.

Aracena había perdido por culpa del diestro unos minutos importantes, y se angustió pensando que Rosa no habría podido escapar de su hermano a tiempo. De nuevo comenzó una búsqueda del duque que la dejó sin resuello, se apoyó en una columna del salón principal mientras le sonreía a varios invitados que la miraban con atención.

—He perdido un pendiente... —Fue la excusa que ofreció para justificar su azoro.

Había llegado a la cena por la gracia de una invitada, y acompañada por un hombre que estaba desaparecido. Tenía el moño algo desarreglado por la carrera que había emprendido, y además el corpiño la ahogaba.

Emprendió de nuevo la búsqueda con pasos rápidos.

—Señorita... —escuchó la voz justo cuando iba a entrar a la biblioteca.

Se giró de golpe hacia el hombre que la llamaba, pero con tan mala suerte que se dio de bruces con un muro. La fuerza del impacto la lanzó hacia atrás y a punto estuvo de caer de espaldas al suelo. Unos brazos fuertes la sujetaron e impidieron su caída.

—No he visto más torpeza en mi vida. —Conocía la voz, pues era la del duque.

Aracena se masajeaba la frente porque había impactado con la barbilla de Alonso. Cerró los ojos para que se le pasara el mareo.

—¿Se encuentra bien? —La pregunta la formulaba el sirviente que la había llamado justo antes de tropezar con el duque.

—Sí, me despisté un momento.

Alonso seguía sin soltarla, y ella le sonrió de tal forma que lo dejó noqueado.

—Me comprometí a darle un mensaje —le dijo el criado.

El sirviente le tendía una nota doblada. Aracena la cogió y le dio las gracias.

—¿Necesita un poco de agua?

Ella hizo un gesto negativo y el sirviente le hizo una inclinación con la cabeza antes de marcharse. Tras el momento confuso, se percató de que el duque la tenía cogida del codo con la presión suficiente para que no pudiera marcharse.

—Busco a mi hermana —le dijo él.

—¿Piensa que la tengo escondida bajo mis faldas? —Respondió sin pensar.

Al momento se percató de lo que había dicho y enrojeció hasta la raíz del cabello.

Alonso hizo algo inusual, la arrastró hacia el interior de la biblioteca y cerró la puerta.

—Lo lamento, no quería decir eso —se disculpó sincera.

—¿Qué si pienso que la tienes escondida bajo tus faldas? —Repitió el duque.

Ella había querido hacer una ironía porque la tenía sujeta por el codo como si creyera que la escondía, pero había dicho lo primero que le había venido a la cabeza, y ahora se arrepentía.

—Su hermana no está aquí —se atrevió a decirle.

—Ya lo creo que está, solo tengo que encontrarla —la contrarió el noble.

—Yo no la he visto —mintió Aracena de forma descarada.

—Además de atrevida, mentirosa —la acusó el duque.

—¿Por qué iba a mentirle? —Le preguntó inquisidora.

—Para sacarme de quicio.

Aracena estaba sumamente sorprendida.

—¿Lo saco de quicio?

Alonso la encerró entre la madera de la puerta y su cuerpo.

—Me provocas un rechazo increíble de soportar —contestó el hombre en un susurro.

—Además de arrogante, embustero. —Aracena le había devuelto sus palabras anteriores. Y había decidido arrojarse con una dosis de coraje y tres de estupidez para poder lidiar con un hombre como él, pues estaba decidida a llegar hasta su caja de caudales.

Los ojos de Alonso brillaron de forma extraña.

—Ya me gustaría que mi caballo tuviera la velocidad de tu lengua —le dijo de pronto.

El corazón de Aracena comenzó a ejecutar el mismo latido irregular al ver que el duque comenzaba a inclinar la cabeza al encuentro de su boca. Entreabrió los labios por instinto y se bebió el aliento cálido de él.

—Desde luego sus palabras son de un dulce que temo sufrir un empacho... —pudo decir ella.

Alonso rio por fin y ella creyó que no podría controlar el temblor de sus piernas.

El beso llegó impenitente para volver sus pensamientos del revés. Era dulce, exquisito, audaz y hambriento. No podía pensar en nada salvo en la salvaje excitación que le provocaba la lengua de él recorriendo cada recoveco oculto. Aracena tenía la espalda apoyada en la puerta, y él le sujetaba la cintura con una mano, con la otra la agarró de la barbilla para que no pudiera rechazar el beso, como si ella lo pretendiera. Alonso lo finalizó, pero la tenía tan bien sujeta que

no podía dar un paso hacia delante ni girar la cabeza.

—Estabas buscando esto desde hace tiempo, ¿verdad? —Le preguntó él con ojos brillantes.

No le permitió responder porque de nuevo apresó la boca femenina de forma mucho más voraz. La excitación recorrió todo su cuerpo como una ola. Ella movió los labios sobre los de él y los entreabrió para profundizar el beso, entregándose mientras por sus venas corría como un rayo un deseo como nunca antes había experimentado. El duque aspiró el aroma de lilas de su piel, saboreó la limonada de vino en su lengua, sintiendo el calor de su aliento mezclado. Se ahogaba en la locura de ella, pero no deseaba salir jamás a la superficie de la cordura. La biblioteca pareció desvanecerse, sus prisas por buscar a Rosa se diluyeron entre el deseo que la muchacha le provocaba. Solo tenía conciencia de su necesidad de ella. La estrechó más fuerte, y sintió la presión de los turgentes senos contra él. Sin dejar de besarla, deslizó una mano por sus caderas y la apretó contra su miembro duro.

Ella se mecía suavemente, con el torso apoyado en el pecho de Alonso y la cintura rodeada por sus manos que la sostenían con firmeza contra la puerta, la apretaba a él. A través de las capas de enaguas y falda, sentía la presión de ese bulto duro entre sus piernas. Se movió, deleitándose en esa prueba de deseo acuciante hacia ella.

Alonso había introducido una de sus manos por el corpiño y había apresado su pecho sin dejar de besarla. Aracena se perdía entre las sensaciones maravillosas. Él le acarició el pezón hasta que lo endureció bajo sus dedos.

Escucharon tres golpes en la puerta, pero ninguno de los dos podía salir de la espesa neblina de deseo que los envolvía.

—Excelencia, su hermana le ha enviado un mensaje.

Alonso concluyó el beso, pero no se apartó de ella. Respiró profundo varias veces hasta que tuvo de nuevo el control sobre sus emociones.

—Un momento... —logró decir con voz que temblaba más de lo natural.

—Alonso, yo... —Ella no podía ordenar el caos de sus pensamientos y pronunciarlos en palabras.

—Shhh —le dijo llevándose un dedo a los labios—, esto no ha terminado.

El duque carraspeó para aclararse la garganta. Tensó los hombros y disfrazó su rostro con la frialdad habitual en él. Abrió la puerta con rapidez y atendió al marqués de Cayetano que esperaba en el pasillo algo azorado. Le tendió una misiva cerrada.

—El mensaje lo ha traído un lacayo hace un momento. —Alonso tomó la nota con un gesto altanero típico en los hombres de su rango—. Ya he dispuesto un lugar de honor en la mesa para que se una a nosotros.

—No me quedará a cenar. —Fue su escueto comentario antes de abrir la misiva y leer su contenido. Un momento después, arrugó la hoja y la tiró al suelo sin miramientos y visiblemente irritado.

—Ya no hace falta que busque a mi hermana aquí —informó Alonso al marqués con voz seca.

—Entonces ordenaré que dispongan su carruaje.

El duque hizo un leve asentimiento. Cuando Alonso se quedó de nuevo a solas, cerró la puerta de la biblioteca, pero Aracena ya no se encontraba allí. Miró a su alrededor buscándola y se topó con la doble cristalera abierta de par en par. La moza se le había escurrido de entre las manos. No supo si reír o maldecir porque el bulto entre sus pantalones resultaba de lo más molesto.

«Pequeña gitana embaucadora», se dijo el duque, «tendrás que terminar lo que has comenzado porque esto solo es el principio».

CAPÍTULO 10

Aracena estaba tan concentrada que no se percató de la entrada de su hermana en el despacho. Estaba inclinada sobre el hermoso escritorio y escribía sobre una hoja en blanco.

—¿Qué haces?

Aracena dio un respingo y tiró la pluma al suelo.

—¡Me has asustado! —Le reprochó mientras recogía la pluma y limpiaba con un paño blanco las gotas de tinta en el mármol.

—Tienes cara de culpabilidad —le dijo Isabel—, como aquella tarde en la que mamá te pilló arrancándole las alas a las moscas.

Tenía que recordárselo, se dijo Aracena. Su hermana era insufrible.

—Era una niña —contestó—, y los niños hacen travesuras.

Isabel se acercó hasta el escritorio y observó lo que su hermana escribía. Aracena trató de ocultarlo, pero no fue lo suficientemente rápida.

—¿Qué escribes? ¿Y por qué lo escondes?

—No es nada importante —trató de justificarse.

Isabel terminó por sentarse frente a su hermana.

—Ayer envié un telegrama al primo Raphael, estoy preocupada por mamá.

Aracena también lo estaba, pero trataba de ser pragmática.

—Luisiana está muy lejos de Europa, es normal que las cartas no lleguen tan rápido como nos gustaría.

—Pero ya hace semanas que se marchó mamá y no ha enviado ninguna noticia sobre su llegada.

Aracena dejó la hoja en el primer cajón del escritorio y colocó la pluma en su sitio. Tenía los dedos manchados de tinta.

—También estoy preocupada por ti. —Le dijo Isabel. Aracena abrió los ojos de par en par al escucharla—. Llevas saliendo de casa muchas noches, y no sé dónde te encuentras ni con quién.

—Acompaño a diversos eventos sociales a Rosa de Lara —le informó Aracena.

Isabel entrecerró los ojos tras escucharla.

—No me gustaría que hicieras ninguna tontería.

—¿Qué te hace pensar que cometeré alguna tontería? —Quiso saber.

—El asedio al que sometes al Duque de Alcázar no puede traerte nada bueno —replicó Isabel en un tono severo.

Aracena miró a su hermana con atención.

—Tiene la vida del conde de Ayllón entre sus manos, y va a ser implacable en la ejecución de su venganza —le recordó la gemela.

Isabel se recostó hacia atrás en la silla.

—Nuestro padre sabe defenderse solo —apuntó aunque nada convencida.

—¡No lo llames así! —Protestó Aracena al mismo tiempo que se levantaba y caminaba hacia el interior de la estancia.

—Que Rodrigo de Velasco y Duero no sepa de nuestra existencia no nos quita el derecho de llamarlo como corresponde.

—Recuerda la promesa que le hicimos a mamá —le trajo a colación Aracena.

Isabel no lo había olvidado, pero le costaba aceptarlo.

—No soy yo la que acude al café Tarantos, ni se mezcla con La Cañí y demás raleas. — Aracena tuvo el tino de sonrojarse porque la acusación de su hermana era cierta—. Conozco tus encuentros con Kiko Peña y Montaraz.

Al escuchar el último nombre, Aracena hizo una mueca de desagrado.

—Kiko Peña es el mejor guitarrista de Sevilla —le trajo a colación.

—¡Es un bandolero! —Exclamó la hermana.

—Eso son rumores. —Se defendió la otra.

—Y Montaraz tiene una reputación terrible.

—Si no fuese por el marqués de Cayetano, Montaraz no asistiría a ninguno de los eventos sociales que se organizan en la ciudad —Le explicó Aracena.

—Tu reputación se resentirá —le advirtió Isabel.

Aracena miró a su hermana con cierto dolor en sus pupilas.

—Todo lo que hago es por mamá —explicó en voz baja—, porque seré incapaz de soportar el sufrimiento en su rostro cuando el cuerpo sin vida del conde de Ayllón cuelgue de una cuerda. —Isabel bajó los párpados para ocultar sus pensamientos en ese momento—. Por esa razón, deseo ayudar al conde, y es por ello que me mezclo con ese tipo de personas.

—A nuestro padre... —comenzó Isabel.

—¿Quieres dejar de llamarlo así? —le ordenó seca.

Isabel inspiró tan fuerte que casi se ahoga con su propia respiración.

—Me encantaría que tuvieras en esa cabecita algo más que aire, pero a la vista está que vas de un error a otro sin medir las consecuencias —le reprochó.

—Hoy estás de un negativo que abrumas —replicó la mayor molesta.

—No quiero que te hagan daño —confesó la menor.

—No lo permitiré —contestó firme—, porque a diferencia de ti y de mamá, sé lo que quiero y cómo obtenerlo.

—La soberbia es mala consejera —apuntó Isabel.

—La inanición también —contestó Aracena mordaz.

—Rosa de Lara te ha enviado una nota.

Isabel le entregó el sobre, que Aracena abrió sin dudar. Quería que la acompañara a la modista, y Aracena dudó porque esa tarde debía recoger un correo de Álvaro Belmonte para Rafael Maroto. Nadie sospechaba de una sencilla muchacha; por ese motivo, Belmonte la había reclutado. ¿Quién prestaba atención a chicas casaderas con la cabeza llena de pájaros y de ideas románticas? Para el resto de los caballeros, ella era una aspirante que buscaba un marido bien posicionado en los diferentes eventos a los que asistía. Y nadie cuestionaba las piruetas que hacía para llamar la atención del Duque de Alcázar. Podrían compadecerla, reírse incluso, pero ninguno sospecharía de sus verdaderas intenciones. Aracena había medido sus pasos y sus acciones con un fin definido. Se movía igual de bien entre la nobleza que entre la servidumbre, y podía pasar un sobre con información confidencial de unas manos a otras sin llamar la atención.

—Estás muy pensativa.

—Rosa desea que la acompañe a la modista.

—Nunca he visto una mujer con mejor vestuario que ella, ni con más prendas inútiles encima. —Isabel hablaba en sentido figurado.

—¿Y tú qué harás? —Preguntó Aracena.

—Raphael me acompañará a la Real Maestranza de Caballería. Han traído un nuevo ejemplar, y le prometí a mamá que me ocuparía de este nuevo encargo.

Isabelle Denise compraba caballos que ya no eran útiles para las demostraciones y los

eventos públicos. Muchos de ellos eran buenos sementales para la cría de potrillos y se podían adquirir por un precio ínfimo. Algunos de esos potrillos les habían reportado pequeñas fortunas. Isabelle había logrado una dote considerable para sus dos hijas con la que podría concertar un buen matrimonio para ellas, siempre y cuando las muchachas estuvieran dispuestas, ya que Isabelle no quería que sus hijas sufrieran la misma mala experiencia que ella tuvo en el pasado debido a un matrimonio pactado.

—Se me hace muy difícil verte en un lugar intrínsecamente masculino.

Isabel sonrió a su hermana.

—Por ese motivo iremos pronto, para no tropezarnos con nadie. Veré al semental y, si tiene un buen precio, lo compraré.

—Tú lo comprarás —se burló Aracena.

—Lo hará Raphael...

Isabel dejó de nuevo a su hermana sola. Aracena retomó el trabajo que había estado haciendo antes de que la interrumpiera. Sacó la hoja en blanco y el documento con la firma que había doblado previamente. Tomó de nuevo la pluma que mojó en el tintero y se dispuso a copiar la firma del Duque de Alcázar. En una de las visitas al Palacio de los Silencios había podido hacerse con el documento de compra. Era de escasa importancia y él no lo echaría en falta, pero para ella era muy importante porque tenía que aprender a falsificar su firma si pretendía hacerse con parte del botín de su caja de caudales. Volvió a mojar la pluma y se esmeró en hacer los trazos lo más parecidos posibles.

Isabel se sentía muy satisfecha. El brioso semental era uno de los más caros que habían comprado, pero era indudablemente el mejor. Malinche, su yegua preferida, iba a ponerse muy contenta porque los potrillos que podría engendrar con el semental serían excepcionales. Cuando salió al intenso sol de la tarde, lamentó haber prescindido de la sombrilla, pero como no pensaba estar demasiado tiempo en la caballeriza, la había ignorado. Se giró hacia la doble puerta esperando ver la salida de Raphael, pero se estaba entreteniendo más de lo habitual en ultimar la compraventa. Palmeó las manos entusiasmada y soltó una pequeña risa de lo contenta que estaba. Se dijo que por la noche lo celebraría con Aracena. Descorcharían un buen vino y lo acompañarían con música. Escuchó un carruaje que se detenía, oyó la puerta al ser abierta, y unos pasos que descendían. Estaba cerca del bordillo y de espaldas, y se sorprendió de que la sujetaran por la cintura, la alzarán y la introdujeran en el interior oscuro.

Su primer impulso fue gritar, pero le habían tapado la boca con una mano.

—Siento haberte asustado, gitana —escuchó que le decían—, pero no he podido resistir el impulso de charlar contigo en la intimidad de mi carruaje. Te he visto justo cuando doblamos la esquina.

¡Era el insufrible Duque de Alcázar! ¡Y le había dado un susto de muerte!

—Esto se llama secuestro. —Pudo decir cuando al fin el hombre le retiró la mano de la boca—. Ordene que detengan el carruaje. —Le ordenó ella. Alonso no se permitía soltarla. Era ligera y suave. Se amoldaba a sus brazos a la perfección—. O gritaré con todas mis fuerzas.

Isabel se había asustado de verdad hasta que vio con sus propios ojos quién la introducía en el carruaje contra su voluntad.

—Tienes algo que terminar. —Alonso acabó sentándola entre sus fuertes muslos. Isabel

estaba escandalizada. ¿Cómo se atrevía a tratarla con tanta familiaridad?—. Si no llega a interrumpirnos el marqués la otra noche, ahora no tendrías esta deuda conmigo.

Isabel respiró hondo tratando de tranquilizarse. Indudablemente el duque la había confundido con su hermana gemela. Y era la tercera vez que le ocurría. Viendo el brillo obscuro en los ojos de él, supo que su hermana había estado flirteando con descaro.

—No tengo ninguna deuda con usted —pudo decirle con voz serena.

Alonso rio mientras le sujetaba la pequeña mano y se la llevó a la entrepierna. Isabel dio un respingo al sentir la protuberancia masculina, e inmediatamente lo abofeteó con furia con la mano que tenía libre.

—¿¡Cómo se atreve!? —Gritó llena de ira.

Alonso hizo lo que le pedía el cuerpo en ese momento: besarla profunda y vorazmente. Esa mujer se le había metido en la sangre desde el mismo instante en el que probó el sabor dulce de sus labios. En la casa del marqués lo había encendido hasta un punto inconcebible, y se moría de ganas de enterrarse en ella. Lo volvían loco los desaires que le prodigaba justo después de rendirse a sus besos y caricias. La muchacha tenía un cuerpo excitante y sabía cómo tentarlo hasta el punto de no poder negarle aquello que deseaba. El doble juego que se traía lo enervaba por completo porque en cada encuentro lo incitaba de una forma completa.

Isabel se removió tanto tratando de soltarse que terminó sentada en el suelo del carruaje. El constante vaivén le estaba provocando un ligero mareo.

—Eres en verdad escurridiza...

Alonso la sujetó por los hombros con la intención de sentarla de nuevo entre sus rodillas. Se moría de ganas de besarle los pechos. Extasiarse lamiendo los tiernos pezones hasta ponerlos duros como garbanzos.

Isabel se ahogaba, y maldijo a su hermana, porque solo un hombre al que se le han permitido ciertas libertades podría actuar de esa forma tan desinhibida con el cuerpo de una mujer. Alonso profundizó el beso y ella le dio un mordisco en el labio inferior. Escuchó la blasfemia y sintió que la separaba un poco del recio cuerpo.

—Detenga el carruaje —siseó en voz muy baja e impregnada de furia—. O no respondo de mis actos.

Ella no podía revelarle que estaba besando a la mujer equivocada, no podía traicionar a su hermana a pesar de las ganas que sentía.

—Hay veces que no sé quién eres —dijo Alonso con voz seca al mismo tiempo que le permitía tomar asiento justo enfrente de él—. Unas veces eres toda fuego, otras un témpano de hielo.

Ella no podía explicárselo

—Detenga el carruaje —le pidió en un tono de voz más suave.

Alonso golpeó con el puño el techo del vehículo y este se detuvo.

—¿Piensas que esto ha terminado entre nosotros?, porque estás completamente equivocada. Esto no ha hecho más que comenzar.

Isabel respiró profundamente antes de ofrecerle una respuesta.

—Por hoy, sí que ha concluido —le dijo calmada a pesar del huracán que sentía en su interior.

Él no la ayudó a bajar del carruaje, ni Isabel cerró la puerta cuando lo hizo. No miró hacia el interior, ni cuando las ruedas comenzaron a rodar de nuevo sobre los adoquines de piedra gris.

Se sentía hecha una furia. Con ganas de golpear a su hermana para comprobar si así entraba en razón. No ignoraba el juego que se traía entre manos con el duque, pero iba a salir

muy mal parada porque Alonso de Lara era un hombre con el que no se podía jugar. Y la muy cretina ignoraba esa verdad fundamental sobre su personalidad. Cuando sintió que la cólera disminuía lo suficiente para tener de nuevo el control sobre sus emociones, se fijó en el lugar donde estaba. Raphael se extrañaría de no verla esperando fuera de la caballeriza, pero ella no tenía ganas de regresar sobre lo andado.

Masculló de nuevo y comenzó a caminar rumiando su impotencia y enojo contra su hermana. Pensaba tener una conversación muy seria con ella, y le iba a pedir a Raphael que controlara sus pasos y sus acciones. Aunque dudó mucho en tener éxito porque su hermana se dirigía con voluntad propia. Haciendo y deshaciendo a su antojo sin importarle la opinión de los demás. ¿En qué estaría pensando para involucrarse en un juego tan peligroso con el enemigo del padre de ambas?

«Me haces mucha falta, mamá», se dijo en voz alta. «No soy capaz de controlarla».

Isabel miró hacia delante y comenzó a caminar rápido.

CAPÍTULO 11

La corona había aceptado su acusación, y Rodrigo de Velasco había sido arrestado. Sus posesiones fueron confiscadas a la espera de juicio, y Alonso se permitió un descanso a su alma atribulada. Lo había perseguido durante años, había estrechado el cerco en torno a él, pero el conde era muy listo y escurridizo. Cuando presentó a la corona las pruebas de la alta traición que había cometido, la maquinaria judicial comenzó a rodar.

¡Lo detestaba! Había sido el amante de su madre, el padre de su hermana Rosa y el culpable de todos los males que habían asolado a la casa Lara desde entonces.

Ana Blanca de Guzmán y Sainteny había estado prometida al conde, pero este rompió el compromiso porque quería dedicarse por completo al ejército. A pesar de eso, su madre nunca dejó de amarlo. Tras regresar Rodrigo de Santo Domingo de Guzmán años después de marcharse del reino, la esperanza de recuperarlo se avivó en su madre, quien no le importó herir con sus actos a su marido y a su hijo de corta edad. Dado que estaba casada, el conde de Ayllón la convirtió en su amante, y eso era algo que Alonso no podía perdonar. Su hermana Rosa era fruto del adulterio, y él pensaba recluirla en un convento para que purgara los pecados de la madre.

—¡Alonso! —La entrada de su hermana en la biblioteca le hizo girarse para mirarla con atención—. Han arrestado al conde...

No la dejó terminar.

—Lo sé.

—Corre el rumor de que eres el causante de esto —le dijo la hermana con voz atribulada.

—La Casa Velasco es traidora a la corona, y yo soy un defensor del rey —contestó serio.

—No tienes pruebas —lo acusó Rosa.

Alonso apretó los labios en un gesto de desdén. Era mirar a su hermana y la cólera regresaba a él con fuerza inusitada.

—Por supuesto que las tengo. La corona se ha hecho valedora de ellas, y las custodiará hasta el comienzo del juicio.

—Rodrigo de Velasco es un hombre íntegro, leal —lo defendió la hermana.

Alonso tenía que controlarse. Era tanta su rabia contemplando la defensa de su hermana para el conde, que le hervía la sangre en las venas.

—Entonces no tendrá nada que temer de la justicia.

Rosa entrecerró los ojos.

—¿A qué llamas tú justicia? Porque estás ciego en tu afán por destruirlo cuando nada nos hizo en el pasado ni en el presente.

Alonso podría reírse si la situación no fuera en verdad tan infamante. Del escarnio que había caído sobre la casa Lara, solo Rodrigo tenía la culpa.

—Era cuestión de tiempo que sus andanzas con bandoleros y anarquistas saliera a la luz, pero eso no es lo más grave de sus acciones.

—¿Qué es lo más grave? —Preguntó Rosa con un titubeo.

Alonso entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras negras.

—Su intención de derrocar al rey con ayuda de los bonapartistas. —Rosa palideció porque esa sí era una acusación grave—. Pronto el complot será desgajado y, aquellos que conspiran contra la corona, tendrán su merecido.

—No veo justicia, sino venganza en tus palabras.

Y era cierto. Durante años, Alonso había alimentado su odio para no flaquear. Le había

costado lo indecible acorrallar al conde porque era muy listo y sabía protegerse bien. Pero un mensaje llevado a las manos incorrectas había propiciado su caída.

—Y yo veo un interés desmesurado por tu parte en los asuntos del conde...

Rosa se mostró turbada. Su hermano no podía ni imaginarse lo cerca que estaba de la verdad sobre la traición a la corona, porque ella era uno de los impulsores. Desde la derrota de Napoleón Bonaparte y restaurada de nuevo la monarquía, el reino caminaba hacia un precipicio. Hacia una guerra que podía costar de nuevo miles de vidas. El rey Fernando no tenía heredero, y el Infante Carlos era el candidato elegido para recibir y proteger la corona, pero un futuro nuevo matrimonio del monarca había dibujado un nuevo horizonte que podía tornarse incierto. Ella, y otros muchos nobles, hacían lo imposible para cambiar el futuro.

—Rodrigo no es culpable de traición, a pesar de lo que piense él con respecto a la corona —susurró Rosa.

—Muy segura estás de tus palabras que no de tus errores —le espetó el hermano.

—Si sigues adelante con esto, te arrepentirás —lo censuró Rosa con mirada brillante.

—¿Me amenazas, hermanita?

Ese apelativo había sonado como un insulto, y así se lo tomó.

Rosa era consciente de las maniobras de Alonso para despojarla de la fortuna que había heredado de su madre. Ingresándola en un convento, se allanaba el camino, pero ella tenía mucho que decir al respecto, y gastaría hasta el último real si con ello conseguía un cambio en la política del reino.

—Eres consciente del malestar de muchos nobles con las últimas maniobras del monarca. Sabes que la detención del conde será la mecha que encienda el descontento del pueblo, y dé alas a los anarquistas...

Alonso se encolerizaba cada vez más escuchando a su hermana.

—Ni entiendes de política ni estás facultada para censurar cada uno de mis actos —la cortó con sequedad—. Regresa a tus quehaceres, y ve preparando tu ingreso en el convento.

—Parece que no ves el momento de alejarme de Silencios —le espetó dolida—. De desterrarme de todo lo que conozco y amo.

—Eres una afrancesada —le recriminó—. Dudo que ames lo mismo que yo.

—¿Cómo puedes acusarme así? —exclamó herida.

—¿Acaso no es cierto? —Ella lo miró con atención porque en las palabras de su hermano se podía leer una segunda intención—. Cuida tus pasos porque los sigo atentamente desde hace tiempo, y no me gusta nada en lo que andas.

Rosa agachó la cabeza en señal de derrota y abandonó la estancia dejando a su hermano a solas, pero antes de salir por la puerta, él le reveló:

—Tu ingreso en el convento es un mal necesario.

La noticia del arresto había caído como un jarro de agua fría en la casa de Isabel y Aracena. Rodrigo podría morir en la horca si la acusación de traidor prosperaba.

Raphael miró a las dos muchachas con gran interés evaluando el efecto que tenía la revelación en una y en otra. Isabel se veía muy afectada, no así Aracena, pues el brillo determinante en sus ojos dorados se había acentuado.

—¡Es una noticia terrible! —exclamó Isabel a punto de ceder al llanto.

Una cosa era una sospecha y otra muy distinta una acusación veraz con pruebas.

—Me alegro de que mamá no esté aquí —murmuró Aracena pensativa.

—Yo también me alegro —admitió el hombre.

—¿Eso es lo único que se os ocurre decir? —preguntó Isabel acuciada por el miedo. Aracena estaba demasiado pensativa. Raphael intuía lo que estaba tramando.

—Nuestro padre va a ser ahorcado, y no podemos hacer nada por evitarlo —gritó Isabel que no controlaba su angustia—. ¿Qué será de nosotras? ¿De nuestra madre?

—¡Basta ya, Ronda Isabel! —Su hermana solo utilizaba sus dos nombres cuando la veía a punto de perder el control—. Cediendo al miedo no podremos hacer nada.

—Es que no podemos hacer nada, ¡maldita sea! —Esa palabra mal sonante le arrancó una risa a Aracena, pues su hermana era el culmen de la educación y el saber estar.

—Yo tengo un plan para ayudarlo —anunció Aracena con altanería.

—Tus planes son demasiado temerarios —dijo Raphael, que había tomado asiento para observar mejor a las hermanas.

—¿Metiéndote en el lecho del duque? —terció Isabel con cierto desdén.

Ese había sido un golpe bajo, pero Aracena no se lo tuvo en cuenta a su hermana.

—Saqueando su caja de caudales —admitió franca.

—¿Piensas que es allí donde se guardan las pruebas de su acusación contra padre? —preguntó Isabel bastante molesta—. Porque lo dudo mucho.

—Está claro que no podemos acudir a la corona en plan hijas desamparadas implorando clemencia —concedió Aracena.

—Es cierto...

—Ni yo os lo permitiría —apuntó Raphael, que la mayor parte del tiempo se mantenía en un sospechoso silencio.

—Pues tendremos que ayudarlo de alguna forma —afirmó Aracena.

—¿Y qué forma es esa? —preguntó la gemela.

—¿Quién crees que será recompensado por llevar al presunto traidor frente a la justicia real? —Isabel la miró con atención—. Nuestro duque...

—No lo llares nuestro —rogó Isabel con voz baja.

—La corona recompensará a Alonso de Lara con posesiones del conde, y yo pienso acceder a esos documentos.

—Me provocas miedo —le dijo Isabel.

—Y tú a mí acidez con esa cara de vinagre —respondió la hermana.

—Muchachas, mantened la calma —las animó Raphael.

La tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo.

Isabel no quería discutir con su hermana. No, en ese momento tan crítico para ellas. Que Rodrigo no supiera que tenía dos hijas no había impedido que ella sí lo amara en silencio como padre. Y aunque pensaba respetar la promesa hecha a su madre, no podía evitar que sus sentimientos se rebelaran. Ansiaba como nada en el mundo que él las reconociera como hijas, que supiera de la existencia de ambas, pero la madre de las dos se había ocupado de cercenar cualquier intento de desobediencia con una maldita palabra: promesa.

—No pagues conmigo tu irritación —suplicó Isabel.

—No estoy irritada contigo, sino furiosa conmigo —admitió al mismo tiempo que se paseaba nerviosa por la estancia—. Pues a veces siento que me fallan las fuerzas.

—Sería un gran consuelo para él saber que nos tiene... —Isabel se refería al conde Ayllón.

—Ronda Isabel —la cortó Aracena—. Hicimos una promesa a mamá, y tenemos la obligación de cumplirla.

—El precio es demasiado elevado —susurró la otra cansada.

La entrada al salón de un sirviente logró enmudecerlas.

—Una nota para la señorita Aracena.

Raphael se dispuso a tomar la nota, pero la muchacha se le adelantó. Abrió la misiva y la leyó, un segundo después palideció por completo.

—Han arrestado al marqués de Cayetano, también al conde de Laciana. —Isabel se llevó la mano a la boca para contener un gemido.

Eran nobles muy influyentes, y que simpatizaban con el Infante Carlos.

—Tengo que ir a verlo —se apresuró Aracena.

—¿Vas a la casa del marqués? —inquirió Raphael.

Aracena asintió. El marqués de Cayetano tenía información en su poder que no podía caer en manos de la corona porque ello significaría su muerte, y la de otros muchos.

—Allí se hospeda Ian Malcon —aclaró Aracena—. Parecerá normal que vaya a visitarlo.

Isabel la miró con aprensión, Ian Malcon era el amigo extranjero con el que frecuentaba su hermana los antros de mala reputación.

—Ten cuidado, Aracena.

Esta tomó su capa, los guantes y el sombrero.

—Te acompañaré —le dijo Raphael en un tono que no admitía discusión.

CAPÍTULO 12

Ian no se encontraba en Geranios, pero la marquesa de Cayetano sí y se abrazó a Aracena deshecha en llanto. La muchacha le correspondió con afecto.

—¡Es una desgracia! —exclamó la marquesa con voz aguda—. ¿Qué será de mí, de mis hijas?

—Todo se arreglará. —Fue lo único que se le ocurrió decir para consolarla.

Raphael se mantenía en un discreto segundo plano.

—Ese maldito Lara... —La marquesa no fue capaz de continuar—. ¿Cómo ha tenido el valor de acusar a mi esposo?

Aracena ignoraba que detrás del arresto del marqués de Cayetano estuviese el Duque de Alcázar, pero no le sorprendía.

—Pagaré sus errores —le dijo a la mujer en un tono de voz convencido.

—Estoy muy preocupada, señorita Denise —le dijo en voz baja a la vez que se la llevaba a un rincón apartado de la estancia—. La hermana del duque tiene unas cartas que involucran a mi esposo.

Esa era la peor noticia que le podía dar porque, no solo estaba en juego la integridad del marqués, sino la de su propia amiga.

—Iré a Silencios para advertir a Rosa y trataré de hacerme con ellas.

La marquesa hipó varias veces mientras asentía.

—Si las recuperas, llévaselas a Belmonte, pues la señorita Lara también está siendo vigilada igual que Kiko Peña.

Aracena dejó de mirar a la marquesa para fijar sus ojos en Raphael, que le hacía un gesto negativo con la cabeza. No le gustaba en absoluto el derrotero que la situación tomaba. Las dos muchachas eran hijas del único familiar vivo que le quedaba, y había prometido protegerlas con su vida.

—Tengo que marcharme...

La marquesa la despidió inmersa en un llanto desconsolado. Cuando ya salía por la puerta, Raphael la sujetó del codo para detenerla.

—Vas a descubrirte.

—No lo haré.

Raphael no se lo decía en broma.

—La hermana del duque está siendo vigilada, todo aquel que mantenga tratos con ella, también lo estará.

—Rosa está en peligro, y debo ayudarla.

—Te acompañaré a Silencios. —Aracena negó de forma contundente.

—Si vienes conmigo alertarás al duque —le advirtió—. Soy amiga de su hermana, es más que razonable que vaya a verla, y sin despertar sus sospechas.

—Ya te dije hace tiempo que no me gusta nada la situación en la que te has colocado por una lealtad mal entendida.

—Es la sangre, Raphael, clama justicia desde mis venas, y no puedo darle la espalda —afirmó la muchacha.

—Esas palabras las esperaría de Isabel, pero no de ti.

Aracena inclinó la cabeza porque le importaba demasiado la opinión de Raphael. Era un primo materno de su madre. Un desterrado sin hogar ni familia salvo la que Isabelle le había

dado a su lado. Siempre había aceptado sus consejos, pero en esta ocasión no podía.

—Cuando me dejes en Silencios, busca a Ian. Necesito hablar con él de forma urgente.

Raphael terminó por aceptar, y ambos se dirigieron hacia la parte más grandiosa de Sevilla.

Aracena seguía esperando en uno de los bancos de piedra ubicado en un lateral del hermoso jardín arbolado. La residencia de los Lara estaba en un lugar emblemático y precioso de la ciudad: en el Parque de los Príncipes. Pertenecía a la dinastía Lara desde hace generaciones. El palacio era conocido como Silencios debido al claustro adosado en su parte izquierda. Era uno de los más antiguos y bellos. Le llamó la atención especialmente el jardín con cuatro senderos que convergían en una hermosa rosaleda; uno de los senderos se dirigía hacia un huerto de árboles frutales, otro al claustro y el último hacia otro jardín más pequeño que tenía una alberca para bañarse en los días calurosos.

Alzó la vista hacia la galería superior que tenía un corredor cubierto limitado por arcadas. Fijó sus ojos en el muro este donde se encontraba una pequeña estancia que podía ser utilizada como estudio o biblioteca, seguida de la sala capitular.

Aracena siguió con la vista los dibujos geométricos de las losas del jardín, intercaladas con piedras de mármol veteado de gris. Incapaz de estar sentada aguardando, se dedicó a observar el largo de las paredes del patio que tenían una delicada decoración geométrica, indudablemente inspirada en imágenes de la naturaleza y la pesca. Caminó hacia el siguiente patio, que contenía la alberca, y una vez allí, contempló la quietud del agua que parecía un espejo reflejando la serenidad del cielo azul y el verde relajante del arrayán.

Si el duque se sorprendió al verla en el jardín, no lo demostró y carraspeó para llamar su atención, ya que estaba situada de espaldas a él. Aracena se giró con ansias. Toda ella era un ímpetu incontrolable. Frente a él estaba la mujer de sus desvelos, aquella que lo llevaba a un punto de excitación para luego asestarle un golpe mortal con su frialdad. Le sonreía, como si el incidente del carruaje nunca hubiera ocurrido, pero él recordaba perfectamente el bofetón recibido y la falsa actitud recatada. Le habían anunciado su visita porque su hermana se encontraba ausente, y él estaba más que encantado de verla.

—Estoy esperando a Rosa —argumentó para explicar su llegada a palacio—. El mayordomo me dijo que esperara aquí.

—En estos momentos mi hermana Rosa no se encuentra en la casa. —le explicó. Aracena se había precipitado—. Está fuera, de visita.

—El mayordomo no me ha dicho nada. —La voz de Aracena era de desilusión.

—Eso es debido a que mi hermana no avisó al servicio de su salida precipitada.

Parecía que las palabras de Alonso escondían un doble sentido.

—¿Tardará mucho en regresar? —Le preguntó.

El duque hizo un gesto con los hombros. Ahora todo encajaba. Si Rosa se había enterado del arresto del marqués de Cayetano, seguramente habría decidido llevar ella misma las cartas a su destino, aunque se exponía a un verdadero peligro al hacerlo.

Alonso dio un paso hacia ella, que seguía erguida frente a él.

—¿Quién eres? —Le preguntó el duque con los ojos entrecerrados.

La pregunta la descolocó.

—Aracena Denise —respondió sin pensar.

—¿Quién eres esta vez? —reiteró él—. ¿El fuego o el hielo?

Ella no entendía la pregunta. Alonso al ver su gesto confuso, sonrió, aunque sin humor.

—Me desquicia ese juego que te traes, y del que ya me he cansado.

—No estoy jugando —afirmó ella.

—Todas las mujeres como tú juegan —la contradijo él.

—Ilústreme, ¿cómo son las mujeres como yo?

Alonso tardó un buen rato en contestar. Seguía mirándola de forma penetrante, abrasadora hasta un punto que las entrañas se le hicieron un nudo.

—Veleidosas... —Aracena se tensó—. Tramposas... —parecía que el duque estaba enojado con ella y se preguntó el motivo—. Seductoras...

—¿Debería sentirme ofendida? —preguntó con ojos entrecerrados.

—Tu conducta puritana en el interior del carruaje hirió mi amor propio. —Le trajo a colación.

Aracena pensaba a toda velocidad. Ella no había estado en el interior de ningún carruaje con él, entonces... ¡Isabel! El duque debía de haber abordado a su hermana en algún momento en los días pasados, y la muy cretina no le había dicho nada.

Pensaba en cómo salir del apuro.

—Los carruajes no son lugares apropiados para un encuentro...

No la dejó terminar.

—¿Sexual?

—Amoroso —concluyó ella.

—Entre tú y yo solo puede haber lujuria —afirmó rotundo.

Aracena supo que se encontraba en el punto de no retorno. Aunque trataba de no mostrarlo, se sentía cohibida con su forma cruda de hablar sobre asuntos íntimos entre un hombre y una mujer. Sin embargo, la detención del conde de Ayllón y la del marqués de Cayetano había inclinado la balanza. Quería su caja de caudales, y tenía que pasar por su lecho para conseguirla.

—Lujuria... —dijo en voz muy baja—. ¿Y qué obtengo yo a cambio?

Aracena no sabía cómo había podido formular la pregunta. Una cuestión que la posicionaba en el lugar que ninguna mujer decente querría.

—¿Joyas? —aventuró él.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza, y supo por instinto cómo subir la apuesta. Frente a ella tenía a un hombre que no se amilanaba ante nada. Podía ver en sus ojos que deseaba tenerla y que haría lo imposible por lograrlo.

—Prestigio y fortuna —declaró con los ojos brillantes.

Alonso soltó una carcajada sonora. Dio un paso hacia ella y Aracena dio dos hacia él, si esperaba que retrocediera estaba muy equivocado.

—Lasciva y mercenaria —aceptó complacido.

—Si me convierto en su amante se reducirán mis posibilidades de optar a un matrimonio ventajoso que me posicione socialmente. Y mi dote es tan ínfima que solo podría tentar a algún cantamañanas.

Fue lo único que se le ocurrió decir por haberle pedido prestigio y dinero a cambio de sus favores.

—Puedo hacer que inviertas los reales que tienes en un negocio naviero que está dando buenos dividendos —le ofreció el duque.

Aracena se preguntó si estaría ocurriendo un terremoto, porque todo temblaba en torno a

ella. Sentía que el suelo se convertía en polvo bajo sus pies.

—Eso es dinero, pero también quiero prestigio...

—¿A qué aspiras? —Insistió el duque.

—¿A qué puedo aspirar? —Contraatacó ella. Él se mantuvo callado durante unos minutos—. Un ducado estaría bien. —Si quería sorprenderlo, desde luego que lo consiguió. Alonso la miró estupefacto—. Pero tranquilo, el tuyo no está incluido en nuestra negociación.

Lo había tuteado por primera vez.

Aracena se preguntó si esa cara de asombro se inclinaba más por el alivio o por la preocupación. Alonso la contemplaba, porque no había duda de que la medía con pasión y de la que podría salir mal parada porque comenzaba a afectarla muchísimo. Era una muchacha respetable que estaba dispuesta a destrozar su buena reputación para conseguir las pruebas que tenía Alonso contra el conde de Ayllón.

—Dinero y prestigio —repitió Alonso sin un parpadeo—. Conozco a algunos caballeros que me deben favores... pero, ¿qué ganaría yo a cambio?

Aracena se lamió el labio inferior de forma provocativa. Alzó la barbilla en un gesto altanero, pero que podía confundirse con un premeditado coqueteo.

—No juegues conmigo... —la advertencia masculina era letal.

Aracena medio sonrió de lado. Inclino la cabeza hacia su hombro derecho. Estaban muy cerca el uno del otro. Alonso podía verse reflejado en el iris dorado de los ojos de ella.

—No estoy jugando —aseveró con un timbre de voz aterciopelado que logró que la cordura abandonara a un hombre que no solía perderla.

—¿Qué ganaría yo a cambio? —Preguntó Alonso impaciente.

Ella pensó durante un instante su respuesta.

—Fuego...

CAPÍTULO 13

Alonso había cerrado el trato entre ambos la tarde anterior. El acuerdo había sido sellado de forma fría, como si se tratara de un negocio entre dos comerciantes, y lo habían concluido con un apretón de manos, nada de besos apasionados. Le había escrito en un papel el lugar donde la estaría esperando, también le había ofrecido su carruaje. Su cocherero era la discreción personificada, y de esa forma ella no tendría que dar cuentas a nadie de dónde iba. Se daría por hecho que se reuniría con su amiga Rosa. Ante la pregunta silenciosa sobre el lugar, él le había asegurado que se trataba de un lugar discreto donde la intimidad y la salvaguarda de sus nombres estaba garantizada.

Para Aracena quedó claro que era un lugar donde los nobles iban para obtener placer con asiduidad, y se dijo que sería interesante comprobar qué nobles acudían y con quién. El sitio acordado era una posada en la sierra norte de Sevilla, cerca del Garrobo, la posada se llamaba Cuchillos, un nombre que le pareció desalentador. La habitación era la número diez y estaba situada en la buhardilla. Alonso había dispuesto que uno de sus hombres la acompañara hasta la posada para que no llegara sola. El afán por proteger su integridad física le pareció enternecedora.

Aracena había optado por mentir a su hermana diciéndole que pensaba asistir con Rosa de Lara a una opereta satírica de las muchas que se ofrecían en la ciudad en esa época del año. Mientras esperaba el carruaje ducal, Aracena se miró el atuendo por enésima vez. Había cogido prestado un vestido de fiesta de su madre que tenía un profundo escote. Era de muselina azul y blanco, muy fácil de poner y quitar por ella misma. Bajo la capa de satén no parecía un vestido de fiesta, sino uno de paseo a media tarde. Tampoco se había recogido el pelo, no podía regresar después con el cabello revuelto, y ante su incapacidad de poder arreglárselo de nuevo, había optado por dejarlo suelto. Sabía que no era apropiado, aunque valoró que en esa noche ella no podía ser una muchacha decente sino una mujer de vida alegre, y tenía que comportarse como tal. Cuando tiempo después el carruaje se paró en una zona rural escasamente poblada, Aracena entendió por qué la había elegido Alonso para un primer encuentro entre ellos. El hombre la ayudó a bajar del carruaje y la acompañó hasta el interior de la vivienda. El posadero le hizo un gesto afirmativo y le indicó con la cabeza que el duque esperaba arriba. El lugar estaba muy limpio y olía a especias. Aracena caminó insegura, y comenzó a subir los escalones precedida por el protector que le había asignado el duque. Entre ambos solo se sucedieron dos palabras, hola, cuando subió al carruaje, y adiós, cuando el hombre tocó la envejecida madera de la puerta y la dejó en manos de Alonso.

Estaba nerviosa, pero decidida. Nada la haría apartarse del camino que había emprendido. Se había ganado la confianza del duque hasta el punto de quererla como amante, y aunque Aracena había sido educada como una verdadera dama, para ella la libertad y la palabra «elección» tenían un significado muy diferente del resto de mujeres. Tenía los objetivos claros, y no sufría de falso decoro ni modestia. Alonso era un hombre fascinante. Un espécimen masculino que quitaba el sentido, y se alegraba enormemente de que fuera él y no otro el que la iniciara en el desconocido universo íntimo entre un hombre y una mujer.

Por un instante sintió remordimientos, si bien recordó las palabras de su madre al hablarle de su infelicidad durante años cuando se casó por conveniencia con un hombre al que no amaba. Tanta desdicha la había marcado mucho, y aunque no era una muchacha casquivana, no pensaba caer en el error de su madre. Ella siempre había tenido claro que elegiría al hombre que la

iniciaría, y el elegido había sido Alonso de Lara.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche?

Aracena carraspeó porque sintió la urgente necesidad de darse la vuelta y escapar, pero fiel a su naturaleza curiosa, le sonrió de oreja a oreja.

—Esperaba una invitación.

Alonso se hizo a un lado, y con una mano extendida la invitó a entrar.

La habitación no era lujosa, pero estaba bien decorada. La enorme cama con dosel le hizo entrecerrar los ojos.

—¿Champán? —Preguntó el duque.

Aracena se giró hacia él, que ya descorchaba la botella.

—No bebo nada gabacho —respondió sin dejar de mirarlo.

—Me complace saber que no eres afrancesada.

—¿Tú lo eres?

—No estamos aquí para hablar de preferencias sociales.

Ese había sido un buen toque de atención para que no olvidara qué hacía plantada en medio de la habitación.

—Ni de política —terció ella.

—Jamás hablaría de política con una mujer.

Esa flema varonil era innata en él.

—Comprendo tu temor —respondió ella con burla.

Alonso enarcó una ceja, atónito. La muchacha era en verdad avispada además de hermosa.

—Por favor, ponte cómoda.

Y así lo hizo a pesar de que le temblaban las piernas, le sudaban las manos y tenía la garganta tan cerrada que le costaba respirar. Se quitó la capa con capucha y la dejó sobre una silla, instantes después se sentó a los pies del lecho en clara provocación. No iba a demostrar bajo ninguna circunstancia lo nerviosa que estaba.

—Bonito vestido, aunque te queda un poco grande.

Aracena soltó un suspiro suave al escucharlo. Su madre tenía más pecho que ella y por eso se le ahuecaba en el escote.

—He adelgazado un poco —se animó a responder.

—¿No deseas beber nada? —Insistió él.

Aracena carraspeó para aclararse la voz.

—Un poco de limonada de vino estaría bien.

—Pero aquí solo tenemos champán.

—¿Y entonces por qué me has preguntado?

Alonso vertió el dorado líquido en otra copa, y, caminando lentamente hacia ella, se la ofreció con un brillo enigmático en los ojos.

—Será interesante ver tu reacción al probarlo por primera vez.

Aracena se levantó, tomó la copa y aceptó el brindis, se la llevó a los labios y se la bebió entera. El frío y burbujeante líquido le bajo por la garganta provocándole cientos de cosquillas. Se le salió un poco por la comisura de la boca.

Alonso le limpió la gota que le resbalaba por la barbilla con un dedo y después lo chupó en un gesto tan lascivo que el estómago de ella le bajó a los pies.

Estaba quieta observándolo completamente hechizada.

—Me prometiste fuego, gitana...

Había llegado la hora de la verdad. Y siguiendo los consejos de La Cañí, Aracena

comenzó de forma muy lenta a desabrochar las cintas de su vestido. Los tenía por delante, por esa razón lo había elegido. Sus dedos eran torpes, pero no dudó ni un instante. Sin embargo, Aracena no esperaba que él tomara el relevo de las manos de ella. Con dedos diestros le abrió la parte delantera del vestido, que cayó a los pies de ambos quedando inerte. Aracena solo estaba vestida con una ligera camisola, había prescindido del corpiño.

Se sentó sobre el lecho.

—Eres muy hermosa —la voz de Alonso la acariciaba.

—E inteligente —pudo decir ella para que estuviera pendiente de sus palabras y no del nerviosismo de sus ojos.

—Además de imprudente.

—Y audaz —apostilló ella.

—Con una lengua mordaz —siguió él.

—Pero deseosa por aprender...

Esas fueron las palabras que necesitó Alonso para pasar al ataque.

Le quitó la copa de las manos y la dejó en el suelo junto a la suya. La fue tumbando sobre el lecho de forma muy lenta. Aracena había pasado de estar sentada a estar tumbada de espaldas, pero seguía con las piernas apoyadas en el suelo. Se cubrió por instinto, él le apartó las manos del cuerpo y un gemido de protesta surgió de las profundidades de la garganta de ella porque no sabía a qué atenerse, pero el gemido se transformó en un gimoteo cuando Alonso se inclinó sobre ella quedando arrodillado en el suelo. Los labios de ambos se encontraron en un lujurioso beso, y las lenguas se unieron mientras las manos de él bajaron primero por los hombros de ella y se cerraron después sobre sus pechos por encima de la camisola.

—¡Quítatela! —le ordenó mientras seguía besándola.

Como Aracena se mostraba torpe e impaciente porque nunca jamás se había desnudado delante de un hombre, Alonso la ayudó. Un momento después quedó desnuda frente a sus ojos, que la recorrieron de arriba abajo con una intensidad abrasadora. Tras interrumpir el beso, los labios de Alonso regresaron a ella y comenzaron a trazar un rastro ardiente por el cuello largo, y fue descendiendo hasta encontrar sus senos. Envolvió un pezón en el aterciopelado calor de su boca, le dio un delicioso tirón que despertó un estremecimiento de respuesta en las profundidades de las entrañas de ella. Sumergida en sensaciones desconocidas, se aferró a los hombros de él, y dejó caer la cabeza lánguidamente hacia atrás. Alonso dispensó al otro pecho el mismo trato afectuoso y firme. Su lengua iba trazando una línea por el centro del vientre hasta hundirse en la ondulante cavidad del ombligo.

Se abrió paso a besos por la piel, y ella le oyó inspirar profundamente y luego soltar el cálido aliento sobre su sexo, pero la boca regresó un poco más arriba.

Las manos de Alonso rodearon los tobillos, y, sujetándolos, los fue subiendo hasta dejarle las plantas de los pies apoyados en la colcha. Le acarició la cara interna de los muslos. Fue depositando besos en el abdomen en claro descenso hasta que sus labios y su lengua la acariciaron como ya lo habían hecho sus dedos instantes antes.

Cuando sintió la áspera y caliente lengua sobre sus pliegues íntimos, Aracena lanzó un gemido. Las manos femeninas se cerraron sobre los hombros, cada vez más fuerte conforme la debilidad se adueñaba de sus rodillas. Dejó escapar un jadeo ante la inesperada punzada de placer que la envolvió al sentirse besada y lamida en sus lugares más recónditos. Alonso introdujo el codo entre los muslos de ella y los separó para que le resultara más fácil saborearla. Las piernas de Aracena temblaron, pero las fuertes manos de él la sujetaron apremiándola para que moviera las caderas contra su lengua, que lamía sin compasión la perla escondida de su

tesoro. El placer alcanzó para Aracena una cota insoportable cuando él se la introdujo por completo en la boca y la succionó. Estalló sacudida por temblores incontrolables, pero completamente deliciosos.

A medida que los estremecimientos disminuían, se quedó sin fuerzas, aunque satisfecha y presa de una total languidez. Lo observó, esperando no sabía qué, pero Alonso la miraba con ojos muy serios.

Estaba completamente desnuda frente a él, con las piernas abiertas y su sexo expuesto a sus ojos que brillaban hambrientos, pero ya no sentía rubor alguno, pues Alonso le había mostrado un camino que quería seguir explorando.

—Esto es realmente increíble —la voz de Aracena era apenas un murmullo—. Un duque arrodillado ante mí.

Alonso no se esperaba esa frase bromista después de haberle provocado un orgasmo. Se alzó en toda su altura.

—Después de esta noche, tú también te arrodillarás ante mí.

—¿Es una orden? —inquirió ella.

—Una promesa —contestó él.

Alonso tardó treinta segundos en despojarse de la camisa y del pantalón. Se subió a la cama con ella y la cubrió con su cuerpo de una forma completa. La besó despacio y profundamente al mismo tiempo que su lengua buscaba la entrada al calor de su boca de satén. Su autocontrol, que iba mermando por segundos, recibió un duro golpe cuando Aracena le rodeó el cuello con los brazos y recibió la exigente embestida de su lengua con idéntica reacción ávida. El deseo bombeó en su interior y luchó por recuperar el control. Sentía urgencia, pero se animó a ir despacio para alargar el momento todo lo posible, aunque ella se retorció bajo su cuerpo y le creaba un caos mental. Se le tensó el cuerpo y, la erección apremiante que empujaba contra el suave vientre de Aracena, se endureció todavía más. Con un sobreesfuerzo, se retiró hacia atrás y se arrodilló de nuevo entre los muslos satinados. Alargó la mano y jugó con los pliegues sedosos, aterciopelados e inflamados como minutos antes había jugado su lengua. Aracena tensó los músculos de las piernas, pero Alonso la acarició suavemente, excitándola de nuevo. Cuando las caderas de ella empezaron a moverse siguiendo el círculo de sus dedos, Alonso descendió sobre su cuerpo, apoyando todo su peso en los antebrazos, y mirándola mientras la penetraba lentamente.

Era deliciosamente estrecha, húmeda y caliente.

Aracena lo miraba con ojos preñados de fascinación, también con un ligero atisbo de inseguridad pues, aunque estaba muy excitada, la penetración le resultaba dolorosa, sin embargo, él no se paró, sino que de un golpe la penetró por completo. Fue incapaz de contener un gemido agudo, pero no dejó de mirarlo ni de lamerse el labio inferior en una clara invitación a que continuara.

El sedoso calor húmedo de su cuerpo envolvió a Alonso en un puño aterciopelado, y tuvo que apretar los dientes contra la oleada de placer que sentía, y contra la imperiosa necesidad de embestirla, pero tenía que retomar el control sobre su respiración. Los segundos transcurridos se le antojaron años. Aracena alzó las caderas, adaptándose todavía más a Alonso, cuya guerra por mantener el control sobre sus actos quedó perdida al instante. Con un gemido, se retiró casi del todo del cuerpo de Aracena para adentrarse despacio en ella... una vez, y otra. Y otra vez más y más rápido, sintiendo que la respiración le desgarraba los pulmones al tiempo que el deseo le apretaba los testículos. Aracena cerró los ojos y arqueó la espalda levantando las caderas para responder a cada embestida. Su respiración se volvió entrecortada y sus manos se cerraron aún

más sobre el cuello de él. Soltó un grito y Alonso sintió que el clímax la envolvía de nuevo, palpitando a su alrededor. En el momento que notó que se relajaba debajo de él, se derramó en su interior cálido y ardiente. Una descarga lo sacudió por entero arrancándole de forma inesperada la palabra «gitana» de la garganta.

Aracena lo abrazó muy fuerte.

—Me alegro de que hayas sido el primero —le dijo con voz entrecortada.

Alonso respiró hondo tratando de normalizar los latidos.

—Y yo de no ser el último.

CAPÍTULO 14

Cuchillos se convirtió en el nido de pasión de ambos durante varias semanas, pero no era lo que Aracena buscaba. El lugar le parecía anodino, lejano y frío. Además, ella ansiaba la alcoba del duque en Silencios, donde estaba su caja fuerte y el botín que pretendía sustraer. Sin embargo, si los encuentros entre ambos se sucedían tan lejos de Sevilla, difícilmente podría llevar a cabo su plan. Por ese motivo, había rechazado la invitación para esa noche.

Aracena estaba escribiendo una nota que le llevaría su hombre de confianza, el mismo que la acompañaba a Cuchillos cada vez que el duque la reclamaba. Mientras escribía, le temblaba la mano debido a la emoción que le provocaba Alonso, quien la había llevado por caminos que ignoraba que existieran. Él le había descubierto planos de su propio cuerpo que le habían abierto un mundo de placer insospechado. Cuando la miraba, se le aceleraba el corazón, se olvidaba de respirar y su mente se enredaba como una madeja de hilo.

Finalmente, cerró la carta, se levantó y se la entregó al hombre que esperaba en el vestíbulo. Lo acompañó hasta la puerta de salida y lo despidió. El carruaje no la llevaría a Cuchillos ni esa tarde ni ninguna otra. Había llegado el momento de traer al duque a su terreno, y esperaba tener la suficiente fuerza para llevarlo a cabo. Debía asegurar los pasos porque Alonso no era un hombre corriente. Su fuerte personalidad y alta cuna lo situaban en una escala muy difícil de alcanzar para una mujer como ella, sobre todo con la poca experiencia que tenía. Aun así, debía intentarlo. Tenía la secreta esperanza de haberle despertado el suficiente apetito carnal como para arriesgarse a rondarla lejos de Cuchillos, más cerca de su círculo de control, allí donde Aracena se sentía más fuerte.

—Me ha dicho Juana que tenemos visita. —Le dijo Isabel.

Juana era la cocinera, doncella, y cuidadora de las dos muchachas desde que nacieron.

—Ya se ha marchado —respondió Aracena.

—¿Quién era? —Quiso saber la hermana.

—No tiene importancia —respondió la otra.

—Me ha informado Juana que la visita venía en el carruaje del Duque de Alcázar — insistió Isabel porque el detalle le parecía importante.

Juana era muy perspicaz y curiosa. Nada que sucediera en la casa escapaba a su conocimiento. Sin la supervisión de Raphael, ella se declaraba vigilante.

—Me traía un mensaje de Rosa.

Isabel la miró con ojos entrecerrados y sin creerse la explicación.

—¿Un hombre te ha traído un mensaje de la señorita Lara? Permíteme que lo dude.

—Conociéndome, no debería extrañarte —replicó Aracena.

Isabel miró a su hermana con infinita atención. Estaba muy cambiada, pero no sabía precisar el motivo ni el momento de cuándo se había sucedido tal cambio.

—¿Dónde vas?

Aracena en ese momento se estaba colocando los guantes y se ajustaba la capa de paseo.

—Voy a ver a La Cañí.

—¿Lo crees prudente? —Le preguntó Isabel. Aracena la miró—. No tienes la protección de Raphael.

El primo de su madre se encontraba de viaje, pues quería conocer noticias sobre el viaje de Isabelle a Estados Unidos, ya que hacía varios meses de su partida y no tenían noticias sobre ella. Las muchachas desconocían que tenía la intención de comprar un pasaje para ir a buscarla.

—Nada temo, Isabel, pero tengo que verla porque creo que tiene nuevas sobre Cayetano, y le prometí a su esposa que la ayudaría a saber noticias de él.

El juicio del conde de Ayllón aún no se había llevado a cabo ni tenía fecha prevista. Permanecía encarcelado, al igual que muchos otros nobles acusados de traición

—Te acompañaré —le ofreció la hermana.

Isabel había conseguido impresionarla.

—Es mejor que no vengas —contestó Aracena después de pensarlo un momento.

Su hermana no estaba acostumbrada a visitar lugares como el café Tarantos, ni a lidiar con la gente que se reunía allí.

—Estoy preocupada por ti —confesó Isabel.

Aracena la miró confusa. ¿Por qué decía que estaba preocupada?

—He quedado en el café con Belmonte, me acompañará de vuelta a casa.

—No regresarás tarde, ¿verdad? —insistió la otra.

No tenía intención de hacerlo. Después de que la corona arrestara a varios nobles, las calles de Sevilla bullían de conspiraciones. La gente común se sentía oprimida y comprendían que podrían ser los siguientes en ser arrestados. Estaban a la espera de cualquier señal que pudiera desatar la ira acumulada.

—Extraño tanto a mamá. —La queja de Isabel era justificada.

Apenas podía dormir pensando en la madre de ambas. Era tan extraño no tener noticias en todos esos meses. Intuía que tenía problemas, pero ellas no podían hacer nada desde España. Lanzó una plegaria para que Raphael trajera buenas noticias.

—Yo también, y por eso me mantengo activa, para no caer en la desesperación que me produce su silencio y su ausencia —respondió Aracena.

—Lleva cuidado —le rogó Isabel.

Aracena ya no le contestó. Salió a la calle y buscó un carruaje de alquiler. El café Tarantos estaba en el otro extremo de Sevilla.

El ambiente en la taberna no se parecía en nada a lo que uno podría encontrarse habitualmente allí. El guitarrista parecía que entonaba una canción fúnebre, y los rostros eran en verdad sombríos. En una mesa del rincón vio a Ian Malcon que la esperaba, y hacia allí se dirigió.

Se quitó los guantes y la capa y aceptó el vaso de limonada de vino que le ofreció.

—Esto parece un cortejo fúnebre —le dijo la joven al oído.

—¿No te has enterado?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El marqués de Cayetano ha amanecido ahorcado en su celda.

A ella se le cayó el vaso de limonada. Miró a Ian entre el horror y la angustia.

—¿Qué dices? —Preguntó espantada.

—La noticia ha corrido como la pólvora entre la nobleza sevillana y la corte madrileña —respondió el extranjero.

—No es posible que se haya suicidado, no, sin un juicio que lo declarara culpable —susurró ella.

—Seguramente no pudo resistir la presión. —Ian calló durante un momento—. Era un buen hombre.

En esas palabras, Ian dejaba entrever muchas cosas.

—¿Y qué harás ahora? —Quiso saber ella.

Era una pregunta fácil, pero de difícil respuesta.

—Regresaré a Escocia.

—¡Ian! —Exclamó superada, y viendo que él bebía más vino de la cuenta—. Si sigues tomando así te emborracharás.

—Ya no tengo socio, ni posibilidad de encontrar uno nuevo. Con su muerte, se acabaron mis inversiones y la posibilidad de recuperar el patrimonio de mi familia —se lamentó el escocés.

—Busca un nuevo mecenas —le aconsejó ella.

Ian la miró profundamente antes de tomar de nuevo el vaso de vino y de vaciarlo de un trago, después se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Las inversiones que hice no me permiten recuperar el poco dinero que he ganado.

—¿Y entonces?

—El marqués de Cayetano me permitía ser el socio que se ocupaba del papeleo y del trabajo sucio —respondió.

Ella entendió muchas cosas.

—Lo lamento —lo consoló abrazándose al cuello de él.

Ian le permitió el abrazo porque se sentía desconsolado.

—No más que yo.

Aracena estaba en verdad apenada. La marquesa estaría inconsolable. Tampoco sabía nada de Rosa de Lara desde hacía días, y se preguntó qué diantres ocurría en Sevilla.

La Cañí hizo su aparición en el escenario, pero en esta ocasión no hubo los habituales aplausos para recibirla. La guitarra comenzó a sonar de nuevo, y los pies de ella volaron sobre la tarima de madera. Cuando la actuación terminó, le hizo un gesto para que se dirigiera hacia su camerino. Aracena solo tuvo que esperar unos minutos, pues la bailaora hizo su aparición poco después de terminar la actuación.

—Soberbia, como siempre —la aduló sincera.

—Tienes que irte de inmediato —le aconsejó la mujer.

Iba a hacerlo, pero no sin antes hablar con ella.

—Me he enterado de lo del marqués —le dijo Aracena.

La Cañí se quedó pensativa.

—Su muerte se ha convertido en un modo de coacción.

—¿Coacción? —Quiso saber.

—Nadie cree que se suicidara de verdad... —Hizo una pausa—. Yo no lo creo.

La Cañí dejó caer la sospecha de sopetón. Aracena tomó asiento mientras la miraba estupefacta.

—Y el resto de nobles ahora saben lo que les espera —terminó por decir.

Aracena sentía ganas de gritar pensando en Rodrigo de Velasco. ¿Cómo se había tomado la información sobre la muerte de su amigo? Pensó en Alonso y se le crisparon los nervios. Se había convertido en su amante para conseguir su objetivo, pero hasta el momento no había logrado nada, salvo un vacío inmenso en el estómago cada vez que la tocaba, que la besaba. Y se sintió terriblemente culpable.

—El café Tarantos está siendo vigilado por la corona —le dijo La Cañí.

—Siempre lo ha estado —susurró Aracena.

—Pero no como antes, cuando solo sospechaban lo que realmente se tramaba aquí. —

Aracena no comprendía su punto de vista—. Ahora tienen pruebas concretas.

—Tengo que visitar a la marquesa —dijo de pronto Aracena.

La Cañí le hizo un gesto negativo

—No se encuentra en Sevilla, sino en Madrid. Vendrá para el entierro de su esposo, pero se irá de nuevo porque no soporta el ambiente que se respira en la ciudad.

—¿Y te extraña? —preguntó Aracena.

La represión de la corona se sufría en Sevilla como en ningún otro lugar.

—Debemos mantenernos quietas durante un tiempo.

—Yo no pienso hacerlo —protestó firme.

—El cerco se estrecha en torno a nosotros —continuó La Cañí.

—Si nos mantenemos quietos, la corona habrá vencido —argumentó Aracena.

—Kiko se marcha un tiempo a Córdoba —informó la gitana.

—Entonces Tarantos se quedará sin guitarrista.

—Me temo que tendremos que cerrar durante un tiempo.

Aracena masculló de forma ostensible.

—¿Por qué adelantáis acontecimientos? —Le preguntó sosteniéndole la mirada.

—Porque la muerte del marqués ha sido un golpe muy duro, y el miedo se ha apoderado de algunos.

Ella entendía muy bien.

—¿También te marchas? —Le preguntó.

La gitana hizo un gesto afirmativo.

—A Barcelona.

—¿Por mucho tiempo? —Se interesó Aracena.

—Eso no puedo saberlo. —Respondió la mujer. Aracena bajó el rostro meditando—. Tengo un último favor que pedirte.

La muchacha alzó el rostro. Tenía los ojos brillantes, y La Cañí no supo si era debido a tratar de contener el llanto o la emoción.

—Tengo un par de mensajes para Rosa de Lara.

Cuando Aracena descubrió que su amiga estaba implicada con los nobles que querían derrocar al rey Fernando, le supuso un caos emocional precisamente porque su hermano era un firme defensor de la corona. Y se preguntó qué diría Alonso si supiera que su hermana estaba implicada hasta las pestañas.

—Se los llevaré —afirmó rotunda.

La Cañí se los sacó del refajo de su vestido de bailaora y se los tendió.

—Si no consigues dárselos a Rosa de Lara, entrégaselos a Rafael Maroto.

—¿Dónde lo encuentro?

—En su casa, en Lora del Río. —Aracena asintió—. Ahora vete y no te dejes ver más por Tarantos.

Ian la esperaba fuera del camerino con la capa y los guantes.

—Tengo que ir a Silencios —le dijo en voz baja.

—Te acompañaré.

Aracena le permitió que buscara un carruaje de alquiler y la acompañara. Cuando estuvieron sentados el uno frente al otro, decidió romper el silencio que se había instalado entre ambos.

—Poseo dinero que puedo prestarte. —Le dijo de pronto. Ian la miró atónito—. Hasta que recuperes el que tienes invertido.

Ella no pensaba revelarle que le había dado parte de su dote a Alonso de Lara para que negociara en su nombre. En poco más de un mes había cosechado grandes beneficios. Podría darle una parte de las ganancias, de esa forma Ian no tendría que marcharse.

Cuando el escocés la escuchó, el alivio suavizó su rostro.

—¿Harías eso por mí? —Le preguntó.

Ella mantuvo un minuto de silencio.

—Hay algo más que no me dices, e intuyo que marcharte de Sevilla es lo último que deseas, pero si no puedes recuperar tu dinero tendrás que hacerlo quieras o no —respondió la muchacha de forma suave.

—Siempre me ha maravillado tu perspicacia.

—Ten cuidado, Ian, hay gente muy intolerante, y pueden hacerte mucho daño.

El escocés se quedó mirándola de forma muy seria.

—¿Lo sabes? ¿Cómo...? —No pudo continuar.

—Escuché un comentario malintencionado que me negué a creer, pero tus acciones me muestran que no están equivocados, y mis conclusiones han cambiado desde entonces.

Ian no quiso ahondar en el tema y cambió de conversación.

—No sé cuándo podré devolvértelo.

—Es parte de mi dote y no tengo intención de casarme de momento, así que no lo necesito.

—¿No piensas casarte de momento? —preguntó con burla—. ¿Ni aunque te lo pida ese hombre guapo y pura fibra que nació duque pero que se comporta como un rey?

—Ni te imaginas lo que me provoca —respondió Aracena.

—Ya me gustaría a mí saberlo. —El tono de Ian era jocoso.

Aracena terminó por reír.

—Es insufrible. Arrogante, guapísimo, tozudo, y logra que me derrita en sus brazos como si fuera mantequilla.

Los ojos de Ian brillaban mientras la escuchaba.

—¿Y si te enamoras de él? —Le preguntó de sopetón.

Esa era una pregunta estúpida, pensó Aracena.

—Eso es altamente improbable.

—¿Por qué? —Insistió él.

—Porque lo único que me interesa de él es su caja de caudales.

—Te engañas a ti misma —le advirtió Ian.

—Soy realista —le dijo en contrapunto—. Alonso es un hombre con un poder inmenso. Por sus venas corre sangre de reyes, puede aspirar a una corona si se fija en la mujer apropiada, y yo soy una muchacha sencilla que... —Ian la interrumpió.

—Eres hija de un conde y... —Aracena lo cortó.

—La hija bastarda de un conde —lo corrigió.

—Olvidas el amor, querida.

Aracena pensó que su amigo era un romántico sin remedio.

—Para más inri, soy la hija de su peor enemigo. La que saqueará su caja de caudales, y la que lo pondrá en evidencia delante de la corte.

—De estar en su lugar yo te retorcería el pescuezo.

Aracena sonrió de oreja a oreja.

—Ahí tienes la respuesta...

CAPÍTULO 15

Cuando el carruaje se detuvo en Silencios, Ian la sujetó de la mano antes de que bajara, ella no le había permitido el gesto caballeroso de bajar primero para ayudarla a descender.

—Estaré en el Arenal, si es tu voluntad pasare recogerte en un par de horas —le dijo el escocés.

El Arenal era una explanada que se extendía entre las murallas y la orilla izquierda del río Guadalquivir, entre la Puerta de Triana y la Torre del Oro. La zona concentraba buena parte de la actividad portuaria de la ciudad.

—Ignoro el tiempo que pasaré con Rosa —le explicó serena—. Si se hace tarde, cogeré otro carruaje de alquiler para regresar a casa.

Ian la miró detenidamente.

—¿Sabes dónde encontrarme? —Le preguntó. Aracena negó con la cabeza. Después de la detención del marqués de Cayetano, Ian ya no se hospedaba en su casa—. Me trasladé a la Posada de la Viuda Marín.

La Posada de la Viuda era un albergue tranquilo muy cerca del puerto donde solían hospedarse marineros venidos de otros lugares. Su precio era muy económico y las habitaciones estaban limpias. Además, la viuda que regentaba el negocio tenía buena mano para la cocina, y buena disposición para el trabajo duro.

—Si te necesito, iré a buscarte —le aseguró ella.

Aracena se anudó el lazo de la capa de paseo al cuello y se echó la capucha sobre la cabeza para preservar su anonimato. Se giró hacia la puerta del palacio, y abrió la verja que daba a los jardines delanteros. Como el mayordomo ya la conocía, no la dejó esperando en la puerta a pesar de que no llevaba tarjeta de visita. Después de un rifirrafe entre ambos, y del que Aracena salió victoriosa porque se negó a marcharse, el sirviente la condujo hacia la biblioteca y le pidió que esperara. Aracena se quitó entonces los guantes, la capa, y esperó. Ella ignoraba que en el despacho del duque se debatía un asunto de estado y que implicaba a los anarquistas que se rebelaban contra el rey, rebelión en la que también participaba ella actuando como correo.

Alejandro de Martín y Villanueva y Enrique de Palacios miraron a Alonso con cautela.

—El asunto pinta feo en Barcelona —dijo Alejandro mientras volvía a leer el mensaje de la corona dirigido a Alonso.

—Las revueltas han tomado forma de batalla —explicó Alonso.

—¿Hablamos de guerra? —preguntó atónito Enrique.

En el mes de marzo se había invocado el principio de la doble legitimidad. Agustín Saperes y Busons dirigían el movimiento. Pretendían la sustitución de Fernando por su hermano Carlos Isidro.

—Llevamos cuatro meses de rebeliones y ataques —aclaró Alonso.

—El general Carlos lleva desde el mes de julio tratando de frenar la ofensiva —apuntó Enrique—. Es un hombre implacable.

—Demasiado —terció Alejandro.

—En sus reclamaciones actuales no aparece la doble legitimidad, sino la Regencia de Urgel —dijo Enrique pensativo.

—Es absurdo que en un primer momento basaran sus reclamaciones en que el rey estaba cautivo por los liberales, y ahora está cautivo por los reformistas —expuso Alejandro, a quién la reclamación le parecía ilógica cuando no irrazonable.

—Lo que está claro es que plantean cambiar al gobierno, no al rey, por otro de realistas puros —les explicó Alonso—. Por eso Fernando ha decidido viajar a Barcelona para dirigirse a los que se sienten agraviados. Quiere explicarles personalmente que su voluntad no está reprimida por liberales ni reformistas.

Unos toques suaves en la puerta interrumpieron la reunión.

—La señorita Aracena Denise, Su Excelencia.

Alonso parpadeó sorprendido. La mujer lo había dejado plantado en Cuchillos y ahora se presentaba en su casa. Se le calentó la sangre en las venas solo de pensar en encararla. Se había puesto colérico cuando supo que no pensaba acudir a la cita. No llevaba muy bien los desaires, y esa moza ya le había obsequiado unos cuantos.

—Informa que ha quedado con la señorita Lara —continuó el mayordomo.

Su hermana Rosa se encontraba en la ciudad de Córdoba. Visitaba el convento de Santa Clara a petición de la madre Felisa. ¿Qué hacía Aracena en Silencios?

—Le he dicho que la señorita Lara no se encontraba en Sevilla, pero la muchacha no me cree, e insiste en verla porque tiene que comunicarle algo muy urgente.

La curiosidad de Alonso se avivó por completo. ¿Qué se llevaban ambas entre manos? ¿Qué era aquello que tenía que comunicarle con urgencia?

—Está bien, yo me ocuparé del asunto en ausencia de mi hermana.

Entre Alejandro y Enrique se sucedió una mirada cómplice. ¿Desde cuándo el Duque de Alcázar tomaba partido en un asunto doméstico? Los más allegados a él sabían que bebía los vientos por una muchacha de baja cuna, pero nadie se atrevía a cuestionárselo.

El mayordomo hizo un gesto afirmativo y se marchó tan silencioso como había llegado.

—Continuaremos mañana —les dijo Alonso a Enrique y Alejandro—, antes de mi partida a Madrid para reunirme con la comitiva real que marchará después a Barcelona.

—Podríamos acompañarte —se ofreció Enrique.

Alonso negó con la cabeza.

—En ausencia del rey las cortes necesitan la protección de los mejores, y esos sois vosotros.

Los dos hombres se sentían ufanos de que el rey los tuviera en semejante consideración.

Alonso los despidió impaciente. Sentía la urgente necesidad de ver a Aracena. De recriminarle que no acudiera a la cita, y después la besaría con desesperación.

Aracena se paseaba inquieta. Cuando el mayordomo le había anunciado que Rosa no se encontraba en Silencios, su primer impulso había sido marcharse, pero tenía en su poder unos correos que tenía que entregarle de forma urgente, e insistió para verla. Ante su tozudez, el mayordomo había optado por anunciarla, y ella sintió alivio creyendo que había sucumbido a su ruego, por ese motivo no se esperó que fuera el hermano y no la hermana quien acudía a su llamada.

—¿Rosa? —Preguntó girándose al escuchar los pasos.

Alonso había cerrado la puerta tras de sí. Mantenía la postura erguida en actitud amenazante.

—El personal que está a mi servicio no suele decir falacias. —Aracena dio un paso hacia atrás—. Si dicen que Rosa no está en la casa es porque no está.

Ella alzó la barbilla.

—Ayer no me dijo que se marcharía hoy —se excusó Aracena.

—Ayer no lo sabía —respondió él.

Aracena estaba al tanto de los planes de Alonso para recluir a su hermana en un convento, ya que la propia Rosa se lo había explicado. Conocía las maniobras que él hacía para mantenerla apartada de la sociedad, de sus amigos... Por eso, al principio, no creyó al mayordomo, ya que no era la primera vez que le decían que no estaba en casa sin ser cierto.

—Entonces me marchó, disculpa esta visita intempestiva.

Pero Alonso no dejó su puesto de guardia en la puerta. Si no se apartaba, ella no podría cruzar para marcharse.

—Me dejaste plantado en Cuchillos —le trajo a colación.

Aracena entrecerró los ojos hasta reducirlos a una línea. Trataba de evitar que él viera el brillo del enojo en ellos.

—No siempre puedo salir de casa —le explicó de forma paciente y sin apartar la mirada del rostro varonil—. Tengo una familia que se preocupa por mis andanzas, sobre todo cuando no les informo hacia dónde voy y con quién.

Alonso dio un paso hacia ella.

—Para eso te envió mi carruaje, para que piensen que estás en Silencios con mi hermana Rosa.

Aracena se lamió el labio inferior pensativa.

—Así ocurrió hasta que una de las veces fue Rosa la que se presentó en mi casa preguntando por mí. —Le explicó ella. Las cejas de Alonso se arquearon—. Me costó mucho elaborar una excusa creíble que explicara mi ausencia hasta tarde.

—No me gusta que me dejen plantado.

—Te ofrecí una justificación para mi ausencia.

—¡Ven aquí! —le ordenó él.

Ella hizo todo lo contrario, retrocedió un paso.

—Aquí, bajo el techo de tu hermana, no acepto órdenes. —Respondió la muchacha. Alonso la había alcanzado y la sujetó con fuerza por la cintura. Aracena no se debatió. Era tocarla y se derretía—. Pueden pillarnos, y me moriría de la vergüenza.

—Mi hermana no regresará en unos días. —Alonso ya se inclinaba para besarla.

—Está el servicio.

—Ellos no importan...

—¡Pueden entrar! —exclamó alarmada.

Alonso hizo algo inaudito. La tomó en brazos, la sacó de la biblioteca, y se dirigió hacia la planta superior. Subió los amplios escalones de dos en dos rumbo a sus estancias privadas.

—¡No! ¡Alonso, que...! —No fue capaz de continuar porque él había apresado su boca en un beso profundo y lascivo.

—Tienes razón —le dijo entre beso y beso—. La biblioteca no es el lugar más apropiado para avivar tu fuego.

Menos mal que la llevaba en brazos porque Aracena habría terminado desplomada en el suelo ante la expectativa de que le hiciera el amor de nuevo. Era lo último que podía esperar de su visita a Silencios.

—Pero estamos en tu casa, no en Cuchillos —protestó la joven.

Aracena se sentía secretamente complacida porque ella pretendía precisamente eso, que Alonso no midiera el lugar y el sitio para un encuentro entre ambos.

—Ya estás aquí, ¿no es cierto? —Le preguntó él. Ella no pudo objetar nada—. Sería un necio si no aprovechara esta ventaja que me has ofrecido tan ingenuamente.

La puerta de la alcoba estaba entornada. Entró con ella y se giró para cerrarla con la punta del pie, le había dado demasiado fuerte y el portazo se escuchó en todo el palacio.

—¡Te oírás el servicio! —Protestó alarmada.

A Alonso le causaba bastante gracia que se mostrara así de pudorosa cuando había vibrado llena de lujuria entre sus brazos, no una, sino muchas veces. Cuando llegó a los pies del lecho la soltó con suavidad. Aracena quedó de espaldas en el mullido colchón.

La capa, los guantes y los correos habían quedado olvidados en la biblioteca. En ese momento solo tenía cabeza para pensar en Alonso. En la rapidez con la que se desnudaba y se lanzaba sobre ella.

—Me vuelves loco.

No le dio tiempo a responder. Tomó posesión de la dulce boca femenina con avidez.

—No... no... debemos... —Ella ya no pudo decir nada más.

Alonso le había subido la falda y la enagua. Le arrancó la ropa interior sin dejar de besarla. Se introdujo en ella con infinita suavidad. Aracena soltó un gemido porque la estaba tomando de forma muy rápida, sin los preámbulos sensuales de Cuchillos.

La embestía con fuerza y la envolvió en una espiral de deseo que la hizo estallar. Alonso sabía muy bien qué puntos acariciar en su cuerpo para dejarla sin voluntad.

—Vamos, gitana, estoy a punto.

Los dos alcanzaron el clímax al unísono.

Estaba dolorida. Alonso era un hombre insaciable. Le había hecho el amor tres veces, y tenía ciertas partes del cuerpo muy sensibles. Sobre todo los pezones que había besado, lamido, y chupado a placer. También tenía algunos morados en los muslos y en los brazos debido a la fuerza de la pasión que sintió cuando alcanzó el primer orgasmo.

En ese momento estaba dormido boca abajo en la cama, completamente desnudo y saciado.

Aracena se esforzó por levantarse con cuidado, apartando el brazo masculino que descansaba sobre su estómago. Él ni siquiera se inmutó. Buscó algo con lo que cubrirse, pero toda la ropa yacía tirada y arrugada en el suelo. Una vez de pie, se dirigió hacia un sillón y tomó la bata masculina de satén azul. Se enfundó en ella, anudando el cinturón alrededor de su cintura. Luego, volvió su mirada hacia la cama, donde descansaba el corpulento cuerpo de Alonso. Era evidente que disfrutaba del ejercicio al aire libre, pues su musculatura era imponente.

Desvió su atención hacia la habitación austera pero elegante. Era tan espaciosa que fácilmente podría haber albergado dos dormitorios completos. La puerta de entrada dividía la estancia en dos: a la derecha, la cama, la mesita y un sillón de piel; a la izquierda, un pequeño despacho con escritorio, librería y otro sillón de piel a juego. En la esquina, una puerta sugería el acceso al baño y al vestidor, ya que no había armario en la alcoba.

Su ánimo decayó al darse cuenta de que la caja de caudales debía estar allí. Silenciosamente, se aproximó al escritorio. La habitación estaba apenas iluminada por dos lámparas de queroseno estratégicamente ubicadas. Observó lo que reposaba sobre la madera, y

sus ojos se abrieron con sorpresa al descubrir un tesoro de incalculable valor: documentos oficiales, mapas y, lo que más le interesaba, cartas de acusación e indulto.

El Duque de Alcázar poseía un poder tal que decidía sobre la vida y la muerte de las personas. Continuó su minuciosa búsqueda, ansiosa por encontrar las pruebas de las acusaciones contra el conde de Ayllón.

CAPÍTULO 16

La vida para Aracena había cambiado por completo. Su relación con el Duque de Alcázar la había marcado mucho, y no sabía cómo salir del callejón sin salida en el que se encontraba.

—¿Qué te traes entre manos? —Le preguntó Isabel.

La voz aguda de su hermana la sobresaltó. Isabel, cuando vio el rostro de su hermana, el estómago le bajó a los pies: estaba ceniciento.

—Deja de asustarme así —le reprochó Aracena con dureza.

Isabel suspiró porque su hermana se mostraba demasiado suspicaz.

—Si no tuvieras nada que esconder, querida hermana, no te mostrarías tan alterada. — Isabel había visto perfectamente lo que su hermana escondía bajo un montón de papeles—. ¿Respondes a una carta de amor?

La burla de Isabel le escocía porque ella había proclamado muchas veces que jamás se enamoraría. Que nunca caería en la misma trampa en la que quedaban cautivas miles de mujeres en todo el mundo.

—El amor es para los ilusos —respondió tirante.

—Ha llegado una carta de Raphael —le anunció Isabel.

Aracena quedó pensativa. ¡Había pasado demasiado tiempo desde la partida de Raphael! La angustia agitó su pecho creyendo que la carta traía malas noticias. No tenían noticias de su madre desde hacía cinco meses.

Se levantó y caminó hacia su hermana.

—Mamá está muy enferma —avisó Isabel antes de pasarle la misiva.

Aracena la tomó con el alma en vilo.

—¡Cólera! —Exclamó con espanto mientras leía.

Raphael les informaba que Isabelle había enfermado de cólera. Estaba tan débil que apenas la reconocía.

—¡Mamá enferma! —Gritó Aracena, que no pudo taparse la boca a tiempo.

Raphael les pedía que tuvieran paciencia. Que él la cuidaría hasta que se recuperara del todo para regresar a España. Les ordenaba que no fueran tan necias como para coger un barco e ir hasta América porque en el lugar donde se encontraban ambos estaba plagado de peligros.

—¡Pienso ir a buscarla! —Exclamó Aracena decidida.

Isabel no pudo reprimir el llanto, pero siendo mucho más paciente y tranquila que su hermana, contuvo su angustia.

—Debemos hacer caso a Raphael.

—¿Estás loca? —Grito la otra.

—No, no estoy loca, sino muerta de miedo —admitió Isabel.

Aracena la miró con atención. La serena y tranquila Isabel estaba hecha un manojo de nervios. Le brillaban los ojos de pesar y angustia.

—Aunque me muero de ganas de ir a buscarla, debemos hacer caso a Raphael —insistió Isabel.

Aracena no pensaba igual.

—Mamá nos necesita —contestó con temblor en la voz.

—Lo sé —admitió Isabel—, pero no podemos hacer nada allí.

—¿Y aquí?

—Rezar, y esperar para que mamá se recupere pronto.

Aracena parecía una fiera enjaulada. Iba de un lugar a otro tomando y descartando opciones. Sabía que Raphael tenía razón, pero su corazón le decía otra cosa muy diferente. ¡Tenía que ir a buscarla! ¡Traerla de vuelta!

—¡Podemos perderlos a los dos! —Susurró Isabel.

Su hermana la miró atónita.

—¿Qué dices, insensata?

Isabel la miró completamente compungida.

—Podemos perder a nuestra madre por la enfermedad, y a nuestro padre por la horca —le aclaró.

Los dientes de Aracena rechinaron. El carácter de su hermana tenía excesiva tendencia al dramatismo, y ello era debido a la cantidad de libros que leía.

—Lo preferiría a él ahorcado un millón de veces a la sola posibilidad de perder a nuestra madre. —Respondió Aracena.

La afirmación era descarnada.

—Tenemos que decírselo, Aracena. —Isabel se refería al conde de Ayllón—. Debe saber que nuestra madre está enferma.

Aracena caminó hacia ella hecha un basilisco. La tomó de los hombros y la zarandéo.

—¡Nunca! ¡Nunca romperás la promesa que le hiciste a nuestra madre! —Le ordenó.

Un segundo después la soltó de golpe. Isabel parpadeó atónita por el estallido de mal genio de su hermana.

—Te juro que no te reconozco Aracena —musitó Isabel con ojos entrecerrados—. De un tiempo a esta parte te muestras altiva, respondona, grosera, y también infeliz.

Aracena soltó el aliento que había estado conteniendo mientras su hermana rozaba la verdad. La situación ilícita que mantenía con Alonso la hacía sentirse infeliz. Había creído que era diferente al resto de las mujeres, que podía tener una relación sin implicarse emocionalmente, pero se había dado cuenta de que no era cierto. Además, sentía profundos remordimientos porque su comportamiento ofendía a su madre, a su honor y a todo lo que representaba.

—¿Merece la pena? —La pregunta que le hizo Isabel a continuación quemaba.

¿Merecía la pena? ¡Por supuesto que sí! Se dijo Aracena. Nadie podía imaginar lo que había logrado obtener de la caja de caudales del duque: documentos de suma importancia que ya estaban en posesión de Rafael Maroto, y otros que se había reservado para sí misma porque eran cartas muy

amor romántico y no has aprendido nada de la experiencia de nuestra madre. De lo infeliz que fue, que ha sido, y que seguirá siendo en el futuro.

Esas palabras le dolieron a la hermana.

—La culpa de su infelicidad es únicamente obra suya —apuntó Isabel.

Aracena apretó los labios.

—¿Crees que nuestro padre se habría casado con ella? —Le preguntó de pronto.

Isabel soltó un suspiro largo.

—Se lo pidió. Nuestra madre tiene todavía el anillo... —Aracena no la dejó terminar.

—Nuestro padre era un noble con una responsabilidad. Era mucho más joven que nuestra madre.

—No hables en pasado, pues está vivo todavía —protestó Isabel.

Aracena hizo una inspiración profunda.

—Para nosotras murió en Santo Domingo de Guzmán —cortó Aracena implacable.

—Y entonces, ¿por qué motivo te has metido en la cama del Duque de Alcázar sino para

ayudarlo? —preguntó irritada—. ¡Desmíéntelo si puedes! —Exclamó Isabel mirándola fijamente.

Los párpados de Aracena se entrecerraron muy lentamente.

—No puedo porque es cierto —admitió en voz baja—. Pero lo cortés no quita lo valiente —continuó—. Que esté de acuerdo con nuestra madre en mantener nuestra identidad en el anonimato no significa que me guste que ahorquen al hombre que nos engendró.

—¿Y entonces!? —inquirió Isabel de forma enérgica—. ¿Cómo puedes estar con un hombre que busca cobrarse su vida? ¡Yo le arrancaría la suya sin dudarlo!

Isabel le había dado un golpe certero a su integridad como hija y como persona.

—Me siento dividida —admitió Aracena en voz baja.

Isabel abrió los ojos de par en par porque entendía que su hermana estaba demasiado implicada emocionalmente precisamente con el hombre que iba a llevarla a la ruina.

—Estás solazándote con el hombre que pretende ahorcar a nuestro padre —la acusó sin un gramo de piedad en el tono—. ¡No tienes honor!

Su hermana Isabel le había golpeado con la verdad. Al principio, entregarse a Alonso parecía la parte menos complicada, ya que solo estaban en juego unos documentos que podrían restablecer el buen nombre de Rodrigo de Velasco. Sin embargo, ahora se veían comprometidos sus sentimientos. Le importaba demasiado. Aracena se preguntó en qué momento había cruzado la línea.

—A pesar de mis defectos no me ha temblado el pulso a la hora de hacer lo que creía correcto —explicó brevemente.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó Isabel.

—El Duque de Alcázar ha gozado de mi cuerpo —admitió Aracena sin pudor y hablando en pasado—, pero ha sido muy generoso.

—No te comprendo.

Aracena ya lo imaginaba.

Buscó en un cajón del escritorio unos documentos y se los tendió a Isabel, que los tomó completamente confundida. Tras hojearlos brevemente miró a su hermana atónita.

—¿Le has dado el dinero de nuestra dote?

—Mira los beneficios que hemos obtenido en unas pocas semanas.

—¡Estás loca! —Exclamó Isabel.

Aracena le pasó otros documentos. Isabel dudó entre cogerlos o no, pero lo hizo ante la actitud insistente de su hermana. Después de un momento la miró con respeto, también con desafecto.

—Por esto irás a la cárcel —sentenció.

Aracena resopló.

—Esos documentos serán valiosos cuando el Infante Carlos María Isidro sea el nuevo rey de España. Y lo será muy pronto, créeme.

—Estás loca —reiteró Isabel.

—Todos aquellos nobles que no hayan sido leales al nuevo rey serán castigados —afirmó Aracena.

—¿Y si el Infante no logra derrocar a su hermano? —Inquirió Isabel.

—Sí lo hará —contestó la otra firme.

Entre las dos hermanas se suscitó un silencio abrumador.

—¿Es eso lo que deseas para tu Duque? ¿Que sea castigado? —Su pregunta era inquisitiva.

Aracena respiró varias veces. Su hermana sabía cómo clavar el cuchillo de la conciencia para causar el mayor daño posible.

—Nunca será mi Duque —admitió en voz baja—. Alonso era un medio para lograr un fin, nada más.

—¡Mientes! —La acusó Isabel sin piedad, y porque se negaba a ver a su hermana de forma tan mercenaria.

—Tienes razón. No soy de piedra, hermana —se defendió—. Nunca creí que llegaría a tocarme el corazón, pero lo hizo. En algún momento de nuestros encuentros logró desbordar el muro de mi contención, pero sé muy bien dónde está mi lugar, y no me moveré de mi sitio.

—¿Se lo has dicho?

—No hay nada que decir —murmuró Aracena—. Pronto tendrá noticias sobre mis acciones, y no le gustarán en absoluto.

—¿No temes su represalia? —Le preguntó Isabel.

Aracena reflexionó sobre la pregunta de su hermana y la posible respuesta que podría darle, pero sabía que nada se acercaría a la verdad sobre lo que Alonso podría hacerle cuando descubriera qué había hecho con los documentos que encontró tanto en su escritorio como en su caja de caudales. Aunque estos últimos no estaban en su alcoba, sino en la biblioteca.

—No, porque Carlos María Isidro será el nuevo rey de España —afirmó convencida.

Isabel no pudo dar una respuesta en contra porque la puerta de la calle fue golpeada con insistencia. Las dos se dirigieron hacia allí con urgencia. Juana ya abría la puerta con una protesta impaciente.

Un chaval le tendía una carta.

—¿Quién envía el mensaje? —Preguntó Isabel al muchacho.

—Ian Malcon, es para Aracena Denise.

Aracena sufrió un sobresalto al escuchar el nombre.

Juana recibió la carta, entregó unas monedas al chico, y luego se volvió para ofrecérsela a Aracena. Esta última la aceptó con manos temblorosas. Nunca antes Ian le había enviado un mensaje escrito. Desde el momento en que tuvo el papel entre sus dedos, un mal presentimiento se apoderó de ella. Rompió el sobre, leyó el contenido y soltó un gemido de angustia. La carta cayó al suelo, y Aracena se llevó la mano a la boca para contener el llanto que la embargaba.

Isabel se inclinó para recoger la carta.

"Querida mía, por favor, avisa a Nazareno pues van tras él. Yo estoy preso en La Cárcel Real de Sevilla y no puedo advertirle para que huya".

La acusación que pesaba sobre Ian Malcon era peor de lo que Aracena esperaba. No solo lo acusaban de asesinato, sino también de sodomía. Una prostituta había sido brutalmente asesinada en el Arenal, y habían situado a Ian en el lugar y momento del crimen.

La Cárcel Real de Sevilla era infame desde su fundación, conocida como un lugar atestado de reclusos, donde tanto los presos como sus familiares debían pagar sumas considerables para asegurarse una celda propia. Los retretes eran poco más que fosas inmundas, con condiciones de higiene casi inexistentes. Para evitar castigos físicos, los reclusos se sumergían en la suciedad hasta el cuello y lanzaban el fango a los guardias y verdugos, quienes no se atrevían a acercarse.

Sin embargo, Aracena había logrado visitar brevemente a Ian, quien le había explicado los fundamentos de su acusación y las razones de su arresto. Él y Nazareno se encontraban en una

posada del Arenal, donde las prostitutas atendían a los marineros que llegaban al puerto. Ian quería proteger a Nazareno, por lo que no podía admitir haber tenido un encuentro íntimo con él, lo que le dejaba sin coartada. Algunas prostitutas declararon haberlo visto frecuentar el Arenal, pero su mayor acusador era el torero Montaraz, quien lo señalaba por sodomía. Aracena había intentado persuadirlo para que no sacrificara su propia integridad física por proteger a Nazareno, pero Ian se mantuvo firme en su decisión. Ninguno de sus argumentos logró cambiar su opinión. A pesar de ser un prometedor torero, Nazareno no podría prosperar si la sombra de la sodomía lo perseguía en sus inicios.

Aracena se sentía frustrada por la obstinación del escocés.

En ese momento, Aracena salía de la casa de un letrado respetado en Sevilla. Después de examinar las pruebas contra Ian, los abogados habían rechazado representarlo. Como extranjero, no gozaba del favor de nadie en la ciudad.

Aracena solo encontró una manera de ayudarlo: convirtiéndose en su coartada. Sin embargo, esto la convertiría en una carga para su familia por el resto de sus días. Tuvo que recurrir a amigos leales para respaldar su mentira. Se presentó ante el juez con dos testigos y un letrado competente, cortesía de su amiga Rosa de Lara. Aunque la hermana del duque desaprobaba sus acciones, Aracena no podía revelar con quién había estado Ian esa noche debido a una promesa.

Decidida a ayudarlo, Aracena proporcionó detalles al juez sobre sus encuentros íntimos en la posada Cuchillos, omitiendo el nombre de su acompañante. A pesar de las investigaciones del corregidor y su abogado, la justicia se mostró ineficaz, y finalmente liberaron al sospechoso cuando la investigación tomó otro rumbo.

Mientras tanto, Nazareno había huido de Sevilla a tiempo. Ian planeaba regresar a su Escocia natal. Mientras tanto, Alonso apretaba el lazo de la horca en torno al conde de Ayllón. Aracena se enteró por sorpresa de algo que la afectaba profundamente a ella y al duque, llenándola de preocupación y melancolía.

Ahora, sumida en una espiral de autocompasión, Aracena se encontraba en un dilema. Estaba encinta, y por su propia seguridad, Alonso de Lara no podía saberlo .

CAPÍTULO 17

El conde de España, hijo del marqués Henri de Espagne, coronel y senescal de Couserans-Comminges-Nébouzan, se mantuvo leal al rey al terminar la guerra contra Napoleón. Con la ayuda de hombres de confianza como Alonso de Lara, reprimió la revuelta en Barcelona. El rey pudo explicarles a los agraviados que su voluntad nunca había estado reprimida, y a partir de ese momento ya no hubo más insurrecciones de los realistas ya que estos confiaban en una pronta muerte del monarca y en que el trono pasara a su hermano Carlos. Por ese motivo se mantuvieron quietos esperando el desenlace.

Las voces seguían silenciosas y los ánimos calientes entre la nobleza sevillana, pero muchos de los que habían sido detenidos tiempo atrás habían sido liberados, entre ellos el conde de Ayllón, que partió hacia Inglaterra, donde esperaban su madre y su sobrina.

Raphael Jefferson escribía de forma continua, pero Isabelle no mejoraba con la prontitud que sus hijas deseaban. Sin embargo, el hombre les pedía paciencia y que siguieran comportándose como su madre esperaba de ellas: con decoro y rectitud.

Isabel estaba preocupada por su hermana, que parecía sumida en la melancolía. Aracena deambulaba por la casa y apenas salía a la calle, afectada por la enfermedad de su madre y la tormentosa relación con el Duque de Alcázar, que ya era conocida públicamente. Sin embargo, el incidente con el escocés aún no había llegado a oídos de Alonso de Lara, quien había regresado a Sevilla con más determinación tras ayudar a controlar las revueltas en Barcelona.

Aracena no había respondido a los mensajes de Alonso y en ese momento disfrutaba de un refrigerio junto a Rosa.

—Amiga mía, te noto muy callada. —Ante su negativa a visitar Silencios, Rosa había optado por ceder, y en esa tarde era ella la visitante en casa de su amiga.

Aracena seguía en un mutismo premeditado. Por una parte, sentía un enorme alivio porque el conde de Ayllón había escapado de la horca. En todo Sevilla se conocía el enorme enfado del Duque de Alcázar cuando regresó de Barcelona y se topó con la nueva. Temblaron los cimientos de Silencios con su cólera, pero el conde estaba libre.

—Estoy pensando en tu hermano, pues se han frustrados sus planes.

—Se le pasará —dijo Rosa mientras bebía de forma elegante un poco de chocolate caliente—. Pero me extraña que te preocupe el enfado de mi hermano Alonso.

Aracena entrecerró los ojos.

—No es mi problema lo enojado que esté tu hermano, pues me alegro en verdad de la liberación de Rodrigo de Velasco.

Rosa bajó el rostro con cierto rubor, y a Aracena se le encendieron los ojos.

—¡Estás enamorada del Conde de Ayllón! —La noble se apresuró a negarlo—. Es demasiado mayor, podría ser tu padre.

—No estoy enamorada de Rodrigo —afirmó Rosa de Lara.

Aracena salió de su estupor.

—Aquella vez en Geranios me pareció que sí.

—¿Lo dices porque me ayudó a escapar de mi hermano? —Le preguntó Rosa.

Aracena hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Creo recordar que os vi en una situación que me pareció muy íntima, ¿lo has olvidado?

Rosa no lo había olvidado, pero Rodrigo la consolaba de una forma muy diferente.

—Fue el prometido de mi madre... —Rosa calló un momento—. Y es casi como el padre

que apenas conocí —le reveló en voz muy baja.

—No creo que haya un alma en toda Sevilla que no sepa el gran amor que sintió Ana Blanca de Guzmán por Rodrigo de Velasco —afirmó Aracena, pero sin crítica.

—En ocasiones me pregunto cómo sería mi vida si en vez de ser hija del Duque de Alcázar hubiese sido hija del Conde de Ayllón.

Mirando a Rosa de Lara, y, tras escucharla, la melancolía a Aracena como un espeso nubarrón de invierno. Ella era hija del Conde de Ayllón, y moriría sin que el noble lo supiera.

—¿Y por qué crees que rompió el conde el compromiso con tu madre? —Aracena quería saber la versión de la hija.

—Quería ser militar de carrera, y en uno de sus viajes se enamoró de una extranjera que se burló de él y que lo abandonó. ¿Irónico, verdad?

Aracena estuvo a punto de protestar y salir en defensa de su madre, pero calló porque eso era justo lo que había sucedido.

—¿Puedes creerlo? —Rosa soltó un chasquido de desdén—. ¿Qué mujer con sentido común dejaría abandonado a un hombre como Rodrigo de Velasco?

—Una muy desesperada —afirmó Aracena. Rosa la miró con la sorpresa reflejada en el rostro—. Debió de ser muy duro para ella...

—¿Defiendes a la mujer que desgració la vida de mi madre? —Le preguntó Rosa.

—Conoció a esa dama después de romper el compromiso, —le recordó Aracena—. Si buscas un culpable, culpa al ejército. Ella sintió la necesidad de gritarle que Rodrigo era su padre, pero calló. Había hecho una promesa y siempre cumplía sus promesas—. Tu madre también procuró seguir adelante rápidamente. Tres meses después de que el conde rompiera con ella, formalizó el compromiso matrimonial con tu padre.

—¿Y qué se supone que tenía que hacer? —Le preguntó Rosa.

—Pensarlo mejor —respondió Aracena.

—Aunque se casó con mi padre, nunca superó la ruptura, y fueron muchos años, Aracena, muchos años de silencio y de dolor hasta que Rodrigo de Velasco regresó de nuevo a su vida —le explicó paciente.

Aracena pensó que eran los años en los que había sido amante de su madre. Hasta que Isabelle decidió romper el idilio porque desconocía que estaba encinta. Se preguntó si su madre habría optado por otra solución si lo hubiera sabido. Aunque se dijo que no. Los años de diferencia entre ambos le pesaban muchísimo.

—Mi padre era un buen hombre —confesó Rosa.

—Era un afrancesado —respondió Aracena.

—Yo también lo soy —lo defendió Rosa.

—Pero tú eres mi amiga.

—Tú también lo eres.

—Pero no te confundas, yo no soy afrancesada —cortó Aracena.

—Sí, lo eres, y desde el mismo instante en el que has colaborado en tratar de derrocar al rey Fernando a favor de su hermano el Infante Carlos Isidro.

Aracena apretó los labios algo enojada. Era la primera vez que discutía con Rosa.

—Calla, por favor, pueden escucharte...

Rosa se disculpó con su amiga, y se preguntó por qué motivo se habían peleado.

—Es el efecto Velasco —concluyó Rosa en voz baja.

—¿Efecto Velasco? —Preguntó Aracena.

—Un efecto que no se puede describir con palabras —continuó Rosa—, pero que consigue

que las mujeres se peleen por él. Que vibren por él.

La palabra «vibrar» le había recordado a Aracena la persona del Duque de Alcázar.

—Y que las mujeres lo abandonen —concluyó Aracena para dejar el tema por zanjado, y refiriéndose a su propia madre que había abandonado a Rodrigo de Velasco.

Rosa soltó una risita al escucharla y decidió cambiar de conversación.

—Mi hermano está intratable —le confesó como si le gustara la idea de que su hermano se mostrara como un ser humano y no como un noble implacable.

—Es razonable. Todo su esfuerzo por vencer a su rival ha quedado en agua de borrajas —respondió Aracena.

—Rodrigo de Velasco y Duero no es rival de mi hermano, sino su enemigo —la corrigió Rosa.

—¿Qué causó esa enemistad? —Quiso saber Aracena mientras se servía otro poco de chocolate caliente.

—Fue el amante de mi madre cuando regresó de Santo Domingo. ¿Puedes creerlo? Rompió el compromiso antes de irse, y a su regreso se convirtió en amante de mi madre —reveló Rosa.

La taza tembló en la mano de Aracena. Su madre nunca le había contado que Rodrigo quiso regresar con Ana Blanca. ¿Por qué se lo había ocultado?

—Mi hermano Alonso era muy pequeño, pero todavía recuerda las visitas del conde a Silencios en ausencia de mi padre —Siguió contándole Rosa.

Aracena no se atrevía a pensar ni a conjurar nada. Y en ese momento se arrepentía de haber abierto la boca para saciar su curiosidad.

—¿Y tú, lo recuerdas?

Rosa sonrió inocente, ignorante el tono impaciente y contenido en la pregunta que formuló su amiga.

—Yo no había nacido todavía, has olvidado que tenemos casi la misma edad.

Aracena enmudeció ahogada en sus propias especulaciones. Le pareció que la estancia se estrechaba por momentos. Se le secó la boca, y tuvo que carraspear para aclararse la voz.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó Rosa preocupada.

El rostro de Aracena había perdido completamente el color.

—Me he quemado con el chocolate —mintió.

Tuvo que dejar la taza sobre la bandeja porque le temblaba la mano. Y durante los siguientes minutos se dedicó a observar a Rosa de forma concienzuda. Su color de pelo, el dorado de sus ojos. La similitud física entre ellas, pero debía de estar equivocada. Rosa no podía ser su hermanastra. No podía ser también hija bastarda de Rodrigo de Velasco, pero solo había una conclusión posible.

—Por ese motivo odia tu hermano al conde —susurró Aracena.

—¿Por qué motivo dices? —Rosa también había dejado su taza de chocolate sobre la mesita auxiliar.

Aracena se lamió ligeramente el labio inferior porque le parecían horribles sus sospechas. ¿Cómo podría averiguarlo? Se preguntó.

—Porque le fue infiel a tu padre con Rodrigo de Velasco —terminó Aracena.

—¡Se amaban! —Exclamó Rosa con voz almibarada—. Es indudable que Rodrigo se arrepintió de haber roto el compromiso con mi madre, pero cuando regresó ya no había remedio.

—Claro que no, porque estaba casada —criticó la amiga.

—Mi madre se casó sin amor —la excusó la otra.

—Eso no la redime, Rosa.

—A veces es suficiente con que uno ame por los dos.

Esas palabras le dieron muchas respuestas.

—Estás pensando en tu hermano y en mí, ¿no es cierto?

El rostro de Rosa se ensombreció.

—Aunque mi hermano te amara, nunca se casaría contigo. Lamento decírtelo.

Esa fue una verdad dolorosa, y la sintió Aracena como un puñetazo en el estómago.

—No te preocupes por mí, siempre lo he sabido, y lo acepté.

La decepción se dejó notar en el tono de voz.

—Déjame que te explique —pidió la amiga con una sonrisa—. Mi hermano es tan consciente de su rango, de su importancia en el linaje de los Lara, que jamás se casaría con la hija de una extranjera... —Rosa hizo una pausa muy significativa—. Aunque la amara.

Aracena tragó con dificultad. Ella era hija de extranjera, pero también era hija de un noble español, y no poder gritarlo a los cuatro vientos le supuso una amarga derrota porque sintió en ese preciso momento lo mismo que sentía su hermana Isabel: desamparo.

—¿Tú lo amas por los dos? —insistió Rosa.

Era una pregunta con trampa.

—¿Podría cambiar en algo nuestra situación que lo hiciera? —Le preguntó a su vez Aracena.

—No, pero te habría colocado en la misma encrucijada de mi madre con Rodrigo —respondió Rosa.

—Tu madre no era hija de una extranjera, no sería el mismo caso —susurró Aracena.

—¿Y qué importa esa circunstancia cuando de amar se trata? —preguntó Rosa con la mirada encendida—. Lo veo en tus ojos, y en tus actos.

Aracena se encontraba en una encrucijada. Rosa parecía llevarla al borde de un abismo, donde la única opción era enfrentar la verdad, por más dolorosa que fuera. Sin embargo, Aracena se resistía. No podía permitirse admitir sus sentimientos, no quería hacerlo, pues ello significaría su perdición. Si se negaba a reconocer lo que realmente sentía, no se sentiría derrotada cuando todo se desmoronara: cuando Alonso descubriera que había desaparecido cada uno de los documentos que había tomado. Cuando saliera a la luz el verdadero motivo por el que ella se había acercado a él, las verdaderas intenciones que la habían llevado a su lecho.

Reuniendo coraje, miró fijamente a su amiga antes de afirmar con determinación.

—Nunca me casaría con tu hermano porque esa nunca ha sido mi intención.

Rosa parpadeó una sola vez. Consciente de los asuntos en los que Aracena estaba involucrada, especialmente en política, se armó de valor y le hizo la pregunta que ardía en sus labios:

—¿Estás encinta, Aracena?

La pregunta la pilló con la guardia baja. Por ese motivo soltó el aire que contenía de forma abrupta.

—¡Por supuesto que no! —La mentira le salió sola, y un segundo después le escoció en lo más hondo—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir un disparate así?

Rosa se quedó en silencio durante un momento, como si analizara la respuesta que pensaba ofrecerle.

—Has aumentado algo de peso. —Era cierto. Los vestidos se le estrechaban mucho más en la cintura, y los pechos parecían que le habían aumentado dos tallas—. Y tienes un brillo de melancolía y de pesar que me preocupa mucho.

—Hace muchos meses que no veo a mi madre. —Esa excusa no solo era creíble, sino válida para acallar cualquier rumor—. Está enferma de cólera en Luisiana, y no puedo ir con ella para ayudarla —continuó muy triste—. Imagina nuestra desdicha.

Rosa entrelazó las manos en el regazo. Esa era circunstancia horrible, y lo sentía mucho por su amiga.

—Y no sabes cuánto sufro contigo por tu madre, pero me alegro mucho de que no estés encinta, porque sufrirías mucho. —Aracena no quería escucharla, pero Rosa tomó carrerilla—. Mi hermano se ocuparía del bebé, por supuesto, pero lo enviaría muy lejos de ti. —Aracena sentía ganas de llorar mientras la escuchaba—. Es lo que hacen los nobles con los hijos bastardos.

La sola palabra le produjo un chirrido horrible en los oídos.

—Enviarlos lejos para que no molesten —apuntó ella, que sentía la voz quebrada.

—Así son los hombres poderosos como mi hermano —continuó Rosa implacable—. Todavía me preguntó por qué motivo puso sus ojos en ti cuando siempre se ha mantenido alejado de hermosas muchachas casaderas.

—Olvidas Rosa que yo no estoy y nunca estaré en su círculo aristocrático. —Cada vez se sentía más molesta—. Nunca me ha visto como un peligro para su soltería.

—Conozco a mi hermano, Aracena, y nunca lo vi tan accesible como contigo.

—Se supone que tú no sabes nada de esta relación —le dijo Aracena intentando encauzar la conversación por otros lares.

—Todo Sevilla lo sabe —afirmó la amiga.

—Si querías que me sintiera avergonzada, lo has logrado, gracias.

El tono de Aracena había sonado sarcástico.

—Nunca mi hermano ha sido tan descuidado con una relación amorosa hasta el punto de no importarle que la gente de su círculo más cerrado lo supiera —le explicó la amiga.

—Ahórrame la información de saber cuántas amantes ha tenido tu hermano antes que yo, porque no te agradeceré ese favor.

—Comprendo cómo te sientes.

—En absoluto, Rosa, no lo sabes en absoluto.

La amiga entendió que Aracena no quería hablar más sobre el tema.

—No quería ofenderte —se disculpó.

—No lo has hecho. Regreso en un momento.

Aracena se levantó de golpe y se dirigió hacia la cocina. Pensaba pedir un chocolate más para Rosa, pero también quería desahogarse antes de regresar con ella. La conversación que habían mantenido la había dejado emocionalmente abatida.

Tenía que recuperar el aplomo y la sonrisa.

CAPÍTULO 18

El hombre de confianza del rey Fernando era un arzobispo que había pertenecido a la Orden de San José de Calasanz. Era un hombre culto e inteligente, y gozaba de la completa confianza del rey. El religioso miró con incredulidad a Martínez de la Rosa, que venía acompañado de su secretario personal.

—Una hora inusual para una reunión —alegó molesto.

Martínez de la Rosa le hizo una profunda reverencia.

—La urgencia lo requería.

El hombre se posicionó antes de encararse con Martínez de la Rosa.

—Decid pues que es eso tan urgente que me ha separado de mis obligaciones.

Martínez de la Rosa le tendió unos documentos que el otro se apresuró a coger. Los hojeó brevemente mientras sus ojos mostraban un brillo de sorpresa.

—¿Quién hace esta reclamación a la corona? —preguntó curioso.

—El primo materno de las muchachas: Raphael Jefferson.

Martínez de la Rosa le había dejado en las manos dos partidas de nacimiento.

—¿Puede tratarse de un fraude? —preguntó.

Martínez de la Rosa negó de forma categórica.

—He verificado los registros. Todo está correcto y es veraz.

El hombre soltó una exclamación.

—¿Alguien más conoce esta información? —Martínez de la Rosa volvió a negar—. ¿Y qué pretende con esta reclamación?

—La madre de las muchachas ha muerto de cólera en Luisiana. —El hombre, devoto como ninguno, se persignó con fervor—. Raphael Jefferson desea que la corona lo nombre protector de las dos mujeres.

—¿El parentesco es fiable? —preguntó. Nuevamente, el consejero le hizo un gesto, pero en esta ocasión afirmativo—. Entonces, ¿por qué motivo me incordia con esta proclama? ¿Y por qué se ha involucrado personalmente en este asunto?

—Porque es un descubrimiento muy importante —contestó Martínez de la Rosa—, y que no debe pasar por alto cuando aconseje a nuestra Majestad.

—¡Explicaos pues! —Lo apremió el religioso.

—Son hijas de Rodrigo de Velasco y Duero. —El nombre del padre causaba respeto—. Y el conde sería un aliado importante para la corona.

—¿Teme usted una nueva insurrección como la ocurrida en Barcelona?

—Temo que vendrán tiempos muy difíciles para el rey, y para todos nosotros.

El hombre de confianza del rey resopló como si estuviera cansado. Fernando estaba viudo, sin descendencia, y urgía encontrarle una nueva esposa apropiada que le diera hijos sanos, porque de lo contrario, el Infante Carlos se haría con el trono y todos aquellos afines y leales al rey Fernando serían defenestrados y apartados de sus cargos.

—Con su apoyo podríamos tener el de otros nobles tan importantes como el marqués de Irián, el duque de Besande y los condes de Arcayos y Laciana.

Esos eran nobles muy influyentes. Habían combatido bajo las órdenes de Velasco contra Napoleón, y esos lazos forjados con sangre eran imposibles de corromper.

—Rodrigo no se posicionará.

—Lo hará cuando sus hijas lo estén por matrimonio.

—¿En qué hombres leales ha pensado?

—Alonso de Lara y Guzmán, Duque de Alcázar —pronunció convencido Martínez de la Rosa en primer lugar—. Y León Alejandro de Hidalgo y Osuna, heredero de Marinaleda.

—Son dos de los hombres más fieles a la corona, pero el heredero de Marinaleda es apenas un muchacho.

Martínez de la Rosa mostró una sonrisa cauta.

—Por edad y por rango son los más apropiados —aseveró Martínez—. Rodrigo de Velasco capitulará ante la fuerza de esas alianzas forjadas por su propia sangre.

—¿Y si se opone al casamiento de sus hijas que ha dispuesto la corona?

—Según mi informador desconoce que las tiene, no podrá objetar nada.

El asesor de confianza del rey valoró de forma positiva la sugerencia de Martínez de la Rosa porque el conde de Ayllón no se había doblegado ni cuando su cabeza pendía de un hilo. Había estado dispuesto a morir en la horca.

—El Conde de Ayllón se ha marchado a Inglaterra. Es de justicia que la corona tutele a sus hijas desamparadas y les procure cobijo, asilo, y un matrimonio ejemplar.

—El rey Fernando tendrá que pronunciarse al respecto.

—El rey puede estar muy ocupado buscándose una nueva reina. Presumo que no podrá ocuparse de asuntos menores como el matrimonio de las hijas bastardas de uno de sus nobles. Y no ignoro que esa decisión la dejará en sus manos, puesto que es su hombre de confianza.

—Bastardas, pero piezas claves —matizó el hombre de mediana edad.

—El rey necesita hombres poderosos.

Esa era una verdad inamovible. Tras el regreso de Fernando una vez concluida la guerra contra los franceses, el pueblo se sentía cada vez más desapegado de su monarca. Carlos María Isidro cosechaba las simpatías, no solo de nobles, sino también del pueblo llano que veía en él al futuro rey de España, algo que ellos debían impedir.

—Hablaré sin demora con el Duque de Alcázar para hacerle ver lo importante de este matrimonio —se ofreció Martínez de la Rosa.

—Que no sepa que se trata de la hija del conde de Ayllón. —Los ojos de Martínez se entrecerraron sin comprender—. Es el principal detractor del conde. Veremos el grado de lealtad del duque, además, es una carta que no deseo desvelar todavía en este juego.

Alonso de Lara había montado en cólera.

No solo rechazaba el compromiso que la corona pretendía para él con una completa desconocida, sino que desdeñaba que Rodrigo de Velasco, su más acérrimo enemigo, estuviera libre cuando las pruebas contra él eran más que evidentes. Y no se conformaba con la confiscación por parte de la corona de las propiedades del conde porque Alonso buscaba cobrarse su vida.

—No es una sugerencia tan descabellada. —La voz de Rosa detuvo los pasos anárquicos de su hermano.

—Un compromiso matrimonial es algo muy serio, y que me atañe en exclusiva. No permitiré que otros decidan.

—El rey busca aliados entre los nobles, y por ello quiere asegurar alianzas —afirmó la hermana.

—Esto no es una maniobra del rey —apuntó Alonso, que había cruzado las manos a la

espalda para contener la ira.

—De sus consejeros, entonces —aceptó Rosa—, pero es un hecho que las alianzas procuran amigos para la defensa de la corona.

Alonso inspiró profundamente. Ya le había ofrecido su negativa tajante a Martínez de la Rosa, y ahora se la tenía que ofrecer a su hermana.

—Yo decido mi destino, y en modo alguno alzaré como Duquesa de Alcázar a una extranjera desconocida.

—Es hija de un conde —lo corrigió Rosa—, según la propuesta de Martínez de la Rosa, y no tiene por qué ser extranjera.

Alonso se giró con ímpetu hacia su hermana.

—¿Cuántos condes conoces con hijas casaderas? —La pregunta del duque quemaba.

—Lo desconozco —admitió la mujer.

—Mucho me temo que la elegida, de la que desconozco todo, sea la hija de un maldito francés.

Rosa apretó los labios con ofensa.

—Nuestra abuela era francesa —le recordó con amargura.

Alonso crispó un puño, y con la mirada le indicó a su hermana que mantuviera la boca cerrada.

—No traigas a mi memoria lo que trato de olvidar cada día.

—¡Alonso!

Rosa se percató de que su hermano miraba constantemente el reloj del salón donde se encontraban ambos. Lo veía impaciente, brusco, y entendió el motivo.

—Ella no vendrá. —Alonso se giró hacia la voz de su hermana.

—Vino ayer —cortó seco.

—Ayer no estabas aquí. —Aracena se escondía de él. No le permitía verla, y Alonso creía que jugaba con él de nuevo—. Se terminó, acéptalo.

El noble masculló ostensiblemente porque le parecía inaudito mantener ese tipo de conversación con su hermana, y, todavía más, que Aracena le hubiera ido con el cuento para posicionarla en su favor. ¿Qué diantres perseguía?

—Te informo que no tengo por costumbre hablar de mis asuntos personales con nadie —cortó seco.

—Tu relación con Aracena Denise era un secreto a voces —le dijo la hermana que lo miraba fijamente—, y yo soy algo más que nadie —añadió dolida.

—¿Por qué se esconde? ¿Qué busca?

Rosa decidió acudir en ayuda de su amiga. Aracena le había reiterado que todo se había terminado entre Alonso y ella.

—Nada. —Su hermano la miró escéptico—. Me lo dijo.

Alonso endureció el semblante.

—Me parece increíble que hablaras con mi amante sobre mí y que la ampares ahora bajo tus faldas.

Rosa se molestó con las palabras de su hermano, pero eran ciertas. Aracena tenía en ella una gran aliada que siempre le avisaba sobre los movimientos de Alonso para que no se tropezara con él en Silencios, ni en ningún otro lugar.

—Me sorprende verte así de contrariado —lo azuzó la hermana que le gustaba especialmente ver a su hermano tan ultrajado por una mujer, que además era su amiga.

—Yo decido cuando acabo con mis fulanas, no ellas. —Habían llegado al quid de la

cuestión: el Duque de Alcázar se sentía herido en su amor propio.

—Aracena es hija de buena familia —le recordó Rosa—. Sencilla, pero de buena familia, y es mi amiga, no la insultes, por favor.

Alonso parpadeó atónito y, pensando que ya que su hermana se había declarado su adalid, decidió quitarle la venda de los ojos.

—Tu mercenaria amiga me pidió riquezas y prestigio a cambio de sus favores.

Rosa trató de contener una mueca de risa. Para ella resultaba todo un espectáculo ver a su frío, calculador y altivo hermano tan tocado. Y el muy iluso se había creído que una mujer tan especial como Aracena había decidido otorgarle sus favores porque ansiaba dinero y prestigio. Era hilarante. Cuando Alonso descubriera el verdadero motivo... Rosa sintió compasión por su hermano.

—¿Y los ha obtenido? —Le preguntó.

Alonso se quedó parado porque él seguía teniendo la dote de ella en la inversión naviera. Aracena había recibido algunos beneficios, pero en modo alguno era la cifra que esperaba.

—Algunos beneficios monetarios —respondió en voz baja, pero su hermana lo había escuchado muy bien.

—¿Y el prestigio?

La sonrisa sardónica de Alonso se acentuó.

—Que la escogiera de entre todas las mujeres como mi amante la ha encumbrado mucho más alto de lo que podría aspirar. —Rosa lamentó que su hermano fuera tan arrogante y estirado—. No puede tener queja, pues he cumplido todas y cada una de sus expectativas.

—Ni te imaginas cuanto... —susurró Rosa con cierto desdén y refiriéndose a todo lo que Aracena había conseguido de él para la causa del Infante Carlos.

Alonso la había escuchado.

—¿A qué te refieres? Porque observo una cierta burla en tus últimas palabras.

—Estás muy susceptible.

—Nunca estoy muy susceptible —la corrigió—, pues ese es un defecto femenino.

—Acéptalo, Alonso. Estás mucho más afectado por la decisión de Aracena de abandonarte de lo que deseas admitir.

Alonso endureció el mentón sin dejar de mirar a su hermana.

—¿De verdad crees que ella tiene algo que decir al respecto sobre cuándo se acaba esta relación? ¡Qué ilusas sois las mujeres!

—No pretendía ofenderte —se disculpó Rosa.

Alonso ya no dijo nada más. Se giró sobre sus pasos y abandonó el salón dejando a su hermana sola.

CAPÍTULO 19

Aracena no quería asistir a la cena que daba esa noche el barón de Alanís en el Palacio de las Guardas. Alfonso Pérez de Tomares era el mejor amigo del marqués de Cayetano y primo hermano de su viuda. Esa cena se ofrecía en su memoria y para reunir a todos aquellos que lo estimaban, y que no habían podido rendirle tributo en su sepelio semanas atrás.

Rosa había movido los hilos para que la invitación se extendiera hasta ella, pero Aracena la había rechazado en repetidas ocasiones. Sin embargo, Ian la hizo recapacitar, pues no quería asistir solo a esa cena. Era importante para él encontrarse con Nazareno antes de partir de regreso a Escocia. Sabía que todas las miradas estarían sobre ellos, y por eso insistió en que Aracena fuera como su acompañante. Cuando Rosa mencionó que ella también asistiría, Aracena se sorprendió. Rosa le explicó que su madre, Ana Blanca, había sido muy amiga de la marquesa viuda y que ella no estaba manchada por el estigma intolerante de su hermano. Aunque muchos sabían que ella no era afín al rey y tenía sus propias ideas sobre la corona y quién debería representarla. Aracena preguntó si había alguna posibilidad de que su hermano asistiera, pero Rosa le informó de que la invitación oficial había sido enviada a la Casa De Lara, aunque su hermano no se encontraba en la ciudad de Sevilla .

Aracena seguía renuente mientras el carruaje continuaba su rumbo al palacio.

—Estás muy tensa —le dijo Ian en un tono bajo—, pero muy guapa.

Iba impecablemente vestido. Ella seguía mirando los campos labrados por la ventana del carruaje.

—Siento mucho que te marches —le dijo sincera.

—Debo hacerlo. Soy persona non grata en la ciudad y en los círculos sociales, y la próxima semana se cumple el plazo máximo que se estableció para mi marcha.

—Me alegro de que lo hayas agotado.

Ian tenía una razón poderosa para hacerlo: ver por última vez a Nazareno.

—Me pregunto por qué motivo te recluyes —inquirió el amigo.

No lo hacía, se dijo Aracena, simplemente evitaba asistir a algunos lugares.

—Hace semanas que no recibimos carta de Raphael. Mi hermana y yo ignoramos qué sucede con mi madre en Luisiana, y esta incertidumbre me atormenta.

Ian podía comprender su angustia. La madre de Aracena llevaba muchos meses enferma fuera de España, y ellas no tenían modo de poder comunicarse con ella salvo las cartas que le enviaba el único pariente de confianza que les quedaba.

—Es posible que tu madre haya mejorado y que se encuentre en estos momentos de regreso a Europa.

Esa era la única posibilidad que quería considerar Aracena, cualquier otra estaba completamente descartada en su cabeza. Como sentía calor se quitó la capa negra que cubría el vestido de fiesta. Ian silbó cuando la vio.

—Estás preciosa con ese vestido, pero creo que te está un poco ajustado en el pecho. —El rubor cubrió por completo sus mejillas.

Ya no podía ponerse ninguno de sus vestidos, por ese motivo utilizaba los de su madre, que tenía más pecho que ella, pero a la vista estaba que le habían aumentado demasiado. Y no sabía si el crecimiento se pararía o continuaría.

—He cogido peso —respondió en voz baja—. Los pasteles que salen de las cocinas de Silencios son espectaculares.

—Solo has cogido peso en un lugar concreto, pero es un lugar muy apropiado para el gusto masculino. Tu duque estará complacido.

Aracena enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Buscas molestarme? —Le pregunto.

—¿Por qué piensas que lo haría? —Le preguntó a su vez.

—Lo ignoro, pero lo has conseguido.

—La Aracena que yo conocí hace meses no se mostraría tan susceptible.

—¿Estoy susceptible? —le preguntó.

—Estás embarazada —respondió el otro.

Aracena abrió la boca, pero la volvió a cerrar al instante.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tengo un cierto sentido para percibir ese tipo de cambios en las damas.

Ahora rio por la explicación absurda que le había dado. ¿Ian se refería al cambio de su cuerpo o al de su carácter?

—Estoy en un buen lío, Ian. —La admisión, en ese tono derrotado, le resultó preocupante.

—No lo estás, porque me tienes a mí —le dijo él. Aracena sintió deseos de llorar—. Me has salvado la vida, estoy en deuda contigo. Haré lo que esté en mi mano para ayudarte.

—¿Qué le voy a decir a mi madre, a Isabel?

—Creo que no hace falta que te diga nada pues sabes qué pienso al respecto.

No, no hacía falta, pero ella seguía en la misma encrucijada desde antes de iniciarse la conversación entre ambos.

—Te marcharás lejos, Ian.

El escocés dejó de mirarla para centrar su atención en los campos que recorrían. El Palacio de las Guardas se encontraba algo alejado, a diez leguas de la ciudad de Sevilla.

—Vente conmigo a Escocia —le pidió de pronto.

Ella no podía marcharse de Sevilla. No podía dejar a su hermana sola, ni a su madre cuando regresara después de estar tanto tiempo convaleciente.

—No puedo, y lo sabes —afirmó ella.

Ian creyó entender otra cosa.

—¿Tu duque se responsabilizará?

—¿Por qué motivo habría de hacerlo? —preguntó por el tono despectivo que había utilizado para referirse al noble—. Me convertí en su amante por voluntad propia. Nada puedo ni debo esperar de él.

—¿Se lo dirás? —Inquirió muy interesado.

—¡Nunca! —Exclamó la muchacha con fuerza inusitada.

Ian conocía lo que hacían los nobles con los bastardos que engendraban: mantenerlos alejados tanto de la madre como de los herederos legítimos para evitar conflictos de intereses futuros, pero no pudo contestarle porque el carruaje se había detenido.

Aracena respiró hondo para templar los nervios. Cuando Ian le ofreció la mano para descender del vehículo, sentía que controlaba de nuevo su estado emocional, que ya no era un barco debatiéndose en una fuerte tempestad. Ian cogió la capa de ella y los guantes que se había quitado durante el trayecto. Le colocó la capa sobre los hombros y le dio los guantes.

—Es un honor llevar una mujer tan hermosa a mi lado.

Su galantería la hizo reír, y logró que disminuyera su acritud. Una vez dentro del palacio, dejaron sus respectivas capas, sombreros y guantes en las manos del sirviente que esperaba. Fueron anunciados y ambos cruzaron la doble puerta de cristal hasta el interior del salón de

recepciones donde estaba reunida la mayoría de la nobleza sevillana.

—No esperaba que asistieran tantos invitados —susurró sorprendida.

—El marqués de Cayetano era un hombre muy querido y respetado por todos al margen de sus ideas políticas.

Aracena buscó con los ojos a Rosa, pero no la encontró entre los invitados. Aceptó una copa de limonada mientras se reajustaba de forma discreta el vestido al busto.

—Creo que se me van a romper las costuras.

Y parecía cierto. El vestido tenía el corte justo debajo del pecho, además tenía la peculiaridad de resaltarlo muchísimo. Era perfecto para camuflar caderas o cintura anchas, también para disimular una barriga incipiente, pero si el pecho aumentaba, el escote se quedaba algo bajo, y era precisamente lo que le sucedía a ella. El vestido de noche era de color azul claro con pedrería, y la hacía brillar bajo las arañas de la luz del salón.

—No veo a Rosa —se lamentó Aracena, a quien le desagradó el sabor de su refresco.

—Le asiste el derecho como una Lara de llegar tarde a cualquier evento sin que los ánimos se resientan.

—Rosa es la mujer más sencilla que he tenido el gusto de conocer.

—Y muy hermosa —apuntó Ian—. Lástima que haya decidido dedicar su vida a Dios.

Aracena se encontró apretando los labios con enojo.

—Ella no quiere ser monja, la culpa de que vaya a serlo la tiene ese insensible, arrogante y calculador duque que tiene por hermano.

Ian le colocó la mano en la espalda para girarla.

—Creo que en este momento te gustaría arrancarle los ojos.

—Si lo tuviera delante, posiblemente.

Ian hizo algo temerario y que iba a costarle un buen disgusto después, pero siguió girándola despacio hasta dejarla frente a frente con el hombre de sus desvelos y desvaríos: Alonso de Lara.

Martínez de la Rosa se había entrevistado de nuevo con Alonso en Silencios para intentar hacerle cambiar de idea con respecto al compromiso matrimonial con la hija del conde elegido por la corona, aunque tenía prohibido revelar quién era el padre, pues ese era un privilegio que se guardaba para sí el hombre de confianza del rey.

Alonso seguía en su postura indolente sin apartar la mirada de uno de los consejeros del gabinete personal del monarca.

—No entiendo la negativa, Su Excelencia.

—Es una negativa justa cuando no se me ha permitido intervenir en la elección.

—Ya te he explicado que la mujer no es extranjera. Su padre es un conde español.

—¿Quién?

—Eso es algo que desea anunciarte en privado el arzobispo Gregorio de Osuna.

Alonso volvió a mascullar.

—Mi respuesta sigue siendo la misma —contestó con los dientes apretados.

—El rey desea formar lazos y alianzas con las casas nobles que muestran mayor desafecto con la corona.

—Esa circunstancia se solucionaría muy rápido encerrando a esos traidores.

Martínez de la Rosa soltó un resoplido impaciente. Alonso era el hombre más leal, pero

también el más arrogante de cuantos había conocido.

—Una acción así solo le reportaría a la corona más desunión con la nobleza, y el rey tiene que poner sus esfuerzos en otros menesteres.

—¿Qué menesteres?

—Buscar una nueva esposa que le dé por fin un heredero.

Alonso giró el rostro de la figura del consejero del rey a las altas ventanas de la biblioteca que daban a uno de los jardines. El rey llevaba tres matrimonios a las espaldas que no le habían dado un heredero. Primero se había casado con doña María Antonia de Nápoles, pero había muerto de tuberculosis. Después el rey se había desposado con María Isabel de Braganza, pero también había fallecido un año después de alumbrar una heredera que murió a los cuatro meses de nacida. Luego vino doña María Josefa Amalia de Sajonia, que falleció de fiebres graves, también sin hijos.

—¿El rey ha puesto sus miras en...? —Alonso no concluyó la pregunta.

Martínez de la Rosa lo obsequió con una amplia sonrisa.

—Su sobrina, María Cristina de Borbón-Dos Sicilias.

Alonso lo miró estupefacto. María Cristina era hija de María Isabel de Borbón, quien a su vez era nieta de Luisa Isabel de Francia.

—No puede ser cierto —contestó con voz grave.

La abuela materna de Alonso, Louise Elisabeth Sainteny de Borbón, era prima hermana de Luisa Isabel de Francia.

—¿María Cristina ha aceptado casarse con su tío? —Preguntó incrédulo.

—El enlace real está previsto en la Villa de Aranjuez para el 11 de diciembre de este mismo año. —Alonso se mesó el pelo de forma insistente, y sin poder salir del asombro que le provocaba la inesperada noticia—. Serás pariente de la corona de España.

—Ya soy pariente de la corona —comentó mordaz.

—Cierto, pero de la corona de Francia —apuntó el consejero.

Que le recordasen a Alonso sus raíces maternas le revolvía las tripas.

—Por ese motivo el rey considera tus futuros esponsales como un asunto de estado. —Los dientes de Alonso rechinaron—. Y si la reticencia a aceptarlos tiene que ver con cierta jovencita de baja cuna...

Martínez de la Rosa calló de repente, para que la ausencia de conclusión impactara más en el noble.

—Si pretendías insultarme, he de decirte que lo has conseguido con creces. —Alonso lo miró con ojos que apuñalaban—. Pues jamás elevaría a rango de Duquesa a una amante.

Martínez hizo una inclinación con la cabeza a modo de aceptación y disculpa.

—Me alegra saber algo así —comentó—, pues la mujer ha demostrado ser una veleta licenciosa. —Alonso entrecerró los ojos de una forma peligrosa ante el cariz que estaba tomando el asunto—. Gracias a su declaración implícita, el extranjero salió inocente de la acusación de asesinato.

Cada una de las palabras dichas por el asesor tenían un propósito definido. Según la versión de los hombres de confianza del Duque de Alcázar, Enrique de Palacios y Alejandro de Martín y Villanueva, la amante de Alonso tenía un inmenso poder sobre él y sus decisiones. Martínez de la Rosa estaba convencido de que la mujer estaba detrás de la negativa del duque para acceder a los esponsales que tanto beneficiaban a la corona.

Alonso se preguntó qué había querido decir el consejero del rey con la palabra «implícita».

—La mujer admitió que estuvo con el extranjero la misma noche del asesinato —siguió el

otro.

Los ojos del duque se entrecerraron muy lentamente.

—Una amante mía nunca sería infiel con otro, al menos no hasta que yo la desdeñara, y este no es el caso.

Martínez de la Rosa hizo un gesto con los hombros como si dudara, pero las palabras de Alonso le habían mostrado que sus hombres de confianza tenían razón. La moza tenía sus garras bien clavadas en el noble, y el muy necio no se percataba de ello.

—Puedes preguntárselo tú mismo... —el consejero hizo una pausa intencionada—. Pues se encuentra precisamente con el extranjero en la cena que ofrece el barón de Alanís en el Palacio de las Guardas.

—¿Palacio de las Guardas? —Lo había preguntado por inercia porque la mente de Alonso estaba muy lejos de Silencios en ese momento.

Cuando Martínez de la Rosa contempló el rostro furibundo del duque, se preguntó si habría hecho bien en incitar su hombría para obtener un beneficio. Alonso de Lara era un hombre muy peligroso para todo aquel que lo provocase.

—Aceptaré el matrimonio elegido por la corona si el rey me firma una medida de gracia.

—¿Una medida de gracia? —preguntó el asesor extrañado—. ¿Por qué?

Alonso respiró hondo antes de contestar.

—Por asesinato...

CAPÍTULO 20

Aracena sentía que el vestido se ceñía a su pecho como si fuera una coraza y le impedía respirar. Alonso mantenía sus oscuros y penetrantes ojos clavados en ella, siguiendo cada uno de sus movimientos.

—Parece un felino a punto de saltar sobre ti. —El comentario de Ian logró ponerla todavía más nerviosa.

—Por favor —rogó ella—, no me dejes sola.

La sonrisa del extranjero descolocó a Alonso porque parecía que no se sorprendía de verlo, todo lo contrario de Aracena.

—Jamás te haría eso —la consoló—, y confío en que ese mequetrefe haga algo más que devorarte con los ojos.

—¿Cómo qué? —Preguntó asustada.

Ian colocó el brazo femenino sobre el suyo en un gesto de posesión que quedó muy claro para todo aquel que observara la escena.

—Retarme a duelo, por ejemplo.

Aracena no pudo contener un gemido de espanto.

—¡Ian!

—Ni te imaginas las ganas que le tengo a ese arrogante desde aquella vez en Geranios cuando te insultó de la forma más vil posible.

—¡Ian! —Volvió a repetir ella cada vez más aterrada—. Fui yo la que lo provoqué.

—Alguien tendría que enseñarle modales, y ese alguien bien podría ser yo.

Aracena cerró los ojos y se giró para darle la espalda a Alonso. No podía sostenerle la mirada de lo atribulada que se sentía.

—Sabe lo nuestro —afirmó compungida.

Ian la miró asombrado.

—¿Lo nuestro?

Ella le hizo un gesto con la cabeza porque era obvio que no podía explicar delante de todos los invitados lo que había admitido delante de la justicia: que había pasado la noche con él mientras mantenía una relación íntima con un Grande de España. Era una burla y una provocación en toda regla.

—Tiene su gracia —respondió el escocés cuando entendió la mirada de ella.

—¿La tiene? —Preguntó perpleja.

—Se le van a salir los ojos de las cuencas de las ganas que siente de estrangularte.

Aracena apretó los labios porque le parecía inaudito que Ian encontrara la situación tan angustiosa para ella, y tan hilarante para él.

—Quizás al que desea estrangular es a ti —respondió mordaz.

—Vamos a dar una vuelta por el salón antes de que anuncien la cena.

Aracena se escandalizó. ¿¡Dar una vuelta por el salón!? Ian estaba loco.

—Quiero irme a casa —protestó débilmente.

—¡Cobarde! —Le dijo él. Aracena no sabía a qué estaba jugando Ian porque no comprendía su estado eufórico de ánimo—. Estás en ventaja con respecto a él —le susurró muy quedamente al oído—. Aprovechala y muéstrale que ya no te importa. Todas estas personas serán testigos de tu desaire, y aceptará al fin que lo vuestro se acabó.

Ella no quería hacerlo. Percibía la presencia de Alonso tras su espalda. Podía sentir lo

herido que estaba por su actuación.

—Un hombre como él no permite que una mujer lo ofenda hasta ese punto sin hacerle que asuma las consecuencias.

—Tendrás que dar el último paso, Aracena —continuó Ian que, en ese momento, la miraba serio—. Porque su hijo va a ser mío.

En Aracena se desató el pánico.

No encontraba a Ian por ningún lado. Tampoco había visto a Rosa, y dudaba seriamente de que se encontrara en el palacio. La baronesa de Alanís la había abordado momentos antes para agradecerle su asistencia a la cena, y cuando se giró de nuevo para preguntarle algo a Ian, había desaparecido de su lado.

Sentía el corazón encogido. Le sudaban las manos, y buscó a la desesperada la figura del escocés.

—¿Buscas a tu nuevo protector? —Le preguntó el noble.

La voz grave rezumaba despecho malsano.

Aracena trató de mostrarse calmada, aunque interiormente era un volcán a punto de estallar. ¿Cómo podía mirarlo sin sentir que se desmayaba?

—Ian nunca ha sido mi protector —confesó con un hilo de voz, y sin atreverse a alzar la mirada para observarlo.

—Tenemos que hablar —le dijo Alonso.

Ella quería esconderse, pues el embarazo le provocaba estados de ánimo cambiantes. En ese momento sentía unas ganas locas de llorar.

—Alonso, nunca pretendí que nuestra relación fuera de domino público —admitió sincera.

Alonso hizo una mueca de desdén porque lo último que le apetecía era hablar con ella delante de cien pares de ojos que no se perdían detalle de lo que ocurría entre ambos.

—Nunca he mantenido a mis amantes escondidas, tú no ibas a ser la excepción. —Aracena apretó los labios porque esa declaración era una mentira descarada—. Tenemos que hablar —reiteró él—, o lo haremos delante de los invitados del barón. En tu mano dejo la decisión.

La amenaza resultó decisiva.

Alonso le puso la palma de la mano en la espalda para guiarla hacia otra estancia donde pudieran conversar a solas. Aracena la sintió como un carbón al rojo vivo. Caminaron en silencio sin decir palabra. El duque abrió la puerta del despacho del barón y, cuando ella cruzó el umbral, Alonso cerró la puerta con el pasador.

Ese tipo de acciones más que acobardarla la envalentonaban.

—No pensaba huir —le espetó ella en tono seco.

—No te lo permitiría —respondió seco.

—¿Y entonces por qué motivo cierras la puerta? Todos los invitados nos han visto salir, saben dónde nos encontramos.

—Y ninguno se atreverá a interrumpirnos.

Eso había sonado a amenaza.

—He decidido acompañarte para ofrecerte una disculpa, y para decirte que lamento no haberte explicado antes mi decisión de abandonarte.

La mirada de Alonso le provocaba sobresaltos en el corazón.

—Tú no me has abandonado —afirmó él con los ojos entrecerrados.

Aracena respiró hondo varias veces.

—Está bien, desde este momento tú me has abandonado, de esa forma tu orgullo quedará intacto.

Alonso rio sin humor.

—Soy el hazmerreír de toda Sevilla. Me has colocado en una situación difícil.

—Eso es en verdad un dislate porque el Duque de Alcázar toma y deja a su antojo.

Esa era una gran verdad.

—Pero no he decidido lo contrario con respecto a ti.

—Lo decidí yo —afirmó la muchacha.

—¿Cuándo? —Preguntó con voz ácida—. ¿Cuándo te metías en las sábanas de ese cretino antes de que se enfriaran las mías?

—Ian no tiene nada que ver en mi decisión de terminar nuestra relación —reveló ella.

—No es eso lo que me han contado.

Habían llegado al punto que más temía Aracena porque ignoraba qué le habían relatado.

—No creí que fueras el tipo de hombre que se deja llevar por murmullos malintencionados.

Alonso pensó que la lengua de ella era demasiado rápida.

—¿No declaraste en su favor que cierta noche, muy comprometida para él, estabais retozando juntos a mis espaldas?

Alonso le había disparado figurativamente al corazón.

—Es mi amigo —contestó sincera—. Hubiese dicho cualquier cosa con tal de ayudarlo.

El iris de los ojos de Alonso se oscureció.

—¿Tratas de decirme que mentiste a la justicia para salvar su pellejo y arrastrar el mío por el suelo?

—No mentí —admitió sin desviar los ojos del rostro de Alonso.

El duque, al ser consciente de lo que admitía ella, la cogió de los hombros y la zarandéo.

—¿Qué te ha ofrecido a cambio?

Aracena no podía decirle que le había ofrecido ayudarla con su embarazo. No podía decirle que estaba aterrada y que era la única luz en el túnel oscuro donde estaba metida, por ese motivo optó por la vía más fácil.

—Ian Malcon es conde de Galloway.

Alonso entrecerró los ojos, calculador.

—Así que de eso se trata. —La muchacha no se esperó lo que hizo él a continuación. La sujetó con fuerza, y la encerró entre la puerta y sus brazos—. Mercenaria.

Capturó la dulce boca con dureza, como si quisiera castigarla por su veleidad. Aracena en un principio se contuvo de devolverle el beso, pero Alonso la dejaba sin voluntad. Su aroma, su fuerza, lograban derretirla, y agradeció que él la sujetara porque podría caerse al suelo. Alonso intensificó el beso al mismo tiempo que introducía la mano en el escote de su vestido. Aprisionar la turgencia de su pecho no le costó nada, y por eso pudo acariciar el sensible pezón hasta tornarlo duro.

—Ese botarate no es contendiente para mí —le susurró al oído antes de morderle el lóbulo de la oreja—. Ni puede satisfacer como yo tus apetitos lujuriosos.

Ella no podía responderle. Se sentía mareada por las sensaciones que Alonso le despertaba. Se deshacía entre sus brazos. Percibió que le subía el ruedo del vestido, que acariciaba la cara externa de su mulo. Si llegaba al abdomen...

—¡No! —Protestó débilmente porque de nuevo había capturado su boca.

La lengua lamía cada recoveco escondido. Las salivas templadas se entremezclaban: la de Aracena sabía a limón, la de Alonso a vino.

«Limonada de vino», pensó Aracena de forma anárquica. Alonso le acariciaba la curva de la cadera, y trató de bajarle la ropa interior, ella protestó de nuevo.

—¡No! —Quiso detenerlo, pero el pecho de Alonso era un muro.

Cuando sintió que los dedos de él se deslizaban hacia su vientre, grito para detenerlo y lo empujó de nuevo con ambas manos. Alonso tuvo que dar un paso hacia atrás para estabilizarse, pero no la soltó. Alguien había oído el grito de ella y golpeó la puerta con tanta fuerza que la hoja de madera impactó en la espalda de Aracena lanzándola hacia adelante. La delicada cabeza impactó con la dura barbilla y Aracena sintió un calambrazo en el cuello que le recorrió la columna de arriba abajo.

—¡Aracena! —Alguien gritó tras ella—. ¿Estás bien?

—¡Maldita sea, que...! —Exclamó el duque.

Aracena perdió el conocimiento por el golpe inesperado, y quedó inerte en sus brazos.

CAPÍTULO 21

Cuando Aracena abrió los ojos, Ian estaba inclinado sobre ella en tan lamentable estado que se tapó la boca para contener un gemido de espanto. Se reincorporó tan rápido que sufrió un mareo. El escocés la sujetó por los hombros para sostenerla.

—Tranquila, te has llevado un buen golpe en la cabeza.

—Y a ti, ¿qué te ha pasado? —Preguntó realmente preocupada.

Ian tenía un ojo hinchado, el labio inferior partido, y varios golpes en el rostro que comenzaban a adquirir un tono gris verdoso bastante desagradable.

—Defendí tu honor.

—¿Mi honor?

—Ahhh, y el infame duque salió indemne de nuestro reto, para disgusto mío.

Aracena no comprendía nada.

—¿Qué has hecho?

—¿Qué iba a hacer, sino retarlo? —Su expresión era tan cómica, que Aracena no supo si reír o llorar.

¿Ian había retado a Alonso? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Tenía que despedirme de Nazareno —le explicó en voz baja, y en un tono de pesar que le encogió el corazón—. Cuando regresé al salón ya no estabas, pero la baronesa me informó amablemente dónde podría encontrarte.

—Trataba de disculparme con Alonso por abandonarlo.

—¿Aceptó tu explicación?

Ella hizo un gesto negativo.

—Lamento haberte golpeado con la puerta, pero ignoraba que estabas justo detrás de ella.

—¿Fuiste tú? —Le preguntó. Ian asintió.

—Pero creo que no podré mover el hombro durante un tiempo. —Cuando Ian hizo un movimiento para mostrárselo, no pudo contener un gesto de dolor.

—¿Alonso? —Preguntó ella, que no supo cómo tomarse la mueca de Ian.

—La verdad es que me siento un poco avergonzado por nuestros anfitriones. —Aracena no se atrevía a preguntar por el significado de esas palabras—. Destrozamos parte del mobiliario del despacho. —Aracena estaba a punto de llevarse las manos a la cabeza—. Bueno, he de admitir que fui yo quien destrozó el mobiliario en cada caída porque tu duque no se despeino un solo cabello en la refriega.

—¡Ian! —Exclamó entre el alivio y el pesar.

—Tuvieron que sujetarlo entre varios hombres para que dejara de golpearme.

Aracena hizo lo propio entre amigos que se quieren y respetan: se abrazó a él para brindarle consuelo.

—Creo que ambos seremos desde hoy personas non gratas en las Guardas.

El humor escocés escapaba a su entendimiento.

—¿Alonso sigue en la casa? —Le preguntó. Ian no supo qué contestarle.

—No es eso lo que tendría que preocuparte en estos momentos. —Aracena abrió los ojos de par en par sin comprender—. El barón ha solicitado la asistencia de un médico para que te examine. —De la boca de ella salió un graznido de horror—. Tu desvanecimiento les preocupó muchísimo. Quieren asegurarse de que estás bien.

—¡No puede verme un galeno!

—Lo sé, por ese motivo he buscado la ayuda de Rosa.
—¿Rosa está aquí? —preguntó esperanzada.
—Mi búsqueda fue infructuosa, y lamento decirte que me han informado de que tu amiga no se encuentra en Sevilla, pero he pensado en una alternativa.
—Soy toda oídos —lo animó ella.
—Te ayudaré a descolgarte por la ventana, después saltaré yo y saldremos de la casa por el jardín sin que nadie nos vea.
—Te recuerdo que estamos a varias leguas de Sevilla.
—Bien... ante ti se abren dos posibilidades: andar o esperar al galeno, tú decides.
El rostro de Aracena era un cúmulo de emociones indescriptibles: incredulidad, sorpresa, miedo y alivio. Pero en modo alguno podía permitir que un médico la viera. Tenía que huir y la ventana del despacho del barón le pareció la mejor opción.
—La ventana —aceptó rápida.
—Sabia elección.
Pero el mundo de Aracena cambiaría por completo esa misma noche. En casa la esperaba Isabel con la peor noticia de cuantas pudiera recibir, y que cambiaría el rumbo de su existencia.

Alonso inspeccionó sus nudillos enrojecidos. Si no lo hubieran detenido, habría aplastado la cabeza del maldito extranjero. No solo porque Aracena lo había seleccionado como su nuevo protector, sino también porque lo había golpeado, dejándolo sumido en la peor incertidumbre. Cuando Aracena cayó desmayada en sus brazos, la ira estalló en su pecho, cegando su juicio. Jamás había deseado golpear algo con tanta furia como la cara de ese cretino.

En ese momento, estaba retenido en la biblioteca por varios hombres que le impedían salir para verificar el estado de ella. Aunque intentara mostrar serenidad, su fachada no lograba engañar a nadie, pues muchos habían presenciado su explosión de cólera en el despacho, segundos después de acomodar el cuerpo inerte de Aracena en el sofá.

La cena había comenzado, pero no como la baronesa había planeado. Que dos invitados, uno de ellos ilustre, se enzarzaran en una pelea era, cuando menos, bochornoso. Alonso debía ofrecer una disculpa sincera y compensar todos y cada uno de los destrozos causados por su enfado en la estancia del barón.

—La muchacha estará bien —dijo el barón que no le quitaba la vista de encima.

Alonso se mostraba tranquilo como si la reyerta no hubiera ido con él.

—Eso lo decidirá el médico. —Fue su lacónico comentario.

El barón dejó escapar un suspiro de pesar. La visita del Duque de Alcázar a su casa para rendir homenaje a su primo, el difunto Marqués de Cayetano, fue una sorpresa total. El barón no frecuentaba los círculos selectos ni contaba con la simpatía de la corona. Que se produjera un incidente de tal magnitud al enfrentarse a otro invitado estaba más allá de su comprensión, sobre todo porque la joven había llegado con el hombre que la había defendido, aunque con poca prudencia.

Alonso no era el típico noble sedentario que abundaba en su círculo social; todo lo contrario, era un hombre de acción, aunque no lo presumiera. Alfonso Pérez de Tomares lo admiraba, pues pocos hombres podrían mantener su compostura después de una pelea. El barón se preguntaba qué demonios estaba haciendo el Duque de Alcázar encerrado en su despacho con una mujer que había llegado acompañada de otro hombre. Alfonso desconocía que el duque era

el amante despechado de ella, ya que nadie se había molestado en informarlo, ni siquiera su esposa, quien estaba al tanto de todos los cotilleos de la corte de Madrid y Sevilla

—Le debo una disculpa, barón, también la reparación de los destrozos que he ocasionado en su hogar.

—Desde luego que su conducta ha sido toda una sorpresa.

Alonso no hizo mención del extranjero, era demasiado arrogante para tratar de excusarse culpando al otro. Si Aracena no hubiera sido golpeada, él no habría iniciado la pelea, bueno, quizá sí porque le tenía muchas ganas al escocés.

El galeno llegó a la casa con la prontitud que le permitía la edad.

En el gran comedor la cena seguía su curso, pero él y varios hombres habían rechazado la invitación de unirse al resto. Alonso se impacientaba por conocer qué le sucedía a Aracena. Estaba realmente preocupado, pero la solicitud del extranjero lo había confinado a la biblioteca.

La entrada intempestiva de la baronesa lo puso alerta.

—¡Ha desaparecido! —Exclamó con las manos unidas al pecho.

—¿Cómo que ha desaparecido? —Preguntó el marido.

La baronesa trataba de explicar a su esposo que, cuando llegó con el médico, el despacho estaba vacío.

Alonso salió como alma que lleva el diablo. Cuando llegó al despacho, donde él había dejado el cuerpo de Aracena, efectivamente estaba vacío. Lo observó todo con ojos de halcón y se fijó en la doble ventana abierta. Cruzó los pasos hasta alcanzarla y se asomó por ella. La altura no era mucha, e intuyó lo que había sucedido: la gitana se había esfumado.

Sin poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en sus labios. Debía de haberse escapado en el momento que recuperó la conciencia. Al menos sabía que el golpe no le había provocado un daño mayor.

El mayordomo hacía guardia justo en la puerta.

—Que preparen mi carruaje. Me marcho ahora mismo. —El sirviente hizo un asentimiento y se marchó raudo.

Y esa fue la última vez que Alonso vio a Aracena en mucho tiempo.

Días después, cuando la buscó en su casa, encontró la vivienda cerrada. Por toda Sevilla corrió la noticia de la muerte de la madre de Aracena a causa de las fiebres del cólera, y se rumoreaba que había partido hacia Luisiana. Para Alonso, los problemas apenas comenzaban. Durante meses, se había centrado tanto en Aracena y en el inmenso placer que le proporcionaba, que nada le importaba más que complacerla en todo. Por ello, había bajado la guardia y había alimentado los chismes entre la nobleza sevillana. La idea de que un duque se hubiera enzarzado en una pelea con un extranjero por una mujer de baja cuna superaba cualquier escándalo de los folletines de la época. Sin embargo, Alonso no se dio por vencido. La buscó durante días, que se convirtieron en semanas, luego en meses, hasta que finalmente desistió.

Aracena había desaparecido de Sevilla y de su vida sin decirle nada, ni un simple adiós. El único recuerdo amargo que le quedaba era el del maldito momento en el que cayó inconsciente en sus brazos.

El carácter de Alonso se endureció. Se volvió mucho más intransigente e intolerante, y persiguió con mucho mayor ahínco a los rebeldes que conspiraban contra la corona. Era implacable, el peor verdugo que podía imaginar un anarquista.

El rey Fernando se había casado finalmente con su sobrina y el júbilo llegó a la corte cuando la reina quedó encinta y alumbró una niña. Por ese motivo, el 31 de marzo de 1830, el rey Fernando se decidió a promulgar la Pragmática Sanción que había sido aprobada en

septiembre de 1789 bajo el mando de Carlos IV, y que no se había hecho efectiva por razones de política exterior. La Pragmática Sanción establecía, sin dejar lugar a dudas, que si el rey no tenía heredero varón, podría heredar la hija mayor, excluyendo así al Infante Carlos de la sucesión. Sin importar si nacía una niña o un niño, sería el heredero directo del rey. Con esa promulgación, la hija del rey, Isabel, era reconocida como heredera de la corona de España. Esta decisión disgustó enormemente a los partidarios del hermano del rey.

Meses después, cuando el rey Fernando cayó enfermo y se recluyó en su Palacio de La Granja, varios partidarios del Infante Carlos, aprovechando su debilidad, consiguieron que firmara un Decreto Real derogando la Pragmática que anteriormente había promulgado. Las dos decisiones del rey desencadenaron una ola de sucesos que llevarían al reino a un nuevo enfrentamiento entre españoles: la Primera Guerra Carlista.

CAPÍTULO 22

Isabel estaba a punto de realizar algo completamente censurable, algo que siempre había criticado cuando Aracena lo había hecho anteriormente: hacerse pasar por su hermana gemela. Permanecía sentada en uno de los bancos ubicados en el centro del jardín, esperando a que Alonso la recibiera. El Palacio de los Silencios era una estructura magnífica. Dirigió su mirada hacia el este, donde se encontraba la sala capitular, la parte más importante del palacio.

Dentro de esa sala, Alonso de Lara estaba decidiendo si la recibiría o no. Isabel siguió moviendo los pies sobre las frías losas de piedra, intentando controlar los nervios. No se iría de Sevilla sin antes expresarle todo lo que pensaba.

—Su Excelencia no puede recibirla. —Isabel se volvió con actitud fría hacia el mayordomo que le había dado la noticia.

—Dígale al Duque de Alcázar que no me marcharé hasta que decida recibirme. —Hizo una pausa—. Y me importa bien poco los quehaceres que tenga que posponer para ello. Si no atiende a mi solicitud, armaré tanto escándalo que se van a caer los muros de este claustro.

El mayordomo hizo de nuevo una inclinación de cabeza y cerró la puerta tras de sí.

Parecía que había estado horas esperando, pero la puerta finalmente se abrió otra vez, y el elegante y enjuto mayordomo la condujo por los amplios corredores hasta la sala.

—La señorita Denise, Su Excelencia. —El hombre que estaba de espaldas a la puerta se volvió con una mirada gélida en sus ojos felinos.

Frente a él estaba la mujer que lo seguía desairándolo con su sola existencia. Alonso había perdido la cuenta del ridículo que había hecho por ella, pero ni una vez más. El placer y los buenos momentos que habían compartido en el pasado se volvían amargura espesa.

Ella dio un paso hacia atrás de forma involuntaria. Lo aborrecía con una intensidad aplastante. Era el hombre más infame de cuantos había conocido, bueno, el segundo, porque esa nomenclatura pertenecía a un extranjero que detestaba todavía más: Ian Malcon.

—Su Excelencia —ella hizo una ligera inclinación con la cabeza, que fue más un gesto despectivo que un saludo.

Y Alonso contó uno más.

—Señorita... —las palabras se habían deslizado por la comisura de la boca masculina en un siseo desdeñoso. El mayordomo cerró la gruesa puerta en silencio, como era su costumbre—. ¿Vienes a devolverme lo que me robaste? —Ella negó con la cabeza en un único gesto—. ¿Entonces a qué has venido? —le preguntó con sarcasmo.

—¿Por qué, Alonso? —el hombre alzó las cejas en actitud interrogante—. Te he mencionado muchas veces que yo no tengo el acta de confesión y, de tenerla, no la escondería en mi casa, deberías saberlo —la muchacha calló un momento antes de continuar—. No tengo la culpa de tu ambición, ni de que te comportes como un bastardo rencoroso —lo insultó.

El hombre tardó un segundo en llegar hasta donde estaba ella, Isabel retrocedió completamente asustada, aunque le sostuvo la mirada con valor. Alonso subió la mano hasta el suave cuello, y comenzó a beberse sus jadeos con una sonrisa que a ella le pareció diabólica. Isabel lo temía, aunque intentaba no demostrarlo.

—Me has usado, robado, ¿y tienes la osadía de venir a mi encuentro con acusaciones? Tienes suerte de que no haya ordenado que te arresten por ello —Isabel trató de ahogar un sollozo, porque el olor a quemado de su hogar aún le escocía en la garganta.

—¡Lo he perdido todo! —Bramó con angustia.

Alonso entrecerró los ojos, calculador como siempre.

—Ignoro a qué te refieres, pero te informo que poco me importa.

Las palabras la golpearon. La muchacha inspiró profundamente antes de responderle.

—Mi casa, mi her... —cerró la boca para tragar. Había estado a punto de confesar que había perdido la otra mitad de ella—. Está completamente arrasada por un fuego intencionado, fuego que considero enemigo. —Alonso se apoyó en el amplio y pulido escritorio a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho.

Seguía recorriendo el cuerpo femenino con deseo mal disimulado.

—¿Y crees que he tenido algo que ver? —Le preguntó.

Ella soltó un juramento.

—Eres el único que tenía algo que ganar —Alonso tensó los hombros ante la acusación directa—. No puedes imaginarte el profundo dolor que me has causado —Isabel hablaba con doble intención.

En cuestión de meses había perdido a su madre, a su hermana, y su dote.

—Muy conveniente culparme después de utilizarme.... —le dijo con voz sombría.

La muchacha ahogó una exclamación violenta ante la expresión de los ojos de él, y no ocultó su desprecio.

—Eres un miserable —volvió a insultarlo.

—No he sido yo el que ha ofrecido sus servicios como una furcia, ni se ha rebajado a ser una ladrona de alcoba. —El insulto violento la encrespó a pesar de que iba dirigido a su hermana.

Aracena se había comportado de forma censurable, pero no podía confesarle que ella era Isabel. Pensó que Alonso no le había perdonado a su hermana su abandono, pero él no podía imaginarse el verdadero motivo para hacerlo.

—Esas palabras hirientes demuestran lo poco que me conoces, Su Excelencia. —Alonso alzó el mentón endurecido y redujo los ojos a una línea.

Su título había sonado en la boca femenina como un insulto, y así se lo tomó.

—Conozco cada recoveco de tu cuerpo. —La voz de Alonso se había tornado sensual, envolvente, mientras la recorría centímetro a centímetro con ojos de amante insatisfecho—. Cada peca insolente que hice mía en cada beso... ¿Dices que no te conozco? Todo lo contrario, te conozco demasiado bien, y esa es mi desgracia. —afirmó despectivo.

Ella caminó un paso hacia él con el alma en los puños y la ira saliendo por sus pupilas.

—Tu desgracia llegará de mi mano, ¡lo juro! —Lo amenazó dolida.

Alonso lanzó una carcajada llena de cólera.

—Si no piensas devolverme lo robado, me haces perder el tiempo con tu presencia, y mi tiempo es sumamente valioso —Isabel inspiró para serenarse.

—Necesito recuperar mi inversión —le informó la muchacha con tono firme.

Alonso ya negaba con la cabeza.

—Demasiado tarde, señorita Denise, me temo que has sufrido pérdidas que son irrecuperables. —Isabel tenía los ojos anegados en lágrimas.

—No tenía más que ese dinero, ¡era mi dote! —Exclamó más cerca de la ira que del reproche.

—Retórname el acta de confesión, y es posible que recuperes la inversión de tu dinero.

—¡No tengo el acta! ¡Ya te lo he mencionado! —Insistió ella.

—Y yo no podré devolverte tu dinero —contestó el hombre con cierta burla en los ojos.

Isabel cerró los párpados ante su respuesta.

—Eres despreciable sobornando a una mujer indefensa —afirmó con ojos como puñales. Alonso se giró con violencia.

—Si has terminado ya, señorita Denise, vete, porque soy un hombre sumamente ocupado.

Isabel continuó observando la robusta espalda con un nudo en la garganta que la oprimía. Aracena había invertido la dote de ambas en el proyecto naviero de la compañía "La Cruz", donde el principal inversionista y presidente era el Duque de Alcázar. ¿Podía ser más desafortunada? De repente, los ojos de Isabel se posaron en el sello ducal. Y se dijo así misma que no sería capaz. Si fuera Aracena no dudaría ni un instante en hacerse con el anillo, pero ella nunca había cogido nada que no fuera suyo.

—¿No puedo hacer nada para que recapacites? —Le preguntó.

El aludido se dio la vuelta despacio al oír el tono meloso de ella. La atrajo hacia sí con un solo movimiento del brazo. De nuevo, sujetó el cuello esbelto y suave por debajo de la nuca y pegó la frente a su rostro. Incluyó la cabeza hasta casi rozar los labios, al mismo tiempo, Isabel se tragó un gemido contenido, y siguió sosteniendo su mirada con más determinación que valor.

—Aún tienes la capacidad de tentarme... lo sabes. Te aprovechas de la debilidad que siento por ti, que siempre he sentido por ti. —Isabel rezó para que él no se percatara del temblor de sus piernas. Alonso acercó su boca a la oreja de ella mientras le susurraba palabras íntimas—. Huelo diferente, hoy eres de nuevo hielo, ¿verdad? —Isabel atajó por el camino de en medio.

Tenía mucho que perder si él llegaba a sospechar sus intenciones, y que no era su hermana Aracena, sino su gemela quien reclamaba el dinero de la dote entregado para la inversión financiera.

—Aquello terminó, Alonso, ¡acéptalo! Jamás volverás a tenerme.

El duque chasqueó la lengua con burla hiriente.

—Jamás es demasiado tiempo... —era una amenaza velada.

—¡Yo no tengo el acta de confesión! —Insistió la muchacha.

La mano de Alonso se cerró aún más fuerte en torno a su nuca... La puerta de la sala capitular se abrió de golpe.

—¡Has venido! Creí que estabas enfadada conmigo.

Las dos cabezas se separaron al instante, y volvieron su rostro hacia Rosa, la hermana de Alonso. La muchacha cruzó la estancia con pasos rápidos hasta llegar al centro de la sala. Alonso apretó los labios en una mueca cínica. Era una interrupción molesta, aunque necesaria porque había estado a punto de besar a la traidora.

—¿La has tratado bien? —Le preguntó Rosa.

Alonso optó por el silencio al oír la pregunta de su hermana que mostraba un tono censurable.

Conocía el gran afecto que se profesaban ambas mujeres, pero la alevosía y la traición de la señorita Denise lo marcaba con el fuego de la sospecha. Tenía una deuda pendiente con ella, y se juró que se lo haría pagar con creces.

Isabel suspiró al fin por la oportuna entrada de Rosa. Bajó los ojos con cuidadosa atención mientras su amiga daba los pasos que la separaban de ella. La abrazó con afecto genuino.

—Hace tanto tiempo que no sé de ti. —Isabel fue incapaz de responder porque Rosa se giró hacia su hermano que seguía en la misma postura indolente—. ¿Has ordenado que traigan un refrigerio para nuestra invitada? —Alonso negó con la cabeza a la vez que le hacía una mueca de advertencia a su hermana para que no continuase por ese camino de camaradería intencionada. Rosa volvió su rostro hacia Isabel—. ¡Tenía tantas ganas de verte! Las fiestas no son las mismas sin ti. —Isabel terminó por ofrecerle una sonrisa sincera.

Miró los ojos almendrados de Rosa que desprendían un calor de bondad que lograban derretir el corazón más frío, salvo el de hermano.

—Me marchó de Sevilla —le dijo de pronto.

Los ojos de Rosa se abrieron con sorpresa ante la noticia inesperada.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿a dónde? —Preguntó con un hilo en la voz.

—Necesito buscar a una persona para que me ayude a recuperar mi inversión pues me siento vilmente traicionada. —Isabel miraba a Alonso mientras decía las palabras en un tono ácido.

—Cuéntame todo porque no puedo concebir que te marches de Sevilla. —Isabel se volvió hacia la puerta con decisión, Rosa logró sujetarla de la mano—. ¿No te quedas a tomar un café? Tenemos mucho que conversar. —Isabel negó con la cabeza—. ¿Por qué? —insistió, pero Isabel no le permitió continuar.

—Pregúntale a tu hermano, Rosa. Pregúntale al Duque de Alcázar por qué tengo que abandonar Sevilla. —Sin esperar la respuesta, salió por la puerta en un silencio furioso.

Rosa se volvió hacia Alonso con un interrogante en los ojos.

—¿Qué sucede? —Le preguntó. El hermano se giró con rapidez y miró la amplia ventana detrás de su mesa de trabajo. Le ofreció a su hermana la espalda rígida—. Durante un tiempo llegué a creer que la amabas. —Rosa contempló cómo su hermano tensaba los hombros mientras le ofrecía un completo silencio que la incomodaba—. Ahora, por tus prejuicios, he perdido a una buena amiga. —Alonso se volvió con la rapidez de un felino y la taladró con una mirada furiosa.

Su hermana exhibía la firmeza de una mujer que sabe lo que quiere y que, usualmente, conseguía lo que deseaba con su silencio como única respuesta... excepto en esa ocasión.

—Debes regresar al convento. —Le informó Alonso.

Rosa inclinó la cabeza a modo de aceptación. Sabía cuál era su lugar, y lo había asumido con una docilidad engañosamente sorprendente. Su hermano no soportaba su presencia. Las pocas oportunidades en las que se habían visto durante ese año, se volvían duelos y quebrantos para ella porque Alonso mostraba su rechazo a todo lo que decía o hacía. Y Rosa se preguntó una vez más por qué motivo la detestaba tanto.

Alonso tenía los labios apretados con enorme disgusto.

—Alguna vez he creído que me querías —susurró la hermana.

—Siempre he tratado de hacer lo mejor para ti —respondió él tras una meditación profunda.

—Es lo que piensas, y estás en tu derecho de creerlo, pero te he preguntado por qué mi única amiga debe abandonar Sevilla. —Alonso siguió en un mutismo susceptible de interpretación—. Hermano, ¿qué has hecho? —Alonso apretó los labios—. Sigo esperando una respuesta.

Los negros e insondables ojos de Alonso recorrieron el pulido escritorio de madera noble, se detuvo un instante en el pequeño cuenco de plata donde solía descansar su sello. Entrecerró los ojos con furia desmedida al comprender que la señorita Denise se lo había llevado delante de sus propias narices. Había usado como excusa la acusación para acercarse a él y...

—¡Juro que la estrangularé con mis propias manos! —Alonso inspiró profundamente para ahogar la rabia que comenzaba a bullir dentro de él.

Aracena había aparecido de nuevo en su vida tras muchos meses de ausencia. Ni la muerte de la madre viuda había ablandado su corazón. Cuando la vio de nuevo, todo lo que había estado conteniendo durante esos interminables meses eclosionó dentro de su mente creándole la mayor confusión de su vida. Estaba hermosa, diferente, distante y fría. Apenas se parecía a la deliciosa

muchacha que él había estrechado tantas veces entre sus brazos. Aracena ya no irradiaba fuego, sino una calmada serenidad que lo descolocaba porque la convertía en puro hielo.

Tras su regreso había intentado retomar con ella la relación íntima del pasado, pero Aracena se había reído en su cara. Era la única mujer que tenía la facultad y el valor de ocasionarle desplantes, y sin que él se permitiera la oportunidad de darse por aludido.

Le costó un tiempo relacionarla con el robo de documentos importantes en su caja de caudales. Y cuando tuvo la certeza, aun así la disculpó a pesar de que Alonso había hecho un ridículo espantoso ante la corona que le pedía explicaciones ante tamaña lacra para su buen nombre. Deseó estrangularla, besarla, zarandearla e introducirse de nuevo en su calor aterciopelado. Pero Aracena se mantenía para él provocadoramente inalcanzable. Estaba convencido de que no iba a dejar Sevilla, no, cuando él disponía de la totalidad de su dote más los beneficios que se habían acumulado en todos esos meses. Solamente quería el acta de confesión contra Rodrigo de Velasco, porque sin ella el conde seguiría libre.

Convento de los Terceros Franciscanos

Aracena se quedó desnuda y de pie frente al espejo. Lo que vio la sumió en una pena profunda. Había escapado de la muerte de puro milagro y, para que no lo olvidara, su cuerpo había quedado marcado para siempre. Observó con atención las quemaduras del brazo y parte de la cadera que ya comenzaban a sanar. El proceso había sido muy doloroso, pero nada podía parecerse al desamparo que sentía por la marcha de su hermana para incumplir la promesa que las dos le habían hecho a la madre. Y cuando recordó la fatídica noche del incendio, la impotencia la sumió en una culpa porque no había podido hacer nada. Todo había quedado reducido a escombros y ceniza. El hermoso hogar que había creado Isabelle ya no existía. La pérdida había sido cuantiosa e irrecuperable. Aracena se amonestó porque seguía vivo lo que más le importaba: su hijo y su hermana.

Tenía que recuperarse del todo para ir en su busca. Para hacerle recuperar la cordura, aunque podía llegar a entenderla.

—¡Pero si estás levantada!

Sor Inés de San Juan le traía una bandeja con la cena.

—Tengo que recuperarme pronto —contestó en voz baja al mismo tiempo que recogía el sencillo camisolón blanco del suelo y volvía a ponérselo.

Ya no hacía falta que llevara vendas, las costras se habían caído casi en la totalidad.

—Sor María de Tudela te traerá más tarde los utensilios necesarios para escribir, si te sientes con ánimo para hacerlo.

Aracena era consciente de que debía escribirle a su hermana para decirle que finalmente no había muerto, pero se resistía a hacerlo porque tenía en mente coger un barco con rumbo a Inglaterra, aunque sus motivaciones eran muy distintas a las de su hermana.

Miró el cuenco de sopa, el trozo de pan negro, y giró el rostro para contener un sollozo. Recordar la sumergía en un estado de angustia del que le costaba salir. ¡Había hecho tantas cosas mal! Se arrepentía de sus actos pasados salvo uno. Y por una parte se alegraba de que su hermana no siguiera en Sevilla. En Inglaterra su pequeño estaría a salvo.

Tenía que descubrir quién había incendiado la casa. Tenía que recuperar el dinero de su dote, y entonces embarcaría con rumbo a Inglaterra para recoger a su hijo, a su hermana, y los llevaría a Escocia donde los esperaba Ian.

El amable y generoso Ian...

—Ha sido muy duro, ¿verdad?

Las palabras de la religiosa le provocaron una ansiedad que ya le resultaba conocida.

—Mucho —admitió franca.

La religiosa optó por dejarla de nuevo a solas.

Aracena recordó la invitación del barón de Alanís. Evocó con claridad el encuentro con Alonso, el desafortunado accidente que la dejó inconsciente, y la huida de ambos de la fiesta como si fueran dos vulgares ladrones. El regreso a la casa la sumió en una desesperación creciente porque allí la esperaba la carta de Raphael, donde les informaba de la muerte de la madre de ambas.

La locura hizo presa en su corazón, no así en su hermana, que la recibió con una entereza desconocida, y se comportó con igual talante. Pero ella se volcó en preparar un viaje precipitado hacia el lugar donde se encontraba el cuerpo sin vida de su madre. Aracena necesitaba ver con sus propios ojos que Isabelle no estaba, que realmente se había ido para siempre. Afortunadamente para ella, Ian había decidido acompañarla. Su ayuda había resultado inestimable porque la travesía en su estado había sido desquiciante, pero Aracena no miró atrás ni le importó que Isabel eligiera no acompañarla. Comprendía sus motivos porque no dudaba de la palabra de Raphael, ni de la promesa de ocuparse de todo, además no podían dejar la casa y el servicio solos.

Sin embargo, Aracena no podía quedarse quieta, y cuando regresó tiempo después lo hizo derrotada, agotada, y con un recién nacido. Isabel no salía de su asombro. Había sospechado del embarazo de su hermana, igual que su amiga Rosa, pero Aracena nunca lo confirmó. Había sido una cuestión que quedó en el aire. Isabel lloró como no lo hizo con la noticia de la muerte de Isabelle, pero se volcó en el pequeño como si la madre fuera ella y no Aracena.

Isabel había aceptado con total naturalidad la explicación que Ian había dado, pues le había dejado muy claro que él, y solo él, era el padre de la criatura. Que se responsabilizaba de sus actos y asumía las consecuencias. Le había jurado que esperaba convertir a Aracena en su esposa cuando arreglara sus asuntos en Escocia. Isabel estaba escandalizada y sumida en una confusión muy grande de la que despertó cuando Ian le confesó sus intenciones: llevarse a su hermana y al bebé a Escocia. Entonces estalló en una cólera amarga. Y las discusiones se sucedieron día tras día. La animadversión que sentía Isabel por Ian quedó más que manifiesto en cada mirada, en cada palabra. Lo odiaba y no se molestaba en ocultarlo.

Los meses se convirtieron en un enemigo que la llevó al punto de la locura. Ian tenía que regresar a Escocia, y ella se resistía a acompañarlo porque creía sinceramente que Isabel no se lo perdonaría. Y entre dudas y malos agüeros decidió vender, sin contar con su hermana, las joyas de la madre de ambas y todos los artículos valiosos que no se había llevado a Luisana. Con el dinero obtenido, Ian podía pagar sus deudas y preparar su casa para la llegada de ella y del niño por eso Aracena no dudó en dárselo.

Escocia le parecía un mal menor.

Mantener al pequeño Dorian Rodrigo oculto en Sevilla no le resultó difícil, pero era consciente de que esa suerte podía cambiar de un momento a otro, y por ese motivo había tomado la decisión de marcharse.

Pero antes de que ella y su hijo pudieran emprender el viaje, su hogar había sido consumido por un incendio devastador. Aracena estaba convencida de que no había sido un accidente, aunque carecía de pruebas para confirmarlo. Agradeció a la Providencia que su pequeño no estuviera en casa en el momento del desastre, sino con el médico al que su hermana lo había llevado debido a la fiebre que lo aquejaba esa tarde noche.

Aracena se quedó en la casa y ardió con ella.

No obstante, el destino era un verdugo cruel pues no fue ella la que se marchó al extranjero con el pequeño, fue su hermana Isabel, aunque el destino de ambos no era Escocia como Aracena había planeado sino Inglaterra. Isabel desconocía que con esa acción ponía a su sobrino lejos del Duque de Alcázar, y de la guerra que estallaría en breve en el reino.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 1

La reina viuda María Cristina miró fijamente al hombre plantado frente a ella en actitud hosca. La desafiaba con la mirada, pero ella necesitaba algo de él y pensaba conseguirlo.

Alonso de Lara miró a la reina regente con los ojos entrecerrados. Junto a ella estaba el arzobispo Gregorio Osuna que había pertenecido a la Orden de San José de Calasanz. Era un hombre culto e inteligente, y gozaba de la completa confianza de la reina como en el pasado la obtuvo del rey.

—La venia, duque —lo instó el religioso.

Alonso hizo al fin una profunda reverencia.

—A sus pies, Majestad.

La reina tomó asiento en la gran sala y con una mano instó a Alonso a que hiciera lo mismo. Su secretario se posicionó a su lado, también el arzobispo que no aprobaba esa actitud amistosa por parte de ella.

—Tengo entendido que sigues negándote a los esponsales que la corona designó para ti.

Alonso tensó el mentón soberbio al escucharla. La regente no se iba por las ramas.

—No puedo tomar por esposa a una extranjera indigna de mi estirpe.

La reina suspiró suavemente. En vida de su marido y ante el inicio de la guerra, los esponsales de algunos nobles habían quedado en el aire, pero ella necesitaba un enlace en particular, y haría que el duque lo reconsiderara.

—La mujer es hija de un conde —reveló la reina—. Y el conde es tu adversario.

Alonso entrecerró los ojos sin comprender.

—¿Mi adversario?

—Es hija de Rodrigo de Velasco y Duero. —Alonso parpadeó incrédulo—. Y el Conde de Ayllón sería un aliado importante para la corona.

—Rodrigo no tiene hija legítima conocida —aseveró seco.

El arzobispo resopló enojado por la insolencia del duque.

—La mujer ha sido reconocida por el conde y vive en Inglaterra junto a su padre —aclaró el arzobispo—. Pero debo aclarar que el conde es padre de dos hijas.

Alonso no podía creerlo. ¿Rodrigo tenía dos hijas? Pensó en su hermana Rosa, y su pecho se llenó de ira. Le parecía una burla cruel del destino.

—¿Por qué motivo no se me informó en su día del parentesco de la mujer con la que debo desposarme?

—Te recuerdo, primo —interrumpió la reina—, que estamos en guerra. —El tono de la reina era de enfado contenido—. La corona tiene muchos frentes que atender.

El duque seguía masticando la sorprendente noticia.

—¿Rodrigo de Velasco está de acuerdo con el enlace? Porque lo dudo mucho.

La pregunta quisquillosa molestó a la regente.

—Antes de que el conde las reconociera, la corona se hizo cargo de ellas, de su ilegitimidad, y preparó acuerdos matrimoniales ventajosos para las dos. —Alonso no comprendía—. Tengo en mi poder la facultad de casarte con la primogénita del conde.

—¿Sin el consentimiento del padre?

El duque estaba atónito.

—La corona obtuvo el acuerdo del tutor de las mujeres tras la muerte de la madre, y aunque Rodrigo de Velasco las haya reconocido, el documento es imperecedero y tiene valor

real.

Alonso se sentía inquieto. Le costaba asimilar que su eterno enemigo tuviera hijas, y que la regente estuviera decidida a casarlo con una de ellas.

—¿Cómo se llama la muchacha? —Inquirió sin abandonar la postura tensa.

—La primogénita, María de Velasco, y la menor, Ronda de Velasco. Ambas son nacidas en Sevilla.

La regente omitió de forma intencionada, y por consejo del arzobispo Gregorio Osuna, el primer nombre de la mayor, Aracena, y el segundo de la menor, Isabel, el religioso también le había informado que la primogénita del conde había tenido una conducta poco apropiada para una muchacha honorable, y que sería mejor no revelárselo al duque.

—Con el apoyo del conde de Ayllón podríamos obtener el de otros nobles importantes como el del marqués de Irián, el duque de Besande y los condes de Arcayos y Laciana —continuó la regente sin dejar de mirarlo.

Alonso inspiró de forma profunda. Entendía muy bien la posición de María Cristina y su apremio para que se celebrara la boda.

—Rodrigo no se posicionará a favor de la corona —afirmó convencido.

El arzobispo intervino.

—Lo hará cuando sus hijas lo estén por matrimonio. —El arzobispo mostró una sonrisa cauta.

—¿Y si se opone al matrimonio y pide la nulidad una vez realizado el mismo?

La reina decidió intervenir.

—Según me han informado, el conde de Ayllón se desentendió de las muchachas desde su nacimiento —reveló seria—. Se marchó a Inglaterra sin volver la vista atrás, y sin reconocerlas a pesar de la muerte de la madre de ellas.

—Como un traidor —afirmó Alonso.

—Era de justicia que la corona tutelara a sus hijas desamparadas, que les procurara asilo real y un matrimonio influyente.

—Son bastardas —escupió Alonso.

—Bastardas, pero piezas clave —matizó el arzobispo que censuraba con los ojos la actitud despectiva del duque—. Tenemos que ganar una guerra, y hemos de utilizar toda arma a nuestro alcance para lograrlo.

—La corona necesita hombres leales para nuestra causa —apuntó la regente.

Esa era una verdad muy cierta. Carlos María Isidro cosechaba las simpatías de los que veían en él al futuro rey de España, algo que ellos no habían podido impedir.

—Yo ofreceré los votos en lugar de la dama —ofreció la reina con una sonrisa cómplice—. El matrimonio por poderes será indisoluble.

Alonso pensó que María Cristina mostraba una astucia increíble porque de esa forma se aseguraba que no se pudiera anular el enlace.

—Podría marchar a Inglaterra y tratar de convencer a la dama —se ofreció el noble.

María Cristina miró al duque con los ojos reducidos a una línea. Seguía utilizando un tono de burla que no le gustaba en absoluto.

—El carlismo —dijo la regente con disgusto— ha puesto en jaque al gobierno, y ha logrado extenderse por todo el norte del reino. —María Cristina tomó aire antes de continuar con su ataque—. La corona te necesita, no puedes viajar a Inglaterra en este momento tan crítico para nosotros.

La regente le hablaba al duque, no como la autoridad que era, sino como un familiar

querido.

—Estamos en una situación difícil —apuntó el arzobispo—, y necesitamos el apoyo de todos los nobles.

—Insisto en que debería viajar a Inglaterra para solicitar la mano de la afortunada.

María Cristina se levantó de pronto. Sentía la imperiosa necesidad de dar un golpe en la mesa. De todos los nobles, Alonso de Lara era el más intransigente. El más arrogante y tozudo, pero ella sabía cómo ponerlo en su sitio.

—¿Quizás con el deseo de que el padre y la hija se nieguen?

Alonso echó la espalda hacia atrás. La regente había vuelto a sentarse.

—No es de mi agrado desposarme con una mujer sin su consentimiento.

María Cristina entrecerró los ojos de forma especulativa.

—La corona incluirá en la dote de la hija el Palacio de Ayllón, el señorío de Zujairén, así como los viñedos de Toledo. —Alonso abrió los ojos de par en par al escucharla.

—Son las posesiones más preciadas de la Casa Velasco —contestó incrédulo.

—Cuando tengamos controlada la situación en el norte, tendrás el permiso de la corona para viajar a Inglaterra y traer a tu desposada a Silencios.

Alonso no lo veía tan claro.

—¿Y si el conde se niega a que traiga a mi flamante esposa de regreso a España?

María Cristina mostró una sonrisa sapiente.

—Tendrás el permiso de la corona para arrestarlo. Y en esta ocasión no hará falta un acta de confesión pues será declarado traidor a la corona.

Alonso destensó los hombros en un gesto complaciente. Con esas palabras la reina se había ganado su completa colaboración. Toda la nobleza de la corte era consciente de que Rodrigo era mucho más valioso al lado de la corona que fuera, y por ello la regente se esmeraba en lograr una alianza con el conde.

—¿Cuándo está previsto el enlace?

Parecía que Alonso se refería al matrimonio de otra persona y no al suyo propio.

—En cuatro días —dijo la regente—. Haciendo honor al nacimiento de la muchacha, y al linaje indiscutible del novio, la boda se celebrará en la catedral de Santa María en la ciudad de Sevilla.

Alonso soltó un suspiro de alivio. Nada le agradaba más que poner al conde de Ayllón de nuevo entre la espada y la pared, y se moría de ganas de poner rumbo a Inglaterra, y no para conocer a la que sería su desposada, sino para arrestar de nuevo a Rodrigo.

La regente miró al duque con cierto recelo. Eran indudables las ganas que tenía el noble de llevar a cabo el arresto del conde, pero iba a pasar bastante tiempo antes de que lograra su objetivo. El enfrentamiento entre carlistas y cristinos comenzaba a recrudecerse, y ella necesitaba toda la ayuda posible para contener la ofensiva.

CAPÍTULO 2

Palacio de Zújar, ciudad de Córdoba

Alonso cruzó la puerta ojival abierta en la muralla árabe que constituía la entrada principal al palacio. El hogar había sido construido alrededor de un patio mudéjar: un jardín rectangular dividido en cuatro áreas, con albercas en los extremos, conectadas por pequeños canales y losas de mármol que creaban una atmósfera armoniosa y tranquila. Las dependencias de la vivienda se distribuían alrededor de este patio central.

Zújar se encontraba ubicado en el barrio de la judería, muy cerca de la mezquita catedral, en una de las zonas más influyentes y prósperas de la ciudad de Córdoba.

Alonso alzó la mirada hacia las ventanas cerradas del primer piso. Las diferentes alcobas se encontraban en la planta superior, dispuestas a lo largo de amplios corredores decorados con arquerías tradicionales, características de la arquitectura cordobesa, y con alineamientos de columnas propios de la región. Mientras observaba detenidamente cada arcada y rincón del patio, no se percató de la presencia de una mujer que lo observaba desde una puerta entreabierta en el otro extremo del jardín. Sin embargo, como si hubiera sentido que estaba siendo observado, Alonso se giró sobre sí mismo y clavó sus ojos en Rosa, aunque no pronunció palabra alguna.

Él la había creído monja. Él había creído que controlaba su fortuna y su poder, pero se había equivocado por completo. Rosa desbarató cada uno de los planes que él había trazado.

Rosa miró a su hermano, que vestía uniforme de oficial militar. Se detuvo en el bicornio galoneado en oro que adornaba los cabellos negros, cuidadosamente peinados hacia atrás. La casaca de tono azul oscuro también estaba ricamente galoneada en dorado, especialmente en el cuello, lo que complementaba su tez tostada. Las vueltas, cuello y solapas exhibían un intenso color rojo.

Sus ojos descendieron hacia el cinturón que sujetaba el sable de oficial, y luego se posaron en la mano masculina que agarraba con firmeza la empuñadura. Rosa apreció la imponente presencia de su hermano, envuelto en un aura de peligrosa determinación. Observó nuevamente los ojos rasgados y profundos, analizando cada rasgo de aquel rostro familiar. Su robusta constitución y su elevada estatura realizaban el uniforme que portaba con elegancia. Aunque innegablemente atractivo, su terquedad y obstinación lograban desanimarla. Desde la infancia, había demostrado un carácter fuerte y una determinación inflexible en cada empresa que emprendía, y el tiempo separados no parecía haber alterado en lo más mínimo esas cualidades.

—Rosa —la saludó con voz grave.

—Alonso —le respondió a su vez.

De nuevo el silencio hizo su presencia entre los dos hermanos que se miraban, el uno con excesiva arrogancia, la otra con prudente cautela.

Rosa miró a los dos soldados que hacían guardia en la puerta de salida, y sin explicarse el motivo, sintió una sacudida en el estómago.

—Créeme que recibí toda una sorpresa cuando descubrí que habías dejado los hábitos. — La voz había sonado fría como el hielo—. Que me lo habías ocultado.

—Nunca los tomé —le confesó algo cohibida—, pero no podía decírtelo.

—Entonces, ¿por qué motivo no regresaste a Sevilla?

—Me acostumbré a vivir en Córdoba, y aquí tengo todo lo que necesito.

—¿No invitas a tu hermano a un trago? Tengo la garganta reseca.

Era una falta de atención por su parte mantenerlo en el patio y no invitarlo al interior de la vivienda, pero estaba tan sorprendida por su llegada que no había tenido tiempo de prepararse para enfrentarlo.

—Por supuesto —respondió un momento después—. Acompáñame.

Alonso dirigió sus pasos hacia el lugar donde estaba ella. Los guardias siguieron a Alonso a un gesto de este, varios pasos por detrás.

Rosa guio a su hermano hacia la hermosa biblioteca del palacio. Alonso estuvo a punto de lanzar un silbido de admiración. Las enormes estanterías llenas de libros llegaban hasta el techo, y cubrían tres de las cuatro paredes de la estancia.

—Debes pagar una renta muy cara por este lugar —le dijo de pronto.

Rosa cerró los ojos durante un instante antes de responderle.

—Es de mi propiedad. —Alonso la miró con ojos entrecerrados tras escucharla—. Lo compré con parte de la herencia que me dejó madre, pero imagino que ya lo sabes y simplemente lo has preguntado para pillarme con la guardia baja, como es costumbre en ti, ¿no es cierto?

A él no le molestó la crítica de su hermana, pero reflexionó sobre cómo su situación habría sido diferente si solo hubiera comprado el palacio. En ese momento, no estaría en la ciudad de Córdoba descuidando sus asuntos en Sevilla. Rosa dio instrucciones al mayordomo para que sirviera un refrigerio, y con un gesto de la mano indicó a su hermano que tomara asiento en los hermosos sillones tapizados en un tono verde muy alegre.

—Ya tienes varias propiedades —le dijo con aspereza—, no necesitas ninguna más.

—Es cierto, pero la mayoría están en Sevilla, y yo quería una en la hermosa ciudad de Córdoba —le dijo de forma concisa—. ¿Desapruebas mi elección?

Alonso no le respondió, y durante los siguientes minutos esperaron en silencio hasta que el mayordomo dejó la bandeja en la mesilla auxiliar y se marchó. Rosa miró hacia la puerta de la biblioteca cuando el mayordomo salió por ella, y se percató de los dos hombres que hacían guardia fuera. Ella creía que se habían quedado en el interior del patio.

—¿Soy una prisionera? —Le preguntó a su hermano directamente.

Se había cansado de guardar las formas, y sentía la imperiosa necesidad de saberlo.

Alonso se tomó su tiempo en responderle y, cuando lo hizo, su mirada hervía de desconfianza.

—¿Piensas que has dado motivos para ello?

—¿Buscas jugar a los acertijos? —Rosa le tendió el refrigerio que había traído el mayordomo.

Alonso aceptó la copa con un gesto de cortesía tan helado que ella sintió un escalofrío en la base de la nuca.

—Te has portado de forma perversa, mi querida hermana —reiteró de pronto el noble con voz áspera, y que a ella le sonó autoritaria.

Rosa tragó la saliva espesa. Sabía que ese momento iba a llegar tarde o temprano, aunque confiaba en estar preparada, si bien había comenzado a temblar.

—¿Te refieres a que viva en Córdoba? ¿O a defender otras ideas políticas diferentes a las tuyas?

Alonso entrecerró sus ojos todavía más.

—Apoyar al Infante Carlos María Isidro es una soberana estupidez, y lo sabes —atacó de pronto.

Rosa apretó los labios ofendida.

—Si tengo que morir lo haré como padre: manteniendo fiel mis ideales.

—Tus ideales son equivocados —le replicó molesto—. Como los de padre que fue un traidor. ¡Un bonapartista!

Rosa clavó sus pupilas negras en las de su hermano. La corona no olvidaba a aquellos que habían apoyado a Napoleón Bonaparte.

—¿Acaso te produce indiferencia ver lo que hace la corona con aquellos que se muestran críticos a sus reglas absolutistas?

Las aletas de la nariz de Alonso se dilataron al escuchar a su hermana.

—Eres una traidora, ¡maldita sea!

—No me hables de traición, al menos yo no he traicionado a los de mi propia sangre —le espetó la hermana.

Alonso la taladró con mirada acerada sin creerse la defensa que hacía su hermana sobre sus convicciones. Él creía firmemente que su hermana se comportaba así por la educación que había recibido en Francia.

—¿Por qué? —La pregunta de él había sido formulada de forma imperativa.

Rosa decidió sincerarse con su hermano.

—Porque no soy como tú —le explicó en voz baja—, y porque creo en la libertad y en la igualdad de todo hombre. Aborrezco los métodos que utilizó el monarca para someternos.

—¿Por qué? —Volvió a hacerle la misma pregunta, pero ahora con un tono mucho más inquisitivo.

—Tomé la decisión de apoyar al Infante porque pienso sinceramente que es lo mejor para el reino, para todos nosotros. —Alonso resopló incrédulo—. Creo que será más efectivo su reinado que el de una infanta cuya minoría de edad nos ha traído una regencia poco clara. El rey se rodeó de incompetentes, de consejeros inútiles que ahora utilizan la regencia de la infanta en su provecho. ¿No puedes verlo?

—¡No sabes lo que dices! —Siseó Alonso entre dientes.

—¿Qué nos trajo el rey tras su regreso? ¡Nada! —Exclamó la mujer firme—. Porque abolió la Constitución de 1812 que tantas vidas costaron. Restauró de nuevo la Inquisición, y podría seguir enumerando acciones y tropelías cometidas por el difunto rey que defiendes, pero no merece la pena.

Alonso inspiró profundamente.

—Te recuerdo que permitió ciertas reformas para atraer a los sectores más liberales. Pretendía igualar las leyes en todo el reino —mencionó el hermano.

—¡Pero no fueron suficientes! —Gritó convencida—. ¡Nunca lo serán!

Alonso maldijo con voz grave. Rosa, en los últimos meses, había hecho gestiones con traidores a la monarquía y había empleado el dinero recibido en herencia de su madre para financiar la reclamación del Infante sobre la corona. Armar a un ejército resultaba muy caro. Él, como militar, lo sabía.

Alonso cerró los ojos durante un momento. Lo que tenía que hacer a continuación le resultaba sumamente desagradable, pero necesario. Dejó la copa de nuevo en la bandeja. Se levantó del asiento, y dirigió sus pasos hacia la puerta. Tomó el pomo con la mano derecha y la abrió.

—Prendedla —ordenó con voz firme.

Los dos soldados que hacían guardia a ambos lados de la puerta, hicieron un gesto afirmativo con la cabeza y se introdujeron dentro la estancia hasta colocarse frente a ella.

—¡Alonso! —Exclamó Rosa con los ojos desorbitados—. ¿Qué significa esto?

—Quedas arrestada bajo el cargo de traición a la corona de España.

No podía creerlo, ¿su hermano la arrestaba? Observó a los dos soldados con un vuelco en el corazón, aunque estaban muy cerca de ella, no la sujetaban, por ese motivo corrió hacia su hermano y se abrazó a su cuello para implorarle.

—¡No lo hagas! Que sea otro el que cometa esta infamia, pero no tú.

Alonso soltó las manos femeninas de su cuello y la miró profundamente entre el disgusto y la decepción.

—Sabías el precio que pagarías por tu deslealtad a la corona. —Rosa irguió la espalda y clavó los ojos en los de su hermano, que le sostenía la mirada con enfado—. ¿Por qué motivo crees que solicité tu ingreso en el convento de Santa Marta? Para evitar que cometieras el mayor error de tu vida. ¿Piensas que la Casa Real no conoce tus acciones políticas? Tiene constancia de tus reuniones con uno de los hombres de Rafael Maroto: Joaquín Moreno. Saben que estás financiando junto a otros traidores la reclamación al trono del Infante.

Rosa no podía pensar, pero tenía que ganar tiempo.

—No pienso moverme de Zújar.

Alonso tomó la barbilla de su hermana y la alzó. Rosa lo miró atentamente, su hermano tenía los labios apretados en una línea de cólera que le produjo un sobresalto mayor.

—Eres aún más estúpida de lo que creía —le espetó con desdén poco disimulado—. ¿Por qué piensas que he solicitado ante la corona la responsabilidad de llevar a cabo tu arresto? Pretendo mantenerte con vida todo el tiempo que pueda, aunque no lo merezcas.

Ella ya se imaginaba algo así, pero ser arrestada por su propio hermano resultaba demasiado humillante y doloroso.

—Estarás prisionera en el convento de Santa Marta por tiempo indefinido. Puedes dar gracias del apellido que llevas y de que tu hermano sea un fiel servidor de la corona, porque de lo contrario ya estarías muerta.

Rosa lo sabía. Cuando decidió por sí misma mostrar su apoyo al hermano del rey era consciente del riesgo que corría, pero sus convicciones la impelían a no mantenerse quieta. Su padre había muerto por esos mismos principios que compartían, y detestaba la posición absolutista de su hermano.

—¿Puedo escribir una nota a mi abogado para que se ocupe de gestionar las propiedades en mi ausencia? Además, necesito dar órdenes al servicio. —Alonso le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Subiré entonces a mi alcoba a cambiarme de ropa y me pondré algo más apropiado, si no tienes inconveniente.

Rosa pudo ver la duda en las pupilas de su hermano.

—¿Qué garantías tengo de que no tratarás de huir mientras espero? —preguntó él con cierta desconfianza.

Lo miró con decepción, pero con un brillo decidido en el rostro atractivo.

—Porque soy plenamente consciente de que mientras esté a tu lado seguiré con vida. Al menos hasta que sea juzgada por la corona.

Alonso supo que su hermana no pensaba escapar, y de intentarlo le resultaría imposible pues tenía una guarnición de soldados esperando en la puerta del palacio, además había cubierto otras vías de escape.

—Ve entonces, escribe esa carta y ponte un atuendo de viaje oscuro.

Rosa salió de la biblioteca con el estómago revuelto. Cuando apoyó la mano sobre la barandilla de madera de la escalera, se detuvo y respiró profundamente. Ahora que había llegado el momento, un afilado remordimiento le perforó el corazón. Las posibles consecuencias de sus acciones eran válidas cuando estaba sola, pero tenía alguien a su cargo, y le había fallado de

forma estrepitosa.

Era imperioso escribir una carta y preparar los documentos que Gloria tendría que llevar a Inglaterra, confiaba en que llegasen bien a destino. En el momento que decidió salir de Sevilla y de la influencia de su hermano, supo que tarde o temprano tendría que rendir cuentas por sus acciones. Rezó una plegaria y deseó que Dios escuchara su ruego. Afortunadamente, Alonso ignoraba casi todo con respecto a ella y los secretos que escondía.

Ahora su destino estaba en manos de Dios y, lo que más amaba en la vida, iba a estar en manos de una persona que no había visto en años. ¿Habría cambiado mucho en ese tiempo? ¿Aceptaría con indulgencia cuidar lo que más le importaba en el mundo?

«Dios mío, que la acepte y la proteja de todo mal», suplicó Rosa con el corazón atormentado.

CAPÍTULO 3

Alonso de Lara miró a la madre superiora con inmensa ira en sus pupilas brillantes. Ignoraba por qué motivo le había ocultado las diversas visitas que había tenido su hermana en el convento días atrás. Y ahora se enteraba de que había desaparecido de su alcoba sin dejar rastro alguno. Veía a la religiosa retorcerse las manos con preocupación, y supo que era debido a las repercusiones que podría tener para la orden el enfado de la Casa de Lara, y por cierto que debía estarlo porque sentía el impulso de retirar los fondos que destinaba cada año al convento.

Miró a su secretario y hombre de confianza que seguía pasando su dedo índice por los documentos que habían encontrado en las dependencias de su hermana, estaban resguardados en un cajón del pequeño escritorio.

Luis de García era su secretario y además un abogado muy competente que trabajaba para él desde hacía varios años.

Alonso seguía sumamente extrañado, el vestuario de su hermana estaba íntegro dentro del ropero, así como los efectos personales que ninguna mujer dejaría de forma voluntaria. Sus ojos recorrieron la espartana alcoba. Podía percibir en el ambiente el perfume de Rosa, y se preguntó por enésima vez por qué motivo lo había engañado de nuevo.

—El documento es válido —afirmó el secretario.

Alonso apretó los dientes con fuerza inusitada. Había sido un estúpido rematado. Su hermana seguía igual de rebelde y contumaz.

—La niña ha sido reconocida por el padre —dijo el abogado de pronto.

—¿Niña? —Preguntó Alonso con voz calmadamente furiosa.

—La hija de su hermana, Su Excelencia. Entre los documentos se encuentra su registro de nacimiento.

«¿Rosa tiene una hija? ¡Imposible!». Razonó Alonso. Si la tuviera, él se habría enterado de ello. Comenzó a caminar por la estancia con pasos apresurados. Cavilando, descartando posibilidades, sopesando alternativas.

—La niña, Rosa Catalina Blanca de Lara, nació en la ciudad de Córdoba.

Alonso cerró los ojos durante un instante. Incapaz de asimilar la sorprendente noticia. ¡Rosa tenía una hija! ¡Una niña y que él desconocía por completo!

—¿Tengo una sobrina? —Preguntó completamente estupefacto sin creerse la noticia—. ¿Y no sabía absolutamente nada? —Su mirada de halcón se clavó en la religiosa que desvió sus ojos rápidamente—. ¡Esto es una infamia! —Exclamó con cólera resabiada.

El abogado seguía examinando documentos.

—El matrimonio de su hermana con sir Andrew Robert Beresford es legal. La ceremonia fue oficiada por el embajador inglés, sir George Villiers.

Alonso pensaba a toda velocidad. «¿Había dicho Beresford? Tenía que estar equivocado».

—¿Los Beresfords de Portsmouth? —Preguntó con voz caliente de odio.

El abogado hizo un gesto afirmativo y Alonso maldijo violentamente. Él conocía muy bien a la familia Beresford pues había indagado sobre ellos a raíz de la reclamación de paternidad del padre John Beresford sobre la sobrina del conde de Ayllón, pero una duda le mordía el corazón provocándole un estado caótico difícil de sujetar, ¿cómo los había conocido Rosa?

Él, que había creído que la mantenía protegida en el convento, y se había engañado por completo. Rosa no le dijo nada cuando fue a Córdoba para traerla de nuevo a Sevilla. Su deseo era mantenerla encerrada porque así protegía su vida...

—¡Maldita traidora! —Masculló con ofensa.

Rosa se había burlado de él durante años. Maquinando a sus espaldas, no solamente contra la corona, sino contra la Casa de Lara. Alonso tenía la certeza que tras el matrimonio de su hermana con un maldito inglés estaba el conde de Ayllón. Y se juró hacerle tragar sus manipulaciones.

—La reina María Cristina actuó como testigo ausente del matrimonio. Aquí está su firma real en el documento —dijo el abogado seguía examinando documentos.

Alonso cada vez entendía menos. La reina no podía apoyar el matrimonio de su hermana con un desconocido. Debía de existir un error, pero se dijo que la reina ya lo había hecho con él y con la hija de Rodrigo.

—Todas las propiedades han sido transferidas a nombre de su sobrina, Su Excelencia. Y el padre de la pequeña ha sido nombrado tutor y fideicomisario de todas. —Alonso parpadeó incrédulo. Su hermana había jugado sus cartas con una astucia asombrosa—. Pero estos documentos son meras copias, imagino que los auténticos estarán en poder de sir Andrew Robert Beresford.

—¿No sirven para hacer una reclamación? —Preguntó.

El hombre negó una sola vez.

—Imagino que su hermana decidió hacer una copia de ellos por si fuera necesario.

—¿Necesario para qué? —Inquirió Alonso con voz más furiosa todavía.

—Para que la corona o la Casa de Lara no pudiera tener acceso a sus propiedades y a su fortuna. Con ellos podría mostrar su legalidad, pero no servirían para hacer una reclamación válida porque para ello son necesarios los originales.

Alonso masculló ostensiblemente, pero si su hermana creía que lo había vencido, estaba muy equivocada. Clavó sus ojos en su secretario y hombre de confianza que se había mantenido en un discreto silencio mientras examinaba los documentos.

—Marcha a Córdoba y busca en el Palacio de Zújar todos los documentos que creas de interés. Nos veremos en Madrid en dos días.

El hombre, de mirada misteriosa, le hizo un gesto afirmativo. Alonso recogió todas las copias y las enrolló y las ató con una cinta amarilla. Miró al secretario con ojos entrecerrados.

—Prepara un contrato matrimonial entre mi sobrina Rosa Catalina Blanca de Lara y el primogénito del duque de Marinaleda: León Alejandro de Hidalgo y Osuna.

El secretario apoyó su espalda en el respaldo de la silla. Veía al Duque de Alcázar caminar de un lado a otro de la estancia con rostro sombrío y mirada pétrea.

—Ese acuerdo matrimonial fue concebido para su hija, Su Excelencia —dijo de pronto.

Alonso paró sus pasos y lo miró de lleno. Él había pactado el acuerdo para su futura hija, pero todavía no tenía descendencia y dudaba que la tuviese porque estaba casado con una completa desconocida y de la que no sabía nada en absoluto.

—Pero no tengo una hija, ¿verdad? —Le preguntó de forma retórica—. Aunque me ha caído del cielo una sobrina. Un golpe de suerte que pienso aprovechar al máximo.

—El duque de Marinaleda puede poner alguna objeción al respecto pues el cambio es notorio —le dijo con tono medido.

—Mi amigo Leonardo no podrá objeciones —alegó el duque convencido.

—Debemos pensar en la parte contraria. El padre de la niña puede opinar de forma muy diferente —continuó el hombre de confianza de Alonso—. No olvide que ha sido reconocida recientemente. La niña es ciudadana inglesa.

Alonso medio sonrió, pero de una forma completamente cínica.

—La niña es nacida en Córdoba, ¿no es cierto? —El abogado asintió—. Es lo único que me importa.

—Deberá lograr que la corona apoye su reclamo sobre la niña.

—Soy un Grande de España. La corona me respaldará. Como responsable de mi sobrina podré concertar un matrimonio con una casa leal a la corona. Y mi hermana estará completamente de acuerdo, puedo asegurarlo.

Alonso meditaba a toda velocidad. Tomando y descartando opciones. En modo alguno le apetecía hacer un viaje, pero tenía que hablar con Rosa y convencerla de que aceptara aquello que tenía pensado para su hija.

—Prepararé mi marcha inmediata hacia Inglaterra.

CAPÍTULO 4

Whitam Hall, Inglaterra

—Su Excelencia el Duque de Alcázar espera ser recibido. —El mayordomo había entrado silencioso a la sala, Rosa no lo oyó en un principio, por ese motivo el leal sirviente repitió sus palabras—. El Duque de Alcázar se encuentra en el vestíbulo, milady.

El jadeo de la mujer fue claramente audible. «¿Qué hacía Alonso en Inglaterra?», se preguntó desesperada. Marcus le entregó la tarjeta de visita, y Rosa se encontró leyendo unas letras que a sus ojos se desdibujaban.

Un sudor frío comenzó a perlarle la frente. Alonso siempre iba acompañado de malas nuevas. Desde que recordara, cada vez que él aparecía, la paz se esfumaba del entorno como por arte de magia.

—Si lo estima conveniente, puedo anunciarle que se siente indispuesta.

Rosa alzó los ojos de la tarjeta al mayordomo, y la posó en el hombre que tenía en el rostro una mirada solemne.

El sirviente estaba dispuesto a sacarla del apuro que creyó que sentía con la visita de su hermano. Imaginó que su disgusto resultaba demasiado evidente en el rostro, tanto que lo preocupó.

Inspiró profundamente antes de responderle.

—Condúzcalo a la biblioteca, lo recibiré allí.

El sirviente hizo un gesto solemne y, de forma tan silenciosa como había entrado, abandonó la sala de lectura donde se encontraba ella.

Rosa se llevó la mano al cuello ante el escalofrío que la sacudió.

La visita de Alonso no presagiaba nada bueno, y ella mejor que nadie lo sabía. Había abandonado el convento sin firmar el acuerdo preparado por la reina, y no había hecho el traspaso de las propiedades que ella controlaba.

Se secó la palma de las manos en la tela de su vestido, y al mirarlas comprobó cuánto le temblaban. Intentó recogerse algunas guedejas que se le habían soltado de la sujeción del moño, y se alisó el vuelo de la falda por si tenía alguna arruga. Caminó hacia la puerta con pasos cortos, medidos, como si caminara directamente hacia el cadalso. Empujó la puerta y salió al vestíbulo. La distancia entre la biblioteca y el salón de lectura no era mucha, pero a ella le parecieron leguas.

Cuando quedó frente a la puerta cerrada, inspiró de nuevo y empujó la gruesa hoja de madera. Su hermano estaba de espaldas a ella y miraba una de las estanterías llenas de libros. Los dedos de su mano derecha acariciaban un lujoso tomo de piel que tenía las letras grabadas en oro.

—Alonso.

Su hermano se giró con rapidez hacia la voz que había sonado indecisa. Cuando Rosa clavó sus ojos en el rostro de su hermano, sofocó un gemido de sorpresa, ¡Alonso no parecía el mismo!

—Rosa —respondió con voz enjuta.

Ella se sentía incapaz de avanzar hacia el centro de la biblioteca. Parecía que le habían clavado los zapatos al suelo, además sentía las piernas pesadas.

—Tomaré un café, muchas gracias —le dijo Alonso para cortar el silencio que se había instalado entre ambos.

Ella no le había preguntado si deseaba tomar algo. Se sentía tan paralizada que apenas podía respirar, mucho menos tragar.

—¿Qué haces en Inglaterra? —Logró preguntar al fin, pero sin poder controlar los latidos anárquicos de su corazón.

Alonso caminó varios pasos hasta situarse a escasos centímetros de ella, casi en el umbral de la estancia. Rosa cerró al fin la puerta tras su espalda y se quedó apoyada en la madera. Sus manos no habían soltado el picaporte. Deseaba tenerlas ocupadas para que Alonso no se percatara de lo nerviosa que se sentía en su presencia.

—Tengo asuntos que tratar contigo —admitió con voz seria y sin dejar de mirarla.

—Después, ¿te marcharás? —Le preguntó la mujer con apremio mal disimulado.

Con esa pregunta, había mostrado el temor que la presencia de él le provocaba.

Alonso entrecerró los ojos con cautela. Su hermana se veía muy apurada, y él conocía el motivo. Rosa avanzó varios pasos y se situó muy cerca de la chimenea.

—Deseo conocer a mi sobrina —soltó de pronto.

El aire se había vuelto tan denso para ella, que los pulmones de Rosa no podían inhalarlo. Se sentía incapaz de empujar el aliento de vida por su garganta hasta su pecho. Respiraba de forma entrecortada, con inspiraciones pausadas, pero no funcionaba.

¡Se ahogaba!

—Pediré un café —le dijo a su hermano apenas con un hilo de voz.

Rosa accionó el tirador situado cerca de la chimenea para llamar al servicio. El mayordomo apareció en la estancia apenas unos instantes después.

—Dos cafés, por favor.

El mayordomo, antes de retirarse, miró con ojos entrecerrados a la visita inesperada y le sostuvo la mirada al duque unos segundos más de lo que permitía el protocolo. Finalmente abandonó la biblioteca.

—Un criado insolente —arguyó Alonso con voz crítica.

Cuando la mirada seca regresó a la figura de su hermana, se percató de que seguía en completo silencio y apoyada en el marco de mármol de la chimenea. Parecía como si necesitara sostén. Comenzó a caminar por la agradable estancia mirando cada objeto con suma atención.

—Me estás poniendo nerviosa. —Las palabras de Rosa detuvieron los pasos de Alonso, que se giró hacia ella para mirarla con osadía.

—Y motivos tienes para estarlo —le espetó de forma cínica.

—Aquí no puedes manipular ni mi vida ni mis preferencias.

El reto fue lanzado contra todo pronóstico. Rosa estaba tan exaltada que apenas meditaba en las palabras antes de decirlas, por ese motivo, la sorpresa se dibujó claramente en el rostro de Alonso que la miró entre la resignación y el deber incumplido.

—Nunca he pretendido hacerte daño —le dijo en un tono de voz amargo—. Mal que me pese, eres mi único pariente vivo, y prometí hace muchos años velar por tu seguridad.

—¿Has venido solo? —Inquirió ella.

Alonso se preguntó por qué motivo su hermana cambiaba de conversación como quien cambia el pañuelo de mano. Evitaba mirarlo, y ese detalle lo enervó.

La entrada del mayordomo silenció la réplica de él, y lo mantuvo pasivo. Lo observó mientras dejaba la bandeja de plata en la mesa y servía el café con ademanes precisos. Cuando todo estuvo listo, hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

El silencio entre hermanos resultó muy elocuente.

Rosa soltó el aliento para tratar de serenarse. Tomó una de las tazas de porcelana llena de

café y se la ofreció a Alonso que la tomó sin un parpadeo. Ambos se sentaron frente a la mesa.

—No he viajado solo. Me acompañan Alejandro de Martín y Villanueva y Enrique de Palacios.

Rosa los conocía, eran hombres de confianza de su hermano y servían con fervor a la regente María Cristina.

—Habéis hecho un viaje muy largo.

Alonso clavó sus pupilas en ella antes de responderle.

—A las colonias iría si fuera preciso.

Rosa desvió los ojos y tensó la espalda con muchísima cautela. La frase de Alonso resultaba muy reveladora porque detestaba las colonias españolas.

—¿Por qué, Rosa?

La pregunta directa le mordió el corazón. En la voz de Alonso no había cólera ni altanería, y sí una profunda decepción que le hizo mirarlo de frente.

—No medí las consecuencias cuando se me presentó la oportunidad de marcharme del convento —respondió sincera.

—No te he preguntado por qué motivo huiste, más bien, por qué me has ocultado que tengo una sobrina.

Rosa sopesó varias respuestas, y valoró que ofrecerle la verdad sería lo más apropiado en ese momento.

—Nunca tuve intención de tomar los hábitos. Me marché de Sevilla para poner distancia entre tú y tus intenciones. Una vez instalada en Hornachuelos, conocí a lord Beresford, y me enamoré profundamente de él. El resto no es importante.

—Esa intención ya la suponía —respondió severo refiriéndose a los hábitos que no había tomado—, pero tu desobediencia me abruma hasta un punto inconcebible.

—Mi desobediencia tiene un nombre; fidelidad y compromiso.

Alonso la miró perplejo.

—Parecen las palabras de un político en un mitin —contestó sin dejar de mirarla—, y no las de una señora de tu alcurnia y responsabilidades.

Rosa se prometió no perder el control con Alonso, pero le estaba costando un esfuerzo tremendo. Su hermano tenía la facultad de derretir su voluntad como si fuera mantequilla.

—Ya no tienes el control sobre mí, ni sobre mis propiedades. He tomado el rumbo de mi vida y actúo en consecuencia.

—¿Y qué has logrado, Rosa? —La pregunta exigía una respuesta inteligente.

Alonso no era un hombre de medias tintas, y ella decidió mostrarse valiente.

—Independencia.

—Te recuerdo que ahora eres una mujer casada, tu esposo controla tu libertad, ¿llamas a ese resultado independencia? Y lo más grave, tu inglés practica otra religión a la de nuestros padres y ancestros, ¿no sientes el más mínimo remordimiento?

Alonso tenía razón, pero ella había obviado por amor todos y cada uno de esos detalles que tan amablemente le mostraba.

—Ya conoces el dicho, el amor y el mar no se puede amurallar, y yo amo a lord Beresford tan profundamente que esas objeciones me parecieron insustanciales y superables.

—Pero un extranjero, ¡por Cristo, Rosa! —Clamó Alonso con un tono de voz que parecía desesperado—. Debías fidelidad a la familia, ¡me debías obediencia!

Rosa soltó el aire abruptamente.

—¿Pretendes castigarme con tus palabras? —Le preguntó dolida y dejando la taza sobre la

bandeja—. Andrew es extranjero, sí, pero su padre luchó en España contra Napoleón. Su hermana es española y sobrina del Conde de Ayllón. Como puedes comprobar, no ha sido una elección tan desastrosa —se defendió.

—Mis palabras son el resultado de mi esfuerzo en tratar de ayudarte, pero nunca me lo has permitido —le confesó apesadumbrado.

—¿Ayudarme? ¿Encerrándome en un convento? —Le demandó llena de una congoja resabiada por años de silencio—. ¿Es esa tu forma de ayudar a tu única hermana?

—Medié ante la corona para evitar tu ahorcamiento, pero en vez de confiar en tu hermano, aceptaste la ayuda del primero que te la ofreció con intereses.

—Eso es una sandez —replicó molesta—. El auxilio del marqués de Whitam fue altruista y desinteresado.

—Soy un Grande de España, y mi hermana una de las mujeres más ricas de Andalucía, no puedo creer en la imparcialidad de tus benefactores.

Alonso se estaba mostrando tan quisquilloso como siempre.

—Cuando conocí a lord Beresford él desconocía quién era yo, y me amó creyendo que era una muchacha sencilla.

Alonso meditó en las palabras de su hermana. En el convento llevaba una vida austera y sin lujos, le habría resultado fácil hacerse pasar por una campesina, si no fuera por sus rasgos aristocráticos y esa altanería innata en la forma de mirar.

—Contéplate en un espejo porque eso que dices es una soberana estupidez. Solo hay que observarte una sola vez para saber que por tus venas corre la sangre más noble. Dudo que el tal Beresford ignorara quién eras realmente.

Rosa no pensaba caer en la trampa de Alonso, porque Andrew estaba fuera de toda discusión.

—¿Has venido desde tan lejos para recordarme lo noble que es mi sangre?

La pregunta estaba preñada de sarcasmo.

Alonso apretó la mandíbula hasta crujir los dientes porque no se esperaba esa actitud desconfiada por parte de ella. En el pasado, Rosa siempre se había mostrado introvertida y distante. Era su única hermana, pero se comportaba con él como una completa extraña.

—Aunque te resulte inconcebible, siempre me ha movido hacia ti un auténtico interés en protegerte.

Rosa parpadeó varias veces. Esa admisión por parte de Alonso la había pillado con la guardia baja.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me arrestó.

—Hice de verdugo para salvarte la vida, ¡incrédula!

—¡No me mientas, Alonso! ¡No puedo soportarlo! —Exclamó la hermana.

—No lo hago, y ni te imaginas por un momento los favores que he tenido que otorgar, ni los ruegos que he tenido que ofrecer por tu causa.

—Nunca te pedí tal merced —contestó envarada.

—No necesitas pedírmela, soy tu hermano, y le prometí a nuestro padre que te protegería incluso con mi propia vida.

Rosa se sentía cada vez más incómoda.

La actitud de su hermano la descentraba porque no se comportaba como ella había esperado en un primer momento. No le hablaba con el enfado como bandera, ni su tono contenía odio alguno, y esa clara resignación la molestaba profundamente porque la hacía parecer más culpable de lo que se sentía por haberlo engañado y huido cuando todo había estado a punto de

concluir.

—¿Qué quieres, Alonso? ¿A qué has venido realmente?

Un silencio pesado, como un oscuro nubarrón de tormenta, quedó suspendido entre ambos, que se medían mutuamente como adversarios, y muy lejos de sentir fraternidad.

—He cambiado mi testamento y he nombrado a mi sobrina heredera de todo mi patrimonio. Mis títulos pasaran directamente a ella cuando muera.

Rosa abrió los ojos como platos tras escuchar la declaración franca de su hermano.

¡Alonso se había vuelto loco!

—España está en guerra, y comando a los Húsares de la Princesa en el norte. La situación es bastante delicada allí —continuó explicándole.

—Lo sé —admitió algo evasiva—. El embajador español en Londres tuvo a bien informarme de cómo se desarrolla el conflicto en nuestro reino.

Alonso ignoraba que el embajador español tenía tratos con su hermana.

—Me preocupa morir en combate sin haber dejado mis asuntos resueltos.

—Te agradezco el gran honor que depositas en Blanca, pero estoy convencida de que tendrás tu propio heredero. Eres uno de los mejores paladines de la reina, pocos hombres superan tu audacia e inteligencia en batalla —Rosa calló durante un momento.

Alonso se sintió conmovido por las palabras de su hermana, aunque no lo demostró.

—Pero es un hecho que puedo morir mañana por una bayoneta enemiga, o por una bomba en el campo. Y con tu declaración de rebeldía el título que ostentó nuestro padre, nuestro abuelo y parientes pasados, pasará a la corona, así como la totalidad de nuestras posesiones. No puedes permitirlo. Nuestro padre y ancestros se revolverán en sus tumbas si lo permites.

Rosa no quería considerar esa posibilidad. Alonso era el único familiar cercano que tenía, y pensar en perderlo agitaba su corazón en sentimientos contradictorios por primera vez en su vida. Desde niña se había sentido desplazada porque ella se había criado lejos del hogar familiar. Su hermano había disfrutado de la compañía de los padres de ambos, y por ese motivo había alimentado su rebeldía contra él. Ahora podía admitirlo, y ser consciente de ello aumentó el grado de vergüenza que sentía.

—¿Y qué significan tus palabras? ¡No puedo regresar a España! No, a menos que ganen los carlistas.

Alonso inspiró profundamente.

—Busca en tu corazón, Rosa. Estoy convencido de que sabes que no ganarán. ¡No pueden vencer al Ejército Real!

Rosa lo presentía. A pesar de las victorias carlistas, la regente ganaría finalmente la batalla al Infante.

—Entonces ya está todo dicho entre ambos. ¿O no es eso lo que deseas escuchar de mis labios? —Preguntó angustiada.

—La corona no olvidará tu traición, pero Blanca puede ser el conducto para que algún día puedas regresar al reino.

—No sé si deseo regresar —admitió turbada.

Alonso la miró atónito. Rosa no podía hablar en serio.

—¿Renuncias a todo lo que te enseñaron? ¿Desprecias nuestras raíces? ¿Amigos? No puedo creerlo, Rosa, sería una infamia demasiado grande.

Rosa supo que había equivocado las palabras.

—Lamento haberme mezclado en política poniendo en entredicho el nombre de la familia. De poder volver hacia atrás tomaría otros derroteros, pero ya no puedo cambiar los hechos

consumados —admitió en un susurro apenas audible.

—Entonces permíteme que arregle los asuntos que aseguren el porvenir de Blanca en el reino.

«¿Asegurar el futuro de Blanca?». Rosa no comprendía nada.

—¿Cómo? —Preguntó atónita por la sugerencia.

—La reina está dispuesta a considerarla mi legítima heredera, y además aprueba el compromiso nupcial entre el ducado de Alcázar y el de Marinaleda.

Rosa irguió la espalda al escuchar a su hermano.

—¡No pienso prometer a mi hija! —Exclamó con incrédula agitación.

—Escúchame, Rosa —le pidió Alonso con un tono conciliatorio que sonaba extraño en él —, firmé un acuerdo hace muchos años con el ducado de Marinaleda entre mi futura primogénita y el primogénito de Leonardo, y es imposible romperlo. Permíteme que te muestre los documentos que he redactado porque he incluido algunos cambios.

Alonso se levantó y caminó con pasos raudos hasta el lateral del hogar apagado. Cogió una cartera de piel que ella no había visto cuando entró a la estancia, y regresó tras sus pasos hasta el lugar donde se encontraba sentada sin moverse.

Las manos fuertes desataron el nudo que cerraba la cartera y comenzó a sacar diversos papeles.

—Aquí tienes mi testamento, y una copia que quedará en tu poder cuando me marche.

Alonso depositó en las manos de su hermana el documento que leyó ella con suma atención.

—Este es el acuerdo nupcial entre ambos ducados, pero me he permitido incluir una cláusula: Blanca podrá romper el acuerdo si finalmente no desea el compromiso con Marinaleda, aunque tendrá que esperar a la mayoría de edad y renunciar a la mitad de la dote. Es lo mejor que he podido obtener.

Alonso dejó el documento en la mesa e iba amontonando otros.

—Todas y cada una de las propiedades que están en posesión de los Lara pasarán a Blanca cuando cumpla la mayoría de edad, y en caso de contraer matrimonio pasarán a manos de su esposo, pero tú gestionarás el usufructo de todas.

Rosa estaba asombrada. Cada vez que veía los documentos sentía una opresión en el corazón. Era como si Alonso lo hubiese dispuesto todo para su muerte inminente.

—Solo existe una condición —le dijo él.

—¿Condición?

—La reina desea conocer a Blanca en persona. Y una vez lo haya hecho, autorizará el documento real que la reclamará en la corte cuando cumpla la edad para tomar posesión de su herencia, pero desea firmarlo en presencia de la pequeña, como manda la ley.

—¡Dios mío! —La voz de Rosa había sonado angustiada.

Todo era mucho más serio de lo que podría imaginarse.

—Juro que la protegeré con mi vida si me la confías —le aseguró el hermano con voz solemne.

—¡No puedo enviarla a España! —aseguró la hermana que se sentía dividida en sentimientos.

—La niña estará fuera unas semanas como mucho.

Unas semanas que a ella se le antojarían años.

—¡Estás loco si crees por un momento que voy a dejar marchar a mi pequeña al lugar donde pensaban ahorcarme!

Alonso apretó el mentón al escucharla.

—Rosa, es un precio ínfimo a cambio de ser mi heredera legítima. La reina comprendería que es un acto de buena fe por tu parte.

—Tengo que hablarlo con mi esposo.

Alonso apretó los labios con una mueca de ira.

—Yo hablaré con él —concedió de forma marcial.

Ella parpadeó confusa pensando en Andrew y en lo que diría si estuviera presente.

—No se encuentra aquí, sino en Londres.

Alonso respiró varias veces al mismo tiempo que entrecerraba los ojos negros.

—¿Cuándo tiene pensado regresar?

—Lo ignoro, quizás en dos o tres días, una semana como mucho.

—¡No puedo esperar tanto tiempo!

Rosa miró de frente a su hermano, y le sostuvo la mirada con firmeza.

—Unos días no suponen cambio alguno en mi vida.

—¿Cómo puedes decir algo así? Estamos en guerra, ¡maldita sea!

Rosa aguantó un suspiro cansado y sopesó diferentes alternativas.

—Podemos gestionar estos asuntos más adelante —le ofreció, aunque sin estar del todo convencida de ello.

—¿Cuando haya muerto? —Le preguntó su hermano a bocajarro.

—¡Alonso! —Exclamó dolida por esa pregunta.

—Siempre, desde que recuerdo, has puesto obstáculos en mi vida, en mis acciones. —El suspiro de Rosa lo enervó todavía más—. Merecía saber que no tenías intención de tomar los hábitos. Que tenía una sobrina y que pensabas contraer matrimonio con un completo extraño. Has sido una constante decepción. Un cúmulo de desobediencias que nos ha llevado hasta aquí: un callejón sin salida.

Rosa ahora sí que soltó un suspiro porque contenerlo en su interior le provocaba un dolor sordo en el pecho.

Ella no había contemplado a sus amigos morir en el campo de batalla lidiando con los franceses para defender sus tierras, sus hijos. Se había creído en posesión de la verdad, y ahora, cuando casi pierde a su hija por sus movimientos políticos, se había dado cuenta de que nada importaba más que la familia, y Alonso seguía siendo su hermano.

—Lo sé, y no sabes cuánto lo lamento.

—Entonces ayúdame a tomar las medidas que aseguren el futuro de mi única sobrina. A que no renuncie a todo lo que lograron nuestros progenitores.

—No estás siendo justo —le recriminó ella.

—¡Se lo debes a nuestro padre! —Bramó Alonso con un tono de voz que ponía los vellos de punta.

Rosa pensó que Alonso sabía cómo dar estocadas certeras.

—No puedo actuar a espaldas de Andrew, es el padre de Blanca, y él no se encuentra aquí para autorizarte —trató de justificarse.

—Un padre que estaba ausente hasta hace bien poco, ¿no es cierto?

El rubor cubrió las mejillas de Rosa por completo.

—Ese ha sido un comentario maldiciente porque mi esposo desconocía su paternidad.

Alonso atacó más firme.

—Maldiciente o no, es cierto. Rosa, deseo limpiar la palabra traidor de nuestro apellido, y con tu actitud me haces sentir que te importa bien poco que lo logre.

Rosa sentía que le faltaba el aire. Cada palabra que pronunciaba su hermano se le clavaba en el corazón como finas mordeduras de serpiente. Ignoraba cómo enfrentar un hecho incuestionable: había echado por tierra el ilustre nombre de su familia. Generaciones de Lara con un honor intachable.

—La traidora soy yo, y por ese motivo tú no deberías pagar por mis pecados.

Alonso sabía que había encontrado una grieta donde penetrar más profundamente con sus argumentos. Rosa estaba a punto de capitular, lo presentía.

—La palabra «traidor» estará ligada a nuestro apellido eternamente si yo muero en batalla y no me permites que reconozca a Blanca como mi heredera.

Rosa pensaba a toda velocidad.

—Para reconocerla, la niña no necesita viajar a España por un capricho de la corona — argumentó.

Alonso apretó, mucho más fuerte, el lazo que iba anudando al cuello de su hermana.

—Ha sido reclamada por la reina. Soy un Grande de España, ¡maldita sea! No puedo ni ir a orinar sin pedir permiso a la corona.

Rosa desechaba pensamientos arcaicos porque la llevaban hacia un lugar donde no quería ir: a la consecuencia de sus acciones. Ansiaba todavía más que su hermano que la palabra «traidor» no quedara para siempre asociada al apellido Lara. Sin embargo, como Alonso había dejado claro de manera contundente, eso sería inevitable si él moría en batalla sin dejar descendencia. Como única heredera viva de la dinastía Lara, tendría que soportar el desprecio y la vergüenza que les seguirían a ella y a sus futuros descendientes. ¡No podía permitir algo así! Pero no podía actuar a espaldas de Andrew.

Alonso se percató de la vacilación que sentía su hermana.

—¡Juro que la protegeré con mi vida! —Prometió vehemente.

Rosa se retorció las manos sin piedad.

—¡No puedo, Alonso! De veras que no. Mi esposo no se merece una insidia así de mi parte. No puedo actuar a sus espaldas sin conocer su opinión al respecto.

Los ojos de Alonso se clavaron en los de Rosa sin una mota de piedad.

—¿Es tu última palabra? —Preguntó sumamente dolido. Herido en lo más profundo de sus sentimientos fraternales.

Rosa hizo un gesto afirmativo quedo, y mientras el silencio continuó siendo la premisa entre ambos. Tras un momento largo y pesado, Alonso se levantó al fin del sillón y comenzó a caminar hacia la puerta sin pronunciar una sola palabra.

Rosa lo miró con los ojos llenos de lágrimas por la ausencia de despedida, aunque fuese amarga, pero antes de que él alcanzara la manecilla de la puerta, lo detuvo con sus palabras.

—¡Espera...! —Alonso no se volvió.

Se mantuvo quieto con los hombros tensos y la espalda erguida.

En la estancia se oía el respirar agitado de Rosa. El frufrú de la tela de su vestido al levantarse de la silla y caminar varios pasos hacia él.

—Mandaré ahora mismo un mensaje urgente a lord Christopher Beresford. Es el hermano de mi esposo, hablaré con él y le expondré tu propuesta.

Alonso hizo un gesto afirmativo, y cuando se giró de nuevo hacia su hermana, está ya había alcanzado el tirador para llamar al servicio.

Palacio de Oriente, Madrid, reino de España

Alonso de Lara iba a entrevistarse con la reina María Cristina. Las noticias que traía eran esperanzadoras, pues la guerra contra el Infante don Carlos se prolongaba más de lo previsto. Las provincias del norte se habían sublevado; La Rioja y Navarra estaban bajo el mando de Zumalacárregui, quien lograba victorias inesperadas. El general había organizado en poco tiempo un ejército considerable al que se habían unido otros carlistas debilitados tras la expedición de Pedro Sarsfield. Además, había logrado equipar a sus hombres con armas tomadas a los ejércitos cristinos en el campo de batalla y en ataques contra destacamentos liderados por don Luis Fernández de Córdova.

Zumalacárregui era un hombre consciente de la inferioridad tanto numérica como armamentística de su ejército, y por eso se valía de las tácticas de guerrilla que tan buen resultado habían dado en el pasado contra Napoleón, para minar al ejército de la reina María Cristina. Sin embargo, se mostraba cruel en la represión y empleaba el terror para mantener controlado el territorio, actitud que Alonso censuraba. Afortunadamente para la monarquía, la derrota sufrida por el ejército carlista en la batalla de Mendaza y la prudente retirada en la batalla de Arquijas habían dado un giro inesperado a la lucha.

Los carlistas retrocedían y ellos avanzaban.

Alonso detuvo sus pasos para contemplar el Salón de Embajadores, donde aguardaba la presencia de la reina María Cristina de Borbón-Dos Sicilias. Había sido convocado con urgencia. El salón estaba dominado por dos majestuosos tronos. Las paredes, tapizadas en terciopelo rojo con bordados rococó en plata dorada, le parecieron un tanto recargadas para su gusto. A cada lado de los tronos se erguían cuatro imponentes leones de bronce, cada uno con una garra apoyada en una bola de caliza rojiza. Además, adornaban la sala doce consolas doradas con espejos importados de Italia, que representaban las estaciones del año, los elementos y los continentes. Alonso desvió la mirada hacia las estatuas traídas por Velázquez por encargo del rey Felipe IV. Aunque el conjunto de la sala era excepcional, él se sentía extrañamente agobiado por la opulencia. Una de las puertas laterales, gruesa y alta, se abrió para dejar paso a la entrada de la reina.

Alonso se inclinó en una profunda reverencia..

—En pie, Duque de Alcázar —Alonso cumplió la orden real y se quedó a un escaso metro de la regia figura.

María Cristina venía acompañada de sus hombres de confianza y del arzobispo Gregorio Osuna.

—¿Qué noticias traes? —Preguntó María Cristina con voz marcial.

—La derrota sufrida por el ejército carlista en la batalla de Mendaza y la prudente retirada en la batalla de Arquijas han dado un giro inesperado a la lucha. Los carlistas retroceden, Majestad.

María Cristina lanzó un profundo suspiro y siguió mirando a Alonso con ojos inquisidores.

—Pero me preocupa Nazario Eguía que ha asumido el puesto de general en jefe de las tropas en Navarra —respondió la reina—. Su ejército asciende a más de treinta y seis mil hombres.

—Están empeñados en liberar Bilbao, y esa pretensión puede costarles muy caro —respondió Alonso.

La reina comenzó a dar pasos cortos en una dirección y en otra, meditando las palabras del noble.

—Lo que realmente nos hace daño no es el ejército armado, sino las guerrillas.

Alonso suspiró. La lucha de guerrillas minaba al Ejército Real de la misma forma que

habían minado al Ejército de Napoleón, porque se escondían en las montañas y se movían como serpientes sigilosas.

La reina paró sus pasos y clavó sus ojos en la figura de Alonso con crítica.

—Creí que al establecer alianzas entre nobles y unir casas importantes mediante matrimonios lograría parar esta guerra absurda. Esta reclamación sin sentido por parte de mi cuñado. —Alonso tensó los hombros pues sabía lo que venía a continuación—. Aracena de Velasco comanda la mayor guerrilla de Burgos.

Alonso apretó los labios con ira ante el recuerdo traído de forma premeditada por la reina. Cerró los puños a sus costados para contener la cólera.

—Aracena es un problema menor, Majestad —le respondió severo.

—Uní las casas de Lara y Velasco precisamente para evitar esto. Y me sorprende tu falta de capacidad para controlar a tu esposa. —La crítica de la reina le escoció en lo más profundo—. Acepté el matrimonio de Rosa de Lara con un inglés para asegurarme la lealtad de tu hermana, pero todo ha sido en vano.

Alonso entrecerró los ojos antes de responder. Que él estuviera casado con la hija de su mayor enemigo solo era responsabilidad de la reina, y que su hermana estuviera casada con un maldito inglés era responsabilidad de Rodrigo de Velasco.

—Por ese motivo deseo pedir la merced de una gracia real. —Las cejas de la reina se alzaron con un interrogante—. Un compromiso entre mi sobrina, Rosa Catalina Blanca de Lara, y León Alejandro de Hidalgo y Osuna.

La reina parpadeó completamente sorprendida. La pretensión de Alonso de Lara de unir los ducados de Alcázar y Marinaleda era de una ambición desmedida.

—¿Qué gana la corona con la unión de ambas familias?

—Si la corona aprueba el compromiso de mi sobrina, controlaré la fortuna e influencia de mi hermana para que no pueda financiar la lucha de vuestro cuñado.

—¿Te consta que la está financiando? —Preguntó la reina con voz seca.

Alonso sabía que caminaba al borde de un precipicio. La reina era demasiado suspicaz y él tenía que llevar mucho cuidado.

—No —contestó de forma categórica—, pero el padre de la pequeña, como tutor y fideicomisario de la fortuna de la niña, puede desviar fondos para la causa carlista, pero si consigo el acuerdo de compromiso las propiedades de mi hermana, que pasarán a mi sobrina, quedarán sujetas como dote y yo las controlaré.

La reina meditó durante unos momentos la propuesta de Alonso de Lara.

—Si accedo al compromiso —dijo al fin—, puedo crear un conflicto internacional con Inglaterra que puede ser perjudicial para la corona, y no estoy dispuesta a un descalabro de tal magnitud.

Alonso se temía una respuesta así.

—Los ingleses están luchando a favor del Infante don Carlos —le espetó Alonso con voz controlada—. Un ejemplo de ello es Charles Frederick, ese soldado inglés que logró algunos triunfos, y muchos otros de los que todavía no tenemos constancia. —El mentón de la reina se endureció al escucharlo.

El inglés era prisionero de Alonso de Lara, y lo último que necesitaba la monarquía eran intrusos que se creían paladines de la reclamación carlista.

—Hablas con imprudencia, y puedo tomármelo como una provocación.

Fernando Muñoz decidió intervenir en la discusión.

—No es una idea descabellada —apuntó conciliador—, pero de hacerla efectiva habría que

atar bien todos los cabos. —María Cristina y Alonso miraron atentamente al ministro sopesando sus palabras, e intentando descifrar el interés escondido—. Asegurarse la lealtad de los nobles uniéndolos a las familias más fieles es la mejor estrategia que podemos seguir para lograr la victoria.

—Bien es cierto que hasta ahora no ha dado resultado. —La reina tenía en mente el matrimonio de Alonso de Lara con Aracena de Velasco, y de Rosa de Lara con un inglés, ambos apoyados por ella—. Pensé erróneamente que tener a la mayoría de los nobles de mi parte sería suficiente, no obstante, me equivoqué.

—El Conde de Ayllón no se ha pronunciado al respecto —le recordó Alonso a la reina, que parecía intranquila—. Sigue viviendo al margen en Inglaterra, y dudo que se mueva en un sentido u otro.

—De Velasco sería un aliado importante para mí causa. —Se quejó la reina con un suspiro de resignación—. Con su apoyo pensaba obtener los de Irián, Besande, también los de Arcayos y Laciana.

—Tengo intención de regresar a Inglaterra pues debo llevar a mi sobrina Blanca junto a su madre —dijo Alonso a la reina en voz muy baja.

Alonso le había mentido a su hermana. No era necesaria la presencia de la niña para obtener el beneplácito de la corona al enlace que él codiciaba. Quería asegurarse la obediencia de Rosa, y dejando a su hija en sus manos le había demostrado que confiaba en él.

—Puedo entrevistarme con el Conde de Ayllón, Majestad. Tratar de inquirir sobre su demostrada parcialidad en el asunto que nos concierne.

La reina entrecerró sus ojos con cierto enojo.

—Te necesito aquí en el reino, y no en un país extranjero que puede posicionarse ante el derecho divino de la infanta Isabel de ser la reina legítima de todos los españoles.

—Será por un breve periodo de tiempo, el suficiente para tratar de hacerles comprender a mi hermana y al conde la necesidad imperiosa de mover su postura a hacia la corona.

—No pienso crear un conflicto por tu ambición desmedida, Alonso.

—No se creará, Majestad. Mi palabra entrego.

La reina lo pensó durante un instante largo.

—Ve pues. Trata de controlar a tu hermana y conmover al conde a mi favor.

Todo había quedado dicho.

Alonso hizo una profunda reverencia y caminó de espaldas hasta dar con la puerta de madera. Asió el picaporte dorado y volvió a inclinar la cabeza a modo de despedida. Cerró la puerta suavemente.

Tenía un largo recorrido y muchos escollos por salvar.

CAPÍTULO 5

Sierra de Neila, Burgos

Aracena miró al bandolero Kiko Peña con gran interés. Llegaba al campamento con una comitiva de guerrilleros y bandoleros de diferentes partes del reino, pero uno de entre todos le llamó poderosamente la atención. Cuando el hombre hizo un barrido del centro del campamento con la mirada, el aire se le escapó del cuerpo. Frente a sí tenía a un hombre que era una copia casi exacta de Alonso de Lara.

Se le desbocó el corazón. Le costaba respirar. Ambos hombres compartían la misma estatura, complexión. Los dos poseían marcados rasgos aristocráticos, pero el que había llegado con Kiko tenía los ojos muy grandes y el cabello negro muy grueso y rizado.

—Buscamos a la Serrana —dijo Kiko Peña.

Era el nombre por el que se la conocía en Burgos.

Aracena se encontraba sentada junto a varios hombres, situación que le permitía observar con atención a los recién llegados sin que reparasen en ella.

—¿Quién la busca? —Preguntó uno de los guerrilleros.

—Yo la busco —afirmó Kiko con voz fuerte.

Aracena no perdía detalle de los hombres.

—¿Y para qué la busca? —Insistió uno de los guerrilleros que la protegía.

—Traigo un mensaje de Joaquín Moreno.

Joaquín Moreno era el hombre de confianza de Rafael Maroto. Aracena decidió descubrirse. Se levantó del taburete y quedó frente a Kiko.

—Una hora inusual para traer un mensaje.

Kiko dio dos pasos hacia ella. Los cuatro hombres que lo acompañaban hicieron lo mismo, pero como a uno de los guerrilleros le pareció que trataban de intimidarla, se situó tras ella, otros guerrilleros también se posicionaron en actitud protectora.

—Ha sido muy difícil encontrarte, Serrana. —La voz de Kiko Peña rezumaba admiración—. Creíamos que seguías en Burgos junto a Belmonte.

—La última incursión en Aranda de Duero fue muy peligrosa y nos tocó refugiarnos en la sierra. Nuestro emplazamiento en Burgos sigue fuertemente vigilado.

Ella no podía apartar los ojos del hombre que ahora sí reparaba en su persona.

—¿Quién eres? —Se atrevió a preguntar porque el parecido con el duque era asombroso.

Le provocaba escalofríos.

—Soy Martín —respondió el hombre sin dejar de mirarla.

Su voz era grave y rebosaba seguridad. Aracena entrecerró los ojos para ocultar el brillo de curiosidad que asomaba por ellos.

—Es el ahijado de Joaquín Moreno —aclaró Peña.

—De Lora del Río —apuntó ella en voz muy baja.

—De Lora del Río —confirmó él.

Kiko saco una carta lacrada del interior de su fajín a rayas. Con pulso firme le tendió la misiva. Aracena la leyó en silencio.

—No les gustará a mis hombres —dijo al fin.

Martín mostró una sonrisa burlona, como si ella hubiera dado la respuesta que esperaba él. Y le resultó gracioso que ella se refiriera a los hombres que luchaban a favor del Infante como

sus hombres.

Aracena le dio la carta a Salvador Díaz, segundo guerrillero al mando.

En la carta, Joaquín Moreno les pedía que se unieran a otra guerrilla cerca de Valgañón, en La Rioja, y que se dejaran liderar por Martín, su ahijado y hombre de confianza.

La mente de Aracena era un hervidero de especulaciones. ¿Quién era ese hombre que se parecía tanto a Alonso de Lara, pero en versión más morena? ¿Por qué motivo le pedía Joaquín que se uniera a otro grupo guerrillero? La carta no aclaraba nada más.

—¿Por qué en La Rioja? —Preguntó con ojos entrecerrados.

Kiko Peña soltó un suspiro.

—El destino final no será Logroño, sino Zaragoza —contestó Martín.

La ciudad de Zaragoza constituía una magnífica posición estratégica, y por eso estaba fuertemente protegida por una importante guarda isabelina.

—Zaragoza es tierra llana —dijo ella—, los isabelinos son muy fuertes allí.

—Esa es nuestra baza —respondió Kiko—, los isabelinos nos suponen lejos, y gran parte de su guarnición será empleada para reforzar un ejército que habrá de cerrar el paso hacia el Maestrazgo a la expedición de Basilio García, que abandonará Navarra con la intención de unirse a Cabrera.

—Pero esa guarda ha sido desviada hacia La Mancha y se supone que desde allí debe de realizar un nuevo intento de aproximación.

Kiko meneó la cabeza en actitud negativa.

—Cabrera está convencido de que puede asaltar la ciudad, pero no con el ánimo de ocuparla, sino de saquearla para que no pueda servirle al enemigo.

—¿Quién lidera el grupo guerrillero de Valgañón?

Fue Martín el que respondió:

—Yo mismo.

Aracena no sabía qué pensar.

—¿Cuántos hombres?

—Más de un centenar.

La mujer parpadeó, sorprendida por la cifra. Era un número nada despreciable. Si los guerrilleros fueran soldados rasos, serían un grupo insignificante. Sin embargo, la guerra de guerrillas implicaba ver sin ser visto, hostigar al enemigo en su propio terreno, que los guerrilleros conocían muy bien, y enfrentarse a fuerzas defensoras con destacamentos irregulares y dispersos. Actuaban mediante ataques rápidos y sorpresivos, infiltración e intercepción de comunicaciones, voladura de instalaciones, puentes y caminos, así como la captura de armas y provisiones. Tácticamente, era un tipo de guerra que subordinaba todo al desgaste y al arte de reunirse y dispersarse sin dejar rastro. De esta manera, lograban objetivos estratégicos que un ejército organizado y a la vista nunca podría alcanzar.

Aracena comandaba a treinta y seis guerrilleros de Soria, León y del propio Burgos.

—Podemos seguir hablando tomando un café —sugirió Kiko Peña al mismo tiempo que daba un paso—. Hace un frío de mil demonios.

A Aracena le causaba extrañeza que Martín no le preguntara por qué motivo una mujer comandaba una guerrilla en la guerra, pero ella ignoraba que el hombre estaba bien informado.

La culpa de que ella se hubiese mezclado con guerrilleros recaía en la reina María Cristina. Tiempo atrás, Aracena y su padre, el Conde de Ayllón, se habían entrevistado con la regente en la corte para exponer los motivos de su petición de divorcio, pero fueron ignorados cruelmente. A pesar de los esfuerzos de Rodrigo de Velasco, padre de Aracena, para obtener al menos una

separación legal basada en la falta de consumación del matrimonio, la reina no tuvo en cuenta sus argumentos. Cuando uno de los asesores de confianza de la reina cuestionó directamente a Aracena sobre su relación íntima con el Duque de Alcázar, ella lo negó vehementemente. Sin embargo, varios nobles, comerciantes y amigos del duque, incluyendo a Alejandro de Martín y Villanueva y Enrique de Palacios, testificaron lo contrario ante su padre. La reina tomó partido en contra de Aracena, lo que la llenó de una rabia infinita. Decidió permanecer en el reino mientras su abuela paterna, María, buscaba la ayuda de un influyente obispo francés para interceder a su favor ante el Sumo Pontífice. Mientras tanto, Rodrigo regresó a Inglaterra, a la espera de noticias de su madre. Aracena se negaba a seguir esperando una ayuda que no llegaba y decidió abandonar la ciudad de Sevilla, negándole al arrogante Duque de Lara la satisfacción de verla humillada al no obtener la separación que su padre y ella habían buscado.

El matrimonio del paladín de la reina con la hija de su peor enemigo había corrido como la pólvora en todo el reino. Alonso se había convertido en el hazmerreír de los carlistas a pesar de las victorias que conseguía sobre ellos. Aracena de Velasco, la intrépida guerrillera serrana, era una espina clavada directamente en el corazón del noble.

El padre de Aracena insistió en que esperara noticias junto a él en Inglaterra, pero ella se negó a abandonar el reino. Aunque deseaba poner la mayor distancia posible entre Alonso y ella, decidió establecerse en Burgos, en la pequeña posada regentada por el pintor Álvaro Belmonte, quien había sido amante de su madre, Isabelle, en el pasado, y con quien aún mantenía correspondencia y un afecto sincero. Una vez en Burgos, Aracena continuó actuando como correo para los carlistas. Cuando Álvaro sufrió una emboscada por los hombres liderados por Alonso de Lara, que resultó en la pérdida de sus dos piernas, Aracena se convirtió en una pieza indispensable para él. Aunque el grupo de guerrilleros había decidido unirse a Tomás de Zumalacárregui y de Imaz, Álvaro logró convencerlos para que se quedaran en Burgos. Aunque al principio mostraron resistencia, terminaron aceptando a Aracena en el grupo debido a su habilidad para hablar inglés aceptablemente, gracias a su madre americana, y un francés correcto. Era una mujer hermosa que se aproximaba sin dificultad a los oficiales isabelinos y les tendía diversas trampas, después de lo cual los demás se encargaban del resto. Con el tiempo, ganó el respeto de los hombres, y terminaron aceptando que Aracena fuera los ojos y los pies de Álvaro Belmonte, especialmente cuando los oficiales isabelinos apostaban entre ellos para ver quién la mataba primero.

La vieja casa de montaña estaba muy bien acondicionada, aunque tenía pocos dormitorios. Las cuadras se habían habilitado para albergar al grueso de los hombres. Ella dormía en la habitación más pequeña de la vivienda. El salón se arregló para que pudieran descansar los hombres que acompañaban a Kiko Peña.

En dos días partirían hacia La Rioja.

CAPÍTULO 6

Belmonte la miraba muy serio. Era una soberana estupidez que ella corriera un riesgo innecesario viniendo a la ciudad de Burgos. Aracena le había enseñado la carta que le había remitido Joaquín Moreno mediante el bandolero Kiko Peña.

—Estás muy inquieta —le dijo tras leer la escueta misiva.

—El ahijado de Joaquín se parece mucho a Alonso de Lara.

Álvaro Belmonte desvió los ojos del rostro de ella hacia la ventana. La nieve se acumulaba en el alfeizar. Hacía mucho frío, pero la pequeña y cómoda posada se mantenía caliente.

—¿Tratas de decirme que su presencia te ha inquietado hasta el punto de cometer la estupidez de bajar hasta la ciudad, exponiendo tu vida a los hombres que han puesto precio a tu cabeza?

Aracena caminó dos pasos hacia Belmonte, y posó las dos manos en los brazos del sillón. Inclino el rostro hasta dejarlo muy cerca del que fuera amante de su madre.

—¿Quién es Martín?

Álvaro sonrió de lado.

—¿No conoces sus apellidos? Permíteme que lo ponga en duda.

—Me han dicho que se apellida Valiente y Caballero

—Un hombre con unos apellidos curiosamente intrépidos, ¿no te parece?

—No estoy de broma.

—Ni yo tampoco —contestó—. Quien sea ese hombre debe resultarte indiferente.

Aracena chasqueó la lengua con enojo.

—Pero no puede serlo porque debemos unirnos a él, y cada vez que lo miro... —Aracena no concluyó la frase.

—¿Ves la cara de tu esposo?

Ahora hizo un gesto airado porque Belmonte sabía mucho más de lo que decía.

—No quiero unirme a su grupo —admitió ella.

—Aquí no estás a salvo, y tampoco puedes regresar a Sevilla —le recordó el hombre.

En verdad, Aracena tenía un problema.

—La corona no ha puesto precio a mi vida... todavía.

—Y ello es debido a la influencia y parentesco de tu esposo con la regente.

Aracena se mordió suavemente el labio inferior, pues aquella verdad la consumía por dentro. Había herido profundamente a Alonso, traicionándolo y haciéndolo objeto de burlas. A pesar de todo, seguía albergando hacia él un sentimiento profundo que se resistía a analizar, pues enfrentarse a ello la conduciría a un callejón sin salida. Además, como primo de la reina de España, Alonso disfrutaba de numerosos privilegios que también repercutían en ella de manera circunstancial. Aunque intentaban detenerla, sabía que su vida no corría peligro, al menos mientras estuviera casada con Alonso.

—¿Sigue buscándome en Burgos? —Le preguntó ella.

Belmonte le hizo un gesto negativo.

—Lo último que sé sobre él es que se marchó a principios de semana a la corte de Madrid.

—Podría quedarme aquí escondida a tu lado —le sugirió.

—Este es el último lugar donde estarías a salvo, y me parece inaudito que la mujer más valiente que conozco se achante porque un hombre le recuerda a su esposo.

—Agustín se equivoca —le dijo de pronto ella—. Tratar de tomar Zaragoza es una

insensatez. Es una de las ciudades isabelinas más custodiadas.

Belmonte también había oído lo que pretendía Cabrera.

—¿Saben en Neila que estás aquí?

—Se lo dije a Salvador —reveló—. Y le prometí que regresaría antes del amanecer.

—Pues ya se te hace tarde.

Aracena se separó unos pasos de la figura sentada en el sillón. La ausencia de piernas del hombre le provocaba una angustia indescriptible.

—Me alegro de que mi madre no pueda verte —murmuró queda.

Belmonte cerró los ojos al escucharla.

—Y yo me alegro de haber perdido las piernas y no los brazos porque de esta forma puedo seguir pintando.

Aracena se alegraba en verdad de esa circunstancia. Se giró para marcharse, pero Belmonte la detuvo.

—Acepta mi sugerencia: no salgas a la calle vestida como una tabernera de puerto. —Aracena se miró el sencillo atuendo que llevaba y enarcó las cejas—. Ponte mis ropas, y saldrás de Burgos sin llamar la atención.

—Vestida como una criada no suelo llamar la atención —expresó ella.

—Es mejor que te cambies. Ve a mi habitación, y escoge algunas ropas de abrigo.

Aracena procedió de la siguiente manera: Se cambió el vestido de lana gris por una camisa gruesa de algodón. Luego, se puso unos pantalones negros corrientes, los cuales remetiÓ por las botas debido a que le quedaban largos. Acto seguido, se colocó el chaleco adamascado en color amarillo con ribete y trepa negra, junto con la faja azul oscuro que anudó en su estrecha cintura. Después, se recogió el cabello y se puso el pañuelo negro, para finalmente colocarse la montera de terciopelo negro. Se abrochó la chaqueta y se echó sobre los hombros la manta de lana, que la protegería del intenso frío.

—Pareces en verdad un bandolero —le dijo Belmonte cuando apareció con paso firme de nuevo en la sala.

Cuando Aracena ya se inclinaba hacia él para darle un beso de despedida, Belmonte la tomó de una mano para detenerla.

—Martín de Valiente y Caballero es hijo bastardo del difunto Duque de Alcázar. —Aracena lo había sospechado—. La madre de Alonso estaba prometida al conde de Ayllón, tu padre.

—Lo sé...

—Pero Rodrigo rompió el compromiso sin dar ninguna explicación.

—La explicación es simple: quería dedicarse al ejército, después conoció a mi madre y se enamoró de ella.

—Ignoro por qué motivo Ana Blanca Sofía de Guzmán y Sainteny aceptó al duque, Alonso Miguel de Lara y Arenas, pues semanas después de que Rodrigo rompiera el compromiso, se casó con él.

—La amante, ¿vino antes o después? —se interesó.

—La amante era una gitana muy guapa por la que el duque bebía los vientos. Estaba dispuesto a desposarla cuando desapareció de pronto. Me consta que el anterior duque nunca más supo de ella. Semanas después desposó a la novia desechada del Conde de Ayllón —reiteró muy serio.

—La gitana, ¿está en Sevilla? —Se interesó la muchacha.

Belmonte hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La gitana era pariente por vía materna de Joaquín Moreno.

Ahora todas las piezas encajaban.

—¿El duque no supo nada de este hijo? —Belmonte volvió a negar—. ¿Alonso tampoco?
—Aracena pensó en su esposo con un sentimiento de pesar—. ¿Qué habrá sido de la gitana?

—Estoy convencido de que está muerta. —Aracena no lo comprendió—. Se convirtió en una deshonra para su raza.

—¿Estás sugiriendo...? —No pudo concluir la pregunta.

—Cuídate de Joaquín Moreno y de su ahijado.

—Me estás asustando.

—Tú, cuídate.

—Lo haré —contestó tímida.

—Tengo un regalo para ti.

Aracena lo miró con sorpresa. Belmonte le puso en la mano un camafeo de plata con una fina cadena. Lo abrió y, cuando vio el rostro infantil, se deshizo en llanto.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó sin fuerzas.

Aracena se arrodilló frente a la silla de Álvaro. Le había pintado una miniatura de su pequeño cuando tenía solo unos meses de vida. El rostro angelical hizo que llorara todavía más fuerte.

—Es idéntico —dijo ella—. ¿Cómo has podido recordar su rostro si lo viste solo una vez?
—Estaba en verdad asombrada.

En Sevilla nadie conocía que había tenido un hijo de Alonso, hijo que se encontraba en esos momentos en Escocia con su gran amigo Ian Malcon. Se moría de ganas de verlo, de besarlo, pero no podía hacerlo hasta que no obtuviera el divorcio y pudiera regresar.

—Es igual que Alonso de Lara cuando tenía su edad, y de niño lo pinté varias veces. También pinté a su hermana Rosa, y a la madre.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —confesó humilde.

—Deberías decírselo —le aconsejó el pintor.

Aracena tragó saliva varias veces, un instante después negó con la cabeza.

—Ya es tarde —admitió dolida—. Le oculté mi embarazo porque era consciente de lo que hacían los nobles con los hijos bastardos y con las amantes rechazadas, y no quise que mi hijo sufriera tal escarnio.

—Pero es un hecho que estás casada con él —confirmó el pintor muy serio—. Y que esa boda lo ha legitimado como heredero del Ducado de Lara.

Aracena pensó en la burla del destino.

—Ignoraba lo que el futuro me depararía y, agobiada por los problemas, decidí que mi hijo tuviera otro padre. Lleva el apellido de otro hombre, y no puedo deshacer lo hecho.

Belmonte la miró tan intensamente que Aracena se ruborizó.

—Por ese motivo quieres el divorcio, ¿no es cierto?

Aracena hizo un gesto afirmativo.

—Mi lugar está muy lejos del reino. Debo estar con el hombre que se hizo cargo de mi pequeño cuando más sola y desesperada me encontraba.

Belmonte podía entender las tribulaciones de ella.

—Serrana... —ella lo miró al mismo tiempo que se levantaba y se colocaba la cadena con el camafeo alrededor del cuello. La reliquia quedó reposando en el valle satinado de sus pechos—. Recuerda mis palabras.

Ya no se dijeron nada más.

La montura de Aracena seguía en las cuadras de la posada que estaba llena de huéspedes. Tomó las riendas que le ofrecía uno de los criados que allí trabajaba, y lo sacó por el doble portalón a la calle. Afortunadamente, el establecimiento no estaba en el centro de la ciudad, de esa forma era mucho más fácil entrar y salir sin llamar la atención.

Regresó en silencio al refugio de la sierra de Neila, pero muy contenta con el regalo que le había hecho el mejor pintor de Andalucía.

La sierra de la Demanda era tan abrupta o más que la sierra de Neila. El frío se había intensificado y se dejaba sentir en los huesos. Para una mujer criada en las cálidas temperaturas del sur, el norte del reino le resultaba demasiado extremo.

La vivienda situada en Valgañón era de paredes de piedra gruesas y el salón tenía dos chimeneas enfrentadas. Los animales descansaban en una cuadra justo a la entrada de la casa, pero la nieve se acumulaba en los muros y esquinas.

Aracena se encontraba junto a Salvador engrasando unos trabucos. Para ella era la única forma de entrar en calor, manteniéndose al lado de la chimenea.

Martín Valiente y Juan Arbizu entraron al salón simultáneamente. Martín se quitó la manta de los hombros y la extendió sobre el respaldo de una silla, acercándola al fuego. Juan Arbizu imitó su gesto. Aracena los observó con interés, ya que acababan de regresar de una reunión con Herrero Castro, el teniente que dirigía una guarda de soldados en la villa de Ojacastro. El rostro de Martín era una máscara indescifrable. Desde que había descubierto que era el hermano no reconocido de Alonso, evitaba cualquier tipo de conversación o trato con él. Sin embargo, era consciente de que esa situación tendría que cambiar pronto, ya que en la ciudad de Santo Domingo de la Calzada se iba a llevar a cabo una reunión de soldados liderada por Francisco Espoz y Mina, quien estaba al mando del ejército del Norte y luchaba especialmente contra el general carlista Zumalacárregui.

—¿Hay café? —La pregunta iba dirigida a ella.

Aracena hizo un gesto con la cabeza en dirección a la esquina de la chimenea donde estaba situada la cafetera de hierro sobre las trébedes.

—Desde luego, no eres muy habladora que digamos. —Ella no lo miró, siguió engrasando el arma con suma atención—. Ni servicial.

—Su trabajo no es servir el café —la defendió Salvador, que seguía muy molesto por las órdenes que había recibido de Belmonte—, sino la de hacer de cebo para los isabelinos.

Martín cogió una silla y la acercó al fuego desplazando la que secaba la manta. Se arrimó con descuido hacia Aracena, que movió la pierna para que no la rozara.

—En esta ocasión no hará falta que haga de cebo —aclaró Juan Arbizu.

Aracena dejó el trapo quieto y miró al hombre con ojos entrecerrados.

—Eso solo lo decide ella —cortó Salvador, que seguía engrasando el arma sin elevar los ojos de la misma.

—La guarda militar que viene a Santo Domingo de la Calzada la comanda el Duque de Alcázar —reveló Arbizu.

El corazón de Aracena se sobresaltó.

—El duque comanda los Húsares de la Princesa —lo corrigió Salvador.

—Pero no en esta ocasión —aclaró Arbizu mientras se atusaba el bigote—. Tengo intención de apresarlos antes de que cruce Belorado en dirección a Santo Domingo.

—No hacemos rehenes —dijo Aracena en tono bajo—, solo los saqueamos.

—Pero Alonso de Lara no es un rehén cualquiera, ¿no es cierto?

Arbizu se levantó de la silla pues consideró que ya había pasado suficiente tiempo en el fuego y salió de la sala sin decir nada.

—Es una buena idea —apuntó Martín—. El duque es un botín muy jugoso.

La mujer lo miró franca, y un momento después jadeó con sorpresa. El brillo en los ojos de él había resultado muy revelador.

—¿Lo sabes! —Exclamó atónita.

Salvador se perdía en la conversación pues todavía miraba la silla vacía que había dejado Arbizu.

—¿Qué se supone que sé, que estás casada con él, o que soy el hijo bastardo del difunto duque?

Aracena apretó los labios intentando no responderle, pero no pudo callarse.

—Por lo visto, las dos cosas.

Salvador parpadeó incrédulo. Acaba de descubrir que el Duque de Alcázar tenía un hermano bastardo y que lideraba una cuadrilla de guerrilleros, con él incluido.

—Ambos esperaréis en la casa hasta que lleguemos —sentenció Martín.

Salvador se molestó de veras.

—¿Preparando sopas y gachas de trigo?

Martín estiró las piernas de forma cansada. Aracena tuvo que replegar todavía más las suyas. El acto le pareció insolente, pero normal viniendo del hermano de Alonso.

—¿La guarda saldrá de Burgos? —Se interesó Salvador que había dejado a un lado el tabuco ya engrasado.

Martín hizo un gesto afirmativo mientras se tomaba el último trago de café del vaso de barro.

—No son muchos los hombres que lo acompañan, según Francisco Espoz y Mina.

—¿Cuándo tenéis previsto el ataque? —Preguntó Aracena al fin.

—El próximo sábado —contestó este.

Aracena reflexionaba a toda velocidad. Desconocía la razón por la que querían capturar al duque. Pero si Arbizu y él seguían adelante, el ejército completo del general Espartero se lanzaría sobre ellos. Era un militar implacable y sus hazañas lo respaldaban. Al frente de una pequeña división, había fortificado Bilbao, Durango y Guernica para protegerlas de las incursiones carlistas, y perseguía con incansable determinación a las pequeñas partidas que surgían en diferentes lugares. Su severidad excesiva en cuanto a la disciplina lo precedía a dondequiera que fuera. Incluso sus propios hombres le temían.

—Aunque muera el duque, su título no pasara a un bastardo —le reveló ella con ojos brillantes.

Si Aracena pretendía molestar a Martín, lo consiguió.

—Nunca me ha interesado su fortuna, Serrana, pues tengo la mía propia. —Ella no podía creerle, y por ese motivo lo miró fijamente—. Hay muchos carlistas que buscan su cabeza, y están muy cerca.

—Apresar al duque revelará nuestra situación a Espartero —razonó ella con aplastante lógica.

—Espartero podrá acorralarnos, y lo lleva deseando demasiado tiempo —argumentó Salvador.

—No es algo que he decidido yo sino Arbizu, y no creo que les interese vuestra opinión al respecto.

Aracena se percató de que se ponía nerviosa, la presencia del hermano menor de Alonso lo lograba porque le recordaba a él.

—Alonso no sabe que existes —le dijo ella controlando el tono de la voz.

—Yo no he querido que lo sepa —admitió el hombre.

—¿Por qué no? —Inquirió Aracena.

—¿Por qué sí?

—¡Porque sois hermanos! —Exclamó con lógica.

—No es motivo suficiente, al menos para mí —respondió Martín, que se había vuelto a llenar el vaso de barro de café.

Aracena no podía comprenderlo. ¿Cómo era posible que Martín no quisiera conocer a su propio hermano y hermana? Al momento pensó en ella misma, que durante años se había mantenido firme y cumplido la promesa que le había hecho a su madre.

—Así que tú también hiciste una promesa —susurró pensativa.

El brillo en los ojos de él le mostró que le divertía lo asombrada que estaba.

—Sin honor no somos nada.

En esas palabras se concentraba todo. Aracena comenzó a verlo con una nueva perspectiva. Su tez era aceitunada. Los ojos, tan grandes que imponían. La boca, firme y delgada. La nariz, recta, y su cabello, oscuro como el ala de un cuervo, lo distinguía de su hermano. Sin embargo, en su carácter se asemejaba mucho a Alonso.

—¿Conoces a tu madre? —Le preguntó de repente enternecida.

El hombre no captó la diferencia de tono en la voz de ella.

—Importa eso —confesó.

Los bellos ojos de Aracena se oscurecieron al recodar a la suya, muerta por unas fiebres. Todavía le dolía el alma por su ausencia.

—Mi madre murió, y la necesito tanto —murmuró Aracena perdida en recuerdos.

Martín soltó un suspiro largo.

—Mi madre era gitana, y los suyos le dieron una paliza de muerte cuando yo todavía estaba en su vientre.

Aracena se llevó la mano a la boca para esconder un gemido de espanto.

—¡Dios mío! —Exclamó al fin.

—La persona que la ayudó se ocupó de encontrar una solución aceptable para ella y para mí.

—¿Separándoos? —Aracena estaba atónita.

—Logró algo muy importante: que su gente no tratara de matarla de nuevo haciéndola pasar por muerta, o al menos eso es lo que me han contado. —Martín entrecerró los ojos de forma melancólica—. Esa persona me llevó con los que serían mis padres, que me aceptaron y educaron como si fuera su propio hijo, e incluso aceptaron la imposición de un padrino.

—¿Y la madrina? —Quiso saber Aracena porque le parecía un detalle importante, pero Martín hizo una mueca y no le respondió.

—Y les hiciste una promesa de honor a tus padres adoptivos.

Salvador seguía escuchando muy atento.

—Que pienso cumplir hasta el día de mi muerte —aceptó el guerrillero.

—¿En vuestros planes está el asesinato del duque? —Preguntó de forma directa sin parpadear para no perder detalle de la expresión de Martín.

—En la guerra mueren buenos y malos —respondió evasivo.

—¿Y quién decide quién es el bueno y quién es el malo? —Preguntó con cierta

impaciencia.

Martín la miró con ojos divertidos, algo que la disgustaba mucho.

—¿Acaso no lo ha decidido el hombre por el que luchamos mientras espera que le consigamos un trono?

Aracena lo observó con atención pues esas palabras le parecieron dichas con doble intención.

—El Infante Carlos es lo mejor para el reino —repitió ella como tantas veces en el pasado.

Martín se levantó con cuidado y dejó la taza de barro en la repisa de la chimenea. Salvador seguía mirándolo en silencio, la mujer con ojos grandes e inquisitivos.

—Deberías alegrarte —le soltó de pronto—, serás viuda antes que divorciada.

Martín se marchó y los dejó a solas. Salvador resopló, y Aracena guardó silencio pensando en la forma de regresar a Burgos sin que notaran su ausencia.

Era tan tarde que apenas podía mantener los ojos abiertos. Debían ser las cuatro de la madrugada; todo el personal de servicio dormía. Aunque Alonso tenía a su disposición unas estancias privadas en el cuartel general, había aceptado la invitación del corregidor de la ciudad de Burgos. Este había insistido mucho para que aceptara la hospitalidad de una de sus casas, concretamente la que se encontraba fuera de la villa. Alonso aceptó con gusto, ya que le gustaba mucho el silencio y la soledad que no se podía obtener en los cuarteles.

La estancia estaba en penumbra, y él dejó abierta la puerta para que entrara un poco de luz. Tiró el sombrero sobre la cama y manipuló la hebilla con manos firmes para quitarse el cinturón que sujetaba la espada. Escuchó un frufrú y, cuando se giró hacia el sonido, un dedo le tapó la boca.

—Qué diantres...

Sintió un golpe en la cabeza, y cayó al suelo inconsciente.

—Llévemole con Belmonte —ordenó una voz suave a unos hombres que se mantenían silenciosamente quietos.

La mano femenina apartó un mechón oscuro de la frente y acarició la mejilla con ternura. Alonso llevaba el mentón sin rasurar, y así, con los ojos cerrados, le pareció indefenso. Tenía las pestañas tan largas que casi parecían de mujer. ¿Cómo no se había dado cuenta en el pasado?

—Con cuidado —les dijo a los hombres cuando lo ataron de pies y manos.

—El mismo que lleva él cuando nos da caza —argumentó uno de ellos.

Aracena se alzó al mismo tiempo que levantaban el cuerpo inerte de Alonso. Habían tenido una suerte increíble, pues el noble no se hospedaba con el resto de soldados, sino en una casa grande y deshabitada, salvo por el servicio que dormía en las zonas alejadas de las estancias comunes.

Llegar hasta Alonso no resultó difícil gracias a las pesquisas de Belmonte y a la ayuda ofrecida por sus hombres. Cuando le contó los planes que había ideado para apresar al duque, Belmonte estalló en cólera, pero Aracena no se amilanó.

Trasladarlo a la posada no resultó difícil. Habían destinado para él la habitación de la última planta, la que se utilizaba como trastero. Era amplia y estaba vacía. Aracena había logrado que Belmonte consintiera en colocar una cama, una mesa escritorio, una silla y una cadena larga que sujetaron a dos argollas en la pared.

Dejaron a Alonso recostado en la cama. Aracena se ocupó de atender la inflamación que le

habían provocado los hombres al golpearlo. Le quitó la chaqueta y las botas de montar, dejándolo solamente con la camisa que abrió para comprobar que no estuviese herido. Pasó la palma de la mano por los duros relieves del pecho y el abdomen. Estaba igual de fuerte que años atrás, igual de hermoso y deseable.

Estaba indefenso bajo sus cuidados.

«¿Cómo puedo desearte tanto?», se preguntó llena de ansiedad. «No quiero que me importes, pero me importas mucho».

Continuó acariciando el firme mentón, la barbilla angulosa, y de nuevo bajó la mano hasta el torso y la dejó descansando allí, como si quisiera comprobar los latidos rítmicos de su corazón.

Era un prisionero de guerra. Un prisionero de Aracena de Velasco.

CAPÍTULO 7

Cuando Alonso abrió los ojos, Aracena estaba sentada a su lado.

Quiso levantarse tan rápido y utilizó tanta fuerza que casi la tira al suelo. Alzó las manos para ponerlas en su cuello y estrangularla, pero se dio cuenta de que estaba atado con unas cadenas que habían sujetado con unas argollas a la pared, apenas podía moverlas.

Por unos instantes sus ojos mostraron la confusión y el aturdimiento que sentía.

—¿Qué significa esto? —Su voz parecía de ultratumba.

Aracena sonrió de oreja a oreja.

—Eres mi prisionero.

Los ojos de Alonso brillaron de forma peligrosa. Hizo un barrido con la mirada y observó la estancia que tenía una pequeña ventana con barrotes en la pared. Vio una mesa, una silla y la cama donde estaban ambos.

—Suéltame —le ordenó en un tono que no admitía discusión.

Los ojos oscuros la miraban con tal intensidad que ella sintió que la quemaban.

Aracena se arremolinó todavía más al cuerpo de él, y se inclinó sobre su oído para susurrarle:

—Te estoy salvando la vida...

Alonso hizo algo inesperado, giró el rostro y atrapó la boca de ella en un beso desesperado. Aracena se inclinó todavía más hacia él para permitirle un mejor acceso a su boca. Había extrañado su sabor. Su viril aroma. Cerró los ojos y se extasió con la suave y tierna caricia que él le prodigaba en el interior caliente.

El pecho de Alonso había sufrido una conmoción cuando despertó de la inconsciencia y la vio sentada frente a él. Su primer impulso había sido estrangularla, el segundo besarla con vehemencia, y era lo que estaba haciendo en ese preciso momento.

Aracena se subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre los fuertes muslos, como si montara a su propia yegua. Alonso gimió al sentirla y, dolido como estaba por la burla y el escarnio que había vertido sobre él, le mordió el labio inferior provocándole una pequeña herida que comenzó a sangrar. Aracena lo empujó hacia el cabecero de la cama. Se tocó el labio lastimado y vio su propia sangre en la yema de los dedos.

—¡Me has herido! —Exclamó incrédula.

—Mucho menos que tú a mí, gitana.

Los ojos de Alonso se habían reducido hasta formar una línea negra. Los de Aracena brillaron decididos.

—¡Ahhh! Pero ambos sabemos que no soy una gitana, ¿verdad?

Aracena sujetó la cabeza de Alonso con las manos y aplastó su boca contra la de él, que se sintió invadido por emociones contradictorias. Seguía deseándola. Quería matarla. Ansiaba enterrarse en ella. Zarandearla con fuerza, pero permitió que lo besara con esa pasión loca que tanto había dominado sus impulsos en el pasado.

Alonso se tragó parte de la sangre de ella que se mezcló con su propia saliva. Era caliente, dulce y deseaba curar la herida que él mismo le había provocado, e infringirle muchas más porque nada podía parecerse a la desesperación y locura en que lo había sumergido con sus desplantes, sus burlas y sus robos.

Aracena sintió bajo ella la excitación masculina y se alegró infinitamente porque significaba que seguía deseándola a pesar de todo lo que había pasado entre los dos. Y fiel a su naturaleza apasionada, se subió la falda y se quitó las bragas con impaciencia.

—¿Qué demonios haces? —Le preguntó cuando Aracena finalizó el beso para despojarse de la ropa íntima. Le abrió los pantalones y sacó el grueso pene del encierro de la tela.

—Consumar nuestro matrimonio —le dijo de forma impulsiva, y sin ser cierto.

Aracena lo deseaba como no había deseado nada en el mundo. Se ayudó con la mano y descendió sobre el mismo de forma lenta, pausada. Con los ojos cerrados. Disfrutando el momento al máximo.

—¡Te mataré! —Bramó Alonso encendido, y completamente quieto.

Aracena se dejó caer sobre el pecho de él. Apoyó la cabeza en la garganta masculina mientras su cuerpo se adaptaba a esa suave y maravillosa invasión que le aceleraba el pulso.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez.

—Debo decirte que no me importa que me mates, que me ames, que me encierres... —calló un momento—, que hagas conmigo lo que quieras porque lo merezco.

Alonso se debatía en un sin fin de contradicciones. Sentía que se le salía el corazón del pecho. Que apenas podía respirar, y el perfume de lilas de ella le provocó un motín emocional como nunca en su vida.

—Pienso estrangularte con mis propias manos —la amenazó.

—Y yo voy a saciarme de ti como he soñado durante todos estos años.

Aracena cumplió su palabra.

Comenzó un suave vaivén que volvía loco a Alonso. Un impulso hacia delante, otro más lento hacia atrás. Un movimiento sensual hacia arriba para luego descender con fuerza hacia abajo. Se lamió el labio lastimado tratando de contener los gemidos que se le escapaban.

—Quise divorciarme de ti —le reveló con voz entrecortada. Alonso se mantenía en silencio observando los gestos de placer que el rostro de ella mostraba—. Pero la estúpida de la regente desoyó mi súplica, y nos echó a mi padre y a mí de forma grosera.

Le costó un esfuerzo supremo no decirle lo que pensaba al respecto. El movimiento de las caderas de ella le provocaba un placer tan profundo que Alonso sentía ganas de gritar. Se ahogaba con su propia respiración jadeante, aunque finalmente se rindió a lo inevitable.

—Siento haberte herido... —ella, no continuó la frase.

Aracena tomó posesión de la boca de él sin sentir vergüenza, sin mostrar recato, mientras sus manos acariciaban el torso duro. Alonso era un hombre excepcional.

—Por favor, perdóname... —susurró entre dientes.

El cuerpo de Alonso cobró vida propia y se sumó al movimiento sexual de ella. Sus caderas empujaban hacia arriba, y cuando ella descendía, la volvían a empujar. Aracena lo tenía cogido del cuello mientras lo besaba apasionadamente. El noble percibió claramente los movimientos interiores del orgasmo que comenzaba a sentir ella, y tomó el mando a pesar de estar atado por las manos.

Aracena era una muñeca de trapo. Estaba encima de Alonso, podía dominar la situación, pero él era demasiado hombre para permitírselo. Empujaba con fuerza y hasta tal punto que, si no estuviera agarrada a él, acabaría tirada en el suelo. Le chupaba con fuerza el labio inferior, lamiendo la herida que le había provocado anteriormente mientras trataba de llegar hasta su mismo centro en cada embestida. El vientre de Aracena se tensó, y las oleadas de placer la sacudieron con fuerza. El movimiento de placer de su útero arrastró a Alonso en un potente orgasmo que eclosionó en un rugido furioso.

Los dos estaban jadeantes. Satisfechos. Alonso trataba de tragar la saliva espesa. Aracena de recuperar la respiración, y el tiempo que pasaron en silencio fue como un bálsamo reparador: el ungüento que ambos necesitaban para sanar las heridas del pasado.

—¡Suéltame! —Dijo por fin Alonso.

Aracena mantenía los ojos cerrados. Sentía muy enterrado en su vientre las pulsaciones del todavía miembro endurecido. Se resistía a dejarlo libre. Besó el cuello masculino que sabía a cuero y a brandy.

—No puedo hacerlo —admitió vencida.

—¿Y crees que esto cambia en algo tu posición y la mía?

Aracena soltó el aire muy lentamente y se apartó de él. Se levantó con mucho cuidado buscando en el suelo sus bragas. Se las puso muy rápido, como rápido encerró el miembro masculino bajo la tela gruesa de sus pantalones militares.

—Simplemente quería hacerle el amor a mi esposo.

Los ojos de Alonso brillaron peligrosamente.

—No ensucies esa palabra —le dijo molesto—. Ni la pronuncies en mí presencia.

Aracena chasqueó la lengua.

—Querido esposo —continuó ella sin obedecerlo—. Cuando termine la guerra te concederé el divorcio. Serás un hombre libre, e intercederé por ti ante el nuevo rey de España para que te conceda un destierro digno.

El movimiento brusco la sobresaltó porque le resultó inesperado. Cuando lo miró, el rostro de Alonso era de completa furia.

—Tienes mi palabra de que seré un hombre viudo, no divorciado.

Aracena le puso los dedos bajo la barbilla y se la alzó.

—Precisamente por eso estás aquí, porque pienso proteger tu vida de ti mismo.

Acercó los labios a la boca de Alonso y lo besó muy tiernamente.

—Ahora descansa, pronto te traeré la cena.

—Tenéis que marcharos de Burgos.

Aracena dejó de echar estofado en el plato hondo y miró a Belmonte con atención.

—Apenas llevamos cuatro días aquí —respondió sorprendida.

Belmonte, sentado en una silla con ruedas, se dirigió hacia donde estaba ella. La planta baja de la posada había sido especialmente habilitada para él, que no podía ni subir ni bajar escaleras. Las habitaciones de huéspedes estaban todas situadas en la primera planta, también el estudio que él había utilizado en el pasado para pintar. En el patio interior se habían instalado las cocinas y los almacenes.

—Espantero ha preparado una partida de doscientos hombres para buscar al Duque de Alcázar. Están peinando Burgos, y le seguirán Vitoria y Zaragoza. —Aracena parpadeó sorprendida—. Han arrestado al Chispas y al Tuerto. —Aracena soltó el aire de forma abrupta—. ¿Qué esperabas, chiquilla?

Bajó los ojos un tanto azorada. Ella esperaba la reacción de los isabelinos, pero no hasta ese punto.

—No podía permitir que lo secuestrara Arbizu —reconoció franca y sin mostrar arrepentimiento—. En la posada lo mantenemos a salvo.

Belmonte cerró los ojos durante un instante. Quería a esa muchacha como si fuera su propia hija pues la había visto crecer desde niña, pero con sus actos estaba poniendo en peligro la causa por la que luchaban.

—Pues ya tenemos dos partidas más desgajadas... —Belmonte no continuó.

—Hablaré con Alonso —aceptó ella.

Belmonte estuvo a punto de soltar una carcajada ausente de humor. De Lara comandaba un ejército isabelino, ¿qué esperaba Aracena que hiciera?

—Los finales felices no existen para personas como nosotros —dijo de pronto él.

Aracena olvidó el plato de comida y se plantó frente a Belmonte.

—¿Qué insinúas con esa afirmación?

—Que luchas en un bando y que estás casada con el otro.

—¿Y...? —insistió.

—Que uno de los dos va a perder la guerra, y tendrá que aceptar las consecuencias cuando ello ocurra.

Aracena pensaba a toda velocidad.

—Pensaba pedir una medida de gracia al Infante Carlos cuando fuera coronado rey de España.

—¿Y si ganan los isabelinos? —El hombre dejó la pregunta en el aire—. ¿Pedirá tu duque una medida de gracia para ti a la regente María Cristina?

Aracena había pensado en ello y mucho más.

—No pensaba seguir en el reino si perdemos la guerra —admitió decidida—. Tengo planes de vivir en Escocia.

—¿Y por qué motivo no te has marchado ya?

Aracena apretó los labios algo molesta.

—Porque no puedo regresar a Escocia con un hombre estando casada con otro —respondió sencillamente—. Mi abuela trata de conseguir una dispensa del Santo Padre, y debo estar aquí cuando eso suceda.

—Tu esposo es un Grande de España, y el Santo Padre no cederá en esto, no, si quiere seguir teniendo el apoyo de la corona del reino más católico de Europa.

Ella también lo había pensado, pero estaba convencida de que su abuela María podría conseguir la dispensa papal.

—¿Y qué puedo hacer? —Preguntó pensativa.

—Dejarlo en libertad —le sugirió el hombre—. Y que sigamos la lucha hasta que uno de los dos bandos pierda.

—Las dos opciones me parecen nefastas —argumentó ella.

—Pero es lo justo. Si lo mantienes aquí encerrado, lo libertarán los isabelinos, o lo apresarán los hombres de Arbizu, que no me explico cómo no han caído en la cuenta de que lo escondemos aquí... —Belmonte rectificó—: Que lo escondes aquí.

Aracena se giró de golpe y continuó llenando el plato con estofado. Puso un trozo de pan blanco, queso curado y una copa de vino tinto en la bandeja.

—Esta noche tomaré una decisión.

Agarró la bandeja y salió del comedor con paso rápido.

CAPÍTULO 8

Alonso ya no estaba encadenado. Podía pasear por la estancia hasta morir de tedio porque no podía hacer nada más salvo contar las motas de polvo que se acumulaban entre los muebles. Tras el primer encuentro con Aracena, sus ánimos se habían calmado bastante. Ya no sentía deseos de matarla, solo de estrangularla. Pero estaba hermosa. Viva y llena de una fuerza que lo seducía como en el pasado. Era pura energía. La que necesitaba para seguir respirando. Ninguna mujer lo saciaba sexualmente como ella. El fuego de su cuerpo lo consumía. Lo agotaba y lo hacía renacer de nuevo con más fuerza y brío.

La puerta se abrió y la causa de sus desvelos cruzó el hueco mientras dos hombres hacían guardia fuera. Se preguntó, si cuando hicieron el amor de forma loca y desesperada también habrían estado fuera escuchando y siendo testigos del amor enfermo que sentía por ella. Alonso soltó un jadeo estupefacto. ¿Había dicho amor? Se dijo que la reclusión afectaba a su cordura y le hacía ver fantasmas donde no los había.

Aracena dejó la bandeja sobre la mesa de estudio y se giró hacia él con una sonrisa genuina que le bajó el estómago a los pies. No podía seguir ocultándolo por más tiempo: estaba terrible e irremediabilmente enamorado de una guerrillera carlista. Y la miró con ojos entrecerrados porque en verdad vestía como uno de ellos.

—Me estás poniendo nerviosa —dijo ella mientras desmenuzaba trozos de pan y los introducía en el caldo espeso.

—Acabo de descubrir algo... —Alonso no terminó la frase.

—Come antes de que se enfríe el estofado. Cuando termines hablaremos.

Aracena caminó hasta la puerta y la cerró. Los guardianes se quedaron fuera. Alonso no se movió del sitio.

—Habla ahora, me alimentaré después.

Ella pensó que no sería una buena idea. Un hombre con el estómago vacío no solía mostrarse objetivo ni pensaba de forma razonable.

Aracena caminó hacia el lecho y tomó asiento en el borde. Lejos de la perturbadora presencia de él.

—Voy a liberarte —confesó de pronto.

Alonso puso las manos en jarra y la miró atónito.

—¿Vas a liberarme? —Repitió con voz alta—. ¿Y a qué obedece ese cambio de planes?

—No tenía especialmente un plan cuando te traje aquí —admitió azorada—, salvo la de impedir tu secuestro.

—¿Por los tuyos? —Le preguntó él.

—No son los míos —contestó Aracena.

—Luchas con ellos —le mostró el duque.

—Lucho por la libertad —afirmó sosteniéndole la mirada.

Alonso soltó una carcajada aguda.

—Y yo creía que luchabas por un hombre que codicia un trono que no le pertenece —ironizó el noble.

Así era Alonso, pensó Aracena: duro, frío e intransigente.

—Será mejor rey que la regencia que tenemos ahora —afirmó contundente.

Alonso soltó el aliento poco a poco como si estuviera terriblemente cansado.

—Que tú pienses que será mejor no lo legitima para obtener algo que por derecho no le

pertenece —contestó el hombre—. Ese detalle es lo que ignoráis descaradamente los que luchan en tu bando.

—La libertad siempre se gana con sangre —dijo Aracena muy seria.

—Esta tierra está llena de la sangre de españoles que lucharon contra la invasión francesa, y nos habéis obligado a luchar entre nosotros por culpa de... —Alonso calló al mismo tiempo que se mesaba el cabello desordenado.

—Esta noche serás liberado —le dijo ella sin mirarlo porque no se atrevía.

—¿Por qué motivo? —Insistió él.

—¿Por qué se libera a un preso?

—¡Ahhh! Os estamos pisando los talones. —Era una afirmación de las que escocían.

—Quiero pedirte por la vida de Belmonte —argumentó la mujer.

Alonso entrecerró los ojos, suspicaz.

—Voy a derribar esta casa piedra a piedra. —Aracena se levantó de golpe y caminó con paso enérgico hacia la puerta. Logró detenerla del brazo antes de que la alcanzara y se marchara por ella—. Tienes muy poco sentido del humor, *esposa*.

Cada vez que le decía ese apelativo, la sacudían escalofríos.

—Aquí vive un amigo mío que te ha ofrecido refugio, hospitalidad y comida.

El duque apretó los labios con enfado.

—He estado atado a esa cama como si fuera un animal, y te recuerdo que no ha sido por voluntad propia.

—Era necesario por tu seguridad —le informó ella.

—¿Por mi seguridad? —El noble estaba atónito.

—Deja de repetir mis palabras.

—Eres un caos completo —aceptó Alonso—. Me secuestras. Me obligas a tener sexo contigo. Ahora piensas en liberarme... ¿te entiendes tú misma? Porque te juro que yo no puedo hacerlo.

Aracena hizo algo a lo que ya se estaba acostumbrado Alonso, lo acarició por el mentón de forma suave, tierna, como si no lo viera a él, sino a otra persona.

—No quiero que le hagas daño a mis amigos —insistió ella.

Los labios de Alonso se apretaron en una línea dura.

—He visto a mis hombres caer bajo mis pies. Unos eran apenas unos niños, otros, padres de familia... —Aracena cerró los ojos con fuerza para borrar la imagen que le había traído Alonso—. ¿Por qué piensas que los de tu bando son mejores que los del mío?

—Yo no tengo bando —susurró débilmente—. Me decanté por la justicia y por la libertad.

Alonso caminó hacia la pequeña ventana con barrotes. Miró a través de ella los campos sembrados.

—Parece que estoy escuchando las palabras de mi hermana Rosa.

—Y no sabes cuánto me alegra la libertad de la que disfruta ahora.

El duque se giró de golpe.

—No sé qué me dolió más, si su engaño o el tuyo.

—Yo no te engañé, teníamos un arreglo que finalizó —le trajo a colación.

—Yo no lo finalicé —la corrigió él.

—Bueno, lo hicieron las circunstancias; la muerte de mi madre, el arresto de mi padre...

—No pensabas decírmelo, ¿verdad? —Le preguntó Alonso de pronto.

—¿El qué? —Aracena se hizo la despidada.

—Que eras hija del Conde de Ayllón.

Aracena bajó los ojos.

—Había dado mi palabra de no hacerlo nunca. Y mi madre se llevó a la tumba la confirmación de esa promesa —respondió queda.

—De poco te sirvió. —Alonso calló un momento—. Cuántas burlas, cómo debiste reírte de mí.

Se quejó dolido.

—Admito que soy feliz de que el conde lo sepa, pero nunca me reí de ti. Es bonito tener un padre...

Los pensamientos de Aracena se alejaron de la alcoba y del duque. Recorrieron caminos y ríos. Un grande mar y una tierra verde: Escocia. Alonso se quedó mirándola de forma penetrante. Aracena había sufrido una pequeña transformación de melancolía. Sus ojos se habían empañado. Su rostro había perdido el color, y retorció sus manos en el regazo como si le ardieran.

—Dejaré que viva Belmonte si me entregas tu cuadrilla de guerrilleros y te vienes conmigo —la oferta la pilló completamente desprevenida.

—¿Entregarte mi cuadrilla? ¿Irme contigo? —Preguntó atónita.

—Para llevarte ante la corona —continuó él.

La mujer soltó un suspiro largo.

—Tendrás que ahorcarme tú mismo aquí porque no lograrás que lo hagan en Sevilla —respondió.

Alonso cruzó los brazos al pecho.

—Tiene que juzgarte la corona —insistió él.

—¿Como a tu hermana Rosa? —Lo azuzó ella.

El mentón de Alonso se tensó.

—Ambas sois traidoras y merecéis un castigo ejemplar —sentenció el noble.

Aracena resopló con fuerza.

—Estaba dispuesta a interceder por tu vida delante del Infante Carlos.

Alonso sonrió de forma cínica.

—Pero yo no.

—¿Y de qué me sorprende? —Aracena lo miró durante un minuto largo en silencio. Como si el hombre que estaba plantado frente a ella fuera un completo desconocido—. Se te ha enfriado la cena...

Aracena tocó la puerta. Los guardias la abrieron y salió por ella rápido sin volver la vista atrás.

El caos se había adueñado de la posada.

Cuando Aracena abrió los ojos, la mano de Alonso le cerraba la boca para impedirle que gritara. Se llevó los dedos a los labios y le hizo con ellos un gesto de silencio. Ella asintió comprendiendo. Se levantó con cuidado de la cama y se vistió de prisa.

—Tenemos que irnos —la apremió él.

Aracena se colocó las botas, la manta sobre los hombros, y se sujetó el largo cabello con una cinta negra.

—¿Dónde? —Alonso la miró con un brillo extraño en los ojos, pero no le reveló el paradero.

—Sígueme, y no abras la boca.

Los guerrilleros de Arbizu habían tomado la posada. Sus hombres lo estaban destrozando todo. Belmonte les aseguraba que él no sabía dónde se encontraban Aracena ni el Duque de Alcázar. Arbizu no le creyó y, en represalia, con la navaja le cortó el cuello sin dudar un instante. Aracena no había sido testigo del asesinato, pero Alonso sí. Y como no podían bajar por la escalera, ni podían descolgarse por la ventana, Alonso la hizo meterse bajo la chimenea apagada. Ella protestó, pero él la alzó casi sin esfuerzo y la empujó hacia arriba. Aracena quedó trabada a un escaso metro del suelo. No se le veían los pies de milagro. La puerta de la alcoba fue abierta con una fuerte patada, y varios guerrilleros de Arbizu entraron a tropel.

—Aquí tenemos al señorito —dijo uno de ellos.

Se produjo un silencio largo que interrumpió el jefe de los guerrilleros.

—Busco a la puta.

—Si busca a su madre, difícilmente la encontrará aquí —respondió Alonso con voz serena. Con esa templanza innata en hombres que están acostumbrados al mando—. Puedo recomendarle que la busque en el cuartel de Zaragoza. Allí hay muchos soldados que satisfacer.

Los hombres de Arbizu soltaron una carcajada al entender la ironía de la broma.

—¿Dónde está la perra? —Insistió el guerrillero.

Alonso cruzó los brazos al pecho y se alzó en toda su altura.

—Quizás está debajo de la cama —le dijo con sorna—. O quizás no se encuentra en Burgos, sino en Sevilla. Quizás ha desaparecido por arte de magia.

Indudablemente, Alonso se burlaba de él. Arbizu le soltó un puñetazo que correspondió el duque con dos más. Le había roto la nariz al jefe de la cuadrilla.

—¡Sujetadlo, maldita sea! —Arbizu había sacado la hoja de su navaja que todavía goteaba sangre amiga.

—El general lo quiere vivo —se oyó una voz desde fuera en el pasillo.

Aracena escuchaba todo desde su escondite precario. Ansiaba bajar y ayudar a Alonso, pero sería de necios hacerlo cuando los superaban en número y en maldad.

—Camina, señorito.

Escuchó que Alonso maldecía al ser empujado. Los hombres salieron por la puerta destrozando a su paso todo lo que encontraban.

—Prended fuego a la casa —ordenó Arbizu—. Empezad por esta habitación.

Aracena entró en pánico. Ella estaba sola, trabada entre las paredes de la chimenea, y supo que tenía un grave problema. No podía mirar hacia abajo porque el conducto era demasiado estrecho, pero pudo oler el humo bajo ella. Ya no se escuchaba nada en la casa, y trató de arrastrarse hacia abajo sin conseguirlo. Entonces trató de trepar hacia arriba, pero se estrechaba todavía más. Y recordó de forma vívida el fuego de su casa cuando quedó atrapada, y maldijo su mala suerte. De nuevo se encontraba en medio de un fuego provocado.

Escuchó disparos. Gente al galope y una trompeta avisando al resto para que salieran en busca de los huidos. Comenzó a toser, y poco le importó que la descubrieran. Prefería morir degollada que quemada.

—¡Serrana! ¿Estás aquí?

¡Era Martín! ¿Qué hacía en la casa?

Aracena tosió de nuevo.

—Dentro de la chimenea —logró decir con un hilo de voz por culpa del intenso humo—, pero no puedo salir.

Martín se asomó por debajo y le tocó los pies.

—Protégete el rostro porque voy a tirar muy fuerte.

No le dio tiempo a hacerlo. Tiró con fuerza hacia abajo y las piedras le lastimaron los brazos. Calló al suelo medio desvanecida.

—Brillante idea tratar de salir por la chimenea —criticó el hombre con voz dura mientras la cargaba para sacarla de la casa—. Solo los niños pequeños pueden trepar por ella.

Bajó las escaleras de dos en dos, pero antes de alcanzar la calle vio en el suelo el cuerpo sin vida de Belmonte. Hizo que Martín la soltara. Se acercó hasta él y le acarició el rostro.

—¡Vamos! —La instó Martín tratando de sujetarla de nuevo.

—¡Déjame! ¡Déjame! —Exclamó como si la hubieran poseído.

Ella corrió hacia las escaleras, hacia una estancia que se mantenía cerrada en la primera planta. Entro en ella, abrió la ventana y comenzó a tirar por ella cuadros que recogía de las paredes y del interior del armario.

—¡Estás loca! —Exclamó Martín que trataba de sujetarla para sacarla de la casa incendiada—. ¡Nos vamos a quemar vivos por tu culpa!

Aracena sabía lo importantes que eran los cuadros para Belmonte y tenía que salvarlos. Cuando tiró por la ventana el último, se giró hacia la puerta, pero las llamas la consumían. El humo era espeso y los hacía toser y llorar.

—Perdóname, Serrana —le dijo Martín mientras la cogía en brazos y la sacaba por la ventana—. ¡Sujetadla! —Les ordenó a los hombres que esperaban fuera en el mismo instante que la soltó.

Aracena cayó en blando, aunque la caída la dejó sin resuello. Martín se descolgó y varios soldados lo ayudaron para que no se rompiera nada cuando saltara. Tosía de forma descontrolada. Un hombre le dio de beber agua de una cantimplora.

—Estábamos a punto de entrar, capitán —le dijo un soldado a Martín.

Cuando Aracena recuperó el habla y la voluntad, miró a Martín realmente asombrada. ¿Lo había llamado capitán?

—¡Eres un maldito espía! —Bramó ella estupefacta.

—Te acabo de salvar la vida —le recordó él con una mueca.

—¿Y Alonso? —Preguntó de forma inquisitoria.

—Persiguiendo a Arbizu, aunque presumo que no logrará darle alcance —respondió el hombre.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Inquirió la mujer.

—Lo intuí —dijo serio—. Sabía el golpe que iba a dar Arbizu esta noche en Burgos. Buscaba desesperado al duque, y cuando supo por uno de sus hombres que estaba en la posada de Belmonte, envié un mensaje a Espartero, aunque decidí cerciorarme yo mismo por si algo salía mal, y gracias a Dios que lo hice.

—Te agradezco de corazón que me salvaras la vida —le agradeció humilde.

—Tenemos que irnos —dijo Martín mientras la ayudaba a reincorporarse—, ¿estás bien? ¿Puedes cabalgar? —Le preguntó. Ella asintió realmente aliviada.

—¿A dónde vamos?

—A perseguir cuadrillas de guerrilleros.

—¿A perseguir cuadrillas de guerrilleros? —repitió porque creyó que no había entendido bien.

—Eso mismo, vamos a perseguir cuadrillas, y comenzaremos por la tuya.

—Ni loca me prestaré a ello.

Martín soltó un suspiro largo, miró a dos de sus hombres y les ordenó.

—Prendedla...

Cuando Alonso regresó a la posada horas más tarde, la casa había ardido por completo. Saltó del caballo con el alma en vilo. Bajo ningún concepto había podido imaginar que le prenderían fuego a la casa. Había dejado a Aracena escondida en la chimenea, y él creyó que era un buen escondite, pero no quedaba nada salvo piedras negras y cuerpos calcinados. Buscó entre los restos el cuerpo de una mujer, pero todos los muertos eran hombres, y entre ellos el cuerpo sin piernas de Belmonte.

Cerró los ojos ante el alivio que sintió.

Había dado caza a Arbizu, pero casi le cuesta la vida a Aracena. Se preguntó en qué lugar se escondería de nuevo, también cómo iba a lograr que dejara esa vida de anarquía que la iba a conducir a la horca. No la quería muerta, sino viva y en su lecho, y para conseguir el perdón de la regente, tenía que ofrecerle algo muy jugoso a cambio.

Miró de nuevo los muros ennegrecidos.

—Creemos que saltó por una ventana —dijo un soldado.

Rodrigo lo miró con atención.

—Encontramos esto en la hierba junto a restos de pinturas que no debió de consumir el fuego. —El soldado le tendía un camafeo femenino grabado en plata—. Lleva las iniciales AV.

Alonso lo tomó y lo abrió, pero su sorpresa fue mayúscula cuando vio en el interior la foto de un bebé. No comprendía nada, pero cuando la observó mejor, se dio cuenta de que era una foto de él. ¿Qué hacía Aracena con una foto de sí mismo? ¿Cuándo lo habían pintado? ¡Por supuesto, Belmonte!

Recordó las visitas casi diarias de ella a Silencios, seguramente su hermana Rosa le habría facilitado un retrato de él para que Belmonte lo pintara. Su pecho se llenó de orgullo y se mostró arrepentido de haber sido tan duro con ella, aunque se preguntó por qué motivo había elegido una pintura de él siendo niño y no adulto.

«¿Qué voy a hacer contigo, gitana?», se dijo apesadumbrado. «¿Cómo voy a conseguir una medida de gracia real si sigues liderando a anarquistas?».

Tenía que ir hasta Inglaterra para entrevistarse con el Conde de Ayllón. Tenía que convencerlo de que lo acompañara a Madrid, y lo haría, aunque tuviera que arrestarlo en nombre de la corona.

CAPÍTULO 9

Redtower, Inglaterra

—El Duque de Alcázar.

Rodrigo alzó el rostro y miró al mayordomo con sorpresa. ¿Había nombrado al Duque de Alcázar? Creía que no había oído bien. ¿Ese miserable se presentaba en su casa? ¿Con qué fin? Rodrigo tardó un tiempo en responder. El mayordomo seguía esperando.

—Llévelo a la biblioteca, me reuniré allí con él.

Y se tomó su tiempo porque lo que realmente quería era abalanzarse sobre ese cretino y romperle la crisma; por tanto, tenía que serenarse. No llevaba muy bien que fuese un miembro de su familia. Le escocía en el alma que su primogénita estuviera casada con él, y no poder remediar esa situación lo exasperaba. María no había conseguido la dispensa papal. Habían removido cielo y tierra, pero la regente había sido muy clara y tenía apoyos firmes que validó el Santo Padre en Roma. Rodrigo se arrepintió de no insistir para que su hija lo acompañara a Inglaterra. Pero Aracena era terca como una mula y, desposada con el duque, el padre había perdido la influencia y el poder de decidir por ella. Había pasado momentos en verdad duros cuando lo acusaron de traidor al reino y estuvo encarcelado varios meses. Lamentó la muerte de su amigo Cayetano y la privación de libertad de muchos de sus amigos que habían combatido junto a él contra Napoleón. Le inquietaba la política que oprimía a los españoles y los empujaba de nuevo a la guerra, pero en esta ocasión, no para luchar contra el enemigo, sino contra ellos mismos. Y aunque no era partidario de las decisiones que tomaba el gobierno tras la muerte del rey, había decidido mantenerse al margen.

Solo un hombre era culpable de que casi lo ahorcaran, y estaba esperando en la biblioteca de Redtower.

Alonso estaba agotado pues llevaba varias noches sin dormir. Había desobedecido la orden de continuar en Burgos y peinar las sierras hasta encontrar todas y cada una de las cabecillas guerrilleras, pero él tenía algo muy importante que hacer, y aunque se encontrara un consejo de guerra a su vuelta, al menos tenía que intentarlo.

Escuchó risas de niños, pequeños pasos que corrían por el pasillo y una dulce voz de mujer que los instaba a llevar cuidado.

—Ven aquí, Rodrigo. ¡María Isabel, Alejandra! ¡Deteneos!

La puerta de la biblioteca se abrió con un golpe, como si a la persona que estuviera detrás se le hubiera escapado la manivela. Alonso se giró y contempló a tres niños que corrían delante de una mujer muy hermosa. Era la hermana gemela de Aracena, que se detuvo de golpe al verlo esperando en la estancia.

—¡Su Excelencia! —Exclamó realmente sorprendida.

—Señorita Velasco —correspondió con una mueca.

—¿Qué haces aquí?

Alonso exhaló el aire del interior de sus pulmones.

—He venido a hablar con el conde.

Los bonitos ojos de Isabel se agrandaron con un cierto temor.

—¡Oh, Dios mío, Aracena! —Se llevó la mano a la boca para contener un gemido de espanto—. ¡No! ¡No! —Casi gritó llena de angustia.

Alonso comprendió que estaba asustada, y que había asociado su visita a la torre con una desgracia. Isabel estaba tan conmovida que no se percató de que el niño y las dos niñas se acercaban al extraño para mirarlo más de cerca.

—Tu hermana está bien —dijo al fin, y cuando Isabel registró las palabras, el alivio la inundó por completo, pero no lo suficientemente rápido para ver que, si Alonso se percataba del niño que estaba plantado frente a él y que lo miraba de forma fija, podría ocurrir un desastre de consecuencias inesperadas.

—¡Niños, venid aquí! —Les ordenó ella con voz aterrada.

Las dos niñas se dieron la vuelta obedeciéndola cuando ya habían alcanzado las dobles cristaleras que daban al jardín posterior, pero no el niño que seguía mirando a Alonso con sus ojos grandes y oscuros.

—¿Quién eres? —Le preguntó al fin en español, pero con un marcado acento extranjero.

Alonso dejó de mirar a Isabel para fijar sus ojos en el pequeño. Su cabeza le llegaba casi hasta la cadera.

—¿Y quién eres tú? —Le preguntó con ojos entrecerrados.

—Yo soy Rodrigo.

—Y yo, Su Excelencia...

Se estaba burlando de él.

—¿De dónde vienes? —Lo interrogó el crío.

Antes de que el duque pudiera responder, el conde hizo su aparición. Vio la escena y se alarmó. El pequeño Rodrigo estaba plantado frente a su padre y lo miraba sin un pestaño. Confió de todo corazón que Alonso no reparara en el enorme parecido entre ambos.

Pero el duque estaba tan centrado en Isabel y Rodrigo que apenas reparaba en el niño.

—Isabel, llévate a los niños de aquí pues el duque y yo tenemos que hablar de asuntos importantes.

Alonso entrecerró los ojos al advertir el tono preocupado de Rodrigo. Le extrañó la rapidez con que la mujer sacó a los niños fuera de la biblioteca.

—Me sorprende tu temeridad —le dijo Rodrigo cuando Isabel cerró la puerta tras salir de la estancia—, viniendo de nuevo a importunarme.

—Y yo que pensé que te alegrarías de verme, *suegro*...

Rodrigo rechinó los dientes por la burla que observó en el tono del otro.

—¿Qué buscas aquí? ¿Un nuevo arresto?

Alonso soltó un suspiro profundo y Rodrigo advirtió lo cansado que se veía. Ya se apreciaban algunas canas en las sienes. También algunas arrugas de expresión alrededor de los ojos.

—¿Mi hija está bien? —Rodrigo no quería pensar en la posibilidad de que la visita del Duque de Alcázar fuera para comunicarle una desgracia.

Alonso optó por quitarse la capa y desanudar el cinto que sujetaba la espada a su cintura.

—Comanda una guerrilla burgalesa —le explicó franco.

El conde respiró aliviado y agradeció que el duque hubiera olvidado la presencia de los niños, esa era una señal de que no había reparado en el pequeño. Él no compartía la decisión de su hija de mantenerlo en la ignorancia, pero tenía que respetar su opinión. Opinión que también compartía su madre, María. Ambas habían hecho apoyo común, y él tenía que mantener la promesa que le arrancaron tiempo atrás.

—Lo último que supe es que te había apresado —respondió el conde.

Alonso no se sintió aludido, aunque la voz del conde mostraba una pequeña burla.

—Tengo sobrados motivos para querer su ahorcamiento —apuntó el marido.

—Como el mío —le espetó Rodrigo.

—Pero estamos casado bajo la ley de Dios, y nada ni nadie puede cambiar eso.

Alonso hacía alusión al intento de ellos de variar esa circunstancia, aunque no habían tenido éxito. El Santo Padre se había mostrado a favor de la corona y su decisión era firme en ese enlace.

—No estará en mi mano impedir su muerte por traidora —acusó de pronto.

Rodrigo tragó con fuerza. La saliva se le volvía serrín en el interior de la boca.

—Como no ibas a impedir la muerte de tu hermana Rosa —le espetó el conde con dureza.

Alonso entrecerró los ojos ante la puya porque no era cierta. Él había tratado de proteger a su hermana de todas las formas posibles, incluida su reclusión en un convento.

—El esposo no podrá salvarla, pero el padre sí.

Rodrigo no podía entenderlo.

—¡Explícate! —Le exigió—. Y luego márchate.

Entre los dos hombres se palpaba el profundo antagonismo que se profesaban.

—Si el Conde de Ayllón luchara a favor de la corona, la regente podría indultar la vida de tu hija.

Rodrigo podría esperarse muchas cosas, pero no una afirmación de tal calado.

—Hace muchos años que no intervengo en guerras ni en políticas.

—¿Ni para salvar a tu hija?

El conde mostró una sonrisa sardónica.

—Ambos sabemos lo volubles que suelen mostrarse los monarcas con las decisiones que toman bajo coacción.

—La regente respetará su palabra, si la da...

—Pero yo no quiero posicionarme entre el Infante don Carlos y la princesa.

Alonso respiró profundamente.

—El matrimonio de tu hija te ha posicionado —le recordó el duque de forma sarcástica.

—Una jugada maestra de la corona para doblegarme, pero se equivocó de lleno —contestó Rodrigo.

—¿Tratas de decirme que no te importa lo que sea de tu hija?

—¿Te importa a ti? —Inquirió el padre.

El duque lo pensó durante un instante.

—Mal que me pese, sí.

La afirmación franca sorprendió a Rodrigo.

—¿Hasta el punto de dejar la lucha por ella o de luchar con ella? —Las cuestiones eran incisivas.

Alonso se dijo que esa era una pregunta con trampa, y así se la tomó.

—Los isabelinos no ganarán la guerra —afirmó el duque con contundencia.

—Eso es algo que solo Dios conoce.

—Yo no soy Dios y puedo asegurarte que el Infante don Carlos va a perderla.

Rodrigo miró de forma directa a los ojos de su yerno, y vio tanta confianza en ellos que se preguntó qué alimentaba esa seguridad.

—Ven al reino conmigo —le dijo Alonso—. Habla con la regente y asegura la vida de tu hija luchando al lado de la corona —le ofreció.

El mentón de Rodrigo se endureció.

—La quiero divorciada de ti.

Al duque no le sorprendía en nada esa declaración.

—Tienes muy mal perder, como ella. —Los ojos del conde brillaron al decírselo—. Tengo sobrados motivos para guardarte rencor —le escupió el duque—. Pero he venido en son de paz tratando de salvarle el pescuezo a tu hija, aunque ello signifique tener que llevarte arrastrando al reino.

—Yo no conspiré contra el rey, y te mostraste como un malnacido lleno de rencor.

Alonso alzó la barbilla ante el insulto.

—Tengo sobrados motivos para despreciarte —le soltó el duque.

—Que rompiera el compromiso con tu madre no es motivo suficiente para odiarme. Con mi acción evité hacerla desgraciada porque no la amaba. No la hubiera hecho feliz

Los dientes de Alonso crujieron por el enfado que sentía. El conde le traía unos recuerdos malsanos que no podía olvidar.

—No la amabas para casarte con ella, pero sí para convertirla en una desgraciada.

Las pupilas de Rodrigo se oscurecieron.

—¿De qué me acusas?

—De convertirla en una adúltera. —Los puños de Rodrigo se crisparon. Sentía ganas de golpear a ese insolente—. Por eso quería cobrarme tu vida —le espetó con rencor—. Mi padre la amaba y sufrió mucho sus desplantes por tu culpa.

Rodrigo no cabía en sí del asombro que sentía.

Las acusaciones entre los dos hombres subían de nivel. Se estaban diciendo a la cara todo lo que habían callado durante décadas. Sus gritos se escuchaban por toda la torre.

—Mi madre ya no volvió a ser la misma después de tu regreso.

—Yo no tuve nada que ver con ello —se defendió el conde.

—¡Vaya si lo tenías! —La voz de Alonso era cada vez más grave y amenazante—. Mi padre dejó de acudir al lecho de mi madre porque tú estabas metido en él...

—¡Alonso! —Exclamó el conde al verlo tan herido—. Estás muy equivocado, y tu madre me contó algo muy diferente sobre lo que ocurría en su matrimonio.

Pero el duque seguía sumido en el dolor de su infancia. Perdido en recuerdos que no podía arrancar de su corazón.

—Y luego llegó Rosa... Rosa... —Alonso luchaba por callar, pero había llegado a un punto de la verdad donde ya no podía retroceder—. ¡Mi hermana! ¡Tu bastarda!

Alonso se giró y le dio la espalda. No podía seguir mirando al conde, no, porque estaba a punto de golpearlo de la rabia y de la frustración que sentía.

Rodrigo estaba superado en sentimientos. Caminó hacia atrás y se sentó porque las piernas amenazaban con no sostenerlo. Rosa... ¿Rosa de Lara era su hija? ¡Dios bendito! No podía ser cierto, y debió de decirlo en voz alta porque el duque se giró con rabia y caminó directamente hacia él.

—Pero lo es... ¡lo es! Y he tenido que vivir con esa certeza toda mi vida, siendo testigo de la desgracia de mi padre, del destrozo de mi familia. ¡Era un niño feliz! ¿Puedes llegar a entenderlo? Era un niño feliz, hasta que apareciste tú. —Las palabras eran acusaciones que se le clavaban como puñales—. Y, a pesar de todo, pretendo salvarle la vida a tu otra bastarda.

Rodrigo seguía en silencio recordando. Pensando en momentos del pasado que creía superados para siempre.

—¿Qué has hecho, Alonso? —La entrada de la gitana Eulalia en la biblioteca empeoró la

situación todavía más.

El duque se giró hacia ella y redujo los ojos a una línea peligrosa.

—Vomitara la verdad de una maldita vez —afirmó contundente.

—Que Dios te perdone, porque no sabes ni la mitad de esa verdad que proclamas —contestó Eulalia.

—¿Una gitana adúltera me va a enseñar lecciones sobre la verdad?

Eulalia bajó los ojos al suelo dolida por ese comentario.

—Amaba a tu padre, Alonso. Podrías haber sido hijo mío si tu madre no hubiera aceptado casarse con él, despechada como estaba por la ruptura de su compromiso con Rodrigo.

—Eulalia, no —le advirtió el conde que ya había regresado de lidiar con los fantasmas del pasado.

Pero Eulalia no lo escuchaba.

—Estás lleno de rencor y veneno por algo que ignoras, que no conoces bien. Solo guardas retazos del pasado, pero eras demasiado pequeño entonces, y tu ira lo ha distorsionado todo.

—Eulalia... ¡no! —Volvió a advertirle Rodrigo.

—Se te llena la boca acusando al conde de engendrarle a tu madre una hija bastarda, pero yo también le engendré a tu padre un hijo bastardo. —Alonso perdió el color del rostro. Tenía a la gitana plantada frente a él, y escuchando verdades demoledoras—. Pero murió. Mi gente me dio tal paliza que murió dentro de mi vientre sin poder ver la luz. Y todavía hoy lamento haberle sobrevivido porque nada gangrena más que el odio y el rencor por los hechos consumados.

—¡Mientes! —Bramó Alonso con furia desmedida.

—Tu padre me amaba a mí, y tu madre amaba a Rodrigo. Esa es la verdadera historia de esta ponzoña que lo ha envenenado todo, incluido a ti.

Las tres personas que estaban en la biblioteca se miraban con inquina. Los tres mantuvieron silencio durante un largo rato, y cuando Alonso se disponía a marcharse de la torre sin que lo hubieran invitado a hacerlo, un niño pequeño entro a la estancia corriendo con gozo hacia los brazos de Rodrigo.

—¡Abuelo, abuelo! ¡Ha llegado papá!

Nadie se sorprendió tanto como Malcon de ver al duque en el centro de la biblioteca. Parecía petrificado. ¿Por qué maldita razón nadie le había advertido de la visita cuando llegó a la torre?

A pesar de su debacle emocional, el cerebro de Alonso registró el entusiasmo del pequeño al lanzarse a los brazos de su abuelo pregonando la visita del padre, y cuando sus ojos visualizaron al individuo en cuestión, sintió una rabia aniquiladora. Si el niño era nieto de Rodrigo, si el padre era Ian Malcon...

—¡Maldita seas, Aracena! —Bramó el duque lleno de ira.

Caminó hacia el escocés con la clara intención de cobrarse su vida con los puños, y le asestó dos golpes que lo lanzaron al suelo. Rodrigo no reaccionó hasta que el pequeño gritó de espanto al ver que golpeaban a su padre. Eulalia cogió en brazos al niño, que lloraba asustado, mientras Rodrigo trataba de sujetar a Alonso, quien seguía golpeando al escocés. Era como si un demonio se hubiera apoderado de él, descargando toda su rabia y su ira contenida en el rostro del hombre que había perdido la conciencia segundos antes.

—¿Qué diantres ocurre aquí?

Jamie Penword, el esposo de Isabel, hizo apoyo común con el conde y entre los dos sujetaron al duque que tenía los ojos inyectados en sangre.

—¡Llamad al médico! —Ordenó Rodrigo a Isabel, que acudía presta a ver lo que sucedía

en la biblioteca. El alboroto que se escuchaba desde el salón era descomunal.

El desencadenante había sido el pequeño Rodrigo, que se había asomado a la ventana al escuchar el carruaje del padre y había salido como una tromba para avisar al abuelo. Ninguno pudo impedir el desastre que se desató poco después.

Rodrigo ayudaba a Jamie a sujetar bien firme al Duque de Alcázar.

Alonso dejó de debatirse para soltarse cuando observó con sus propios ojos que el hombre al que había golpeado no se movía. Parecía muerto en el suelo.

Sentado en la cama en la habitación de huéspedes y con las manos tapándose el rostro, Alonso se preguntó qué demonio se había apoderado de él para golpear a un hombre indefenso con furia desatada.

«¡Maldita seas, Aracena, maldita seas!».

Eran las únicas palabras que se decía, tratando de entender su vergonzoso comportamiento en una casa que no era la suya y con unas personas que no lo apreciaban en absoluto. Ahora entendía el motivo por el que todos buscaban el divorcio entre ambos, pero sobre todo ella, la más ladina, perversa y malvada de todas las mujeres. Ella, su mujer, su amante, la amante de otro... Se pasó las manos por el pelo antes de volver a taparse el rostro. No escuchó la puerta ni el suspiro del hombre que se detuvo al verlo en esa postura de derrota.

—Tiene la nariz rota, pero Ian dice que no es la primera vez que se la rompes.

La voz de Rodrigo le llegó entre brumas y no lo miró, no hacía falta. Entre los dos se habían dicho cosas horribles. Se habían lanzado acusaciones hirientes, pero nada podía compararse a lo que sentía en esos momentos cuando se sabía engañado por Aracena.

—Me disculparé con él, pues no tiene la culpa de la veleidad de tu hija.

Rodrigo estaba atado de pies y manos.

Sentía la urgente necesidad de calmar el corazón del duque porque lo veía atribulado, y mucho se temía que era por culpa de su hija, pero no podía decirle que el pequeño era suyo; suyo y fruto de la pasión que los arrastraba a ambos. Rodrigo era un hombre, y si sus hijas se parecían en pasión a su madre Isabelle, comprendía muy bien todo lo que sentían Jamie y Alonso por cada una de ellas. Porque él mismo se sintió desbordado en Santo Domingo de Guzmán cuando conoció a la mujer más maravillosa de todas, la más ardiente y pasional, también la más orgullosa. Aquella que le destrozó el corazón por una lealtad mal entendida.

—Te acompañaré en tu regreso a España —aceptó el conde al fin.

Alonso alzó la cabeza y lo miró frío. Rodrigo pudo ver el brillo de decepción en sus ojos a pesar de la penumbra de la estancia.

—No hará falta que apeles por la vida de tu hija a la regente porque me encargaré yo mismo de arrancarle el último suspiro de su cuerpo.

Alonso no amenazaba en vano.

Y Rodrigo supo que tenía que mediar hasta que su hija pudiera explicar lo del niño, aunque mucho se temía que Aracena no iba a ceder en eso. Había decidido que Ian era el padre de su nieto, y él tenía las manos atadas por una promesa que había estado a punto de romper, pero que su madre, María, le había recordado tan astutamente que no podría hacerlo.

—¿Piensas que te permitiré que le hagas daño? —Le advirtió el padre.

Alonso no respondió. Siguió sentado en una postura derrotista porque se había quedado sin fuerzas y sin iniciativa.

—¿Crees que puedes impedírmelo?

—Tienes una idea equivocada de mí, muchacho —le dijo Rodrigo con cierto pesar—. Crees que me conoces, pero nada más lejos de la verdad.

—Conozco las argucias de tu hija, no necesito conocer nada más.

—Partiremos al alba —le informó el conde.

Parecía que Rodrigo le hablaba a un niño pequeño, pero Alonso no se molestó. Su mente y su corazón estaban muy lejos de Inglaterra. Estaba deseando volver y encarar a esa maldita tunante que le había destrozado la vida.

CAPÍTULO 10

Villa de Madrid

Alonso se encontró a su regreso que Aracena estaba bajo arresto en el convento de Santa Marta por orden de la corona, el mismo lugar donde había estado su hermana Rosa años atrás también arrestada. Sintió, al saberlo, un enorme alivio y una profunda decepción. Alivio porque había salido ilesa del incendio, decepcionado porque seguía en su empeñamiento de desafiarlo con su conducta una y otra vez.

El regreso de Alonso a la corte de Madrid acompañado del Conde de Ayllón, su eterno enemigo, había desatado las lenguas y los chismes desde una punta hasta otra del reino. Sin embargo, la guerra continuaba y, aunque avanzaban y lograban capturar lugares estratégicos en el norte, también retrocedían ante los carlistas que se apoderaban de plazas importantes.

En ese momento, ambos estaban esperando la presencia de la regente y de sus asesores y consejeros. Cuando hizo su entrada regia, el duque y el conde realizaron la correspondiente venia. Martínez de la Rosa y el arzobispo Gregorio Osuna también la acompañaban.

—Nos alegra verle de nuevo en la corte, Conde de Ayllón.

Rodrigo les hizo un gesto con la cabeza de reconocimiento.

—Una noticia buena entre tantas nefastas —dijo la reina apesadumbrada.

—¿A qué nuevas nefastas se refiere? —Se interesó Rodrigo, pero la regente guardó silencio. Respondió el ministro Martínez de la Rosa en su lugar.

—A las fuerzas carlistas del norte que se han reagrupado. Zumalacárregui ha sido nombrado jefe de las tropas de Vizcaya y Álava. —Rodrigo escuchaba atentamente—. Han obtenido grandes victorias en importantes enfrentamientos como la del asalto a un convoy de armas entre Logroño y Cenicero, a la victoria en la batalla de la Álava y el de la Venta de Echavarri.

—Pero el frente de Castilla es el que más nos preocupa —apuntó la regente muy seria.

—La insurrección ha movilizado un total de diez mil hombres al mando de Jerónimo Merino —continuó Martínez de la Rosa.

—¿Desea la corona que nos unamos al general Espartero? —Preguntó Alonso, que seguía meditando en la explicación de Martínez de la Rosa.

Pero María Cristina negó con la cabeza.

—Necesito que sigas liderando los Húsares de la Princesa. Eres uno de los mejores jinetes del reino en batalla.

Alonso no discutió la orden soberana. María Cristina miró directa al Conde de Ayllón.

—¿Es cierto que deseas unirte a la causa isabelina? —Le preguntó directa.

Rodrigo le sostuvo la mirada a la regente.

—Me han comunicado que mi hija está bajo arresto.

La regente comenzó a pasearse por la gran sala de palacio. Pensando en las palabras que tenía que decirle al conde para atraerlo a su causa.

—Lideraba una guerrilla burgalesa —le informó por si acaso el conde no lo sabía.

Rodrigo tardó un tiempo en responder.

—Pongo en duda la información y el informante —contestó el conde.

Martínez de la Rosa protestó enérgicamente. El arzobispo abrió la boca por la insolencia del conde pero no dijo nada.

—No estás en posesión de declamar nada, conde. —La regente se mostró firme—. Fue arrestada por un agente infiltrado de la corona.

Alonso se interesó de inmediato por ese informante infiltrado desconocido.

—¿Agente infiltrado? —Preguntó Rodrigo.

Alonso no le había informado de lo serio que era la acusación contra Aracena.

—Se negó a facilitar el paradero de la cuadrilla que lideraba, así como las que campean a sus anchas por Logroño y Soria.

—Deseo hablar con el informante —exigió Rodrigo—. Quiero saber el alcance de su acusación.

Martínez de la Rosa negó repetidamente con la cabeza.

—Como siempre, la Casa de Velasco conspirando contra la corona, nada nuevo. —Rodrigo se envaró ante la acusación del arzobispo porque sus palabras ofendían—. Primero la abuela y después la nieta, ¿no es cierto, conde?

—Mi lealtad siempre ha sido incuestionable —afirmó Rodrigo.

—Y es hora de que la demuestres —le espetó la regente.

—Dispuesto estoy a mostrarla si recibo como promesa una medida de gracia para mi hija, aunque se demuestre que participó involuntariamente en la insurrección.

Alonso miró a Rodrigo muy atento. Creyó que no estaba en posición de negociar, pero se equivocaba.

—¿La horca o el garrote vil? —La regente no pestañeaba al sostenerle la mirada al conde de Ayllón—. Te permitiría escoger la medida de gracia que le espera —respondió María Cristina.

—Entonces hemos terminado esta conversación.

—Majestad, yo también ruego y solicito una medida de gracia para mi esposa.

Rodrigo ya se daba la vuelta, pero se paró al escuchar a su yerno.

—Es una traidora a la corona —vociferó Martínez de la Rosa.

—Ha sido vilmente embaucada por charlatanes, ella mismo me lo confesó cuando me salvó la vida en Burgos.

La regente miró a Alonso con un brillo suspicaz en sus ojos, pues conocía a qué juego estaba jugando el duque.

—¿Estaría dispuesta a entregar a cuantos guerrilleros conoce para que sean juzgados?

—Lo hará —respondió el padre por el esposo.

María Cristina miró de nuevo al conde.

—¿Me garantizas los apoyos del marqués de Irián, el duque de Besande, y los condes de Arcayos y Laciana si te concedo la medida de gracia para tu hija cuando acabe la guerra?

Rodrigo contuvo el aire. Esos nobles confiaban en él y se mantenían neutrales. Si se lo pedía, lucharían junto a él codo con codo como hicieron en el pasado contra la invasión francesa.

—Tendré que convencerlos para que regresen a España. —Irián, Besande, Arcayos y Laciana eran virreyes en las otras Españas—. Y si lucho ahora, quiero la medida de gracia en el presente.

—¿Y qué garantías tiene la corona de que tu hija no volverá a conspirar contra ella?

Rodrigo inspiró profundamente porque se jugaba mucho. Si obtenía la gracia para que Aracena disfrutara de la libertad, tendrían que vigilarla muy cerca para que no huyera con los insurrectos y se refugiara en las montañas de nuevo.

—Mi palabra es mi garantía —le dijo el conde—. Y nunca he faltado a ella.

La regente hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Había esperado ese momento

durante mucho tiempo. Y casi se alegraba de la posición rebelde adoptada por la hija porque había sido determinante para condicionar la del padre. La regente habría otorgado mil medidas de gracia por el apoyo incondicional que había obtenido del conde y el resto de nobles que le eran fieles.

—Mientras regresan el resto de nobles al reino, me gustaría que lideraras la Legión Auxiliar —afirmó María Cristina.

Rodrigo entrecerró los ojos sin comprender. Martínez de la Rosa se apresuró a explicar.

—La Armada de Su Majestad está controlando la costa cantábrica para evitar el desembarco de armas por parte de los carlistas, como resultado de la Cuádruple Alianza, un tratado firmado por Gran Bretaña, Francia y Portugal. Sin embargo, tras los éxitos militares de Zumalacárregui, la corona ha pedido una mayor implicación de nuestros aliados. Aunque al principio los británicos se negaron a enviar directamente sus tropas, han decidido, para deleite de nuestro reino, formar un cuerpo militar de voluntarios.

—Será llamada la Legión Auxiliar —matizó la regente.

—El primer batallón llegará a San Sebastián en julio, y para mediados de agosto confiamos que ya se encuentre en la ciudad la Legión Auxiliar Británica que estará formada por unos diez mil hombres —continuó Martínez de la Rosa.

—¿Mi destino será San Sebastián? —Quiso saber el conde.

—San Sebastián —afirmó Martínez de la Rosa.

La reunión continuó durante cuatro largas horas.

Convento de Santa Marta, Sevilla

Los días se sucedían con una lentitud agonizante. Las cuatro paredes de su alcoba en el convento la ahogaban. Acostumbrada a recorrer las montañas y serranías en libertad durante todos esos meses, estar encerrada le provocaba una sensación de inseguridad y desesperación como nunca antes había sentido. Se había negado rotundamente a facilitar los nombres y lugares donde se encontraban las cuadrillas de guerrilleros. Aunque Martín, el hermanastro de Alonso, la llevaba de un lugar a otro, ella no había cedido ni un milímetro. Finalmente, él la entregó a las autoridades pertinentes de la villa de Madrid, quienes decretaron su prisión bajo custodia en el convento sevillano.

Escuchó el cerrojo de la puerta y saltó de la cama como un resorte. Apenas llevaba puesto un sencillo camisón.

Alonso cruzó por el hueco abierto con una mueca de desprecio en el rostro. Aracena se llevó la mano al estómago porque la mirada de él la había sentido como un puñetazo.

—¿Qué haces aquí?

El duque no se movió. Siguió plantado frente a ella y observándola con un brillo caliente en las pupilas que Aracena no supo interpretar.

—Estarás confinada en Silencios —le dijo al fin con voz grave.

—¿Sigo arrestada?

Alonso respiró profundamente varias veces hasta llenarse por completo los pulmones de aire, después lo soltó poco a poco.

—¿Has facilitado a la justicia los nombres de los cabecillas guerrilleros?

—¡No puedo hacer algo así! —Protestó ofendida—. ¡Sería traición!

—Entonces sigues arrestada —sentenció el noble.

—¿Por qué en Silencios?

—¿Necesitas preguntarlo?

Aracena bajó la cabeza un tanto avergonzada. Le venía a la memoria las palabras que Beltrán había dicho aquella noche en la posada de Burgos. Ella luchaba en un bando, y estaba casada con el otro...

—Siempre he actuado convencida de mis creencias que son tan respetables como las tuyas, aunque disintamos en política y en las formas de llevarlas a cabo.

Alonso hizo una mueca amarga. Tenía clavado en el corazón la voz de un niño que representaba la traición completa de ella.

—Desde aquella noche en Geranios, cuando te vi por primera vez y decidiste jugar a furcias conmigo, me has creado un problema tras otro.

Era cierto. Aracena no tenía argumentos que esgrimir ante tamaña verdad.

—Quería ayudar a mi padre... —se excusó—. Estuviste a punto de conseguir que lo ahorcaran por un delito de traición que nunca cometió.

—Pude entender que me robaras el acta de confesión, pues fue obtenida con chantajes y pagado con reales, pero tenía un objetivo que cumplir —admitió el duque—. Aunque no fue lo único que me robaste, ¿no es cierto? —Le había sustraído de la caja de caudales información que había sido de mucha utilidad para la causa carlista—. Falsificaste mi firma en documentos que me provocaron ingentes problemas con la corona hasta que pude demostrar que no había sido yo, sino una amante manipuladora la culpable de todo.

—Hice todo eso, es la verdad —admitió avergonzada—. Pero de estar en mi lugar tú habrías hecho lo mismo.

Alonso negó con la cabeza.

—Cuando termine la guerra te concederé el divorcio. —Ella no llegaba a comprender la magnitud de su concesión—. Saldrás de mi vida, del reino, y no regresarás nunca más.

Aracena se había quedado atónita. Ella ya no quería el divorcio.

—El Santo Padre no aceptará el divorcio entre nosotros. Fue muy claro cuando el cardenal amigo de mi abuela intercedió a mi favor; no aceptará el divorcio entre dos católicos.

Alonso la miró tan intensamente que el corazón de Aracena sufrió un sobresalto.

—Sí, lo hará, cuando te acuse de adulterio y le muestre la prueba de ello.

Aracena abrió la boca y la volvió a cerrar tan estupefacta que no se encontraba la voz. Tiempo después pudo articular al fin.

—¿Piensas acusarme de adulterio? —Ella no podía creérselo.

Aracena hizo lo que mejor sabía hacer; pasar al ataque. Se lanzó al cuello de Alonso y lo besó fieramente en la boca. Dolido como estaba, el hombre no supo reaccionar a tiempo y la abrazó con fuerza hasta dejarla aplastada entre él y la fría pared del muro. Ella le mordió el labio inferior con un ansia frenética, mientras subía las piernas a la cintura y lo abrazaba con ellas.

Alonso la sujetó por las nalgas y le clavó los dedos en la tierna carne.

Ninguno de los dos supo en qué momento cruzaron la línea. Estaban en un convento. Alonso la detestaba en ese momento con toda su alma. Aracena había escuchado la palabra divorcio y el terror se desató en ella, pero continuaron besándose como fieras, y en medio de ese caos, Alonso le arrancó la ropa interior y la penetró con fuerza: como si le fuera la vida en ello. Se ayudaba de la pared para mantenerla sujeta mientras la embestía con un ansia nacida de la desesperación al mismo tiempo que le mordía el cuello dejándole una marca rosácea que le iba a durar varios días. Ella le respondía con una pasión desmedida. Lo amaba, no quería perderlo. Le había mentido, robado, pero lo amaba, y, llegado a ese extremo de necesidad todo le daba igual. Aunque se derrumbasen los techos del convento encima de ella, le daba igual. Quería a Alonso, y

necesitaba que la amara en ese estado de desenfreno.

Si ella para él era la energía viva de la que alimentarse a diario, él era para ella el único reducto donde se sentía a salvo de todo. Aracena necesitaba su fuerza, su pasión tan igual a la suya. Era el único hombre al que había deseado con toda su alma, al que amaba con todo su corazón, frenesí y locura. Alonso era una droga para ella.

Los dos gritaron al unísono por el potente orgasmo. Grito que se escuchó en cada rincón del convento de Santa Marta.

CAPÍTULO 11

La visita de su padre a Silencios donde estaba recluida, la pilló con la guardia baja. Alonso había dispuesto unas estancias amplias del palacio para ella. Y había apostado guardias para que la vigilaran de día y de noche mientras él se encontraba en el frente.

Desde el encuentro en el convento cuando ella se lanzó a sus brazos de forma desesperada, no habían compartido nada más salvo miradas preñadas de decepción por parte de él, y de ansiedad por parte de ella.

Pero Alonso había partido de nuevo a la guerra.

Cuando Rodrigo cruzó la entrada principal de su alcoba, corrió para abrazarse a él, abrazo que el conde correspondió con verdadero afecto.

—Voy a volverme loca aquí encerrada —protestó ella.

Rodrigo podía entenderla. Aracena era la viva imagen del caos. Una mujer acostumbrada a beberse la vida como una sedienta como hacía ella a diario, no podía soportar un encierro prolongado.

—¿Cómo está mi pequeño? ¿Qué haces en España? —Preguntó cuando Rodrigo deshizo el abrazo.

Llevaba consigo una carpeta de piel. Caminó hacia el escritorio que utilizaba ella para escribir cartas que no llegaban a ningún lugar. Alonso lo había prohibido para evitar que tratara de ponerse en contacto con la resistencia. Sacó unos folios escritos, y tomó la pluma del tintero.

—Tienes que firmar unos documentos. —Le ordenó el padre.

Rodrigo rehusó hablarle del pequeño. Aracena sufrió un escalofrío, pues era lo que más temía desde que Alonso se lo había dicho.

—¿Es la orden de mi divorcio?

—Tu divorcio llegará más tarde, no te preocupes. —Le aseguró el padre. La hija miró al conde desesperada—. Obtenerlo sería imposible sin la colaboración de tu esposo, pero el duque ha accedido a solicitarlo al Santo Padre. —Aracena contuvo un gemido doliente que Rodrigo interpretó muy bien—. Es lo que querías, ¿no es cierto?

Ella insufló aire en sus pulmones con orgullo

—No es lo que deseo, pero sé que es lo mejor. —Aceptó firme. Rodrigo la escudriñó a conciencia porque la veía atribulada—. ¿Qué deseas que firme?

Fue leyendo los documentos que le había traído su padre y, cuando llegó a uno en particular, tiró el folio junto a los otros con ira.

—No me prestaré a ello —dijo con ojos entrecerrados—. No soy una delatora.

Rodrigo tomó una silla situada junto a la pared y la colocó cerca del escritorio.

—Firmarás —aseveró rotundo—. Porque no solo está en juego tu vida, sino mi credibilidad.

—Son hombres que luchan por la libertad —los defendió Aracena.

—Son hombres que morirán reine quien reine en España —le explicó el padre. Aracena iba a protestar, pero el conde la conminó a que no lo hiciera—. Son hombres que están al margen de la ley, no soldados en el frente.

Rodrigo había dicho una verdad irrefutable.

—Ayudan a los carlistas —continuó la hija.

—Roban, saquean, se ocultan... —el conde calló durante un instante—. Son delincuentes, y tú has participado con ellos.

—¿Por eso estás aquí? ¿Es este el motivo de que estés en el reino?

Rodrigo soltó un suspiro largo que a la hija le pareció interminable.

—Es el precio que he tenido que pagar para mediar por ti ante la corona. —Le explicó el padre. Aracena se mordió ligeramente el labio inferior—. Siempre ha perseguido esto; posicionarme a su favor, y gracias a ti lo ha conseguido.

Aracena había comprendido lo que significaba que su padre aceptara luchar en el ejército isabelino, ¡podía morir en batalla o ajusticiado después por los carlistas! Y ella y su hermana se quedarían solas.

—Pero... pero... ¡no quiero que luches! —Balbuceó como si fuera una niña pequeña.

El padre la miró con tristeza.

—¿Puedes imaginarte mi desolación cuando supe que estabas involucrada con guerrilleros? —Sí, podía imaginarlo porque debía de ser muy parecido a lo que sentía ella en ese preciso momento—. Tantos años intentando mantenerme neutral.... —Rodrigo hizo una pausa intencionada.

—¿Cómo lo supiste? —Le preguntó la hija.

—Por el esposo de Rosa de Lara, sir Andrew Beresford, que hace de mediador entre carlistas e isabelinos —le explicó el padre—. El embajador inglés le pidió apoyo, pues lo considera un traductor muy bueno y necesario para hacerse entender con el embajador español y con la corona.

—No puedo delatar a esos hombres —se resistió la hija.

Rodrigo insistió.

—Esos hombres serán juzgados gane quien gane la guerra —volvió a decirle.

—¡Pero es injusto! —Exclamó con vehemencia.

El conde cruzó los brazos al pecho. Como si sintiera la necesidad de mantenerlos sujetos.

—Injusto es que hayas utilizado a un hombre como Alonso en beneficio de la causa carlista cuando está y ha estado tan comprometido con la corona. —Aracena quería protestar, pero silenció su protesta por la mirada que le dirigió el conde—. Injusto es que tengas un hijo tan lejos de ti, y que lo mantengas en la ignorancia con respecto a su verdadero padre que...

—¡Calla! —Lo cortó Aracena—. Soy plenamente consciente de todos y cada uno de los errores que he cometido.

—Me duele en el alma escuchar a mi nieto hablar una lengua extraña. Que haya sido reconocido por un extranjero, que crezca en una tierra que en nada tiene que ver con la nuestra, y me duele mucho más verte cometer un error tras otro sin que trates de enmendar siquiera el primero.

—Mi relación con Ian Malcon es un tanto especial —confesó la hija.

—No lo es —la reprobó el padre—. Y tendrás que ponerle remedio.

Aracena de repente se echó a llorar. La mujer valiente y decidida que no temía enfrentarse a un ejército o una cuadrilla de los más sanguinarios guerrilleros, había caído vencida ante las palabras del padre.

—Estoy atada de pies y manos —admitió la mujer al fin—. Cuando acepté la ayuda de Ian no podía llegar a imaginarme que la corona descubriría nuestro parentesco y que me casaría con Alonso para condicionarte. —Aracena respiró varias veces tratando de controlar el llanto—. La relación que inicié con el duque para ayudarte me colocaba fuera del matrimonio, de la respetabilidad, y entonces me quedé embarazada. Perdí a mi madre. Casi muero en un incendio provocado por un familiar codicioso... —calló un momento—. Ian fue ese faro de luz que acepté porque naufragaba a la deriva.

—Debiste decirle a Alonso que iba a ser padre —la censuró el conde.

—Me hubiese separado de mi hijo, y no podía permitirlo —contestó firme—. No pienso permitirlo.

Rodrigo se levantó enojado y la miró con censura.

—¿Y no estás separada de tu pequeño? ¿De qué te ha servido el silencio sino para enredarlo todo mucho más? —Rodrigo inspiró profundamente—. Temo su reacción el día que lo descubra —le advirtió.

Aracena volvió a estallar en llanto.

—Tengo que aceptar que ya no tiene remedio —musitó en voz baja, pero Rodrigo la había escuchado muy bien—. Me equivoqué en el pasado, pero no puedo enmendarlo en el presente porque hay un hombre que quiere a mi hijo como si fuera propio, y el pequeño Rodrigo lo quiere como a su verdadero padre, aunque no fuera el que lo engendró.

Rodrigo mostraba una serenidad inusual porque sentía ganas de zarandearla.

—Pero es un hecho ineludible que el Duque de Alcázar puede morir en la guerra. —El conde lo dijo con una frialdad premeditada—. Y tiene un heredero legítimo al que debe conocer. Es importante reconocer que tu hijo tiene derechos legítimos sobre la herencia de sus abuelos y antepasados. Intentar privarlo de lo que le corresponde por nacimiento es inmoral. Además, permitir que sea educado por un extraño es aún más preocupante.

Aracena se resistía, temerosa de la posible reacción de Alonso si descubría la existencia del pequeño. La imagen de Ian, su hijo, llenaba su mente, y su determinación comenzaba a flaquear. Las palabras de su padre, cargadas de razón, resonaban en su interior, pero seguía luchando contra ello. En lo más profundo de su ser, sentía el peso del vínculo afectivo que se había formado entre el pequeño Rodrigo y aquel a quien consideraba y veía como su padre.

—Si no hablas con Alonso y le cuentas la verdad, tendré que hacerlo yo. —La amenaza del padre la sumergió todavía más en la angustia—. Y ahora firma los documentos.

Aracena se sentó en la silla principal y, tomando la pluma que su padre le ofrecía, firmó cada uno de los documentos. Era su confesión por escrito, su total disposición para colaborar con la corona. Se comprometía a no involucrarse en política en el futuro ni a oponerse a la corona, independientemente de quien la ostentara. Preparada para firmar el último documento, en el cual debía proporcionar los nombres de todos los guerrilleros que conocía, así como sus escondites actuales y potenciales, también se comprometía a ayudar a la justicia como testigo si fuera necesario. A cambio, la corona le otorgaba protección y privacidad durante el juicio, preservando su rango y nombre en caso de que su testimonio fuera requerido.

—La regente ha sido muy condescendiente contigo porque yo no hubiese sido tan magnánimo de estar en su lugar —le espetó el padre.

—Alonso es pariente de la corona —le recordó la hija.

—Por tus esponsales, tú también lo eres, y me alegraré que no olvides ese detalle cuando en el futuro te apetezca embarcarte de nuevo en causas al estilo de Juana de Arco. —Aracena miró a su padre, encontrando sumamente injusto que le hablara así—. Robar, saquear y delinquir no es honorable. Nunca lo ha sido, y te informo, por si lo desconoces, que lo aborrezco.

—Luchaba en el bando carlista —aclaró dolida.

Rodrigo continuó en tono duro y crítico.

—Eso no es luchar, hija mía. Luchar es lo que tendrás que hacer ahora para reunir a un padre y a un hijo. Salvar un matrimonio, y hacer próspero un ducado en buen nombre, en gestión y respetabilidad para las generaciones futuras.

Aracena pensó que su padre no parecía el mismo.

—En tus palabras ya no aprecio odio de los Velasco hacia los Lara, ¿me equivoco? —se atrevió a preguntarle.

Rodrigo la miró con honda sorpresa.

—Nunca he odiado a la Casa de Lara, tampoco a Alonso, ¿por qué imaginabas algo así?

—Fuiste amante de su madre —lo censuró la hija—. Alimentaste el odio de Alonso hacia ti y hacia todos los Velasco. Rosa de Lara me lo contó en su día.

Al escuchar el nombre, la mirada de Rodrigo se ensombreció, y entonces la luz penetró en la mente de Aracena. Todo cobró sentido al ver la expresión de su padre.

—¡Oh, Dios mío, lo sabes! —Se llevó la mano a la boca para contener un grito.

Rodrigo volvió a tomar asiento, y lo hizo completamente agotado en espíritu.

—Ocurrió solo una vez —confesó casi en un susurro—. El padre de Alonso mantenía a una amante, y Ana Blanca estaba destrozada. Acudí a pedirle ayuda —continuó revelando con voz temblorosa—. Vino a verme justo después de que regresara de La Habana, donde había pasado tiempo tratando de olvidar a Isabelle. Seguía despechado por el abandono de tu madre, porque fue la única mujer que he amado en mi vida. Esa noche bebí más de la cuenta con mis hombres en el puerto, celebrando el regreso al reino, y ocurrió algo que todavía me sigue atormentando desde entonces —explicó. Aracena tenía los ojos abiertos de par en par—. Ana Blanca se sinceró con un hombre que no estaba en sus cabales. Hablaba de divorciarse del duque porque seguía manteniendo a su querida; una amante que no había apartado de su lecho conyugal a pesar de contraer matrimonio con ella, a pesar de haberle dado un heredero. Me culpó de su desgracia y me golpeó. Traté de sujetarla para que dejara de hacerlo, me besó y el exceso de alcohol hizo el resto.

Un silencio largo se sucedió entre padre e hija.

—¿Quién era la amante del duque? —Preguntó Aracena un tanto conmovida por la explicación de su padre.

Rodrigo se levantó sin responderle y ella creyó que no lo haría. Recogió todos los documentos firmados y los guardó en la carpeta de piel marrón. Cuando se dispuso a abandonar la estancia, la miró durante un momento con duda. Finalmente se decidió.

—Eulalia Montoya.

Aracena parpadeó varias veces al escuchar el nombre. ¿Eulalia? ¿La mujer que ella conocía y que vivía en Inglaterra? Rodrigo abrió la puerta, pero, antes de salir, ella lo detuvo.

—¡Su hijo vive! —Exclamó de pronto.

Rodrigo paró sus pasos y se giró hacia ella estupefacto.

—Eso es imposible.

—Vaya si es posible, pues es el cretino que me arrestó —reveló la hija.

La mente de Rodrigo hervía de especulaciones. ¿Quién había arrestado a su hija? ¿El informante? ¿El espía? ¿El hijo no muerto de Eulalia?

—Estaba infiltrado en una cuadrilla cuando lo conocí, y me salvó la vida —continuó diciéndole la mujer.

Rodrigo volvió sobre sus pasos y tomó de nuevo asiento frente a su hija. Para Aracena había quedado olvidada la amenaza de su padre de hablar con Alonso. Tras la revelación dolorosa de su pasado, se alegraba enormemente del cambio del rumbo de la conversación que mantenían. Hablar sobre lo que sentía hacia su esposo era lo último que deseaba. Primero tenía que salir del lío en el que estaba metida, después haría algo al respecto como huir.

—¿De qué forma te salvó la vida? ¿Cómo se llama? ¿Dónde puedo encontrarlo?

Después de haberse deshecho en llanto, los ojos de Aracena brillaban con un amor

profundo y pleno hacia su padre por lo que estaba dispuesto a hacer por ella: luchar en la guerra. No le había dado las gracias, y pensó que la información sobre Eulalia sería una forma de hacerlo.

—Kiko Peña me hizo llegar un mensaje de Joaquín Moreno donde me ordenaba que nos uniéramos a otra guerrilla cerca de Valgañón, en La Rioja, y que nos dejáramos liderar por Martín de Valiente y Caballero, su ahijado y hombre de confianza. —Rodrigo echó la espalda hacia atrás y entrecerró los ojos—. Es un doble de Alonso, pero mucho más moreno.

Rodrigo sabía que Joaquín Moreno era pariente de Eulalia, aunque no tenían tratos entre sí porque Eulalia lo había dejado todo atrás. Había renunciado a su etnia. A todo lo que había sido desde que nació para convertirse en la sombra de su hermana Inés. También conocía que Joaquín Moreno jugaba a dos bandas según le convenía: con los isabelinos y con los carlistas.

—¿Así se llama, Martín?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Acepté la orden de Joaquín Moreno y seguimos a Martín. Tiempo después me enteré de que pretendían secuestrar a Alonso y me adelanté a ellos. Cuando apresé a Alonso mi intención era salvarlo pues Arbizu tenía la intención de pedir un rescate y después cobrarse su vida sin respetar el acuerdo. Mantuve a Alonso escondido en la posada de Belmonte.

—¿El pintor anarquista? —Preguntó el conde.

Aracena volvió a asentir.

—Arbizu asesinó a Belmonte e inmediatamente después incendió la posada conmigo dentro, pero Martín me rescató cuando las llamas comenzaron a consumirlo todo. —Aracena calló un momento—. Mi sorpresa fue enorme cuando descubrí que había acudido a la posada con varios soldados y que lo llamaban capitán, entontes me explicó quién era realmente.

—Cuando me entrevisté con la regente y sus asesores obviaron el nombre del que te arrestó, creo que fue intencionado —dijo el conde pensativo.

Para Rodrigo resultó muy significativo ese detalle.

—Martín quiso obligarme a delatar a los guerrilleros que conocía, y por supuesto me negué. Durante semanas recorrimos la sierra de Neila y la Demanda, pero fue inútil. Finalmente, y como no iba a conseguir colaboración por mi parte, me llevó a Madrid y me entregó a la corona.

El resto ya lo conocía Rodrigo.

—¿Cómo es? —Quiso saber el conde.

—Un hombre muy atractivo y valiente. Temerario y con un arrojo imprudente. Me dio la impresión de que no respeta ni rey ni roque. Tiene sus propios criterios dentro y fuera de la ley, y no le importa vivir expuesto al peligro —confesó Aracena.

Rodrigo se dijo que la vida tenía sus formas de poner cada cosa en su lugar correspondiente, y se preguntó por qué motivo le habían hecho creer a Eulalia que su hijo había nacido muerto. ¿Quién estaba detrás de esa sórdida historia? Pensaba averiguarlo.

—¿Cómo puedo encontrarlo?

Aracena parpadeó varias veces.

—En la sierra de Neila hay una taberna llamada El Tres de Espadas. Martín suele reunirse allí con su oficial superior, del cual recibe órdenes detalladas —reveló Aracena mientras Rodrigo reflexionaba—. Justo antes de dejarme en Madrid, me dijo dónde podría encontrarlo si alguna vez necesitaba huir de la corona o de mi amante esposo.

A Rodrigo le sorprendió esa afirmación.

—¿No temió que lo delatarás a otros guerrilleros?

Aracena negó con la cabeza.

—Me salvó la vida. Es el hermano de Alonso, jamás lo delataría, y él lo sabe.

Rodrigo soltó un suspiro largo. Su hermana Inés le había contado que había dado con Eulalia por casualidad. Que estaba medio muerta y que había sufrido un parto prematuro y que el bebé había nacido muerto. ¿Le habría contado Eulalia esa historia a su hermana cuando despertó medio muerta? ¿Quién la atendió? ¿Por qué se llevaron al niño?

Aracena miró a su padre y se armó de valor. Tenía una pregunta que le quemaba en la boca y tenía que pronunciarla.

—¿Le confesarás a Rosa de Lara que eres su padre? —Le preguntó a bocajarro.

Rodrigo soltó un jadeo como si en vez de una pregunta su hija le hubiera dado un puñetazo directamente en el estómago.

—Rosa es feliz —dijo tiempo después con voz muy baja—. ¿Por qué motivo debería complicar su mundo para revelar algo que carece de importancia? —Le explicó el padre.

Aracena se encrespó porque su padre acababa de darle la munición que necesitaba para defender su postura.

—¿Y por qué debería hacerlo yo cuando me encuentro en el mismo punto de partida que tú? —Rodrigo volvió a levantarse, y miró a su hija con ira en las pupilas—. No es lo mismo predicar que dar trigo, ¿verdad, padre?

Entre padre e hija se sucedió un silencio espeso y largo.

—En tu caso es lo justo —aseveró muy serio—. Si no hablas con Alonso me veré obligado a hacerlo yo. —Los ojos del conde se dulcificaron de pronto, como si evocara un recuerdo hermoso—. Tu hijo crece feliz. Es un niño hermoso e inteligente. —Aracena tragó la saliva espesa que se le había acumulado en el cielo de la boca—. Cada día que despierta pregunta si su madre ha llegado ya de su largo viaje...

Y ya no se dijeron nada más. Rodrigo abandonó Silencios con los documentos firmados por su hija. Los llevaría a la corte, y pondría rumbo a San Sebastián haciendo una breve parada en la taberna El tres de espadas.

CAPÍTULO 12

Gracias a los documentos que había firmado, a la intervención de su padre y, no menos importante, a la de su marido, que por ser pariente de la regente María Cristina, Aracena podía salir de Silencios, aunque no de Sevilla. Aracena estaba sumida en una apatía que la dejaba sin fuerzas. Se limitaba a vagar por el palacio, alimentarse lo mínimo imprescindible y dormir prácticamente todo el día.

No se parecía en nada a la mujer del pasado llena de energía y fuerzas capaz de conquistar un imperio.

Se moría de ganas de besar y estrechar a su hijo entre los brazos. Lloraba cada noche abrazada a la almohada imaginando que era el pequeño cuerpecito que no había visto en años. Era lo más duro de todo; estar separada de él, y lamentó haber perdido en el incendio de la posada el hermoso camafeo que Belmonte le había regalado con la pintura de su pequeño. Llorar no la conducía a ningún lugar, pero no podía dejar de hacerlo.

Ansiaba conocer nuevas de Alonso que luchaba en el frente. De su padre que también lo hacía. Quería tener noticias de su hermana Isabel, de su abuela María, pero seguía languideciendo en Silencios y consumiéndose en vida.

No recibía correo por expreso deseo del duque, quien temía un nuevo intento de fuga por parte de ella para unirse a los guerrilleros, algo que sería nefasto y que la corona no perdonaría. Por ese motivo, Alonso controlaba su correspondencia. Ella tampoco se decidía a escribir porque sabía cuál sería el destino de las cartas: las manos de Alonso .

Pero ese silencio a su alrededor era un potente veneno que la iba matando poco a poco.

—¡Dios mío, Aracena!

La voz de Rosa le llegó entre brumas. Estaba acostada en el sofá del salón con las ventanas cerradas y las cortinas echadas. Olía a cerrado y miseria, pero no le importaba.

—Esto parece el interior de un panteón.

La voz de su amiga había penetrado en su cerebro que comenzaba a reaccionar muy lentamente.

—Rosa... ¿eres tú? —Rosa abrió las cortinas antes de girarse hacia ella—. Parece que veo a un fantasma.

Aracena estalló en llanto. Durante semanas había estado muy sola. Compadeciéndose de sí misma, martirizándose y preguntándose al mismo tiempo cuándo recibiría la noticia de la muerte de su padre o la de su esposo en el frente. También cuándo recibiría el documento de su divorcio, cuándo vería a su pequeño... siempre las mismas preguntas.

—¡Me siento tan desamparada! —Sollozó fuerte.

Rosa la abrazó con fuerza.

—Estás hecha un desastre.

Aracena se dejó caer en el sofá mientras se ponía las palmas de las manos en el rostro para que su amiga no la viera llorar.

—¿Vienes a decirme que mi padre ha muerto? —Rosa negó con la cabeza—. ¿Mi esposo entonces? —La amiga volvió a negar.

—Traigo conmigo algo que te animará mucho. —Rosa se giró hacia la puerta y extendió la mano—. Ven, pequeño, no tengas miedo.

Aracena se reincorporó de golpe y miró hacia la puerta del salón. Su corazón sufrió un sobresalto cuando vio una miniatura de Alonso que no se atrevía a entrar. Ian Malcon estaba

plantado tras él.

—Vamos, hijo —lo animó el escocés—. Mamá está deseando abrazarte.

Aracena se levantó tan rápido que perdió pie y tropezó con el vuelo de su vestido. Cayó al suelo con un golpe sordo y ya no se levantó. Había caído en la inconsciencia.

Lo primero que vio cuando abrió los ojos fue el rostro angelical de su pequeño. Contuvo el ímpetu de abrazarlo. Se alzó para quedar sentada en el lecho.

El pequeño le sonrió, y su corazón estalló de dicha.

—¿Puedo abrazarte? —El niño asintió y ella lo abrazó con fuerza, aunque con infinita dulzura.

Era maravilloso oler su aroma. Sentir los latidos de su corazón junto al suyo.

—La tía Isabel me dijo que no me sorprendería al verte.

—¿Por qué? —Le preguntó la madre.

—Porque eres como ella, pero más guapa.

Aracena lo abrazó más fuerte todavía.

Ian estaba sentado a los pies del lecho. Rosa se mantenía de pie a la orilla de la cama.

—¿Cómo es posible? ¿Por qué? —Logró preguntar a pesar de la emoción que la embargaba—. ¡Rosa, no puedes estar en Sevilla!

—Mi esposo es ayudante del embajador inglés —le informó—. Ya no represento un peligro para la corona. Todo pertenece al pasado.

Aracena recordó que su padre se lo había explicado. Entonces giró el rostro hacia Ian Malcon que le sonreía. Estaba más delgado y parecía mucho más seguro de sí mismo.

—Tu padre me envió una carta hace cuatro semanas —le dijo para explicar su presencia en Silencios—. Me hizo ver la importancia de reunirte con Dorian aquí en Sevilla.

El pequeño se giró hacia su padre y le habló en gaélico. Aracena no comprendía lo que le decía el niño en tono tan serio.

Ian se apresuró a explicarle.

—No le gusta que lo llame Dorian.

—Porque me llamo Rodrigo como el abuelo —manifestó el pequeño en español, pero con un acento muy marcado.

—Vamos, Rodrigo —Ian pronunció el nombre con bastante solemnidad—. Devoraremos esas galletas tan ricas que hemos dejado en la cocina.

El niño saltó entusiasmado de la cama.

Aracena se reincorporó para seguirlos, pero Rosa le puso la mano en el hombro para impedirlo.

—Ian nos está dando un tiempo para hablar a solas.

—No quiero hablar, sino estar con mi pequeño antes de que se lo lleve de nuevo —protestó la madre.

Rosa se sentó en el colchón que cedió bajo su peso.

—No soy quién para censurar tu silencio con respecto a mi sobrino porque yo hice exactamente lo mismo. —Aracena parpadeó varias veces al escucharla—. Hasta que no me vi con la soga en el cuello, no le informé a mi esposo de que era padre de una niña.

—¿Por eso has venido a Silencios? ¿Para recriminarme? —La hostigó Aracena.

Rosa le acarició el pelo como si lo hiciera con su pequeña.

—Sospeché de tu embarazo hace mucho tiempo, y cuando te pregunté lo negaste tan fervientemente que me decidí a no dudar de tu palabra.

—Hice lo que creí correcto —se excusó.

—Y no te censuro por ello —la tranquilizó Rosa.

—¿Entonces?

—Estaré en Silencios cuando hables con mi hermano. Tendrás todo mi apoyo.

Aracena volvió a estallar en llanto. Hipó y lloró casi tanto como con la muerte de su madre. Era todo tan complicado.

—¿Has observado cómo mira mi pequeño al que cree su padre? ¿La adoración en sus ojos? ¿Cómo puedo romper ese vínculo creado entre los dos desde su mismo nacimiento? ¡Créeme, no puedo hacerlo! —Exclamó vencida—. Si en algún momento he dudado, ha sido verlos juntos, y convencerme de que no podré causarle semejante dolor. ¡Sería abominable por mi parte!

—Será difícil, pero tendrás que hacerlo porque es lo justo.

Aracena volvió a estallar en sollozos, y lloró durante un rato largo.

—No voy a hacerlo, Rosa, porque tomé mi decisión hace años y la mantendré por mucho que me pese, por mucho que me destroce el corazón. Además, estoy esperando la carta de mi divorcio. Tu hermano desea que me marche, pronto lo haré con mi hijo, y comenzaré una nueva vida lejos del reino.

Aracena lo había soltado de sopetón, sin pensar. Como si de esa forma le diera más validez a sus palabras.

—¿Cómo puedo hacerte comprender que estás equivocada? —Le preguntó Rosa.

—No puedes, porque es lo que decidí y es lo que defenderé hasta mi muerte.

Aracena saltó de la cama y se dirigió hacia la cocina. Ahora que había visto a su hijo, ahora que lo había abrazado, nada en el mundo podría separarla de él. Por primera vez en semanas el brillo de la resolución asomó a sus pupilas. No se quedaría en Silencios esperando una carta de divorcio que no llegaba. El pequeño Rodrigo le había insuflado en los pulmones energía vital para continuar adelante, aunque fueran decisiones equivocadas.

Tomó una resolución en el pasado, y, al ver juntos a Ian y a su pequeño, supo que había hecho lo correcto. Tenía que hablar con Ian, de su respuesta dependería que ella se marchara con ellos o no.

CAPÍTULO 13

Con la Acción de Artaza contra Gerónimo Valdés, Zumalacárregui logró deshacer la tropa isabelina, obligándola a dismantelar todas las estratégicas guarniciones, como Maeztu, Alsasua y Elizondo, entre otras. Las únicas guarniciones que quedaron fueron las de las capitales de las provincias, como Pamplona, y algunos puertos de la costa. El grueso del ejército cristino se retiró a la orilla sur del río Ebro. Animado por sus éxitos militares y por la necesidad de obtener financiación y reconocimiento internacional, el pretendiente al trono, el Infante Carlos, ordenó tomar Bilbao, a pesar de la opinión contraria de Zumalacárregui, quien hubiera preferido atacar Vitoria y desde allí abrirse camino hacia la villa de Madrid. La operación comenzó con relativo éxito al abrirse paso hacia Bilbao, venciendo al general Espartero en el Puerto de Descarga y comenzando a sitiar la capital vizcaína. Sin embargo, Zumalacárregui resultó herido mientras observaba las operaciones y falleció, lo que cambió todo para los isabelinos.

—Su Excelencia. —Un soldado le traía un correo urgente, pero para sorpresa de Alonso no venía de la villa de Madrid, sino de San Sebastián.

Lo remitía el Conde de Ayllón. Dentro del sobre había incluido una copia de otra carta que había dirigido a Escocia. Alonso fue arrugando el ceño a medida que leía. Cuando hubo concluido, soltó una blasfemia.

¡Tenía que regresar a Sevilla de forma urgente! Pero no podía abandonar el frente porque de hacerlo podría enfrentarse después a un consejo de guerra.

Según la información que le había remitido el conde en la carta, todavía tenía una cierta ventaja porque Ayllón había enviado la carta dos semanas después. Y no supo si agradecerle el aviso pues le parecía de una falta supina que se pusiera en contacto con el extranjero amante de su hija, ahora su esposa, para pedirle que fuera a verla. ¿Con qué propósito el conde le extendía una invitación a Silencios? ¿Y qué había querido decir con la frase: «Ella tiene que explicarte algo muy importante»? ¿Qué tenía que explicarle Aracena? ¿Con qué derecho se inmiscuía en sus asuntos personales?

El ejército isabelino avanzaba hacia el norte de forma imparable, pero gracias al Conde de Ayllón, él tenía que regresar a Silencios porque el extranjero estaba a punto de secuestrar a su esposa para llevársela del reino. Era la lógica conclusión a la que había llegado Alonso tras leer las enigmáticas palabras de su suegro. En la carta le explicaba que Rodrigo había sido cómplice, ¿cómplice de qué? ¿Por qué le decía que Aracena había cometido un acto censurable, y él también?

Se hacía muchas preguntas de las que solo en Sevilla hallaría las respuestas.

Se apresuró a escribir dos cartas; una iba dirigida a la corona explicándole brevemente su ausencia del frente para resolver un asunto personal urgente, y la otra iba dirigida a su hombre de confianza; el que vigilaba a su esposa sin que nadie lo supiera. Cuando le hizo el encargo fue para asegurarse de que nadie pudiera sacarla del reino sin su conocimiento, también para que ella no volviera a las andanzas del pasado.

Y Alonso cabalgó sin tregua acompañado únicamente por dos soldados rasos, los que llevarían los informes de la guerra directamente a la corona una vez hubieran llegado a Madrid, también la carta que explicaba su ausencia. Lo consumía la impaciencia. Sentía que era necesario que se apresurara, aunque no tenía modo de saber el motivo.

Cuando llegó a Silencios, sudoroso, agotado y con la paciencia en el límite, lo que encontró fue mucho peor de lo que pensaba. Nadie esperaba su regreso, nadie salió a recibirlo.

Entró sigiloso en la casa esperando encontrar el motivo del aviso de Rodrigo. Escuchó voces quedas en la biblioteca hasta que su mente registró la de Aracena y la del extranjero, e hizo algo imperdonable y que le abriría los ojos por completo: escuchó a hurtadillas.

Aracena se abrazó a Ian con inmensa alegría, como si quisiera corresponderle el amor y la dedicación hacia su hijo durante tanto tiempo. El pequeño Rodrigo dormía en su alcoba, en su lecho, porque ella no quería pasar ni un instante alejada de él. Rosa ocupaba sus antiguas dependencias porque se sentía agotada del largo viaje, mientras ella e Ian conversaban de forma íntima y franca en la biblioteca.

Ella lo miró con ojos que expresaban admiración. No vestía igual de elegante que en el pasado, pero las canas en las sienes rojizas le daban una apariencia más solemne.

—Ha sido duro, no voy a negarlo. No sabía nada sobre niños, pero es tan inteligente, tan maduro para su edad. Es el mejor hijo del mundo. Me hace sentir un orgullo inmenso, ¿puedes entenderlo?

Ella bajó la cabeza porque se sentía turbada.

—Gracias de corazón por hablarle de mí.

Ian la miró estupefacto.

—¡Por Dios, Aracena! ¡Eres su madre! Has estado presente en su vida cada día. Y nuestro pequeño sabe que si no estás con nosotros en nuestro hogar es por motivos ajenos a ti. Sabe que lo amas con todo tu corazón, y te corresponde, aunque estéis separados.

Era su madre, pero no había podido ejercer como tal, y ahora se arrepentía de todo el pasado sin dejarse nada en el tintero.

—Si pudiera volver atrás —admitió apenada—, tomaría otros derroteros.

Los ojos azules de Ian la observaron de forma penetrante, demoledora. Era consciente de lo que quería decir ella con esas palabras, y supo que tenía que disipar sus dudas. Aracena había hecho lo correcto entregándole al pequeño Rodrigo.

—Cuando regresé a la casa de mi padre, solo llevaba unas manos vacías y la inclinación malsana que tan gustosamente me reprochaba desde que tuve la capacidad de razonar, pero cuando tu prima Aurora y su esposo Justin trajeron al pequeño Rodrigo, todo cambió. Me llevó días convencer a mi padre de que era realmente mío, mío y de una española que había conspirado contra la corona de España. Le expliqué que por ese motivo no podías ocuparte de nuestro pequeño. Le grité y censuré como nunca en mi vida —reconoció un tanto avergonzado—. Le eché en cara su animadversión hacia todo lo que hacía. También lo culpé por incitarme una y otra vez a portarme como un hombre hacia una mujer, y le mostré orgulloso el resultado de seguir su consejo: nuestro pequeño y hermoso Rodrigo. —Ian calló un momento para tomar aire—. Lo culpé de ser intransigente, y de forzarme a actuar contrario a mi naturaleza. A lo que pensaba y sentía, pero él se sentía feliz de que lo hubiera hecho. Y cuando conoció al pequeño Rodrigo, lo adoró, y ¿sabes qué? —Aracena negó con la cabeza—. Por primera vez dejó de mirarme con odio, y hasta ese momento no me di cuenta de lo que me importaba su opinión. Un padre que nunca me aceptó como era, nunca, hasta la aparición de nuestro pequeño, que le cambió la vida.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Ni recordaba cuándo habían comenzado.

—Me alegro de que lo aceptara.

Ian abrió los ojos de par en par.

—¿Aceptarlo? —preguntó con los ojos abiertos de par en par—. ¡Por fin tenía el hijo soñado! —Exclamó vehemente—. Rodrigo demostró desde muy pequeño unas aptitudes excepcionales para todo; era un excelente jinete, poseía buenos instintos para la caza, además tiene un don para la diplomacia como no he visto nunca. La de veces que ha mediado entre mi padre y yo a pesar de lo pequeño que es. —El pecho de Aracena se insuflaba de orgullo a medida que escuchaba a Ian hablarle sobre su niño del alma—. Y no puedes hacerte una idea de lo que quiso a mi padre. ¡Lo idolatraba! Ambos se amaban de verdad. Eran como la raíz y la tierra que la nutre, se necesitaban mutuamente. —Los ojos de Ian se oscurecieron de tristeza—. Lloró mucho la muerte de su abuelo, y nuestro hijo logró un milagro: que me reconciliara con ese anciano que me hizo tan desgraciado en mi niñez y adolescencia. Le debo tanto a nuestro pequeño.

—¡Me alegro mucho, Ian!

Los siguientes minutos fueron de silencio. Ambos se observaban con cautela. Sin decidirse a comenzar el verdadero motivo de esa reunión en la madrugada. Fue Aracena quien rompió la quietud.

—Mi padre desea que le cuente la verdad a Alonso; que nuestro hijo es un Lara.

Ian tragó con fuerza porque esperaba algo así.

—No me importa lo que desee tu padre, sino tú. ¿Qué deseas, Aracena?

La voz de Ian había temblado ligeramente.

—A veces me he sentido flaquear porque sé que he sido injusta al separarlo de su sangre, pero ahora estoy confusa —confesó la mujer.

—Ser padre no es engendrar un hijo, es mucho más —le recordó el escocés.

Aracena también estaba de acuerdo con esa opinión.

—¿Qué palabras usó mi padre para convencerte de que vinieras a Silencios? —quiso saber ella.

—Me dijo que tenías que tomar una decisión, y que tenía que ayudarte a hacerlo, aunque ignoraba a qué decisión se refería, porque de saberlo no hubiera venido.

—Le dije a mi padre que mantendría mi palabra —le reveló Aracena.

—¿Y ahora? —Quiso saber él.

—Cuando he visto el amor inmenso que te tiene Rodrigo, creo que debo seguir respetando la decisión que tomé en el pasado.

Ian soltó el aire que había estado reteniendo poco a poco con inmenso alivio.

—Aracena, no podría vivir sin él —confesó emocionado hasta las lágrimas—. Es mi vida, mi futuro. Será el conde que hubiera querido mi padre.

Cada palabra de Ian se le clavaba como estocadas finas. Aracena se sentía desleal, ladrona e infame, pero debía actuar conforme a su conciencia, y lo correcto era dejarlo todo tal y como estaba.

—Tengo prohibido salir del Andalucía —le dijo seria—. Pero sé cómo escapar del reino.

Los ojos de Ian se entrecerraron al escucharla.

—¿Quieres decir que vendrás por fin conmigo? —Le preguntó sin dejar de mirarla atentamente.

Aracena hizo un gesto afirmativo.

—Alonso piensa pedir el divorcio, si acaso no lo ha solicitado ya. Y no quiero pasar más tiempo alejada de mi hijo y con esta incertidumbre que pesa sobre mi cabeza.

—Tomaste la decisión correcta en el pasado —le dijo él en un tono de voz neutro—, y también en el presente.

Ella negó con la cabeza varias veces.

—No la tomé Ian, pero ahora no puedo deshacer lo hecho; debo asumir las consecuencias de mis actos.

—Ese papel de mártir no te queda nada bien. —Ian la abrazó con fuerza para consolarla.

Alonso sentía un silbido horrible en los oídos. El corazón le martilleaba en el pecho. La sangre circulaba a toda velocidad por el interior de su cuerpo provocándole un malestar infinito.

Ella era la más falsa de todas las mujeres. Había hecho algo terrible, infame.

Había cometido muchos errores, pero el que se le había revelado esa noche superaba con creces lo razonablemente permitido. Regresó sobre sus pasos y se dirigió hacia las dependencias del servicio. Levantó del lecho al mayordomo y habló con él, le hizo preguntas que este se apresuró a responder. Minutos después comenzó a hacer planes a toda velocidad para no despertar las sospechas de los dos miserables que conspiraban a sus espaldas en la biblioteca. Levantó a un par de sirvientes que dormían porque la noche estaba muy avanzada, y les dio órdenes precisas. Los muchachos no dudaron ni un instante en obedecer.

Alonso ascendió las escaleras desde las dependencias del servicio hacia la planta alta. Sabía perfectamente dónde encontrar lo que necesitaba comprobar con sus propios ojos. Abrió la puerta de la alcoba de ella y se adentró en silencio en la habitación. El aroma de Aracena lo envolvió por completo en una oleada que, en esta ocasión, le causó desagrado. El pequeño bulto dormía justo en medio del lecho. Avanzó lentamente y lo observó con una mirada herida, casi desesperada. No necesitaba más luz que la que provenía de una esquina de la estancia, junto al escritorio. La pequeña lámpara de queroseno era más que suficiente para que él pudiera constatar la gran traición que Aracena había perpetrado.

Era su hijo, su propia carne, y ella se lo había ocultado. Había permitido que otro hombre lo educara, que lo criara como si fuera suyo. Tragó con fuerza y siguió observando al niño inmerso en una batalla interna entre el rencor y el ultraje, sin saber cuál de las dos emociones afloraría primero para saldar cuentas. Era un niño hermoso, lo había constatado en Inglaterra cuando se le enfrentó para preguntarle su nombre. Con su cabello oscuro, su piel clara y esos enormes ojos dorados como los de su madre, era un claro indicativo de la nobleza que fluía por sus venas: la sangre de los Lara.

Alonso cerró los ojos porque se sentía vencido.

Se sentó en el borde del lecho con cuidado para no despertarlo, mientras se inclinaba sobre su propio cuerpo y entrelazaba las manos sobre las rodillas en un intento de mantenerlas quietas. Era incapaz de hilar un pensamiento coherente con otro ecuánime pues todo sentimiento en su interior se tornaba destructivo.

Tiempo después, el mayordomo no tocó la puerta de la alcoba para no despertar al niño que dormía en su interior, y siguiendo las instrucciones que le había dado el duque anteriormente. Varios soldados y un monje entraron tras él en silencio. Alonso se levantó del lecho y se inclinó sobre el niño dormido. Le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

—Su Excelencia —dijo el mayordomo.

Alonso hizo un gesto afirmativo con la cabeza y el monje adelantó a los soldados que se quedaron esperando muy cerca de la puerta. El duque tomó al niño con tanto cuidado que no se despertó. Lo apretó brevemente junto a su pecho y lo besó en la sien. Le encantó su olor natural, la suavidad de la piel infantil. Debía de estar rendido o tenía un sueño muy profundo porque no

se despertó cuando pasó de los brazos de su padre a los del monje.

—Si llevas cuidado no se despertará —le dijo al religioso.

—Lo tendré, aunque el camino es largo —contestó el monje.

—Reclamaré tu sangre si le sucede algo estando bajo tu custodia.

—Lo protegeré con mi vida —prometió el monje—. Me ocuparé de su bienestar allí donde nos envías.

Alonso les dio órdenes a dos de los soldados que acompañaron al clérigo cuando abandonó la alcoba con el niño dormido en brazos.

Al resto de soldados les dio otras órdenes que se apresuraron a obedecer.

—Me tomaré una copa de coñac —le dijo al mayordomo cuando se quedó de nuevo solo en la habitación.

Ahora solo tenía que esperar la llegada de la traidora y ajustar cuentas.

CAPÍTULO 14

Aracena e Ian se despidieron con un abrazo fraternal. Cada uno tomó un rumbo diferente. Las estancias privadas de los invitados estaban en otra parte del palacio; muy alejadas de los dormitorios principales de los anfitriones.

Estaba feliz por tener a su hijo a su lado. Sentía melancolía por tener que dejar el reino, también estaba desesperada por tener que abandonar a Alonso, sin embargo, desde su arresto, era plenamente consciente de que tendría que hacerlo cuando se disolviera el matrimonio. Cuando se le comunicara el ansiado y temido divorcio que había buscado sin obtenerlo. Le pareció injusto que a una sola palabra del duque todos obedecieran, incluso el Santo Padre, pero él había dejado muy claro que pensaba divorciarse de ella.

Apoyó la mano en la suave madera de la puerta de la alcoba y respiró profundamente para contener la emoción que sentía. Iba a estar toda la noche mirando a su pequeño. Podría acariciarlo, besarlo. Empujó la hoja con una sonrisa de dicha, sonrisa que se le borró al instante cuando vio sentado en su lecho, no al niño, sino al esposo.

—¡Alonso, qué sorpresa! —Exclamó emocionada.

Él la miraba con un encono palpable. Los ojos de Aracena iban desde las sábanas revueltas al rostro de su marido sin comprender qué hacía en el lecho y por qué estaba vacío.

—No sabía nada de tu llegada. ¿Por qué no mandaste aviso?

—¿El mismo aviso que me enviaste tú para decirme que teníamos invitados?

Aracena caminó hacia el centro de la estancia al mismo tiempo que Alonso caminaba hacia la puerta.

Ella se giró hacia él con una pregunta.

—¿Dónde está? —Quiso saber ella porque el lecho estaba vacío.

La mujer observó a su marido que cerraba la puerta con llave, y que se la metía en el bolsillo interior de la chaqueta militar.

Aracena no entendía nada.

—¿Dónde está? —Volvió a preguntar.

—¿Dónde está quién? —Contestó el hombre con otra pregunta.

Los hombros de Aracena se tensaron.

—El niño... Rodrigo.

Un brillo peligroso asomó a las pupilas del duque que caminó hacia su encuentro muy despacio.

—¿Qué niño? —Parecía que se estaba burlando de ella.

—¡No juegues conmigo! —Exclamó al mismo tiempo que retrocedía ante el avance de Alonso.

—¿De qué tienes que informarme? —Le preguntó a su vez.

Ante el tono duro, Aracena se armó de valor.

—¿De qué tengo que informarte? —Respondió con su misma pregunta.

No estaba preocupada por el niño, pues sabía que Alonso jamás haría daño a un ser inocente, pero le molestaba que hubiese ordenado que lo cambiaran de habitación porque le apetecía jugar con ella al gato y al ratón.

Alonso se plantó a escasos centímetros de Aracena. Le sujetó la barbilla con la mano e hizo una pequeña presión con los dedos para acentuar sus palabras.

—¡Eres una falsa traidora! —La acusó.

Aracena comenzaba a ponerse nerviosa.

—¿Dónde está? —Preguntó directa.

—¡Una perra mentirosa! —Volvió a insultarla.

—¿Dónde está? —Inquirió de nuevo.

Alonso entrecerró los ojos.

—En buenas manos, no debes preocuparte —contestó despreocupado.

—¿A qué manos te refieres? —La voz de Aracena temblaba—. Y, por favor, suéltame.

Alonso seguía sujetándola.

—¿De qué tienes que informarme? —Siguió preguntándole. El brillo en los ojos del duque cortaba como cuchillos recién afilados.

Aracena apretó los labios porque supo que Alonso lo sabía. Había descubierto que el pequeño Rodrigo era hijo suyo, y se preguntó quién la había traicionado y por qué.

—No hace falta que te diga nada pues presumo que ya lo sabes —le dijo envarada.

—¡Ahhh! Falsa mujer, pero es que necesito que lo admitas. Necesito escuchar de tus propios labios lo mezquina y ruin que eres —la provocó.

Alonso seguía sin soltarla, pero había soltado la barbilla femenina para poner la mano alrededor del frágil cuello en una clara amenaza que Aracena entendió muy bien.

—Soy mezquina y ruin —admitió sosteniéndole la mirada—. ¿Estás satisfecho?

—¡Más! —Le ordenó él.

Aracena sentía la presión que él ejercía en torno a su cuello. Lo veía muy alterado y fuera de sí, aunque se controlaba de una forma admirable. La mujer se dijo que ya no tenía razón seguir callando.

—El niño que estaba en este lecho es tu hijo. —Se lamió el labio inferior—. De los dos, nuestro —admitió de forma atropellada—. Me pregunto cómo te has enterado.

Vio perfectamente el tic en el ojo izquierdo de él cuando concluyó la admisión. Igual que el brillo intenso en su mirada; como si los ojos se le hubieran llenado de lágrimas. Aracena hizo algo instintivo, trató de acariciarlo.

—¡No me toques! —Exclamó en un tono de voz herido.

La soltó de golpe y se dirigió hacia la cama. Se sentó en el borde y se llevó las manos al rostro. Aracena se quedó clavada en medio de la alcoba mirando cómo se convulsionaban los fuertes hombros, y corrió para arrodillarse frente a él.

—¡Siento tu dolor, Alonso! —Trató de consolarlo cuando fue consciente de la angustia real que había invadido a su esposo.

Aracena le puso las manos sobre las rodillas en un intento de que él la mirara. Alonso hizo algo que la desconcertó, de un manotazo se las quitó rompiendo así el contacto que ella trataba de mantener.

Lo observó asombrada. Él, con una cólera profunda.

—¡No me toques porque en este momento sería capaz de matarte!

Nuevamente se tapó el rostro con las manos para no verla. Respiraba profundamente y soltaba el aliento poco a poco. Ella supo que trataba de recuperar el control sobre sus emociones. Y así estuvieron durante un largo rato, hasta que Rosa golpeó la puerta del dormitorio al no poder entrar.

—¡Aracena, abre la puerta! ¡Se lo llevan!

Al escucharla, Aracena entró en pánico creyendo que se llevaban al pequeño. Corrió hacia la puerta y movió el picaporte a la desesperada olvidando que Alonso la había cerrado momentos antes.

—¡Hay soldados en Silencios y se llevan arrestado a Ian! —Exclamó Rosa desde el otro lado de la madera—. ¿Por qué te has encerrado? ¿Aracena!

—Alonso la ha cerrado con llave —le explicó pegada a la madera.

Aracena escuchó el resoplido de Rosa.

—¿Cómo que la ha cerrado mi hermano? ¿Está aquí? ¿En Silencios?

Las dos mujeres se afanaban por tratar de abrir la puerta, pero era maciza y estaba cerrada con llave. Aracena se giró hacia el esposo con los ojos abiertos de par en par. Él seguía sentado mirando sin ver nada. Como si no le importara el escándalo que estaba organizando su hermana desde el corredor. Le tendió la mano a Alonso para que le diera la llave. El duque le hizo un gesto negativo.

—¿Por qué se llevan a Ian? —Le preguntó con voz aguda—. ¿A dónde?

Entonces él la miró con vesania.

—Todo esto es por culpa tuya.

Ella parpadeó ante la acusación. Alonso se levantó al fin y miró durante un instante el lecho vacío, y Aracena entendió perfectamente.

—¡Oh, Dios mío, Alonso! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho con mi pequeño?

Caminó hasta ella y sacó la llave del bolsillo. La apartó con una mano y abrió la puerta. Rosa estaba al otro lado vestida únicamente con el camisón y la bata, antes de cerrar la puerta y echar de nuevo la llave, le espetó con voz tan fría como el hielo:

—Lo mismo que hiciste tú conmigo: alejarlo.

Un segundo después, Alonso la dejó encerrada en la alcoba, se guardó la llave mientras se encaraba con su hermana Rosa.

Aracena pasó toda la noche encerrada en la alcoba, sintiendo una mezcla de alegría y maldición al ver a Alonso. Durante horas, Rosa golpeó la puerta de su habitación, pero nadie acudió en su ayuda. Escuchó a su cuñada discutiendo con su esposo, gritándole y recriminándole, hasta que Alonso la expulsó de Silencios. Después, llegaron horas de calma, y Aracena no pudo contener el llanto. La conducta serena de su esposo la desconcertaba, pues otro hombre habría mostrado enfado o incluso violencia, pero la frialdad de Alonso la desquiciaba aún más, sin comprender qué significaba para ella.

Cuando ya no pudo soportar más el agotamiento, se recostó en la cama revuelta y quiso dejar que las lágrimas fluyeran, pero la actitud de Alonso le dio fuerzas renovadas, impidiendo que las lágrimas brotaran como era de esperar en esa situación. Se recordó a sí misma que su encierro no podía durar para siempre, aunque en nada difería del sufrido durante semanas. Se dijo que podía soportarlo un poco más, pero la realidad era desgarradora.

A primera hora de la mañana, escuchó el sonido de la cerradura. Aunque estaba acostada de lado, no dormía. Por los pasos, supo que era Alonso quien entraba a la habitación. Escuchó cómo volvía a cerrar la puerta con llave después de dejar una bandeja de desayuno en el escritorio. Sin decir una palabra, como si lo que yacía en la cama fuera insignificante, Alonso salió nuevamente.

Aracena pensó en su hijo, imaginando el susto que habría experimentado al ser sacado de la casa por extraños. También pensó en Rosa y en su incapacidad para ayudarla, temiendo a su hermano de manera absurda. Y siguió pensando hasta el punto de sentir que enloquecía.

En la noche, Alonso volvió a entrar en la alcoba. Ella seguía en la misma postura.

—Ya están empaquetadas todas tus cosas, por la mañana saldrás de Silencios y no regresarás jamás. Lo que no puedas llevarte ahora, se te hará llegar más adelante.

Si Alonso le hubiera gritado. Si la hubiera insultado, ella aceptaría dejarlo todo, pero así

no, y menos sin saber dónde estaba su hijo.

—¿Dónde está Rodrigo? ¿Qué has hecho con él? ¿Con Ian?

Alonso recogió la bandeja que no había tocado, y ante la frialdad que le demostraba, deseó golpearlo con fuerza.

—No volverás a verlo, es el castigo para tu maldad —le dijo franco y mirándola fijamente—. Y lo que sea del señor Malcon, bien poco me importa.

Era tanta su ira tras escucharlo que Aracena tomó la lámpara de la mesita de noche y se la lanzó, aunque con tan poco tino que terminó estrellándola en el marco de la puerta. La acción captó por completo la atención del duque, que la miró con ira, y dejó de nuevo la bandeja donde estaba.

Aracena se levantó de la cama y caminó hacia él con los ojos encendidos en fuego.

—¿Cómo te atreves a separarlo de mí? —Gritó fuera de sí.

—Es lo que te mereces —contestó con voz fría como el hielo—. No volver a verlo nunca más.

Aracena lo miró llena de espanto.

—Y he decidido que ese será tu castigo. Un largo castigo —afirmó el duque.

Las palabras de Alonso la golpearon con fuerza.

—No eres Dios para decidir algo así —gritó la mujer con enojo.

—Para tu desgracia, soy tu esposo. —Alonso contenía el tono de voz—. Y el padre de un niño del que desconocía su existencia hasta hace unas horas, y como padre injuriado he decidido que no volverás a verlo nunca más.

Aracena se llenó de ira porque creía a Alonso capaz de cumplir lo que amenazaba.

—¡Me alegro de que no lo supieras! —Le espetó ella con gran amargura—. Me alegro de habértelo ocultado porque eres una persona horrible. Un hombre sin corazón. Eres despreciable. Me alegro de que tu hijo lleve el apellido de otro, que llame padre a otro. —Aracena estaba ida, y los ojos de Alonso se redujeron a una línea, pero continuó en silencio—. ¡No sabes cuánto me alegra que seas un desconocido para él!

Aracena lo llevó con sus insultos al extremo donde nunca se debería de llevar a un hombre. Alonso alzó la mano para abofetearla, pero no lo hizo. Le costó el esfuerzo de su vida mantener el control.

—Adelante, ¡hazlo! —Lo instó con mirada despechada—, pero no lo alejarás de mí.

El mentón de Alonso se tensó, y bajó la mano de forma muy lenta.

—Es lo que pensabas hacer tú, ¿no es cierto? Mantenerme en la ignorancia con respecto a él. Ibas a llevártelo muy lejos. Vamos, ¡desmiéntelo si puedes!

Aracena no podía porque era verdad.

—No sabías que existía, ningún daño te hacía con ello —reveló con voz estrangulada.

¿Y esa explicación pretendía calmarlo? Estaba loca de remate, pensó Alonso.

—De todas las infamias cometidas esta es la más execrable.

—¿Y qué habrías hecho de conocer que era tuyo? —Gritó con furia. Alonso no respondió—. ¿Te habrías casado conmigo si te hubiera confesado que estaba encinta?

—No —admitió con sinceridad—. Jamás.

Aracena le dio una bofetada, pues había llegado al límite.

—¡Ahí tienes la respuesta para mi silencio! ¡Ahí tienes el motivo por el que te lo oculté!

Alonso estaba a punto de perder el control como ella.

—Eras una de las muchas amantes que he tenido, y la más lasciva, por cierto, ¿cómo podías pensar siquiera que me casaría contigo? Estabas muy por debajo en mi escala de valores,

rectifico, lo sigues estando.

Aracena lo abofeteó de nuevo, aunque le fallaban las fuerzas por el agotamiento y la angustia. ¿Cómo podía hacerle tanto daño con sus palabras?

—Eres un bastardo malnacido —lo insultó con los ojos llenos de lágrimas—. Pero no te saldrás con la tuya.

Alonso le mostró una sonrisa malévola.

—Así vivirás el resto de tu vida; preguntándote dónde está tu hijo, qué será de su vida y de su futuro. Un justo castigo para tanto escarnio, ¿no te parece?

Alonso le sujetó la mano cuando iba a abofetearlo de nuevo.

—Rodrigo Malcon no te pertenece —le escupió vengativa y utilizando el apellido que tenía el niño en la actualidad—, y te odiará por el resto de su vida si cumples lo que amenazas.

Los ojos de Alonso hervían de desdén.

—No me odiará más de lo que te odio yo a ti —le soltó de forma vengativa—. Y le enseñaré a maldecirte cada día de su vida.

Aracena se lanzó hacia él para arañarle el rostro. Alonso la sujetó apenas sin esfuerzo.

—Pelea, lucha —la animó—, porque no te haces idea lo bien que me hace sentir tu desdicha. Verte masticar tu fracaso.

Ella se revolvía como una gata.

—Te mataré —lo amenazó—. Juro que te haré la vida imposible hasta el punto que desearás no haber nacido.

—Es lo que sentirás tú cada día y noche de tu vida cuando no sepas dónde está. Ni qué haré con él a partir de hoy.

Aracena dejó de luchar. Le pareció la amenaza más aterradora de todas. Alonso la soltó al fin. Los hombros de Aracena temblaron por el llanto.

—Nuestro hijo no tiene la culpa, Alonso. Castígame a mí, pero no lo castigues a él. —Las lágrimas corrían por las mejillas de ella—. Me equivoqué al no decirte que estaba encinta, pero estaba asustada. Y después ya no pude enmendarlo. —Calló un momento porque el llanto le hacía temblar la voz—. Rodrigo quiere a Ian, es el único padre que ha conocido. Estará asustado, me necesita.

—¡Cállate de una vez! —Le gritó Alonso—. Porque me hiere hasta el sonido de tu voz.

Aracena silenció su proclama, pero seguía mirándolo completamente desolada.

—Vístete —le ordenó—. Partirás en unas horas, y espero no verte jamás.

Aracena había recurrido a los insultos, después a los ruegos, pero el corazón de Alonso seguía inamovible a su desesperación.

—Te quiero, Alonso, siempre te he querido, con toda mi alma, perdóname por el daño que te hice, pero no castigues a nuestro hijo llevándolo lejos, por favor —le imploró al punto del desmayo.

Los ojos del duque se empañaron.

—Dices que me amas, pero pensabas abandonarme, mantenerme en la ignorancia con respecto a mi propia carne y sangre... ¿no puedo perdonarte!

—Me dijiste que te divorciarías, ¿qué sentido tenía quedarme en Silencios? ¿Hablarle sobre un niño que en nada te importaba? —Le recordó ella.

—Eres tú la que quería el divorcio, ¿no es cierto? —La corrigió él.

—Siempre he temido este momento entre los dos —admitió la mujer en un susurro—. Desde que tuve al pequeño Rodrigo en brazos, temí este momento como no he temido otro en mi vida —confesó profundamente herida.

—¿Y qué esperabas? —Le espetó él.

—Que me amaras hasta el punto de comprenderme. —Reveló. Alonso estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo—. Que fueras capaz de entender lo asustada que estaba, lo sola que me sentía, y que disculparas mis errores.

—Estos son tus frutos, recógelos y márchate —en la voz del hombre no había compasión alguna.

—¿Dónde está mi pequeño? —Insistió ella.

—No pienso decírtelo. ¡Nunca! —Exclamó el duque vengativo.

—Dime entonces qué has hecho con Ian.

Aracena no pidió, sino que rogó. Alonso dudó, pero finalmente le dijo la verdad.

—Será desterrado y no podrá volver nunca jamás al reino.

Aracena se dijo que era bastante menos malo de lo que había esperado. Y durante unos segundos pensó a toda velocidad. Ian la ayudaría a recuperar a Rodrigo. Juntos presentarían batalla al Duque de Alcázar.

—Quiero que sepas que vamos a luchar para recuperarlo. —Respondió ella a toda velocidad. Alonso sintió admiración por la tenacidad de ella—. Mi hijo es ciudadano escocés —le recordó—. Y te denunciaré por secuestro.

El duque terminó por soltar una sonora carcajada ausente de humor.

—A brava no te gana nadie, he de admitirlo —le soltó con ira.

—Que mis palabras no te lleven a engaño —le dijo ella—, porque lucharía hasta con el mismo diablo con tal de recuperarlo.

—Inténtalo si puedes —le soltó vengativo—, porque dudo que lo logres.

Estaban los dos plantados frente a frente: ella derrotada, él vengativo.

—Y ahora prepárate para marcharte porque ya no soporto ni mirarte.

Tenía que irse, ya, de inmediato, pero no podía irse sin decirle una verdad demoledora. Aracena respiró profundamente, se irguió, y lo miró con soberbia antes de lanzarle otro dardo más envenenado todavía.

—No lo hice en el pasado con Rodrigo. —Calló un momento para escoger bien las palabras—. Pero ahora que estoy en Silencios me veo en la obligación de hacerlo —tomó aire—. Te informo que estoy encinta, y no sabes cómo me alegra que tu próximo hijo nazca en Escocia, *duque*.

Aracena se colocó el cabello tras las orejas y caminó hacia la puerta como si fuera una reina que despide a un súbdito. Alonso se había quedado clavado al suelo en estado de shock. Cuando ella salía por la puerta, reaccionó al fin y lanzó un grito que hizo retumbar las paredes de Silencios.

Aracena había esperado otra reacción por parte de él; diálogo, pero se equivocó por completo porque Alonso la sujetó del brazo y la arrastró hacia el lecho.

CAPÍTULO 15

Monasterio de Valvanera, La Rioja

Alonso subió los escalones de dos en dos, con el traje de oficial arrugado por la larga cabalgata, pero el mensaje urgente del religioso Benito Garcés le apremiaba. Atravesó el patio central y se encaminó hacia la sala capitular, usualmente situada en el ala este del claustro. Esta estancia solía ser espaciosa para acomodar a todos los monjes, con una entrada que presentaba una pequeña fachada, adornada con una puerta de arquivoltas y elaborada decoración. Al cruzarla, se encontró con dos religiosos que lo esperaban.

—Su Excelencia —lo saludaron al unísono—. Gracias por responder tan pronto a nuestra llamada.

—He venido tan rápido como me lo han permitido las circunstancias.

—Es el pequeño Rodrigo, se niega a comer, y tememos que caiga enfermo pues ya lleva varios días en los que no se alimenta.

El corazón le bajó a los pies al escuchar la noticia.

Había elegido el monasterio de Valvanera porque se encontraba muy cerca de donde luchaba él con sus hombres. Podía escaparse a menudo para verlo. Alonso soltó un suspiro cansado. Llevaba abiertos tres frentes y llegados a este punto dudaba de que pudiera ganar alguno. El primero era la guerra que se recrudecía en el campo de batalla. El segundo su hijo, que se negaba a hablarle y a alimentarse desde que lo sacó de Silencios una noche meses atrás. Y el tercero Aracena, que, tras la bomba soltada de su próxima paternidad, había decidido recluirlo en Silencios hasta que diera a luz. Alonso no contestaba las cartas del conde de Ayllón. Ni los intentos del extranjero de mantener una conversación con él para hablar sobre el pequeño. Estaba cerrado a todo lo que no fuera ganar la guerra y regresar a casa.

—Llévame con él —ordenó.

Los dos frailes lo guiaron hasta la zona privada del monasterio destinada al hijo. Alonso había reconocido al pequeño inmediatamente después de enterarse de su existencia. Todos los asuntos legales estaban bien resueltos. Alonso Dorian Rodrigo de Lara y Velasco era su legítimo heredero. El duque había modificado el registro en Sevilla, donde se había inscrito tras su nacimiento, cambiando su nombre completo por el que había sido registrado recientemente e incluyendo el nombre de Alonso en primer lugar. También había ordenado su bautismo para que quedara registrado de forma religiosa. No había poder en la tierra que pudiera deshacer lo que él había establecido. Ser un Grande de España había servido a sus intereses.

Las estancias privadas del pequeño estaban situadas en la zona más templada y soleada del monasterio. Junto a las estancias de otros nobles. El prior le abrió la puerta que mantenían cerrada porque el niño había intentado escaparse en varias ocasiones.

—Quiero estar a solas con mi hijo.

Los dos monjes obedecieron. Alonso miró al pequeño que estaba hecho un ovillo en el centro del estrecho catre. Caminó con paso firme y se sentó en el borde con cuidado de no tocarlo. Estaba pálido, y se veía muy triste.

—¿Es cierto que no te alimentas? Tienes que hacerlo —le dijo al pequeño.

El niño lo observó con ojos grandes y brillantes. A Alonso le recordaron los ojos de Aracena porque lo miraba con el mismo desdén que ella cuando estaba enojada. Le tocó el cabello con ternura. El niño se sentó en el lecho y comenzó a hablarle en gaélico. Alonso cerró

los ojos ante la terquedad infantil. En cada visita se repetía la misma historia.

—Sabes que no entiendo esa lengua extraña —le dijo con voz suave—, y sé que hablas la mía, por favor, hazlo para que podamos entendernos.

Rodrigo hizo un mohín y negó con la cabeza varias veces.

—¿Qué voy a hacer contigo, pequeño?

El niño se rodeó las rodillas con los brazos sin dejar de mirarlo con enojo.

—Sé que estás terriblemente enfadado y que te gustaría golpearme, ¿verdad? —El niño comenzó de nuevo a hablar en gaélico—. ¡Basta! Me provocas dolor de cabeza. Tienes que aceptar que eres mi hijo, porque ya no hay vuelta atrás. Ya te mencioné que lamenté haberle pegado a ese escocés cuando fui a visitar a tu abuelo en Inglaterra, pero se lo merecía por apartarte de mí.

El pequeño Rodrigo volvió a tumbarse de lado, se hizo un ovillo y cerró los ojos. Alonso era consciente del enorme error que había cometido, pero enojado como estaba con la madre, no había calculado las consecuencias de mantenerlos separados. El niño lo destetaba, y él no podía hacer nada para variar esa circunstancia.

—Te ocultaron de mí, no sabía que existías —le dijo como tantas otras veces—. Y me enfadé mucho con tu madre por lo que hizo. —El niño no lo miraba—. Pero Ian Malcon no es tu padre, es un amigo que ayudó a tu madre en un tiempo difícil. —Era lo máximo que estaba dispuesto a admitir a favor del individuo delante del pequeño.

Alonso no olvidaba que su hijo lo había visto golpear al que creía su padre.

—Y debes hacerte a la idea de que no lo verás nunca más.

Rodrigo golpeó el brazo de Alonso mientras gritaba en gaélico y lloraba al mismo tiempo.

—¿Crees que no me hubiera gustado tenerte en mis brazos desde que eras un bebé? —La voz de Alonso era muy emotiva—. Pero no me dieron opción, como yo no puedo dártela a ti porque eres mi hijo y deberás aceptarlo tarde o temprano.

El niño se puso de rodillas y lo golpeó en el pecho con sus puños. Alonso lo tomó entre sus brazos y lo estrechó fuerte. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Su hijo lo detestaba por culpa de ella; de la mujer que lo había engañado.

—En momentos así siento deseos de matarla —confesó refiriéndose a Aracena.

El niño seguía llorando y Alonso lo acunó con ternura, hasta que dejó de debatirse y se rindió al sueño. Un niño de su edad debía alimentarse, pero si su hijo no lo hacía terminaría enfermo de gravedad. Se inclinó sobre el suave cabello castaño y lo besó con cariño.

Y por fin tomó la decisión que tenía que haber tomado tiempo atrás.

Aracena no quería seguir enojada, pues no era bueno para el bebé que venía en camino. Estaba en su séptimo mes de embarazo y se sentía como una ballena varada en la playa. Apenas podía dar unos pasos sin sentirse agotada, y los alimentos parecían atascarse en su garganta. Solo tenía ganas de llorar y dormir. Desde hacía cuatro meses no sabía nada de Alonso, de su hijo, de Ian ni de su padre. Se sentía sola en el mundo, excepto por el resto del personal de Silencios, que tenía prohibido entablar conversación con ella salvo para atenderla. Dos guardianes la seguían a cada paso que daba por la casa, pues tampoco podía salir del palacio. Se encontraba nuevamente como una prisionera, en avanzado estado de gestación y llena de ira hacia Alonso por mantener un distanciamiento premeditado.

Cuando le confesó que estaba embarazada nuevamente, no podía imaginar la reacción que

tendría. Se creía con el control de la situación, pero él actuó de la manera menos previsible. Se sentía libre para buscar a su hijo, pero quedó encerrada entre los muros que comenzaba a detestar con todas sus fuerzas.

Se animó a levantarse con ayuda de las manos y se dirigió hacia los ventanales que daban al jardín trasero. El día era soleado y podía escuchar el trinar de los pájaros. Se imaginó volando lejos como uno de ellos. De repente, escuchó pasos apresurados por el pasillo y se giró con cautela. La puerta se abrió y el pequeño Rodrigo asomó la cabeza por el umbral.

El corazón se le detuvo a Aracena en un latido largo y pausado.

—¡Mamá! —El pequeño corrió hacia ella y se agarró a su falda.

Estaba mucho más delgado y ojeroso. A pesar de su enorme volumen, Aracena se tiró al suelo con él para abrazarlo mejor. Alonso estaba parado en la puerta mirando la escena, y sin decidirse a entrar, aunque finalmente lo hizo.

—Eres una pérfida madre —le dijo seco—, pero madre al fin y al cabo.

Aracena alzó los ojos para mirarlo, hizo el intento de levantarse, pero no pudo. No podía hacer nada con esa enorme barriga.

—¡Gracias, Alonso, gracias! —Estaba feliz de verdad.

—El pequeño Alonso no está aquí por ti, sino por él.

El niño giró el rostro hacia él y le gritó en gaélico. Ninguno de los dos entendió lo que decía, aunque Aracena lo intuyó. Así que su esposo había decidido que el pequeño también se llamaría Alonso.

—Le gusta que le llamen Rodrigo, como su abuelo —le explicó ella.

Volvió a hacer otro intento de levantarse sin conseguirlo. Alonso se compadeció. Estaba preciosa, con una barriga enorme, pero preciosa. La levantó en brazos sin esfuerzo y la llevó hasta el sofá. Ella aprovechó para abrazarlo por el cuello y besarle en el duro mentón.

—Os he extrañado tanto a los dos...

El pequeño Rodrigo se situó al lado de ella en un mutismo premeditado.

—Tengo que regresar al frente —informó Alonso de pronto e incómodo con la muestra de cariño de ella.

Aracena lo miró con una pena infinita.

—¿Cómo está mi padre? —Inquirió la mujer.

Él no podía decirle nada porque desconocía dónde se encontraba, y en qué ciudad combatía.

—Lo ignoro —admitió en voz baja—, pero he decidido que el pequeño Alonso se quede en Silencios bajo tu cuidado.

El pequeño volvió a protestar con energía. El padre lo miró con censura.

—¡Basta, he dicho! Deja de utilizar esa lengua extraña y que me incomoda.

Aracena quiso sentarlo sobre su regazo, pero el niño era demasiado grande, y su barriga se lo impedía. No obstante, lo arrimó a su costado para abrazarlo con fuerza. Era maravilloso tenerlo de nuevo consigo. Al fin Alonso había recapacitado.

—Lleva días sin comer y protestando por todo —le explicó Alonso—. No he conocido a un niño más malhumorado que este.

El chiquillo lo miró muy enojado. Aracena entendía por lo que estaba pasando el pequeño, que había sido apartado, no solo de su padre, sino también de su madre. Era lógico que mostrara su enfado de la única forma que conocía.

—Tienes que permitir que vea a Ian, él le explicará mejor que nadie el cambio que se ha producido en su vida. —Le pidió Aracena. Alonso la miró con ojos que llameaban de ira—. Si

no lo permites, te odiará con toda su alma, como tú me odias a mí.

El niño se apretó contra su madre como apoyando sus palabras. Alonso llevaba días sin dormir en el frente. Aracena pudo percibir el cansancio en sus ojos oscuros. En sus manos ásperas que restregaba contra la tela gastada de sus pantalones militares.

—Cuando acabe la guerra, hablaremos. —Esa respuesta tan ambigua no la satisfizo en absoluto—. Hablaremos sobre la explicación que aceptaré que le dé.

Aracena tenía que insistir.

—Podría llevar el niño a Escocia para hablar con Ian puesto que él no puede venir a España. —Le sugirió.

Alonso hizo una mueca cínica al escucharla.

—¿Me tomas por estúpido? —preguntó atónito sin dejar de mirar al niño—. Si os dejara marchar, ya no lo vería más, ¿no es cierto?

No, no era verdad, aunque Aracena comprendía que dudara de ella.

—Es normal que desconfíes de mí. —Los ojos de Alonso se clavaron en su vientre y soltó un suspiro pesado—. Pero te prometo que no sería así. Que regresáramos pronto.

—Tengo que volver al frente. —Alonso se levantó rápido, se colocó los guantes blancos y se puso el sombrero sobre la cabeza.

Aracena pensó que a pesar de su desaliño se veía muy atractivo.

—¡Alonso! —Lo sujetó del brazo cuando ya se daba la vuelta para marcharse—. ¿Qué sucederá conmigo cuando nazca el bebé? —Él no respondió de inmediato—. Porque no podemos continuar así, inmersos en este despecho.

Alonso soltó la mano de ella muy lentamente.

—Cuando nazca el bebé, te marcharás... —contestó seco—. Donde gustes, pero sola.

Aracena se envaró. ¿Le estaba diciendo que iba a quitarle también al recién nacido?

—¿Crees que te permitiré que me los quites? —Le preguntó atronadora.

Alonso la observó con desdén.

—¿Crees que tienes opción? —Se burló de ella.

—Pienso que no me conoces todavía.

Alonso sonrió sarcástico.

—¡Vaya si te conozco, gitana! ¡Más de lo que me gustaría!

Esas palabras la habían herido porque estaban dichas con desprecio.

—Deberíamos tratar de hacer las paces... —calló ante la mirada que le dedicó—, por nuestros hijos.

Esa frase se le clavó en el alma como una puñalada certera. Ahora decía «nuestros hijos». Si el conde no lo hubiera avisado, ella estaría muy lejos precisamente con el hijo de los dos, y con el que llevaba en el vientre. ¿Cómo pretendía que olvidara semejante traición?

—¡Alonso! —Lo llamó ella—. No te vayas enfadado —le rogó con los ojos llenos de lágrimas—. Vas a la guerra, y no me gustaría que el último recuerdo que puedes dejarle a nuestro hijo sea ese rostro malhumorado.

Alonso cerró los ojos un instante, otro después se giró hacia ella.

—Cada vez que dices nuestro hijo me apuñalas el corazón una y otra vez, y otra, y otra. ¡No lo soporto!

Aracena bajó la mirada turbada.

—Digo nuestro hijo porque es lo propio ahora que conoces toda la verdad —se defendió ella.

Alonso le levantó la barbilla con el guante. Los ojos de ella parecían dos lagos dorados.

Tenía el pelo más largo y más rizado si cabe, y no lo llevaba recogido sino suelto.

—La pena para ti es que la verdad la he sabido por otra fuente, y esa es una de las tantas mentiras que no puedo perdonarte.

—¿Ni por el próximo hijo que viene de camino? —Se aventuró a preguntarle.

—Ni por tu vida —sentenció él.

Alonso salió de Silencios como alma que lleva el diablo.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas porque creía que no podía hacer nada para arreglar la situación. Miró al pequeño que tenía una expresión de tristeza en el rostro.

—Hijo, ha llegado el momento para una larga explicación, ven. —Le tendió la mano para que la acompañara al sofá—. Tengo que hablar contigo sobre Alonso de Lara y sobre Ian Malcon, aunque vas a enfadarte muchísimo conmigo. Parece que lo único que hago bien es enojar a todos los hombres de mi vida.

CAPÍTULO 16

Nazario Eguía había asumido el puesto de general en jefe de las tropas carlistas. Durante su mandato, el ejército carlista aumentó sus efectivos hasta llegar a los treinta y seis mil hombres.

Alonso se había entregado con fervor a la batalla en esos días. Luchaba con audacia, desafiando al enemigo como si buscara la muerte. Tomaba riesgos innecesarios, exponiéndose al peligro de una manera temeraria. Y al tentar tanto a la muerte, esta finalmente lo alcanzó: resultó herido en combate.

Rodrigo observaba a su yerno mientras convalecía en el hospital de campaña de Zaragoza. La herida en la pierna había sido grave, ya que la bayoneta rozó la arteria femoral.

—Me alegro de verte, Alonso —le dijo el conde sincero.

El duque lo miró de soslayo porque le extrañaba la visita del hombre que había odiado durante demasiado tiempo.

—Y yo lamento que sea en estas condiciones.

Rodrigo no hizo caso del tono acusatorio.

—Tengo que darte la enhorabuena —continuó el conde—. Mi hija te acaba de obsequiar con dos preciosos Lara. —El rostro de Alonso mostraba la gran sorpresa que la noticia le provocaba—. Aracena ha tenido gemelos, como es costumbre en la casa Velasco.

—Ahora entiendo su vientre voluminoso —murmuró Alonso, que se debatía entre la alegría y la añoranza.

—Han nacido un poco antes de tiempo, pero están sanos y fuertes.

Los ojos de Alonso se entrecerraron. Rodrigo tomó una silla de madera y la acercó a la estrecha cama del convaleciente.

—Tienes permiso de la corona para visitar a tus hijos, y para reponerte en casa hasta que puedas reincorporarte de nuevo a la lucha.

Alonso ya lo sabía pues le habían comunicado el permiso de forma personal.

—La regente se muestra excesivamente generosa —expresó el duque con cierta burla.

—Tenemos que hablar —le dijo el conde con rostro serio.

—¿Y qué se supone que estábamos haciendo hasta este momento? —El tono agrio de Alonso no desanimó a Rodrigo.

—Lord Malcon tiene que ver a mi nieto. —El duque no se esperaba esa orden disfrazada de consejo—. El pequeño Rodrigo no tiene la culpa de nada.

—Cierto, porque la tiene tu hija —le escupió vengativo.

—Mi hija te quiere, me consta —le reveló el suegro.

—A Dios gracias. —El sarcasmo de Alonso escocía—. Porque, si queriéndome me ha hecho esto, no puedo llegar a imaginar a qué extremo llegaría en caso de odiarme.

Rodrigo soltó un suspiro largo. Estaba cansado del tiempo perdido, y de odios que engendraban más odios.

—Aracena sigue esperando en Silencios el anuncio de su divorcio, ¿seguirás adelante con él? —Le preguntó el conde. Alonso apretó los labios y se negó a contestarle—. Piensa en tus hijos, y lo que es mejor para ellos.

—Desde luego lo mejor para ellos no será criarse con esa madre —le aclaró con sarcasmo. Rodrigo soltó un suspiro largo.

—Siempre es mejor crecer al amparo de una madre que de una nodriza —le aconsejó el

suegro.

Alonso se mantuvo tercamente en silencio, pero el Conde de Ayllón no estaba allí para perder el tiempo con nimiedades. Habían pasado semanas desde que su hija había dado a luz, pero el duque se mantenía alejado y sin dar señales de vida en Silencios. Rodrigo era consciente de lo que sufría Aracena, y no estaba dispuesto a permitir que siguiera haciéndolo.

—He decidido hablar con Rosa y contarle toda la verdad —anunció de pronto el conde.

Alonso se levantó del catre como un resorte. Miró a Rodrigo con ojos que anunciaban tormentas.

—Y mi palabra tienes de que te mataré si lo haces —lo amenazó.

El duque se arrepentía de haberle revelado al conde la verdad sobre la concepción de su hermana Rosa, pero no podía borrar su confesión ofrecida en un momento de cólera extrema.

—¿Por qué te opones a que conozca que soy su padre? —Quiso saber Rodrigo.

Los dientes de Alonso rechinaron.

—Porque no lo eres —le espetó con amargura—. Su padre es aquel al que recuerda, al que quiso con toda su alma a pesar de perderlo siendo una niña.

Rodrigo estaba satisfecho, había llevado a su yerno precisamente al lugar que pretendía, y con escaso esfuerzo.

—Mal ejemplo das con esa doble vara de medir. —Le espetó aunque en un tono neutro. El duque lo miró atónito sin comprender—. Tu hermana debe seguir en la ignorancia con respecto a mí, y para que no se perturben los recuerdos del hombre que considera su padre, ¿y qué hay de mi nieto Rodrigo? Tiene derecho a seguir queriendo y tratando al hombre que todavía considera su padre, mal que te pese.

Alonso se encrespó.

—¡No! —Exclamó el duque.

—El padre de Rosa soy yo —contestó el otro excesivamente serio.

El duque se sentó en el catre ignorando el dolor que le atravesó la pierna.

—Esta conversación no nos llevará a ningún lugar.

Por supuesto que sí, pensó Rodrigo. El terco de su yerno debía comprender que los rencores había que dejarlos atrás.

—¿No te alegras de haber recuperado a tu hijo? —Lo tanteó.

—Nunca tenía que haberlo perdido —respondió seco.

Esa era una gran verdad se dijo el conde.

—Mi hija tomó una decisión muy dolorosa, y aunque no la justifico, es importante recordar que estaba sola como madre soltera. Actuó como lo hizo porque no tenía intención de casarte con ella, incluso estando embarazada .

Alonso lo interrumpió.

—Un Grande de España no se casa con una amante —le recordó el duque.

—Te olvidas de que estás hablando con el padre —le trajo a colación el conde.

Alonso mostró una sonrisa sardónica.

—Cuando la conocí, no tenía ni idea de quien era porque bien que ocultasteis la verdad en vuestro beneficio, así que nada puedes venir a reclamarme ahora, ni tú ni ella —le espetó Alonso.

—No tuve la culpa de que no se me informara de que iba a ser padre.

Alonso mostró una sonrisa sardónica porque había colocado al suegro en la misma tesitura de él.

—Yo tampoco tuve la culpa de que se me ocultara que iba a serlo.

Rodrigo soltó un suspiro exasperado. Su yerno se mostraba demasiado rencoroso.

—Tienes una familia hermosa —le dijo Rodrigo. El duque tensó el mentón—. No lo estropees con rencillas del pasado que no te llevarán a ningún lugar salvo a la amargura.

—Me llevarán exactamente a donde quiero que me lleven.

—¿Y qué lugar es ese, Alonso? ¿Separar a una madre de sus hijos? Porque no te lo voy a permitir. —Alonso entendió la amenaza a la perfección—. Mi hija vive con el miedo metido en el cuerpo. Temiendo y llorando noche y día el momento en el que la separes de sus hijos, y eso es una monstruosidad. —La sonrisa de Alonso pilló a Rodrigo desprevenido. Como si se alegrara del infortunio de Aracena—. ¿Te satisface conocer que sufre? —La pregunta de Rodrigo quemaba—. ¿Hasta ese punto llega tu rencor por ella?

—Un rencor justificado, debo añadir.

Rodrigo se levantó de la silla rápido, y quedó a unos escasos centímetros del cuerpo vendado de Alonso. Se inclinó hacia él con ojos que hervían de determinación.

—Hasta este momento no comprendía del todo la decisión de mi hija de ocultarte a mi nieto, y siento decirte que yo estaba equivocado porque ella actuó bien. Y me avergüenzo de haber roto la promesa de mantener su secreto a salvo —reveló el conde—. Me he arrepentido pocas veces en mi vida de alguno de mis actos, pero propiciar que supieras que mi nieto es hijo tuyo, es uno de ellos.

El conde ya se daba la vuelta para marcharse.

—Te prohíbo que le digas a mi hermana Rosa que la engendraste, porque si lo haces sabrá que lo hiciste ebrio de despecho porque te abandonaron, y que te consolaste con la primera mujer que se cruzó en tu camino.

Rodrigo lo miró estupefacto, e incapaz de decir nada durante un momento. Entendió la amenaza velada en las palabras de su yerno. Esa sería la parte de la historia manipulada que le confesaría Alonso a su hermana si él decidía revelarle la verdad.

—Gracias a Dios, yo no soy como tú —le dijo Rodrigo con voz cortante.

—En eso estamos de acuerdo.

Alonso había llevado a Rodrigo al extremo donde nunca se debería llevar a un padre.

—No sientas la menor duda que lograré que mi hija conserve a sus hijos porque los hombres como tú deben de vivir y de morir solos.

—¿Es una amenaza? —Le preguntó el duque.

Rodrigo negó con la cabeza en un único gesto.

—Los hombres como yo no amenazan, duque, actúan...

La escena que encontró Alonso en Silencios fue impactante para un hombre que había pasado gran parte de su vida lleno de odio. Desde niño había sido solitario, especialmente después de que separaran a su hermana cuando estalló la guerra con Napoleón. Los recuerdos de su infancia eran dolorosos, pero lo que presenció en el salón privado de costura le dejó sin aliento.

Él sabía que ese era el lugar más soleado de Silencios, perfecto para trabajos de costura que requerían mucha luz. Con el sol de la tarde iluminando las dos cunas cubiertas por doseles de seda transparente, la escena era cautivadora. Rodrigo estaba sentado en la alfombra del suelo junto a Aracena, de espaldas a él. Ambos estaban entretenidos haciéndole cosquillas a los bebés, que yacían boca arriba y apoyados en varios cojines. Aracena llevaba el cabello suelto, y cada

vez que movía la cabeza, sus rizos danzaban al ritmo. Rodrigo reía mientras uno de los bebés balbuceaba como si estuviera tratando de responderle.

—Es muy feo —dijo el pequeño que hizo una mueca viendo a su hermano que trataba de chuparse el puñito.

—¿Pero qué dices, Rodrigo? —Preguntó Aracena—. No hay en el mundo dos bebés tan guapos como tus hermanos.

Ella siguió haciéndole cosquillas en la suave pancita.

—¡No saben hablar! —Exclamó el niño.

—Son bebés, no pueden hablar todavía —le explicó la madre.

Alonso se apoyó en el marco de la puerta porque quería seguir observando. Aracena parecía una campesina pues llevaba un sencillo vestido azul. Casi parecía la hermana de sus hijos y no la madre. El pequeño Rodrigo iba a alcanzarla en estatura muy pronto.

—Y son muy babosos —protestó Rodrigo cuando uno de los bebés se metió el dedo de su hermano mayor en la boca.

Aracena soltó una carcajada cantarina.

—Aún recuerdo tus propias babas —le reprendió cariñosa—. Mira cómo te observan, saben que hablas sobre ellos.

Rodrigo soltó un suspiro largo.

—Me van a dar mucho trabajo —se quejó el niño pensando en el futuro cercano.

Aracena le acarició la cabeza con ternura.

—Es lo que se espera del hermano mayor —le dijo cariñosa—, y vas a ser el mejor de todos, te lo garantizo.

Rodrigo giró el rostro para que su madre dejara de acariciarlo, y entonces lo vio. El rostro se le demudó, y los ojos dorados se oscurecieron de enojo.

Aracena giró la cabeza en la misma dirección que su hijo porque percibió su inquietud, y vio a su esposo que estaba de pie en el hueco abierto de la puerta. No dijo nada, se levantó en silencio y tomó a uno de los bebés, se lo dio a Rodrigo para que lo colocara en la cuna, ella hizo lo mismo con el otro. Los bebés no protestaron. Los cubrió con el dosel de seda y se giró hacia Alonso con cara atribulada. Él comenzó a caminar en dirección hacia ellos. El pequeño Rodrigo se apoyó en la cadera de su madre, pero sin dejar de mirar el avance del padre. Le sostuvo la mirada sin un parpadeo, con un brillo de reto en su profundidad.

A Alonso lo maravilló esa determinación.

—¡Vaya! Tan bravo como tu madre —le dijo al mismo tiempo que se ponía de cuclillas para quedar a la misma altura de ojos que su primogénito. Lo miro durante un instante largo—. Hola, hijo. —El niño no respondió, dio un paso hacia atrás para mantener las distancias.

Aracena decidió intervenir.

—Cariño, ¿puedes pedirle al mayordomo que nos prepare un refrigerio? Estoy sedienta.

El niño miró a su madre con atención, y le hizo un gesto afirmativo. Un segundo después salió de la salita en dirección a las dependencias del servicio.

Alonso se había alzado y caminó con paso firme hacia las cunas. Durante un tiempo largo observó a los bebés. Como estaba de espaldas a ella, Aracena no pudo ver en su rostro lo que pensaba, pero le hubiera encantado saber que era un cúmulo de emociones desbordantes: orgullo, pesar, alegría, impaciencia...

—Son muy hermosos, gracias. —Le dijo el duque. Ella no supo qué pensar de esas palabras. El duque se extrañó del silencio femenino, se giró para observarla. Aracena seguía en la misma postura precavida, sin bajar la guardia—. ¿Qué nombre llevan?

—El hermano mayor escogió el nombre de Daniel, y el abuelo Rodrigo eligió el nombre de Juan.

—Yo no he dado mi opinión ni mi aprobación —le expresó Alonso.

—No estabas aquí para hacerlo —le recordó ella.

—Tendrías que haber contado conmigo para escoger sus nombres.

Aracena se lamió ligeramente el labio inferior porque parecía que su esposo buscaba pelea, y ella estaba tan cansada de luchar con sus demonios interiores que ni se atrevía. Los bebés habían llegado al mundo hacía semanas, ¿cómo no iba a ponerles nombres?

—El que tiene más cabello se llama Alonso Daniel, y su gemelo, Juan Alonso. —Reveló la madre. Las cejas del duque se alzaron en un arco perfecto de incredulidad—. Pensé en ahorrarte la molestia de tener que rectificar sus nombres después para colocar el tuyo en primer lugar.

Era su forma de recriminarle que al primogénito le hubiera puesto Alonso.

—¿Han sido bautizados? —Inquirió el duque.

Aracena hizo un gesto negativo.

—Te agradezco que hayas decidido esperar mi regreso para hacerlo.

Alonso comenzó a caminar en dirección hacia ella, y a cada paso que daba él, ella retrocedía otro, hasta que llegó al borde del sofá. El mayordomo impidió que Alonso la sujetara de la mano. El sirviente traía una bandeja.

—¿Dónde está mi hijo mayor? —Le preguntó al sirviente.

—En su alcoba, Su Excelencia —respondió el mayordomo mientras dejaba la bandeja de plata sobre la mesa y servía sendos cafés—. Nos ordenó que no lo molestáramos en toda la tarde pues se siente algo indisposto.

Alonso soltó un suspiro largo. Su primogénito le mostraba el rechazo que le provocaba su presencia en la casa. Aracena aceptó la taza que el sirviente le tendió, y se la llevó a los labios para mantenerse ocupada.

—Puedes retirarte —le dijo el duque al mayordomo.

El hombre la puerta y los dos se quedaron a solas con los Infantes. Alonso se bebió su café sin dejar de mirarla. Estaba más hermosa, y sin la osadía que él recordaba del pasado.

—No he podido venir antes porque caí herido en batalla. —Le explicó de pronto. Ella seguía en silencio tomando su café—. Me hubiese gustado estar aquí para el nacimiento. —Aracena tomó asiento en el sofá. Alonso la imitó—. ¿Fue muy duro?

—El parto fue rápido —respondió ella.

—¿Como el de Rodrigo? —Inquirió el duque.

Aracena hizo una mueca muy significativa.

—Nada podrá parecerse al parto de Rodrigo. Creí que moriría mientras lo alumbraba.

El rostro de Alonso se suavizó al escucharla, pero sus hombros seguían tensos. No le gustaba nada la ausencia premeditada de su primogénito ni la contención temerosa de Aracena. ¿Lo verían a él como a un monstruo? Porque se sentía así.

—He tenido mucho tiempo para pensar... —comenzó él.

Aracena al escucharlo tomó carrerilla y lo interrumpió.

—Yo también, y tengo que decirte que no pienso abandonar Silencios, no pienso dejar Sevilla, ni...

Alonso le puso un dedo en los labios para silenciarla.

—Harás lo que yo te diga —le ordenó.

Ella ni se lo pensó.

—¡No!

—Sí.

—¡No! —Volvió a exclamar—. No me apartarás de mis hijos.

El duque entrecerró los ojos hasta reducirlos a una línea. Como los dos estaban sentados, pudo acercarse a ella, inclinarse sobre el frágil cuerpo y tomarla de la barbilla sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Qué harás si lo hago? —La hostigó.

Las pupilas de Aracena brillaron con una determinación absoluta.

—Te mataré —contestó lisa y llanamente.

Alonso finalmente sonrió porque esa era la respuesta que esperaba. La que la definía como la mujer que se le había metido en la sangre, la que no había podido olvidar a pesar de las perfidias cometidas.

—Te quiero, Alonso —le dijo muy emotiva—, siempre te he querido, pero no permitiré que me apartes de mis hijos, ni ahora ni nunca.

Finalmente la sujetó por las mejillas y se inclinó para besarla. A ella nada la había preparado para el beso, y hacia tanto tiempo desde el último que recibió, que sintió cómo las piernas se le debilitaban, se le encogía el estómago, y se le aceleraba el pulso. Cuando Alonso finalizó el beso, Aracena no sabía qué esperar a continuación.

—Ni te imaginas cuánto he deseado hacerlo —susurró el duque.

—¿El qué? —Preguntó ella de forma estúpida.

—Besarte —contestó.

—¿Por qué? —Ella estaba pasmada.

—¿Por qué besa un hombre a su mujer? —Le preguntó burlón.

El rostro de Aracena se convirtió en un poema. Se había preparado durante semanas para lo peor, para luchar con todas sus fuerzas, para actuar con diplomacia, para rogar si fuera necesario, pero no sabía a qué atenerse con Alonso en esa postura.

—¿Por qué querías besarme? —Volvió a insistir.

Alonso le respondió con otro beso, pero mucho más apasionado. Intenso, ferviente. Aracena, fiel a su naturaleza apasionada, se abrazó al cuello fuerte y se dejó caer para disfrutar del beso de forma mucho más completa. No pensó en nada salvo en la deliciosa sensación de sentirse deseada. Él la estrecho con fuerza hasta aplastarle los senos al torso. La sujetó de la cintura y del cuello para profundizar el beso todavía más.

Uno de los bebés lloriqueó, y Alonso se obligó a soltarla.

—Me he rendido a lo inevitable —confesó al fin.

Los ojos de Aracena se abrieron de par en par.

—¿Me has perdonado? —Se atrevió a preguntarle.

—¡Jamás! —Exclamó el duque con flema aristocrática.

Ella no sabía qué pensar al respecto.

—¿En... entonces? —logró balbucear.

—Atiende a nuestro hijo —la apremió él.

Aracena caminó hasta las cunas, pero sin dejar de mirarlo asombrada todavía por los últimos acontecimientos. El pequeño Juan se había pillado el bracito bajo el cuerpo y no podía sacarlo, ella lo ayudó llena de amor. Lo besó en la mejilla y se dirigió hacia el gemelo que estaba a punto de dormirse. Los rayos de sol eran muy agradables a esa hora de la tarde.

Aracena se giró hecha un mar de líos.

—Yo tampoco me entiendo —respondió Alonso a la pregunta silenciosa que ella le había formulado con los ojos—, pero la responsabilidad pesa sobre mis hombros más que la venganza.

—¿Responsabilidad? —Le preguntó confundida.

—Ven —la animó él—. Te explicaré todo en un momento.

CAPÍTULO 17

La austera propiedad estaba muy lejos de todo lo que él conocía. Los caminos eran agrestes, escarpados. Parecía que la civilización no llegaba a ese remoto rincón escondido. El pequeño seguía mirando a través de la ventanilla muy ilusionado. La sonrisa se le había clavado en el alma a Alonso porque su hijo creía que regresaba a casa.

El abuelo iba sentado junto al nieto en silencio, y sin apartar la mirada del yerno.

Tras el convenio de Vergara que se había firmado en Oñate entre los generales Espartero y Maroto, se dio la guerra por finalizada. El convenio quedó confirmado con el abrazo que se dieron ambos generales ante las tropas de los dos ejércitos reunidas en las campas de Vergara. La firma fue posible tras complicadas negociaciones pues Espartero representaba al bando isabelino, partidario de la infanta, y Maroto representaba al bando carlista, partidario del pretendiente don Carlos. Fue decisiva la mediación del almirante lord John Hay, jefe de la escuadra de observación británica con base en la villa de Bilbao, y que ya desde 1837 había comenzado a sondear a los generales de ambos bandos para hacer fructificar la finalización de la guerra.

Pero la guerra había terminado al fin.

—Haces lo correcto —le dijo el conde cuando interpretó correctamente la mirada del duque.

—¿He tenido opción? —Contestó el duque en un tono demasiado seco.

—No, no la tenías —admitió Rodrigo.

Tras caer herido, Alonso había tenido mucho tiempo para reflexionar. Las cruentas batallas le habían enseñado que nada era tan valioso como la familia y el hogar. Nunca había contemplado divorciarse de Aracena, pues era un fiel católico y, sobre todo, estaba profundamente enamorado. Lo supo en el instante en que la perdió en el Palacio de las Guardas, cuando llegó acompañada del escocés; sintió una mezcla de rabia y celos que lo atormentaron durante meses tras su desaparición. Casi enloqueció buscándola. Y cuando se enteró, después de casarse con ella, de que era hija del hombre que más odiaba, apenas podía creer en su buena suerte. Su regreso a sus brazos, de la manera más inesperada gracias a la intervención de la corona, le hizo comprender que no pensaba dejarla marchar.

Aunque le costó perdonarle por ocultarle a Rodrigo, tras semanas en el frente y enfrentándose a la muerte a diario, comprendió sus motivos, aunque nunca los aceptaría por completo. Juntos habían formado una hermosa familia, y él estaba cansado de luchar contra sus demonios internos. Anhelaba paz, quería estar con ella y con los preciosos hijos que les había dado. Por eso, finalmente, capituló. Aunque Aracena lo había herido como ninguna otra mujer, lo amaba con tal intensidad que terminó rindiéndose y aceptando que prefería su amor a su ausencia.

Durante su convalecencia en el frente, muchas personas cercanas desfilaron por su lecho, incluida su hermana Rosa, quien le recriminó severamente su mal comportamiento. Le explicó los temores de Aracena, sus dudas y el amor que siempre le había profesado. Alonso había tenido dificultades para aceptar que Aracena se había enamorado de él de manera tan profunda que no le importó arriesgar su reputación ni su buen nombre. Luego vino su cuñado Andrew, quien no escatimó en reproches y le recordó los errores que había cometido como hermano, esposo y padre. A pesar de la tentación de golpear al alborotador inglés, Alonso respetaba y admiraba a Andrew por el amor que le profesaba a su hermana. Finalmente, llegó el implacable conde, el padre indignado y ofendido. Alonso se alegraba de que el pasado quedara atrás y de poder

avanzar hacia un futuro en el que pudiera reconciliarse con su familia.

Si todo el mundo le decía lo ciego que estaba, probablemente debían de tener razón.

Pero la visita más difícil, más dolorosa, fue la del escocés que se sentía con derechos sobre su carne: el pequeño Rodrigo. Había arriesgado la vida yendo hasta España para mantener una conversación con él que le abrió los ojos de forma definitiva. Él solo había escuchado parte de la conversación que mantuvo con Aracena en Silencios, por eso desconocía los verdaderos motivos para querer a su hijo como propio. Le habló de su infancia, de su adolescencia. La decepción que había resultado ser como hijo y heredero de un condado en ruinas. Le habló de Nazareno. De sus sentimientos. De la acusación de asesinato y de dónde se encontraba él en el momento en que ocurrió. No se guardó nada, ni siquiera la admiración que sentía por una mujer llena de vida y decisión como Aracena. De lo mal que lo pasó al perder a su madre, al quedarse embarazada del verdugo de su padre... y, tras escucharle, Alonso entendió demasiadas cosas.

Detestaba a los hombres que iban contra su propia naturaleza como Ian Malcon, pero Alonso era un hombre que respetaba el valor, y el escocés se lo había demostrado con creces. Había sido muy claro y tajante al advertirle que iba a remover cielo y tierra para recuperar a la persona que más quería en el mundo: Rodrigo. Que pensaba acudir a los tribunales de Gran Bretaña e iba a causar tanto alboroto que la corona de España tendría que posicionarse al respecto. Ian fue agresivo. Soberbio. Arrogante y manipulador: o la felicidad completa de Aracena, o la desgracia de la suya.

Pero además de buscar la felicidad de Aracena, quería negociar con él sobre el pequeño Rodrigo. Alonso montó en cólera, y él se despachó a gusto. Le hizo ver que Rodrigo podría quererlos a los dos, pero que si se empeñaba en separarlos solo obtendría odio por parte del niño, y él no deseaba eso para ningún niño porque conocía muy bien lo que era odiar y ser odiado. Alonso también lo sabía, pues lo había experimentado desde su infancia.

Ian le propuso hablar y convencer al niño. Le ofreció mediar para que lo aceptara, pero tendría que permitir que el niño lo visitara y siguiera siendo su heredero. El duque se opuso con una fuerza que rozaba el desdén, pero el escocés usó todo su arsenal para convencerlo, por eso se encontraban camino a Escocia para que el pequeño pudiera visitarlo y, al mismo tiempo, sacarse esa espina dolorosa que su padre le había clavado directamente en el corazón.

Alonso no era de piedra, y no tenía por qué comportarse como si lo fuera.

—¡Ya llegamos, ya llegamos! —Exclamó el niño con júbilo.

El carruaje se detuvo, y el niño salió de estampida. Alonso permitió que el conde saliera primero, después lo hizo él lleno de aprensión. Cuando clavó sus ojos en el tétrico castillo resopló resignado.

—El interior es mejor de lo que parece —lo animó Rodrigo, que caminaba hacia el escocés con postura relajada.

El pequeño Rodrigo se había abrazado a Ian y le habló en esa lengua que Alonso detestaba. El escocés lo alzó en brazos al mismo tiempo que le sonría afectuosamente.

—En español, Rodrigo, tenemos que ser condescendientes con nuestros invitados.

Cuando el niño terminó de acosar a Ian a preguntas, este se giró hacia Alonso con la mano tendida y una invitación cordial y sincera en sus ojos azules.

—Bienvenidos a ambos.

—No nos quedaremos mucho tiempo —contestó Alonso con la arrogancia que lo caracterizaba.

El niño protestó con energía en gaélico, e Ian soltó una carcajada.

—No le hables así a tu padre —le advirtió, aunque con cariño—, o tendrás que vértelas

con tu otro padre...

EPÍLOGO

En el lecho estaban los dos desnudos y saciados. Aracena le acariciaba el muslo, Alonso el pecho. Con los embarazos habían aumentado de tamaño, pero él estaba encantado. Después deslizó los dedos hacia la parte del brazo, también de la cadera, y acarició las cicatrices que le habían quedado tras el incendio en su casa de Sevilla tantos años atrás.

—Casi perdí la vida —recordó Aracena.

Alonso se inclinó sobre ella y le besó el brazo, justo en la cicatriz más grande.

—Me siento afortunado porque podría haberte perdido para siempre.

Aracena entrecerró los ojos con un pensamiento.

—¿No te disgusta que parte de mi piel esté marcada?

Alonso la miró sorprendido. ¿A qué venía esa pregunta extraña?

—Es una parte insignificante —respondió él.

Ella tomó la iniciativa y se colocó encima de Alonso con una promesa en sus ojos dorados.

—Todavía no te he dado las gracias.

—¿Por qué?

Ella le besó la barbilla con lascivia.

—Por llevar a Rodrigo a Escocia para hablar con Ian.

Percibió que el cuerpo de Alonso se ponía rígido bajo el de ella.

—Habló con nuestro hijo y le explicó todo —admitió el duque.

Desde entonces el pequeño Rodrigo había cambiado su actitud para Alonso y su comportamiento en general. El duque ignoraba qué le había explicado el escocés, pero antes tragaría brea que preguntarlo.

—También quiero darte las gracias por permitirle viajar en verano y pasar un tiempo con su abuelo y sus primas.

—Lamento que su familia materna se encuentre tan lejos —admitió Alonso en voz baja porque el cuerpo tentador de ella lo descentraba.

—También quiero agradecerte que desistieras de ser tan terco.

—Yo no soy terco.

—Empecinado.

—Ya empezamos... —Alonso la besó en la boca para silenciarla. Aracena aceptó el beso con un gruñido más propio de él.

—¿Qué? —Le preguntó ella tras la mirada tensa y penetrante de Alonso.

—Tus ojos tienen la culpa —le dijo—. Siempre han tenido la culpa de todo.

—¿Mis ojos? —Inquirió ella con sorpresa.

—Son mi fuego, lo sabes, ¿verdad? —le dijo él mientras le daba la vuelta para colocarse encima de ella—. Siempre han sido mi fuego.

Aracena le mostró una sonrisa genuina de amor absoluto.

—Te amo Alonso, desde siempre... —Volvió a apoderarse de la boca de ella para continuar avivando las llamas de su pasión—. Y tengo que informarte que...

No le permitió continuar.

Martín miró al conde con sorpresa inusitada. La inesperada visita en su retiro en La

Pedraza lo tenía expectante de curiosidad. ¿Cómo había dado con él? ¿Qué buscaba en Burgos? La guerra había terminado, y la corona había sido más que generosa con sus servicios. Por ese motivo, no llegaba a comprender qué hacía sentado en el salón de su casa.

—Quería agradecerte que le salvaras la vida a mi hija —expresó el conde.

Martín entrecerró los ojos.

—Una intrépida y osada mujer.

El Conde de Ayllón suspiró sin dejar de mirarlo. Era clavado al Duque de Alcázar, su hermano mayor.

—Y quería conocerte en persona —continuó con su explicación.

Las palabras captaron la completa atención de Martín.

—¿Cómo me ha encontrado? —Le preguntó mientras bebía un trago de vino.

—Soy un hombre de muchos recursos —reveló el conde.

—Y amigo de gente que le es fiel, ¿no es cierto? —Preguntó el otro.

Rodrigo pensó que el hombre no andaba desencaminado. Había tenido que mover muchos hilos hasta dar con él porque nunca se quedaba demasiado tiempo en un lugar.

—Tu madre vive —le dijo de pronto el conde.

Martín dejó el vaso sobre la mesa y entrecerró los ojos con suspicacia.

—Lo sé —admitió sin emoción en la voz.

Rodrigo no sabía qué pensar después de esa extraña afirmación.

—Es una injusticia que siga llorando al hijo que cree muerto —lo censuró el noble.

Martín pensó que el conde no se andaba por las ramas.

—Es mejor dejar a los muertos enterrados —afirmó en un tono seco.

—Pero tú no lo estás —le mostró el conde.

—Para ella sí —continuó Martín.

—Ni para ella ni para tu hermano —el conde no pensaba darle tregua.

Martín se mostró sorprendido tras esa afirmación.

—De modo que la intrépida y osada mujer a la que le salvé la vida se fue de la lengua con su padre. —Se burló Martín que miró hacia el suelo con una sonrisa—. Jamás lo habría esperado después de comprobar por mí mismo su lealtad hacia los guerrilleros.

—No le dirá nada al Duque de Alcázar —lo tranquilizó el conde.

—¿Por qué se lo dijo al padre y al esposo no? —Preguntó con ojos entrecerrados.

—No hace falta que responda a esa pregunta.

—No, no hace falta —admitió Martín en voz baja.

—Tu madre tiene que saber que vives. Quién te llevó de su lado, y por qué motivo —expresó el conde.

Martín cruzó una pierna sobre la otra.

—Los muertos hay que dejarlos enterrados —reiteró el hombre que no apartaba la vista del noble.

—Es indecente, amoral, y debes acabar con ello —insistió Rodrigo.

Martín no se inmutó al escuchar la defensa del conde para su madre.

—De saberlo mi madre, acabaría por saberlo el Duque de Alcázar.

Esa era una posibilidad se dijo Rodrigo.

—Puede que a Alonso le guste tener un hermano —aventuró el conde.

—¿Bastardo? —Ironizó Martín.

—Bastardo agente de la corona del reino —matizó el conde.

Los dos hombres sabían qué significaba ser agente de la corona: privilegios, prebendas.

—Me gusta mi vida tal y como la disfruto en estos momentos.

Rodrigo se levantó y dejó el vaso de vino sobre la mesa con un golpe seco para enfatizar las palabras que iba a decirle a continuación:

—Aprecio demasiado a tu madre para permitirle que siga llorando tu muerte —le espetó seco.

Martín se levantó también.

—Eso me lo puedo tomar como una amenaza.

Rodrigo se preguntó por qué la mayoría de los hombres con los que trataba veían en sus palabras amagos de amenaza.

—Te dejo dos opciones a valorar —continuó Rodrigo—: que se lo digas tú mismo, o que me permitas que lo haga yo.

—¿Puedo elegir?

—No, no puedes.

—Buenas noches, Conde de Ayllón, que tenga un buen regreso a Inglaterra...

Copyright ©2024 Arlette Geneve

Designed by:©Diseño_Artístico

Sello: Independently published

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia,
sin autorización escrita del editor.